

Honoré de Balzac

Un asunto tenebroso

1. Las desazones de la Policía

El otoño del año 1803 fue uno de los más hermosos del primer período de ese siglo que llamamos el Imperio. Algunas lluvias refrescaron en octubre los campos, los árboles seguían aún verdes y con hoja ya mediado noviembre. Así que el pueblo empezaba a establecer entre el cielo y Bonaparte, proclamado entonces cónsul de por vida, una inteligencia a la que debió uno de sus prestigios y, ¡cosa rara!, el día que, en 1812, faltó el sol, cesaron sus éxitos. El 15 de noviembre de ese año, a eso de las cuatro de la tarde, lanzaba el sol un como polverío rojo sobre las copas centenarias de cuatro hileras de olmos de una larga alameda señorial; y brillantaba la arena y los matojos de una de esas inmensas plazoletas, que se encuentran en esos campos donde la tierra era antaño harto poco costosa como para poder sacrificarla al ornato. Era el aire tan puro, tan suave el ambiente, que las familias tomaban entonces el fresco lo mismo que en verano.

Un hombre, que vestía chaqueta de cazador de dril verde, con botones del mismo color, y se tocaba con una gorra de la misma tela, calzaba zapatos de suela fina y llevaba grebas de dril hasta la rodilla, estaba limpiando una carabina con ese cuidado que en tal operación ponen los buenos cazadores en sus ratos de ocio. No llevaba aquel hombre morral ni canana ni ninguno de esos arreos que anuncian la salida para la caza o la vuelta de ella, y dos mujeres, sentadas a su lado, mirábanlo y parecían poseídas de mal disimulado terror. Cualquiera que hubiese podido contemplar la escena oculto en un matorral, se habría, sin duda, estremecido como se estremecían la vieja suegra y la mujer de aquel hombre. Indudablemente, ningún cazador toma tan minuciosas precauciones para matar alimañas, ni emplea en el departamento del Aube una pesada carabina rayada.

—¿Es que vas a matar rebecos, Michu? —díjole su joven esposa, tratando de adoptar un aire jocoso.

Antes de responder, examinó Michu a su perro, que tumbado al sol, extendidas las patas delanteras y el hocico entre las patas, en esa simpática actitud de los perros de caza, acababa de alzar la cabeza y venteaba alternativamente, alargando el hocico, la alameda de un cuarto de legua de larga y un atajo que desembocaba a la izquierda, en la glorieta.

—No —respondió Michu—, sino a un monstruo que no quiero marrar; un lobo cervical —en esto gruñó el perro, un podenco magnífico, de piel blanca, salpicada de pintas oscuras—. ¡Bueno! —dijo Michu hablando solo—. Esbirros. Hormigean por todo el país.

Madame Michu levantó condolida los ojos al cielo. Hermosa rubia de ojos azules, formada como una estatua clásica, ensimismada y absorta, parecía consumida por un pesar negro y amargo. El aspecto del marido podía explicar hasta cierto punto el

terror de ambas mujeres. Las leyes fisionómicas son exactas, no sólo en su aplicación al carácter, sino también en relación con la fatalidad de la existencia. Hay fisonomías proféticas. Si posible fuere, y diz que esta estadística viviente interesa a la sociedad, poseer un dibujó exacto de los que mueren en el patíbulo, la ciencia de Lavater y de Gall probaría victoriosamente que en las caras de todos esos individuos, aun de los inocentes, había signos extraños. Sí; la fatalidad estampa su sello en los rostros de quienes han de morir de una muerte violenta, sea la que fuere.

Pues bien: ese sello, visible a los ojos del observador, llevábalo impreso en su expresivo semblante el hombre de la carabina. Bajo y rechoncho, vivaracho y ágil como un mico, aunque de carácter apacible, tenía Michu una cara blanca, inyectada en sangre, recogida como la de un calmuco y a la que el pelo rojo, rufo, daba una expresión siniestra. Sus ojos, amarillos y claros, mostraban, cual los de los tigres, una hondura interior, en la que iba a perderse la mirada del observador, sin en ella encontrar calor ni movimiento. Fijos, luminosos y rígidos, aquellos ojos acababan por infundir miedo. La oposición constante entre la inmovilidad de los ojos y la vivacidad del cuerpo agravaba todavía más la glacial impresión que a primera vista hacía Michu. Siempre apercebida en aquel hombre, la acción debía estar al servicio de un pensamiento único, de igual modo que en los animales la vida carece de reflexión y está al servicio de los instintos.

Desde 1793 habíase dejado la pelirroja barba en forma de abanico. Aunque no hubiere sido bajo el Terror presidente de un club de Jacobinos, esa sola particularidad de su cara lo habría hecho terrible de ver. Aquella faz socrática de chata nariz remataba en una frente hermosísima; pero tan preñada, que parecía caer a plomo sobre el rostro. Las orejas, muy despegadas, poseían una suerte de movilidad, como la de las fieras, siempre alerta. Entornada la boca, por una costumbre harto frecuente entre los campesinos, dejaba ver unos dientes fuertes y blancos, como almendras, pero mal colocados.

Unas patillas, tupidas y lustrosas, ponían marco a aquella cara blanca y a trechos violácea. El pelo cortado al rape por delante, y largo en los carrillos y la nuca, hacía resaltar perfectamente, por su rojez leonada, todo cuanto aquel rostro tenía de extraño y de fatal. Corto y gordo el cogote, era una tentación para la cuchilla de la ley. En aquel momento el sol, que cogía de refilón al grupo, iluminaba de lleno aquellas tres cabezas que, de cuando en cuando, miraba el podenco. Desarrollábase por cierto la escena en un teatro magnífico.

Cae la dicha glorieta al extremo del parque de Gondreville, una de las heredades más ricas de Francia, y sin discusión una de las más bellas del departamento del Aube; magníficas avenidas de olmos, un castillo edificado con arreglo a los planos de Mansard, un parque de mil quinientas hanegadas de tierra, cercado de tapias, nueve grandes cortijos, un bosque, molinos y prados. Aquella finca, poco menos que regia, pertenecía, antes de la Revolución a la familia Simeuse. Ximeuse es un feudo sito en

Lorena. Su nombre se pronunciaba Simeuse y acabaron escribiéndolo como lo pronunciaban.

Los grandes caudales de los Simeuse, nobles afectos a la casa de Borgoña, datan de los tiempos en que los Guisa amenazaran a los Valois. Richelieu primero y Luis XIV después se acordaron de la lealtad de los Simeuse a la facciosa casa de Lorena, y los postergaron.

El marqués de Simeuse de entonces, un viejo borgoñón, antiguo partidario de los Guisa, antiguo liguero, antiguo frondista (había heredado los cuatro grandes rencores de la nobleza contra los reyes), fuese a vivir a Cinq-Cygne. Aquel cortesano, echado del Louvre, casó con la viuda del conde de Cinq-Cygne, la rama segundona de la famosa casa de Chargeboeuf, una de las más ilustres del viejo condado de Champaña, pero que se hizo tan célebre como la primogénita y más opulenta. El marqués, uno de los hombres más ricos de aquel tiempo, en vez de arruinarse en la Corte, edificó Gondreville, ordenó sus predios y les incorporó otras tierras con el solo fin de procurarse una buena caza. Levantó también en Troyes el hotel de Simeuse, a poca distancia del hotel de Cinq-Cygne.

Esas dos viejas casonas, con el Obispado, fueron mucho tiempo las únicas que en Troyes había labradas en piedra. El marqués vendióle Simeuse al duque de Lorena. Su hijo derrochó sus economías y lo poco que de aquel patrimonio quedara en tiempos de Luis XV; pero aquel hijo llegó a ser primero jefe de escuadra, luego vicealmirante y reparó las locuras de su mocedad con brillantes servicios. El marqués de Simeuse, hijo de aquel marino, pereció en la guillotina en Troyes, dejando dos mellizos, que emigraron y que a la sazón se hallaban en el extranjero, siguiendo la suerte de la casa de Condé.

Aquella glorieta había sido en otro tiempo el lugar de cita para las cacerías del Gran marqués. Llamaba así la familia al Simeuse que había edificado Gondreville. Desde 1789, vivía Michu en aquella glorieta, sita en el interior del parque, labrada en tiempos de Luis XIV y llamada el Pabellón de Cinq-Cygne. La aldea de Cinq-Cygne cae al extremo del bosque de Nodesme (corrupción de Notre-Dame), a la que conduce la avenida con cuatro hileras de olmos, en que «Couraut» husmaba esbirros. Desde la muerte del Gran marqués, tenían completamente abandonada la glorieta. El vicealmirante frecuentaba mucho más el mar y la Corte que la Champaña y su hijo cedióle aquel pabellón medio ruinoso como vivienda a Michu.

Ese noble edificio de adobe muestra adornos de piedra vermiculada en las esquinas, puertas y ventanas. A cada uno de sus lados ábrese una verja de bella labor de forja, pero roída de orín. Tras la verja extiéndese un ancho y profundo foso, del que arrancan recios árboles, cuyos parapetos están erizados de arabescos de hierro que muestran sus innumerables púas a los malhechores.

No empiezan las tapias del parque sino más allá de la circunferencia marcada por la glorieta. Fuera dibujan la magnífica media luna unos taludes plantados de olmos, de igual modo que la que le corresponde en el parque fórmanla macizos de árboles

exóticos. Así que el pabellón ocupa el centro de la glorieta, trazado por esas dos herraduras. De las antiguas salas de la planta baja había hecho Michu cuadra, establo, cocina y leñera. El único vestigio del antiguo esplendor es una antesala, enlosada de baldosas de mármol blancas y negras, a la que da acceso, por la parte del parque, una de esas puertas-ventanas con cristalitos, como las que había aún en Versalles, antes que Luis Felipe lo convirtiera en hospital de las glorias de Francia.

Aquel pabellón por dentro pártelo en dos una vieja escalera de madera gastada, pero llena de carácter, que lleva al primer piso, donde hay cinco habitaciones, algo bajas de techo. Por encima se extiende un inmenso desván. Tiene por montera ese venerable edificio uno de esos grandes tejados de cuatro vertientes, cuya arista adornan dos ramilletes de plomo y horadan cuatro de esos ojos de buey tan gratos, y con razón, a Mansard; porque en Francia el ático y los tejados planos, a la italiana, son un absurdo contra el que el clima protesta. Allí guardaba Michu su forraje. Toda la parte del parque que circunda ese viejo pabellón está dispuesto a la inglesa. A cien pasos, un exlago, reducido ahora a simple estanque bien poblado de peces, da fe de su presencia, tanto por el croar de mil ranas, sapos y demás anfibios, locuaces al ponerse el sol. La vetustez de las cosas, el profundo silencio de los bosques, la perspectiva de la alameda, la selva a lo lejos, mil pormenores, los hierros tomados de orín, las moles de piedra avellutadas por el musgo, todo eso imprime poesía a ese edificio que todavía subsiste.

En el momento en que comienza esta historia, estaba recostado Michu en uno de los musgosos pretiles, t sobre el que se veían su frasco de pólvora, su gorro, su pañuelo, un destornillador, unos trapajos y, en una palabra, todos los utensilios necesarios para su sospechosa operación. La silla de su mujer estaba adosada a un lado de la puerta exterior del pabellón, sobre la que aún subsistían las armas de los Simeuse con este bello lema: Si meurs! (Aquí muero!)... La madre, vestida a lo rústico, había puesto su silla delante de *madame* Michu para que ésta tuviera sus pies, al recaudo de la humedad, sobre uno de los palos.

—¿Está por ahí el chico? —preguntóle Michu a su consorte.

—Anda dando vueltas por alrededor del estanque... Se vuelve loco por las ranas y los insectos... —respondió la madre.

Silbó Michu de un modo como para que cualquiera diese un respingo. La prontitud con que acudió su hijo demostraba el despotismo ejercido por el administrador de Gondeville. Desde 1789, pero, sobre todo, desde 1793, era Michu poco menos que el amo de aquella finca. El terror que les inspiraba a su mujer, su suegra, a un criadito llamado Gaucher y a una criada llamada Mariana, compartíanlo todos en diez leguas a la redonda. Acaso no convenga demorar demasiado la exposición de las razones de aquel sentimiento que, de otra parte, completarán en lo moral el retrato de Michu.

Deshiciérase de sus bienes en 1790 el viejo marqués de Simeuse; pero habiéndosele adelantado los acontecimientos, no pudo poner en manos fieles su

hermosa finca de Gondreville. Acusados de cartearse con el duque de Brunswick y el príncipe de Cobourg, el marqués de Simeuse y su esposa fueron encarcelados y condenados a muerte por el tribunal revolucionario de Troyes, que presidía el padre de Marta. Así que vendieron como bien nacional aquel hermoso predio. Cuando la ejecución de los marqueses, todos notaron, no sin cierto horror, la presencia del guarda general de la finca de Gondreville, que, convertido en presidente del club de los Jacobinos de Arcis, había ido a Troyes para presenciarla. Hijo de un triste gañán y huérfano por añadidura, Michu, colmado de beneficios por la marquesa, a la que debía su plaza de guarda general, después de haberlo hecho criar en el castillo, miráronlo los exaltados cual un nuevo Bruto, pero todos los vecinos de la marca le volvieron la espalda a raíz de aquel rasgo de ingratitud. El comprador de la finca fue un individuo de Arcis, llamado Marión, nieto de un intendente de la casa de Simeuse.

Aquel sujeto, abogado antes y después de la Revolución, cobróle miedo al guarda, nombrólo su administrador con tres mil libras de gajes y un tanto por ciento en las ventas. Michu, que pasaba ya por poseedor de una docena de miles de francos, casó, protegido por su fama de patriota, con la hija de un curtidor de Troyes, el apóstol de la Revolución en aquella localidad, donde presidiera el tribunal revolucionario. El tal curtidor, hombre de convicciones, que en el carácter se parecía a Saint-Just, encontróse complicado más tarde en la conspiración de Baboeuf y se suicidó para librarse de la guillotina. Era Marta la chica más guapa de Troyes. Así que, pese a su patética modestia, obligárala su terrible padre a hacer de diosa de la Libertad en una ceremonia republicana. En siete años no apareció tres veces por Gondreville el comprador. Había sido su abuelo el intendente de los Simeuse y todo Arcis dio por seguro que Marión era un testaferrero de dicha familia. En tanto duró el Terror, el administrador de Gondreville, patriota probado, yerno del presidente del tribunal revolucionario de Troyes, mimado por Malin (del Aube), uno de los representantes del departamento, vióse objeto de una suerte de respeto.

Pero cuando cayó vencida la Montaña y se suicidó su suegro, vino a ser Michu un chivo expiatorio; todos se dieron prisa a imputarles a él y a su suegro actos a los que había sido ajeno. Afrontó el administrador la injusticia de la gente; se endureció y adoptó una actitud hostil. Volviese atrevido de boquilla. Pero desde el 18 de Brumario guardaba ese profundo silencio que es la filosofía de los fuertes; no luchaba ya con la opinión general: se contentaba con obrar; esa sabia conducta hizo que lo mirasen como un cuco, pues poseía en tierras un capital de unos cien mil francos. En primer lugar, no gastaba nada; y además, ese dinero viniérale legítimamente, ya de la herencia de su suegro, ya de los seis mil francos que al año le producía su cargo, en gajes y provechos.

No obstante llevar doce años de administrador, y por más que cualquiera pudiese echar la cuenta de sus economías, cuando, en los albores del Consulado, compró un cortijo de cincuenta mil francos, surgieron acusaciones contra el antiguo montañés, y los de Arcis le atribuyeron la intención de querer recobrar la estimación de antaño,

acumulando un gran capital. Por desgracia, en el momento en que todos lo olvidaban, un estúpido lance envenenado por los cotilleos de los campos recrudesció la general creencia sobre la ferocidad de su carácter.

Cierta noche, al salir de Troyes en compañía de unos lugareños, entre los cuales figuraba el cortijero de Cinq-Cygne, hubo de caérsele un papel en la carretera; y aquel cortijero, que iba el último, se agachó y lo recogió del suelo: volvióse Michu y lo mismo fue ver el papel en manos de aquel individuo que tirar de la pistola que llevaba al cinto, cargarla y amenazar al cortijero, que sabía leer, con volarle los sesos si desdoblaba el papelito. Fue tan rápido y violento el gesto de Michu, tan terrible el tono de su voz y tal fuego echaba por los ojos, que todos se intimidaron. El cortijero de Cinq-Cygne era, naturalmente, un enemigo de Michu. *Mademoiselle* de Cinq-Cygne, prima de los Simeuse, no tenía más bienes de fortuna que un cortijo y habitaba en su castillo de Cinq-Cygne. Sólo vivía para sus primos, los mellizos, con los que jugara de niña en Troyes y en Gondreville.

Su único hermano, Julio de Cinq-Cygne, emigrado antes que los Simeuse, había muerto ante Maguncia; pero por un privilegio harto raro, y del que más adelante se hablará, no se extinguía el nombre de Cinq-Cygne por falta de varones. Aquel incidente entre Michu y el cortijero de Cinq-Cygne armó mucho ruido en el distrito y ensombreció los tonos, ya de por sí misteriosos, que a Michu entenebrecían; pero no fue aquélla la única circunstancia que lo hizo temible. Meses después de aquella escena, el ciudadano Marión estuvo con el ciudadano Malin en Gondreville. Corrió el rumor de que Marión iba a venderle su tierra a aquel hombre, al que los acontecimientos políticos habían favorecido y el Primer cónsul acababa de nombrar consejero de Estado, como recompensa a sus servicios el 18 de Brumario. Adivinaron entonces los políticos del lugarejo de Arcis que Marión había sido el testaferro del ciudadano Malin y no de los señores de Simeuse.

El omnipotente consejero de Estado era el más encopetado personaje de Arcis. Había enviado a uno de sus amigos políticos a la Prefectura de Troyes, librado de las quintas al hijo de un colono de Gondreville, llamado Beauvisage, y hacía favores a todo el mundo. Así que aquel asunto no había de encontrar oposición en el país donde Malin reinaba y sigue reinando. Corrían los albores del Imperio. Quienes leen hoy historias de la Revolución francesa no sabrán jamás qué intervalos tan enormes ponía el pensamiento público entre los acontecimientos tan cercanos de entonces. La general necesidad de paz y sosiego, que todos sentían tras conmociones tan violentas, engendraba un olvido completo de los hechos anteriores más graves. Envejecía aprisa la Historia, constantemente madurada por nuevos y ardientes intereses. Así que nadie, salvo Michu, indagó el pasado de aquel asunto, que a todos pareció muy sencillo.

Marión, que a su tiempo comprara Gondreville en seiscientos mil francos en asignados, lo vendió en un millón de escudos; pero la única cantidad desembolsada por Malin fueron los derechos del Registro. Grévin, un camarada de pasantía de Malin, favoreció naturalmente aquel enjuague y el consejero de Estado se lo pagó

haciendo que lo nombraran notario de Arcis. Luego que esa noticia llegó al pabellón, llevada por el colono de una granja sita entre el bosque y el parque, a la izquierda de la hermosa avenida, y llamada Grouage, púsose Michu pálido y salió; fue a acechar a Marión y acabó por encontrárselo solo en una alameda del parque.

—¿*Monsieur* vende Gondreville?

—Sí, Michu, sí. Tendrá usted de amo a un hombre poderoso. El consejero de Estado es amigo del Primer Cónsul y está íntimamente relacionado con todos los ministros y lo protegerá a usted.

—Entonces, ¿se quedaba usted con la finca para usted?

—No digo tal cosa —replicó Marión—. No sabía en aquella fecha cómo colocar mi dinero y, para mi seguridad, lo invertí en bienes relacionados; pero ahora no me conviene seguir con las tierras pertenecientes a la casa en que mi padre...

—Sirvió de criado, de intendente —dijo con vehemencia Michu—. Pero usted no la venderá... La quiero yo y puedo pagarla.

—¿Tú?

—Sí, yo; en serio y en oro de ley, ochocientos mil francos...

—¿Ochocientos mil francos?... Pero ¿de dónde los has sacado? —exclamó Marión.

—Eso no le importa a usted —replicó Michu. Y luego, ablandándose, añadió en voz baja—: Mi suegro salvó a muchos.

—Pues llegas demasiado tarde, Michu; el asunto es ya cosa hecha.

—¡Pero usted lo aplazará, *monsieur*! —exclamó el administrador, cogiendo la mano a su amo y apretándosela como en un torno—. Yo soy odiado y quiero ser rico y poderoso: ¡necesito Gondreville! Y sepa usted que no le tengo apego a la vida y que o me vende usted la finca o le salto la tapa de los sesos...

—Pero, por lo menos, déjame tiempo para verme con Malin, que... no es nada acomodaticio...

—Le doy a usted veinticuatro horas. Y si dice usted una palabra de esto, a mí me da igual cortarle a usted la cabeza que cortar un rábano...

Aquella noche Marión y Malin dejaron el castillo. Marión tuvo miedo y diole cuenta al consejero de Estado de aquel encuentro, diciéndole que no perdiera de vista al administrador. No podía Marión hacer otra cosa que devolverle aquella tierra a quien de veras la pagara, y Michu no parecía hombre capaz de comprender ni dar por buena esa razón. Además, aquel servicio prestado por Marión a Malin debía de ser, y lo fue efectivamente, el origen de su suerte política y la de su hermano. Marión hizo nombrar, en 1806, al abogado Marión presidente primero de un tribunal imperial, y en cuanto se crearon los recaudadores generales consiguió la recaudación del Aube al hermano del abogado. El consejero de Estado díjole a Marión que continuase en París y dio parte de lo ocurrido al ministro, el cual sometió a vigilancia al guarda. Pero con objeto de no inducirlo a extremos y quizá para vigilarlo mejor, Malin dejó a Michu en su puesto, bajo la férula del notario de Arcis.

Desde entonces, Michu, cada día más taciturno y caviloso, cobró la reputación de hombre capaz de hacer cualquier fechoría. Malin, consejero de Estado, función que el Primer Cónsul casi equiparó a la de ministro, y uno de los redactores del Código, hacía un gran papel en París, donde había comprado uno de los más hermosos hoteles del faubourg Saint-Germain, luego de casarse con la hija única de Sibuelle, un opulento contratista bastante desacreditado, que le asignó de socio a Marión en la recaudación del Aube. De suerte que no había aportado más de una vez por Gondreville, delegando en Grévin todo lo relativo a sus intereses.

Finalmente, ¿qué tenía que temer el antiguo representante del Aube de un expresidente del club de los Jacobinos de Arcis? A todo esto, la burguesía compartió también el mal concepto en que a Michu tenían las clases bajas; y Marión, Grévin y Malin, sin dar explicaciones ni comprometerse, lo señalaron como a hombre excesivamente peligroso. Obligadas a vigilar al guarda por el ministro de la Policía general, no hicieron las autoridades nada por desvanecer esa creencia. Acabaron en la comarca asombrándose de que Michu siguiera en su puesto, aunque interpretaron esa concesión cual un efecto del terror que inspiraba. ¿Quién no se explicaría ahora la profunda melancolía expresada por la mujer de Michu?...

En primer lugar, su madre diérale a Marta una educación piadosa. Buenas católicas las dos, habían sufrido por efecto de las ideas y la conducta del curtidor. Marta no se acordaba nunca, sin sonrojarse, de que la hubieran paseado por Troyes en traje de diosa. Obligárala su padre a casarse con Michu, cuya mala fama iba en aumento, y al que temía ella demasiado para nunca poderlo juzgar. Pero aquella mujer se sentía amada; y en el fondo de su corazón palpitaba para aquel hombre terrible el cariño más sincero; nunca le viera hacer nada que no fuere justo ni decir ninguna frase brutal, al menos a ella; y además se desvivía por adivinarle todos sus deseos. Aquel pobre paria, creyendo serle antipático a su esposa, se pasaba casi todo el tiempo por ahí fuera. Marta y Michu, poseídos de mutua desconfianza, vivían en los términos de lo que hoy se llama una paz armada. Marta, que no veía a nadie, sufría mucho con la reprobación que, hacía siete años, pesaba sobre ella, por ser hija de un cortacabezas, y la que sobre su marido pesaba a título de traidor. Más de una vez oyérale a la gente del cortijo que había en el llano, a la derecha de la avenida, llamado Bellache y regentaba Beauvisage, un hombre adicto a los Simeuse, decir al pasar por delante del pabellón:

—¡Ésa es la casa de los Judas!...

La singular semejanza de la cara del administrador con la del apóstol número trece, y que le parecía haber querido completar, valiérale, con efecto, ese odioso remoquete en toda la comarca. Así que esa desdicha, unida a vagos temores sobre el porvenir, hacía que Marta anduviese siempre cavilosa y ensimismada. No hay nada que entristezca más profundamente que una degradación inmerecida y de la que es imposible rehabilitarse. ¿No habría hecho un pintor un bello cuadro de esa familia de

parias en el seno de uno de los más lindos parajes de la Champaña, cuyo paisaje, por lo general, es triste?...

—¡Francisco! —gritó el administrador, para meter prisa a su hijo.

Francisco Michu, un chico de diez años, disfrutaba con el parque y el bosque y les sacaba sus pequeños tributos como dueño y señor; se comía la fruta, cazaba, vivía sin preocupaciones ni penas; era el único ser feliz de aquella familia, aislada en la comarca por su situación entre el parque y el bosque, como moralmente lo estaba por la general repulsa.

—¡Recógeme todo eso —díjole el padre a su hijo, indicándole el pretil— y guárdamelo! Mírame a la cara... Tú querrás a tus padres, ¿verdad?

Abalanzóse el chiquillo a su padre para darle un beso, pero Michu hizo un gesto para apartar la carabina y lo repelió.

—¡Bueno! Alguna vez habrás hablado de lo que aquí hacemos —dijo, fijando en él sus ojos terribles, cual los de un gato montés—. Pues métete bien esto en la cabeza. Revelar lo más mínimo de lo que aquí se hace, en Gaucher, a la gente de Grouage o Bellache e incluso a Mariana, que nos quiere, sería tanto como matar a tu padre. No vuelvas a hacerlo y te perdono tus indiscreciones de ayer.

El niño se echó a llorar.

—No llores; pero a cualquier pregunta que te hagan, responde como los campesinos: «¡Yo no sé nada!...». Hay gente que merodea por el país y que no dan buena espina. ¡Bueno!..., ya habéis oído vosotras dos —dijoles Michu a las mujeres—. Así, que chitón.

—Pero, querido, ¿qué piensas hacer?

Michu, que medía con cuidado una carga de pólvora y la vertía en el cañón de su carabina, dejó el arma contra el pretil y díjole a Marta:

—Nadie sabe que tengo esta carabina; ¡póntela detrás!...

«Couraut», empinado sobre sus cuatro patas, ladraba furiosamente.

—¡Hermoso e inteligente animal!... —exclamó Michu—. Seguro estoy de que por ahí andan espías...

El espionaje se siente. «Couraut» y Michu, que parecían tener la misma alma, vivían juntos como el árabe y su caballo viven en el desierto. Conocía el administrador todas las modulaciones de la voz de «Couraut» y las ideas que expresaban, de igual modo que el perro le leía a su amo el pensamiento en los ojos y lo sentía exhalado en el aire de su cuerpo.

—¿Qué me dices de eso? —exclamó Michu, indicándole a su mujer dos siniestros personajes que asomaban por una contralameda en dirección a la plazoleta.

—Pero ¿qué pasa en el país? ¿Son parisienses?... —dijo la vieja.

—¡Ah!, ya están ahí —exclamó Michu—. Esconde mi carabina —díjole a su mujer—, que vienen hacia acá.

Los dos parisienses, que cruzaran la glorieta, mostraban unas figuras que de fijo habrían sido típicas para un pintor. Uno de ellos, el que parecía el subalterno, llevaba

botas con vueltas, que le caían un poco bajo y dejaban ver unas pantorrillas delicadas y unas medias de seda multicolores, de dudosa limpieza. El calzón de cordoncillo, color albaricoque, con botones de metal, le venía algo ancho; encontrábase en él el cuerpo holgado y los dobleces acusados indicaban, por su disposición, a un hombre de gabinete. El chaleco de piqué, recargado de recamos prominentes, abierto, abrochado con un solo botón a la altura del vientre, daba a aquel personaje un aire tanto más desaliñado cuanto que su negro pelo, rizado a tirabuzones, le tapaba la frente y le bajaba a lo largo de los carrillos. Sobre el calzón colgaban dos cadenillas de reloj de acero. Adornábale la camisa un alfiler con un camafeo blanco y azul. El frac, color canela, se recomendaba al caricaturista con una larga cola que, vista por detrás, mostraba un parecido tan cabal con un bacalao, que le habían puesto ese nombre.

La moda de los fraques con cola de bacalao duró diez años, casi tanto como el imperio de Napoleón. La corbata, floja y con pliegues numerosos, permitíanle a aquel individuo sepultar en ella el rostro hasta la nariz. Su cara granujienta, su narizota color de ladrillo, sus pómulos arrebolados, su boca desamueblada, pero amenazante y glotona, sus orejas ornadas de grandes aretes de oro, su frente rastrera, todos esos detalles que parecen grotescos, resultaban en él terribles, debido a dos ojillos colocados y horadados como los de un marranillo de implacable avidez, de una crueldad guasona y casi alegre.

Aquellos dos ojos escrutadores y perspicaces, de un azul glacial y helado, podían parecer el modelo de ese ojo famoso, el terrible emblema de la Policía, inventado durante la Revolución. Llevaba guantes de seda negra y un bastoncillo en la mano. Debía de ser algún personaje oficial, pues en su talante modo de tomar su rapé y atiborrarse con él la nariz, mostraba la importancia burocrática de un subalterno que se sale ostensiblemente del marco y que, en virtud de órdenes emanadas de arriba, resultaba, por el momento, soberano.

El otro, cuyo indumento era del mismo estilo, pero elegante y elegantemente llevado, y cuidado hasta en sus menores detalles, que al andar hacía crujir sus botas a lo Suvaroff, calzadas por encima de un pantalón ceñido, llevaba sobre su frac un Spencer, moda aristocrática adoptada por los currutacos y por la juventud dorada y que sobrevivía a los currutacos y a la juventud dorada. Hubo en aquel tiempo modas que duraron más que los partidos, síntoma de anarquía que ya 1830 nos ha mostrado. Aquel perfecto lechuguino parecía tener treinta años. Sus modales delataban la buena sociedad y lucía alhajas de precio. El cuello de la camisa le llegaba a las orejas. Su aire fatuo y casi impertinente acusaba una suerte de superioridad oculta; su lívido rostro parecía no tener gota de sangre; su nariz, chata y fina, mostraba el corte sardónico de la de una calavera, y sus ojos verdes eran impenetrables; era su mirar tan discreto cual debía de serlo su boca, de labios delgados y prietos.

Un buen chico parecía el primero comparado con aquel joven seco y flaco, que azotaba el aire con un junquillo, cuyo puño de oro brillaba al sol. Podía el primero

cortar él mismo una cabeza; pero el segundo era capaz de enredar en las mallas de la calumnia y la intriga a la inocencia, la belleza y virtud y ahogarlas o envenenarlas con toda frialdad. El hombre rubicundo habría consolado a su víctima con chistes; el otro, ni siquiera habría sonreído. Frisaba el primero en los cuarenta y cinco y debían de gustarle la buena mesa y las mujeres. Los hombres de este tipo tienen todas las pasiones que los hacen esclavos de su oficio. Pero el otro, el joven, no tenía pasiones ni vicios. De ser esbirro, pertenecería a la diplomacia; y trabajaba por puro amor al arte. El uno concebía, el otro ejecutaba; era el uno la idea; el otro, la forma.

—Estaremos en Gondreville, ¿verdad, buena mujer? —preguntó el joven.

—¡Aquí no se estila eso de buena mujer! —respondió Michu—. Nosotros seguimos aún llamándonos sencillamente ciudadano y ciudadana.

—¡Ah! —exclamó el joven, con el aire más natural del mundo y sin mostrar asombro.

Más de una vez han sentido los jugadores, en la buena sociedad, sobre todo en el juego del ecarté, una como derrota interior al ver sentarse a la mesa delante de ellos, cuando tienen la suerte de cara, a un punto cuyos modales, mirada, voz y estilo de barajar les pronostican que van a perder. A vista de aquel joven, sintió Michu una postración profética de esa índole. Acometióle un presentimiento mortal, vislumbró confusamente el patíbulo, gritóle una voz que aquel pisaverde iba a serle fatal, aunque hasta entonces no mediase entre ellos nada de común. De ahí que le contestase con aquella grosería, pues quería ser grosero y lo fue.

—¿No depende usted del consejero de Estado Malin? —preguntó el segundo parisiense.

—Yo no tengo más amo que yo mismo —respondió Michu.

—Bueno, *mesdames* —dijo el joven, adoptando los más finos modales—, estamos en Gondreville, ¿verdad?... Aquí nos aguarda *monsieur* Malin.

—Ése es el parque —dijo Michu, indicándole la verja abierta.

—¿Y por qué esconde usted esa carabina, guapa? —dijo el jovial compañero del joven que, al trasponer la verja, hubo de ver el cañón del arma.

—¡Tú trabajas siempre hasta en el campo! —exclamó el joven sonriendo.

Volviéronse ambos, a impulsos de un pensamiento de desconfianza que el guarda comprendió, pese a la impasibilidad de sus semblantes; dejóles Marta mirar la carabina entre los ladridos de «Couraut», pues tenía la convicción de que Michu meditaba un mal golpe, y casi celebró la perspicacia de los dos desconocidos. Lanzóle Michu a su mujer una mirada que la hizo temblar, cogió la carabina y procedió a meterle una bala, aceptando las fatales consecuencias de aquel descubrimiento y aquel encuentro; pareció cual si ya no le tuviera apego a la vida, y su mujer comprendió claro entonces su funesta determinación.

—Pero ¿es que tenéis por aquí lobos? —preguntóle el joven a Michu.

—Siempre andan los lobos por donde hay borregos. Están ustedes en Champaña y ahí tienen un bosque; pero también tenemos por aquí jabalíes, alimañas grandes y

chicas. ¡Tenemos un poco de todo! —dijo Michu, con aire zumbón.

—Apuesto algo, Corentin —dijo el de más edad de los dos, después de cambiar una mirada con el otro—, a que este hombre es mi Michu...

—Nosotros no hemos guardado cerdos juntos —respondió el administrador.

—No; pero hemos desempeñado la presidencia de los Jacobinos, ciudadano —rezó el viejo cínico—. Usted en Arcis, yo en otro sitio... Tú has conservado la finura de la Carmañola; pero ya no está de moda, chiquito.

—El parque me parece muy grande y podríamos perdernos en él; si es usted el guarda, haga que nos conduzcan al castillo —dijo Corentin.

Silbóle Michu a su hijo y siguió cargando su bala; Corentin contemplaba a Marta con ojos indiferentes, en tanto su compañero parecía encantado; pero notábale indicios de una congoja que se le pasara por alto al viejo libertino, que ya reparaba con alarma en la carabina. En pequeño, aquel detalle tan grande pintábase de cuerpo entero aquellos dos caracteres.

—Estoy citado más allá del bosque —dijo el administrador—, y no puedo prestarles yo mismo ese servicio; pero mi hijo les llevará al castillo. Pero ¿por dónde han venido ustedes a Gondreville?... ¿Acaso por Cinq-Cygne?...

—Teníamos, como usted, asuntos en el bosque —explicó Corentin, sin pizca de ironía al parecer.

—Francisco —exclamó Michu—, lleva a estos señores al castillo por los atajos para que no los vean, que no sigan los caminos trillados. ¡Pero primero ven acá!... —dijo, al ver que los dos forasteros le habían vuelto la espalda y echado a andar, hablándose bajito.

Cogió Michu a su hijo, y lo besó casi santamente y con una expresión que confirmó a su mujer en sus temores; corrióle a Marta frío por la espalda y miró a su madre con ojos enjutos, pues no podía llorar.

—¡Anda! —dijo, y lo fue siguiendo con la vista, hasta que desapareció del todo.

«Couraut» rompió a ladrar por la parte del cortijo de Grouage.

—¡Oh, es Violette! —dijo Michu—. Es la tercera vez que pasa por aquí esta mañana... Pero ¿qué habrá en el aire?... ¡Basta ya, «Couraut»!

Instantes después oyóse el trotecillo de un caballo.

Violette, jinete en uno de esos jacos de que se sirven los granjeros de los alrededores de París, dejó ver, bajo un sombrero redondo y de grandes alas, su cara color de palo y muy arrugada, que parecía a la sazón más tétrica. Sus ojos grises, maliciosos y brillantes disimulaban su carácter traicionero. Sus secas piernas, calzadas en grebas de tela blanca que le subían hasta las rodillas, colgaban sin apoyarse en estribos y parecían sostenidas por el peso de sus ferrados zapatones. Llevaba encima de su chaqueta de paño azul una anguarina de listas blancas y negras. El pelo canoso caíale en rizados sobre el cogote. Aquel indumento, el caballejo gris de patitas cortas, el modo como en él tenía Violette, tripa adelante y busto hacia atrás, la gruesa manaza agrietada y color de tierra, que sujetaba una pésima rienda roída y

picoteada, todo en él delataba a un campesino avaro, ambicioso, que quiere poseer tierras y las compra a cualquier precio.

Su boca de labios violáceos, hendidos cual si un cirujano se los hubiese sajado con un bisturí, las incontables arrugas de su cara y su frente, impedían el juego de su fisonomía, de la que sólo los contornos hablaban. Aquellas líneas duras, paradas, parecían expresar la amenaza, pese a ese aire humilde que afectan casi todos los campesinos y, tras el cual ocultan sus emociones y sus cálculos, igual que los orientales y los salvajes ocultan los suyos bajo una gravedad imperturbable. De simple bracero a jornal, convertido en granjero de Grouage, merced a un sistema de creciente crueldad, seguía practicándolo aun después de haberse conquistado una posición que iba más allá de sus aspiraciones primeras. Deseaba el mal del prójimo y lo deseaba ardientemente. Cuando a él podía contribuir, hacía lo con gusto.

Era Violette francamente envidioso; pero en todas sus artimañas mantenía dentro de los límites de la legalidad, ni más ni menos que una oposición parlamentaria. Creía que su suerte dependía de la ruina de los demás, y en todo aquel que por encima de él estaba veía un enemigo contra el cual todos los medios eran buenos. Semejante carácter es harto corriente entre los campesinos. Su gran asunto del momento era obtener de Malin una prórroga del contrato de arrendamiento de su cortijo que sólo tenía ya seis años de vigencia. Envidioso de la suerte del administrador, no lo perdía de vista; los de la comarca hacíanle la guerra por sus relaciones con los Michu; pero con la esperanza de prorrogar su arriendo por otros doce años, el astuto colono acechaba una ocasión de prestarle un servicio al Gobierno o a Malin, que desconfiaba de Michu. Secundado Violette por el guarda particular de Gondreville, por el guarda rural y algunos de los que se dedicaban a hacer haces de leña, tenía al comisario de Policía de Arcis al corriente de los menores actos de Michu.

Aquel funcionario había intentado, pero inútilmente, atraerse a Mariana, la criada de Michu, al bando del Gobierno; pero Violette y los suyos estaban al tanto de todo por Gaucher, el criadito con cuya fidelidad contaba Michu y que lo traicionaba por menudencias, por un chaleco, unas hebillas, unas medias de algodón o alguna golosina. No sospechaba tampoco aquel chico la importancia de sus comadreo. Violette ennegrecía todos los actos de Michu, hacía los criminales mediante las suposiciones más absurdas, sin que el administrador lo supiera, aunque sí sabía el innoble papel que en su casa hiciera el colono y que se complacía en engañarlo.

—¡Muchos asuntos no tendrá usted en Bellache, cuando aun está aquí! —dijo Michu.

—¿Aún?... ¡Eso es un reproche, *monsieur* Michu! ¡No pensará usted silbarles a los gorriones con ese clarinete!... ¡No le había visto antes de ahora esa carabina!...

—¡Me ha nacido en uno de mis campos, donde brotan carabinas! —respondió Michu—. Mire cómo las siembro.

Apuntó el administrador a una viborilla a treinta pasos de allí, disparó y la mató de un tiro.

—¿Es para guardar a su amo para lo que tiene usted esa arma de bandido?... Puede que él se la haya regalado.

—¡Vino de París expresamente para traérmela! —replicó Michu.

—La cosa es que en toda la comarca se habla la mar de su viaje; dicen los unos que ha caído en desgracia y se retira de los negocios, los otros que quiere poner aquí las cosas en claro; y verdaderamente, ¿por qué se presenta aquí sin avisar, exactamente igual que el Primer Cónsul? ¿Sabía usted que iba a venir?

—Yo no me llevo con él tan bien como para que me haga confidencias.

—Entonces, ¿no lo ha visto usted todavía?

—No me enteré de su llegada sino al volver de hacer la ronda por el bosque —replicó Michu, volviendo a cargar su carabina.

—Pues mandó por *monsieur* Grévin a Arcis y de fijo que algo tribunarán...

Malin había sido tribuno...

—Si va usted por la parte de Cinq-Cygne —díjole Michu a Violette—, lléveme en la grupa, que allá voy yo.

Era Violette harto cobarde para llevar a la grupa a un hombre de la fuerza de Michu, así que picó espuelas. El Judas echóse su carabina al hombro y lanzóse a la avenida.

—Pero ¿con quién la ha tomado Michu? —díjole Marta a su madre.

—Desde que supo la llegada de *monsieur* Malin, tiene una cara muy tétrica —respondió la madre—. Pero hay humedad aquí; entremos en casa.

Luego que ambas mujeres estuvieron sentadas bajo el alcabor de la chimenea, sintieron a «Couraut».

—¡Ahí está mi marido! —exclamó Marta.

Efectivamente; Michu subía la escalera. Inquieta, su mujer, fue a unírsele a su cuarto.

—Mira a ver si hay por ahí alguien —díjole Michu a su mujer.

—Nadie —respondió ella—. Mariana está en el campo con la vaca y Gaucher...

—¿Dónde anda Gaucher?... —preguntó el hombre.

—¡Oh, no sé!...

—No me fío de ese pícamelo; sube al granero, rebusca en él y búscalos hasta por el último rincón del pabellón.

Salió Marta, y al volver encontró a Michu de rodillas y rezando.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntóle, alarmada.

El administrador cogió a su mujer por la cintura, la estrechó contra su pecho, le dio un beso en la frente y, con voz emocionada, le dijo:

—Por si no nos volvemos a ver, tan entendido, mi pobre mujercita, que yo te quería de veras. Sigue al pie de la letra las instrucciones que dejo escritas en una caja enterrada al pie del alerce de ese macizo —dijo tras una pausa, indicándole un árbol

—. Está metida en un canuto de lata. No la toques hasta después de mi muerte. Y, en fin, sea lo que sea lo que me pase, piensa, pese a la injusticia de los hombres, que mi brazo sirvió a la justicia de Dios.

Marta, que palidecía por grados, púsose blanca cual su ropa interior, y quedóse mirando a su marido con ojos fijos y dilatados por el espanto; quiso hablar, pero tenía el garguero seco. Escabullóse Michu como una sombra y «Couraut», al que había atado a la pata de su cama, rompió a aullar como aúllan los perros desesperados.

La cólera de Michu contra *monsieur* Marión había tenido serios motivos, pero luego aquél se la había transferido a un hombre mucho más criminal a sus ojos, a Malin, cuyos secretos penetrara, pues estaba en mejores condiciones que nadie para apreciar la conducta del consejero de Estado. Gozara el suegro de Michu, políticamente hablando, de la confianza de Malin, nombrado representante del Aube en la Convención, debido a las gestiones de Grévin.

Quizá no esté demás referir aquí las circunstancias que pusieron a los Simeuse y a los Cinq-Cygne en contacto con Malin, y pesaron sobre el sino de los dos mellizos y más todavía sobre los de Marta y Michu. El hotel de Cinq-Cygne, en Troyes, era frontero al de Simeuse. Luego que el populacho, azuzado por manos tan poderosas como prudentes, hubo saqueado el hotel de Simeuse y descubierto a los marqueses, acusados de sostener correspondencia con los enemigos, y entregándolos a los guardias nacionales, que los encarcelaron, consecuentes las turbas, gritaron: «¡A Cinq-Cygne!». No concebían que los Cinq-Cygne fuesen inocentes del crimen de los Simeuse.

El digno y valeroso marqués de Simeuse, para salvar a sus dos hijos, de dieciocho años por aquel entonces, y a los que su valor podía comprometer, confiéelos momentos antes de descargar el temporal a su tía, la condesa de Cinq-Cygne. Dos criados, adictos a la casa de Simeuse, tenían encerrados a los jóvenes. El anciano, que no quería se extinguiese su nombre, había recomendado que se lo ocultasen todo a sus hijos, en caso de desgracias extremas. Laurencia, que tenía a la sazón doce años, gozaba por igual del amor de los dos hermanos, a los que también profesaba igual cariño. Como muchos gemelos, parecíanse tanto a los dos Simeuse que durante mucho tiempo los vistió su madre con trajes de color diferente para no equivocarse. El venido primero al mundo, el mayor, se llamaba Pablo-María; el otro, Mariano-Pablo. Laurencia de Cinq-Cygne, a la que le confiaran el secreto de la situación, hizo muy bien su papel de mujer; rogóles a sus primos, los aquietó y los tuvo consigo hasta el momento en que el populacho rodeó el hotel de Cinq-Cygne.

Comprendieron en el mismo instante ambos hermanos el peligro y se lo comunicaron con los ojos. En el acto tomaron su determinación, armaron a los dos criados y a los de la condesa de Cinq-Cygne, levantaron una barricada detrás de la puerta y se colocaron junto a las ventanas, después de correr las persianas, con cinco criados y el abate de Hauteserre, pariente de los Cinq-Cygne. Los ocho valientes paladines hicieron un fuego terrible sobre las turbas. Cada tiro mataba o hería a un

asaltante. Laurencia, en lugar de atribularse, cargaba los fusiles con una energía extraordinaria, pasábales balas y pólvora a los que no las tenían. La condesa de Cinq-Cygne postrárase de hinojos.

—¿Qué hace usted, mamá? —díjole Laurencia.

—Pedirle a Dios —respondió la dama— por ellos y por vosotros.

Frase sublime que también profiriera la madre del príncipe de la Paz, en España, en trance parecido. En un santiamén, once hombres rodaron por tierra muertos y mezclados con los heridos. Los acontecimientos de esa clase enfrían o exaltan al populacho, que persiste exasperado en su obra o la deja. Aterrados, los más avanzados retrocedieron; pero la masa entera, que había ido allí a saquear, matar y asesinar, al ver los muertos, prorrumpió en gritos de «¡A los asesinos!...». Los más prudentes fueron a buscar al representante del pueblo. Los dos hermanos, enterados entonces de los acontecimientos funestos de aquel día, sospecharon que el convencional buscaba la ruina de su casa, y su sospecha no tardó en convertirse en convicción. Animados por el espíritu de venganza, apostáronse al pie de la puerta cochera y cargaron sus fusiles con intención de matar a Malin en cuanto se presentase. Perdiera el tino la condesa; veía ya su casa reducida a cenizas y a su hija asesinada, y censuraba a sus parientes por aquella heroica defensa, que dio que hablar a Francia durante ocho días. Entreabrió Laurencia la puerta ante la intimación de Malin y el representante del pueblo, al verla, fió en su carácter temido y en la debilidad de aquella niña y entró.

—¿Cómo, *monsieur* —respondió ella a la primera palabra que aquél le dirigiera, preguntándole la razón de aquella resistencia—, quiere usted darle la libertad a Francia y no protege a las personas en su casa? Quieren derribar nuestro hotel, asesinarnos, ¿y no vamos a tener derecho a repeler la fuerza con la fuerza?

Malin quedóse como clavado en su sitio.

—¡Usted, el nieto de un albañil empleado por el Gran marqués en las obras de su castillo —díjole Mariano-Pablo—, acaba de consentir que lleven a nuestro padre a la cárcel, haciendo caso de una calumnia!

—Se le pondrá en libertad —respondió Malin, que se dio por perdido al ver que todos aquellos jóvenes movían convulsivamente sus fusiles.

—A esa promesa debe usted la vida —díjole solemnemente Mariano-Pablo—. ¡Pero si esta misma noche no la cumple, ya sabremos dónde encontrarlo!...

—Cuanto a esas turbas que aúllan —dijo Laurencia—, si no las echa usted de aquí, usted será la primera víctima. ¡Y ahora, *monsieur* Malin, lárguese de aquí!

Salió el convencional y arengó a la multitud, invocando los sagrados derechos del hogar, el *habeas corpus* y el domicilio inglés. Dijo que la Ley y el Pueblo eran soberanos, que la Ley era el Pueblo, que el Pueblo sólo debía obrar con arreglo a la Ley y que ésta sería la que prevaleciese. Hízole elocuente la ley de la necesidad y disolvió los grupos. Pero no olvidó en toda su vida la expresión de desprecio de los dos hermanos ni el «¡Lárguese de aquí!» de *mademoiselle* de Cinq-Cygne. Así que,

cuando procedieran a vender como bienes nacionales los del conde de Cinq-Cygne, hermano de Laurencia, hízose estrictamente el reparto. Los agentes del distrito no le dejaron a Laurencia más que el castillo, el parque, los jardines y la granja llamada de Cinq-Cygne. Según las instrucciones de Malin, sólo tenía Laurencia derecho a su legítima, viniendo la nación a ocupar el puesto del emigrado, sobre todo haciendo como hacía éste la guerra a la República.

La noche de aquel furioso temporal rogóles Laurencia con tantas instancias a sus dos primos que huyesen de allí, temiendo por ellos alguna traición o las emboscadas del representante, que aquéllos montaron a caballo y lograron llegar a las avanzadillas del ejército prusiano. En el momento de alcanzar ambos hermanos el bosque de Gondreville, ya habían cercado el hotel de Cinq-Cygne y el representante en persona acudía allí, con fuerzas a sus órdenes, para detener a los herederos de la casa de Simeuse. No se atrevió a apoderarse de la condesa de Cinq-Cygne, que guardaba cama, presa de horrible fiebre nerviosa, ni de Laurencia, una chiquilla de doce años.

Los criados, temiendo la severidad de la República, habíanse quitado de en medio. Al otro día, por la mañana, difundióse por aquellos contornos la noticia de la resistencia de los dos hermanos y su huida a Prusia —según decían—. Tres mil personas congregáronse ante el hotel de Cinq-Cygne, y lo demolieron con rapidez inexplicable. Trasladada *madame* de Cinq-Cygne al hospital, en él falleció por efecto de una agravación de su fiebre. No apareció Michu en la escena política sino después de esos sucesos, porque los marqueses estuvieron unos cinco meses en la cárcel. Durante ese tiempo, el representante del Aube tuvo que cumplir una misión. Pero cuando *monsieur* Marión vendióle Gondreville a Malin y todo el mundo olvidó ya los efectos de la efervescencia popular, comprendió Michu a Malin de cuerpo entero o, por lo menos, lo creyó comprender; porque Malin es como Fouché, uno de esos personajes que tienen tantas caras y tal profundidad en cada cara, que son impenetrables en el momento en que juegan y hasta mucho tiempo después no se explica nadie su jugada.

En los trances importantes de su vida no dejaba nunca Malin de consultar a su fiel amigo Grévin, el notario de Arcis, cuyo juicio sobre cosas y hombres era, a distancia, rotundo, claro y preciso. Tal costumbre constituye la prudencia y la fuerza de los hombres del montón. Ahora bien: en noviembre de 1803 hallóse el consejero de Estado en circunstancias tan graves, que una carta habría comprometido a los dos amigos. Malin, en vísperas de ser nombrado senador, temió dar explicaciones en París y dejó su hotel y plantóse en Gondreville, alegando, con el Primer Cónsul, una sola de las razones porque quería estar allí y que, a los ojos de Bonaparte, parecía una muestra de celo, siendo así que no se trataba en eso para nada del Estado, sino de él mismo.

Pues bien: mientras Michu acechaba en el parque, al modo de los salvajes, un momento propicio para su venganza, el político Malin, acostumbrado a precipitar los acontecimientos por su cuenta, llevábase a su amigo a una praderita del jardín inglés,

lugar desierto y adecuado para una conferencia misteriosa. Así que, colocados en su centro y hablando bajito, quedaban ambos amigos lo bastante lejos para que nadie pudiese oírlos en el supuesto de que allí con ese objeto se escondiese, y podían cambiar de conversación si aportaba por allí algún indiscreto.

—¿Por qué no haberte quedado en una habitación del castillo? —dijo Grévin.

—¿No viste a los dos hombres que me envía el prefecto de Policía?

Por más que Fouché hubiera sido, en el asunto de la conspiración de Pichegru, Georges, Moreau y Polignac, el alma del gobierno consular, no dirigía el Ministerio de la Policía, y no pasaba entonces de consejero de Estado, lo mismo que Malin.

—Esos dos hombres son los dos brazos de Fouché. El uno, ese joven lechuguino cuya cara semeja una garrafa de limonada, que tiene vinagre en los labios y agraz en los ojos, puso fin a la insurrección del Oeste del año séptimo, en cosa de quince días. El otro es un hijo de Lenoir, y el único que mantiene las grandes tradiciones de la Policía. Yo le pedí, apoyado por un personaje oficial, un agente cualquiera y él me manda esos compadres. ¡Ah, Grévin, ese Fouché quiere verme las cartas! Ahí tienes por qué dejé a esos señores comiendo en el castillo; ya pueden examinarlo bien todo, que no encontrarán allí ni a Luis XVIII ni el menor indicio.

—¡Ah!... Pero ¿cuál es, pues, tu juego?

—Mira, amigo: un juego doble es muy peligroso; pero tocante a Fouché, resultaba triple y puede que se haya olido que yo poseo los secretos de la casa de Borbón.

—¡Tú!

—¡Yo! —respondió Malin.

—Pero ¿no te acuerdas de Favras?...

Tal palabra impresionó al consejero.

—¿Y desde cuándo? —preguntó Grévin tras una pausa.

—Pues desde el Consulado vitalicio.

—¿Y no hay pruebas?

—¡Ni tanto así! —replicó Malin, chascando la uña de su pulgar bajo uno de sus dientes.

Dibujó Malin en pocas palabras, con toda claridad, la situación tan crítica en que pusiera Bonaparte a Inglaterra, amenazada de muerte por el campamento de Boulogne, explicándole a Grévin el alcance que ni Francia ni Europa conocían, pero que ya Pitt se sospechaba de aquel proyecto de desembarco y luego la posición tan crítica en que Inglaterra iba a poner a Bonaparte. Una coalición imponente —Prusia, Austria y Rusia a sueldo del oro inglés— pondría sobre las armas setecientos mil hombres. Al mismo tiempo una conspiración formidable extendía en el interior su red y reunía a montañeses, chuanes y realistas y a sus príncipes.

—En tanto Luis XVIII vio tres cónsules, creyó que continuaba la anarquía, y a favor de un movimiento cualquiera se tomaría el desquite del 13 de Vendimiado y el 18 de Fructidor —dijo Malin—; pero el Consulado vitalicio ha desenmascarado los

planos de Bonaparte, que no tardará en ser emperador. ¡Ese subteniente quiere fundar una dinastía! Pero esta vez van contra su vida y el golpe está mejor preparado que el de la rué Saint-Nicaise. Pichegry, Georges Moreau, el duque de Enghien, Polignac y Rivière, los dos amigos del conde de Artois, andan en el ajo.

—¡Qué pisto! —exclamó Grévin.

—Francia está invadida a la chita callando. Quieren dar un asalto general y de todo echan mano. Cien hombres de pelo en pecho, mandados por Georges, deben atacar a la guardia consular y al Cónsul cuerpo a cuerpo.

—Pues bien..., ¡denúncialos!...

—Hace ya dos meses que el Cónsul, su ministro de la Policía, el prefecto y Fouché tienen en sus manos parte de los hilos de esa trama inmensa; pero no conocen aún todo su alcance y dejan en libertad a casi todos los conjurados para saberlo todo.

—Tocante a derecho —dijo el notario—, los Borbones tienen mucho más derecho a concebir, conducir y ejecutar una empresa contra Bonaparte, del que Bonaparte tenía el 18 de Brumario para conspirar contra la República, cuyo hijo era; asesinaba a su madre, mientras que estos otros quieren volver a reintegrarla en su casa. Comprendo que, al ver cerrar la lista de los emigrados, multiplicar las eliminaciones, restablecer el culto católico y acumular decretos contrarrevolucionarios, hayan comprendido los príncipes que su vuelta se les hacía difícil, por no decir imposible; Bonaparte viene a ser el único obstáculo a su vuelta, y nada más natural sino que quieran suprimir ese obstáculo. Los conspiradores, vencidos, serán bandidos; victoriosos, serán héroes, y la perplejidad me parece hartamente natural por cuenta de Bonaparte.

—Se trata —dijo Malin— de hacerles cargar a los Borbones con la cabeza del duque de Enghien, así como la Convención les hizo cargar a los reyes con la de Luis XVI, a fin de complicarlo, tanto como nosotros, en el curso de la Revolución, o derribar al ídolo actual del pueblo francés y su futuro emperador, para asentar el verdadero trono sobre sus escombros. Yo estoy a merced de un acontecimiento, de un pistoletazo afortunado, de una máquina infernal como la de la rué Saint-Nicaise, que acertase. No me lo han dicho todo. Me han propuesto que les sume el consejo de Estado en el momento crítico y dirija la acción legal de la restauración de los Borbones.

—Pues ¡aguarda! —díjole el notario.

—¡Imposible! Sólo dispongo del momento actual para tomar una resolución.

—Y eso, ¿por qué?...

—Pues porque los de Simeuse conspiran, están aquí y yo tengo que hacerlos vigilar, dejarlos comprometerse y quitármelos así de encima; o protegerlos bajo cuerda. Había pedido subalternos y me envían unos linceos selectos, que han pasado por Troyes para tener de su parte a la gendarmería.

—Gondreville es el Ten y la conspiración el Tendrás —dijo Grévin—. Ni Fouché ni Talleyrand, tus dos socios, toman parte en ella; juega con ellos limpio. ¡Cómo!

Todos los que le cortaron la cabeza a Luis XVI están en el gobierno: Francia rebosa de tenedores de bienes nacionales, ¿y querrías tú volver a traer a los que te reclamarían Gondreville? Si no son imbéciles, los Borbones habrán de pasar la esponja sobre todo lo que hemos hecho. Avísale a Bonaparte.

—Un hombre de mi rango no denuncia —saltó Malin.

—¿De tu rango? —exclamó Grévin sonriendo.

—Me ofrecen el Ministerio de Justicia.

—Comprendo que te deslumbres, y a mí es a quien toca ver claro en esas tinieblas políticas y husmear la puerta de salida. Ahora bien, es imposible prever los acontecimientos que puedan traer a los Borbones, cuando un general Bonaparte cuenta con ochenta buques y cuatrocientos mil hombres. Lo más difícil en la política expectante es saber cuándo un poder que se inclina caerá; pero, viejo amigo, el de Bonaparte está en curva ascendente. ¿No será que Fouché te ha hecho sondear para conocer el fondo de tu pensamiento y librarse de ti?

—No; yo estoy seguro del embajador. Además, Fouché no me enviaría dos micos como éstos, a los que conozco de sobra para no sospechar de ellos.

—A mí me dan miedo —confesó Grévin—. Si Fouché no desconfía de ti y quiere ponerte a prueba, ¿por qué te los envía? Fouché no juega una partida así sin tener sus buenas razones...

—Eso me decide —exclamó Malin—; no viviré nunca tranquilo con esos dos Simeuse; puede que Fouché, que conoce mi situación, no quiera que se le escapen, y llegar por ellos hasta los Condé...

—¡Oh, mi viejo amigo! No será mandado Bonaparte cuando molesten lo más mínimo al propietario de Gondreville...

Al alzar los ojos, divisó Malin, entre el follaje de un corpulento y frondoso tilo, el cañón de un fusil.

—No me equivoqué..., había sentido el ruido seco de un fusil al cargarlo —dijole a Grévin, después de colocarse tras un grueso tronco de árbol, adonde lo siguió el notario, inquieto por el movimiento de su amigo.

—Es Michu —dijo Grévin—; le veo la barba pelirroja.

—No demos a entender que tenemos miedo —aconsejó Malin, que se alejó de allí despacito y diciendo varias veces—: ¿Qué tendrá ese hombre contra los compradores de esta finca? De fijo que no era a ti a quien apuntaba. ¡Como nos haya oído, tendré que hacer que le encomienden su alma a Dios! Más nos valiera haber salido al llano. Pero ¿quién iba a desconfiar del aire?

—¡Siempre se aprende algo nuevo! —dijo el notario—. Pero él estaba muy lejos y nosotros nos hablábamos al oído.

—Voy a decirle dos palabras sobre esto a Corentin —anunció Malin.

Instantes después entraba de nuevo en su casa Michu, pálido y crispado el semblante.

—¿Qué te pasa? —preguntóle, asustada, su mujer.

—Nada —respondió él, al ver a Violette, cuya presencia allí le hizo el efecto de un rayo.

Cogió Michu una silla, sentóse tranquilamente al amor de la lumbre y echó en ella una carta, que sacó de uno de esos canutos de lata que les dan a los quintos para que guarden su licencia. Aquel gesto que le permitió a Marta respirar, como quién se libra de un peso enorme, preocupóle mucho a Violette. El administrador puso su carabina sobre el alcabor de la chimenea con admirable sangre fría. Mariana y la madre de Marte hilaban a la luz de una lámpara.

—¡Ea, Francisco! —dijo el padre—. Vámonos a acostar. ¿No quieres acostarte?

Cogió brutalmente a su hijo por la cintura y cargó con él.

—Baja a la cueva —dijole al oído, ya en la escalera—, llena dos botellas de vino de Macón, vaciando antes el tercero de ese aguardiente de Cognac que hay sobre la tabla de las botellas, y luego mezcla en una botella vino blanco y aguardiente, mitad y mitad. Hazlo con habilidad y pon las tres botellas en el tonel vacío que hay a la entrada de la cueva. Cuando yo abra la ventana, sales tú de la cueva, me ensillas el caballo, montas en él y vas a aguardarme en el Poteau-des-Gueux. Ese picaruelo no ve nunca la hora de acostarse —dijo el administrador, al volver—; quiere hacer como los señorones, verlo, oírlo y saberlo todo. ¡Me está usted echando a perder a mi gente, tío Violette!

—¡Dios santo! ¡Dios santo! —exclamó Violette—. ¿Quién le habrá soltado a usted la lengua?... Nunca ha hablado usted tanto seguido.

—¿Cree usted que yo me dejo espiar y no lo noto? Usted no es trigo limpio, Violette. Si en lugar de servir a los que me quieren mal se pusiese usted de mi parte, yo le correspondería haciéndole algo mejor que renovar el arriendo...

—¿Cómo?... —inquirió el campesino ansioso, abriendo unos ojos tamaños.

—Le vendería mi tierra a buen precio.

—No hay buen precio cuando hay que pagar —dijo sentenciosamente Violette.

—Pienso irme de aquí y le cedería mi cortijo de Mousseau, las obras, las simientes y las bestias por cincuenta mil francos.

—¡De veras!...

—¿Qué?... ¿Le hace?

—¡Caramba..., habrá que verlo!...

—Pues hablemos de eso... Sólo que quiero prendas.

—Yo no tengo nada.

—¡Una palabra!

—¿Cuál?...

—Dígame quién acaba de enviarlo aquí...

—Nadie... Es que volví de adonde iba más pronto de lo que pensaba, y quise venir a darle las buenas noches...

—¡Y volviste sin tu caballo!... Pero ¿por tan tonto me tienes?... Mientes y te quedarás sin mi cortijo...

—Pues bien: fue *monsieur* Grévin, que me dijo: «Violette, necesitamos a Michu. Ve por él. Si no está en casa, lo aguardas...». Y yo comprendí que debía estarme aquí esta noche...

—¿Seguían aún en el castillo esos zánganos de París?

—¡Ah!, eso no sé...; pero sí había gente en el salón...

—¡Tendrás mi cortijo! ¡Convengamos las condiciones!... Mujer, ve a buscar el vino del alboroque. Coge el mejor vino del Roussillon, el vino del exmarqués... Nosotros no somos niños. Encontrarás dos botellas encima del tonel de la entrada y una botella de blanco.

—¡Eso está bien! —exclamó Violette, que nunca se achispaba—. ¡Bebamos!

—Usted tiene cincuenta mil francos bajo las losas de su cuarto, todo a lo largo de la cama, y me los dará quince días después de firmado el contrato ante Grévin... —miró Violette de hito en hito a Michu y se puso lívido—. ¡Ah! Conque quieres espiar a un jacobino de verdad que tuvo el honor de presidir el club de Arcis, ¿y crees que no ibas a cogerte los dedos? Yo tengo ojos en la cara y he visto las losas de tu cuarto recién dadas de cemento y deduje que no las habrías levantado para sembrar trigo... Pero ¡bebamos!

Desconcertado Violette, echóse al colete un gran vaso de vino sin fijarse en su calidad, pues el terror pusiérale como un hierro candente en el estómago y la avaricia quemó en él al aguardiente; muchas cosas habría dado por encontrarse en su casa y poder cambiar de sitio su tesoro. Las tres mujeres sonreían.

—¿Qué?... ¿Le hace?

—Claro que sí.

—¡Pues estarás en tu casa, viejo zorro!

Tras media hora de animada discusión sobre la fecha de toma de posesión de la finca y las mil minucias con que se andan los campesinos antes de cerrar un trato, entre afirmaciones, vasos de vino y frases prometedoras y negativas... y... «¿De veras?...», «Y tan de veras...», «¡Mi palabra de honor!...», «¡Así como lo digo!...», «Que me corten el pescuezo si...», «Que este vaso de vino me sirva de veneno si lo que digo no es la pura verdad...», desplomóse Violette, dando con la cabeza en la mesa, no ya achispado, sino borracho perdido; y en cuanto le hubo visto Michu los ojos turbios, dióse prisa a abrir la ventana.

—¿Dónde estará ese tunante de Gaucher? —preguntóle a su costilla.

—Está ya acostado.

—Tú, Mariana —dijole el administrador a su fiel criada—, plántate de través en su puerta y vigílalo. Usted, madre, quédese aquí abajo, guárdeme a este soplón, estése al acecho y no le abra más que a Francisco. ¡Es cuestión de vida o muerte! —añadió con voz cavernosa—. Para todos cuantos viven bajo mi techo, yo no he salido de aquí esta noche y así lo sostendréis, aunque os pongan la cabeza en el tajo... Vamos —dijole a su mujer—, vamos, madre, ponte los zapatos y la cofia, ¡y en marcha!... Nada de preguntar, yo te acompaño.

Hacía tres cuartos de hora que aquel hombre tenía en el gesto y el mirar una autoridad despótica, irresistible, sacada del veneno común y desconocido del que sacan sus poderes extraordinarios los grandes generales en el campo de batalla, inflamando a las tropas y los grandes oradores que arrastran a las asambleas y, digámoslo también, los grandes criminales en sus golpes de audacia... Parece entonces que de la cabeza brota y la palabra conduce un influjo invencible, que el gesto inyecta la voluntad de un hombre en otro. Sabían las tres mujeres que estaban pasando una horrible crisis; sin que las hubiesen prevenido, la presentían en la rapidez de los gestos de aquel hombre; su rostro centelleaba, hablaba su frente y brillaban los ojos como estrellas; viéranle sudor en la raíz de los cabellos y más de una vez vibrara su voz con acentos de impaciencia y de rabia. Obedeciólo pasivamente Marta, armado hasta los dientes, fusil al hombro, saltó Michu a la alameda seguido de su mujer, y no tardaron en llegar a la encrucijada, donde Francisco se escondiera entre unos matorrales.

—El chico es listo —dijo Michu al verlo.

Fue aquélla su primera palabra. Su mujer y él corrieron hasta allí sin poder articular ninguna.

—Vuélvete al pabellón, ocúltate tras el árbol más copudo y observa el campo y el parque —dijole a su hijo—. Nosotros todos nos hemos acostado, no le abrimos a nadie, tu abuela vigila y no se moverá de su sitio hasta no oír tu voz. Retén bien en tu memoria mis menores palabras. Que la Justicia no sepa jamás que nos hemos levantado de la cama.

Después de esas frases dichas al oído de su hijo, que se escurrió como anguila en el fango por entre los bosques, díjole Michu a su mujer:

—¡A caballo, y pídele a Dios que nos proteja!... ¡Agárrate bien..., que el animal puede reventar de la carrera!...

Apenas hubo dicho esas palabras, el caballo, al que Michu le diera dos recias patadas en el vientre, apretándolo, además, con sus rodillas vigorosas, partió con la celeridad de un caballo de carreras; y dijérase que el animal había comprendido a su amo, pues en un cuarto de hora atravesó el bosque. Sin haberse desviado del camino más corto, encontróse Michu en un lugar de su linde, desde el que se divisaban las cimas del castillo de Cinq-Cygne, iluminadas por la luna. Ató el caballo a un árbol y escaló lentamente el altillo, desde el que se dominaba el valle de Cinq-Cygne.

El castillo, que Marta y Michu contemplaron juntos en un momento, hace un efecto encantador en aquel paisaje. Con no tener importancia alguna tocante a extensión y arquitectura, no carece de cierto mérito arqueológico. Ese antiguo edificio del siglo xv, asentado en un alto, rodeado de hondos fosos, anchos y todavía colmados de agua, es una obra de guijarro y mortero, pero sus muros tienen siete pies de ancho. Su sencillez recuerda a maravilla la vida ruda y belicosa de los tiempos feudales. Ese castillo, verdaderamente sencillo, consiste en dos grandes torreones rojizos, separados por un largo cuerpo de edificio horadado por verdaderas ventanas

de piedra, cuyas cruces, groseramente talladas, semejan sarmientos de vid. La escalera cae por fuera, en el centro, en una torre pentagonal con una puertecilla ojival.

La planta baja, modernizada por dentro en tiempos de Luis XIV, así como el primer piso, remata en unos techos inmensos, en los que se abren ventanas con tímpanos tallados. Extiéndese ante el castillo una pradera enorme, cuyos árboles derribaron no hace mucho. A cada lado del puente de entrada hay dos casitas, donde viven los jardineros, separadas por una delgada verja sin carácter y a todas luces moderna. A derecha e izquierda de la dicha pradera, partida en dos por un sendero pavimentado, extiéndense las cuadras, establos y pajares, la leñera, el horno del pan y los gallineros, y las dependencias, practicados sin duda en los restos de dos alas semejantes en el actual castillo. Antiguamente aquel castillo debía de ser cuadrado y estar fortificado en sus cuatro esquinas, defendido por un enorme baluarte de porche cimbrado, al pie del cual había en vez de verja un puente levadizo.

Las dos gruesas torres, cuyos puntiagudos tejados aún no arrasaran, y la torrecilla del centro daban fisonomía a la aldea. La iglesia, antigua también, mostraba a algunos pasos de allí, su puntiagudo campanario, que armonizaba con las moles del castillo. Abrillantaba la luna todas las alturas y los conos en que la luz cabrilleaba y chispeaba. Contempló Michu aquella mansión señorial de un modo como para desorientar las ideas de su mujer, pues, más tranquilo ahora su semblante, expresaba esperanza y una suerte de orgullo. Abarcaron sus ojos el horizonte con cierto recelo; puso oído al campo; debían de ser las nueve de la noche, proyectaba la luna su fulgor sobre los linderos del bosque e iluminaba intensamente el altozano. Parecióle peligroso aquel sitio al guarda y bajó de allí pareciendo como que temía que lo viesan. Pero ningún ruido sospechoso alteraba la paz de aquel hermoso valle ceñido por aquella parte por el bosque de Nodesme. Rendida, trémula, Marta esperaba cualquier desenlace, después de semejante carrera. ¿A quién debía aprovecharle? ¿A una buena acción o a un crimen? Acercósele Michu al oído a su mujer.

—Vas a ir a ver a la condesa de Cinq-Cygne y le pedirás audiencia; y cuando te la haya concedido, le rogarás que se aparte a un lado contigo. Y si nadie puede escucharos, le dirás: «*Mademoiselle*, la vida de sus dos primos corre peligro, y quien puede explicarle el porqué y el cómo la está aguardando. —Si tiene miedo y desconfía, añade—: Están metidos en la conspiración contra el Primer Cónsul y la conspiración se ha descubierto». No des tu nombre... que de nosotros desconfían mucho.

Alzó Marta Michu la cabeza hacia su marido y le dijo:

—Pero ¿tú los sirves?...

—Bueno, ¿y qué?... —exclamó él, frunciendo el ceño y creyendo en un reproche.

—No me comprendes —respondió Marta, cogiéndole la manaza a Michu, en cuyas rodillas dejóse caer besando aquella mano que de pronto anegóse en lágrimas.

—Corre, que después llorarás... —dijo él, besándola con brusca energía.

Luego que ya dejó de oír los pasos de su mujer, aquel hombre de hierro tuvo lágrimas en los ojos. Desconfiara de Marta a causa de las ideas de su padre; y ocultárale los secretos de su vida; pero la hermosura del sencillo carácter de su esposa revelárasele de pronto así como la grandeza del suyo acababa de resplandecer para ella. Pasaba Marta de la profunda humillación que produce la degradación de un hombre cuyo nombre se lleva al deliquio que infunde su gloria; y pasaba de lo uno a lo otro sin transición. ¿Cómo no había de desfallecer? Presa de las más vivas inquietudes, fue andando, según después dijera, como pisando sangre desde el pabellón hasta Cinq-Cygne, y en un momento sintiérase arrebatada al cielo entre los ángeles. Por su parte, él, que no se sentía apreciado, que tomaba la actitud apesadumbrada y melancólica de su mujer por falta de cariño, y la dejaba sola pasándose la vida fuera de casa, volcando toda su ternura sobre el hijo, había comprendido en un momento todo lo que las lágrimas de aquella mujer significaban; maldecía el papel que su belleza y la voluntad de su padre la obligaran a hacer en otro tiempo. Brillara para ellos la felicidad con su más bella llamarada, en medio de la tormenta, cual un relámpago. ¡Y un relámpago había de ser!... Cada uno de ellos pensaba en diez años de mala inteligencia y se echaba a sí mismo la culpa. Michu seguía de pie, inmóvil, apoyado el codo en la carabina y la barbilla en el codo, perdido en un profundo sueño. Un momento así hace olvidar todos los dolores del más doloroso pasado.

Agitada por mil pensamientos semejantes a los de su marido, sintióse entonces Marta oprimido el corazón por el peligro de los Simeuse, pues lo comprendió todo, incluso las cataduras de los dos parisienses; pero no podía explicarse lo de la carabina. Echó a correr cual una corza y llegó al camino del castillo; y asombróse al sentir tras ella los pasos de un hombre; lanzó un grito y la ancha mano de Michu tapóle la boca.

—¡Desde lo alto de la loma he visto relucir la plata de los sombreros bordados! Éntrate por una brecha del foso que hay entre el torreón de *mademoiselle* y las cuadras; los perros no te ladrarán. Pasas al jardín, llamas a la condesita por la ventana, mandas ensillar su caballo, le dices que lo conduzca por el foso y allí estaré yo, después de haber estudiado los planes de los parisienses y encontrado los medios de burlarlos.

Aquel peligro, que rodaba cual un alud, y que había de conjurar prestóle alas a Marta.

El nombre franco, común de los Cinq-Cygne y a los Chargeboeuf es el de Duineff. Cinq-Cygne llegó a ser el nombre de la dama segundona de los Chargeboeuf a raíz de la defensa de un castillo llevada a cabo, en ausencia de su padre, por las cinco hijas de aquella casa, todas de notable blancura, y de las que nadie habríase esperado semejante proceder. Uno de los primeros condes de Champaña quiso perpetuar con ese lindo nombre aquél recuerdo mientras viviese su linaje. Desde aquel hecho de armas singular, las hembras de aquella familia fueron siempre altivas,

pero quizá no siempre blancas. La última, Laurencia, contrariamente a la ley sálica, era la heredera del nombre, las armas y el feudo.

El rey de Francia había aprobado la carta del conde de Champaña, en virtud de la cual, en aquella familia, el vientre ennoblecía y sucedía. Así que Laurencia era condesa de Cinq-Cygne y su marido había de adoptar el nombre y su blasón, en el que se leía como divisa la sublime respuesta que la mayor de las cinco hermanas diera a la intimación de rendir el castillo: ¡Morir cantando! Digna de aquellas bellas heroínas, poseía Laurencia una blancura que parecía ser una respuesta del azar. Veíanse las menores líneas de sus venas bajo la trama fina y compacta de su epidermis. Su cabellera, del rubio más lindo, armonizaba a maravilla con sus ojos del azul más intenso. Todo en ella era una monada. En su cuerpo frágil, pese a su esbelto talle y a su tonalidad lechosa, vivía un alma templada cual la del hombre del más bello carácter; pero que nadie, ni siquiera un observador, habría adivinado al ver una fisonomía dulce y un rostro arqueado cuyo perfil mostraba cierta vaga semejanza con una testuz borreguil. Aquella excesiva dulzura, aunque noble, parecía llegar hasta la estupidez corderil.

—¡Parezco un corderito que sueña! —solía decir, sonriendo.

Laurencia, que hablaba poco, parecía no soñadora, sino aletargada. Pero en cuanto sobrevénía un trance serio, en el acto revelábase la Judith oculta y se volvía sublime y diz que por desgracia le habían faltado circunstancias de esa índole. A los trece años, después de los acontecimientos que ya sabéis, encontróse Laurencia huérfana ante la plaza en que la víspera alzárase en Troyes una de las casas más curiosas de la arquitectura del siglo xvi, el hotel de Cinq-Cygne. *Monsieur* de Hauteserre, uno de sus parientes, nombrado su tutor, llevóse enseguida a su pupila al campo. Aquel buen hidalgo provinciano, aterrado por la muerte del abate de Hauteserre, su hermano herido de un balazo en la plaza, en el momento en que huía disfrazado de campesino, no estaba en situación de poder defender los intereses de su pupila; tenía dos hijos en el ejército de los príncipes, y cada día, al menor ruido, se figuraba que ya estaban allí los ediles de Arcis, que iban a detenerlo. Orgullosa por haber sostenido un asedio y estar dotada de la histórica blancura de sus abuelas, despreciaba Laurencia aquella prudente cobardía del anciano, encorvado bajo el viento de la tempestad, y sólo soñaba con hacerse famosa. Así que fue y plantó audazmente en su pobre salón de Cinq-Cygne el retrato de Carlota Corday, con una corona de ramitas de roble. Se carteaba, mediante un expreso, con los mellizos, haciendo befa de la ley, que la habría condenado a muerte. El mensajero, que también arriesgaba su vida, le traía las contestaciones. Desde las catástrofes de Troyes no vivió Laurencia más que para el triunfo de la causa monárquica.

Luego de juzgar sanamente a los señores de Hauteserre y reconocer su honrado carácter, pero falto de energía, los puso al margen de las leyes de su esfera; tenía Laurencia harto talento e indulgencia verdadera para tomarles a mal su modo de ser; buena, amable, afectuosa con ellos, ni un solo secreto confióles. Nada forma el alma

como un disimulo constante en el seno de la familia. Llegada a la mayor edad, siguió Laurencia delegando para todos sus asuntos en el buen hombre de Hauteserre igual que hasta allí. Que le cuidasen bien a su yegua favorita, que su criada Catalina se vistiese a su gusto y su criadito Gotardo también lo hiciese de un modo decoroso, era todo cuanto le preocupaba. Dirigía su pensamiento a una meta harto elevada para descender a quehaceres que, de fijo, en otro tiempo le habrían agradado.

El tocado fue poca cosa para ella, y además sus primos no estaban allí. Tenía Laurencia un traje verde de amazona para montar a caballo, un vestido de tela corriente con canesú adornado de alamares para ir a pie, y para andar por casa, una bata de seda. Gotardo, su escuderito, un chico listo y valiente de quince años, dábale escolta, pues casi siempre andaba por ahí fuera y cazaba en todas las tierras de Gondreville, sin que ni los colonos ni Michu se opusiesen. Montaba admirablemente bien a caballo y su destreza de cazadora rayaba en lo milagroso. En toda la comarca no la llamaban nunca más que *mademoiselle*, incluso durante la Revolución.

Quien haya leído la bella novela Rob-Roy, recordará uno de los raros caracteres de mujer en cuya concepción saliérase Walter Scott de sus hábitos de frialdad: el de Diana Vernon. Ese recuerdo puede servirles para comprender a Laurencia, si a las cualidades de la cazadora escocesa se le suma la reprimida exaltación de Carlota Corday, pero quitándole esa amable vivacidad que hace a Diana tan simpática. La condesita había visto morir a su madre, caer malherido al abate de Hauteserre y a los marqueses de Simeuse perecer en el cadalso; su hermano único murió de sus heridas y sus dos primos, que servían en el ejército de Condé, podían sucumbir también el día menos pensado; y por si algo faltaba, el patrimonio de los Simeuse acababa de devorarlo la República, sin provecho para la República. Compréndese, pues, aquélla su gravedad degenerada en estupor.

Mostróse, por cierto, *monsieur* de Hauteserre el tutor más honrado y más inteligente. Bajo su administración, tomó Cinq-Cygne aspecto de cortijo. El buen hombre, que no parecía tanto un prócer como un terrateniente, que hace valer sus propiedades, sacó partido del parque y los jardines, que alcanzaban una extensión de doscientas aranzadas aproximadamente, y en los que encontró forraje para los caballos, sustento para los braceros y leña para la calefacción. Gracias a la economía más severa, al llegar a la mayoría, recobrará ya la condesita, debido a la inversión en valores del Estado, un patrimonio suficiente. En 1798 poseía la heredera veinte mil francos de renta sobre el Estado, que, a decir verdad, le debía los atrasos, y doce mil francos en Cinq-Cygne, cuyos contratos de arrendamiento renováranse con notables subidas. Los señores de Hauteserre habíanse retirado a sus campos con tres mil libras de renta vitalicia en las tontinas Lafarge, pues ese resto de sus bienes no les permitía vivir sino en Cinq-Cygne, así que lo primero que Laurencia hizo fue cederles el usufructo, para toda su vida, del pabellón que allí ocupaban.

Los de Hauteserre, que se habían vuelto avaros, lo mismo para su pupila que para ellos, y todos los años aportaban sus mil escudos, pensando en sus dos hijos,

imponíanle una mísera mesa a la muchacha. El gasto total de Cinq-Cygne no pasaba de los cinco mil francos al año. Pero Laurencia, que no descendía a detalles, dábalo todo por bueno. El tutor y su esposa, insensiblemente dominados por el influjo imperceptible de aquel carácter, que se dejaba sentir en las menores cosas, concluyeron por admirar a aquella que conocieran niña, sentimiento bastante raro. Pero tenía Laurencia en sus modales, en su voz gutural, en su mirar imperioso, ése no sé qué, ese poder inexplicable que siempre impone, hasta cuando sólo es aparente, pues en los necios el vacío semeja profundidad. Para el vulgo, la profundidad es incomprensible. Y puede que de ahí venga ésa su admiración por cuanto no comprende. Los señores de Hauteserre, sobrecogidos por el silencio habitual e impresionados por la hurañez de la condesita, vivían siempre en la expectación de algo grande.

Haciendo el bien con discreción y sin dejarse engañar, granjeábase Laurencia un gran respeto de los labriegos, con todo y ser una aristócrata. Su sexo, su nombre, sus desdichas, la originalidad de su vida, todo contribuía a conferirle autoridad sobre los vecinos del valle de Cinq-Cygne. Salía a veces por uno o dos días, acompañada de Gotardo; y jamás, a su regreso, interrogábanla los señores de Hauteserre sobre los motivos de su ausencia. Y fijaos bien; en su persona no tenía Laurencia nada de raro.

La virago se ocultaba bajo las formas más femeniles y débiles en apariencia. Tenía un corazón sumamente sensible; pero llevaba en su cabeza una resolución viril y una entereza estoica. Sus ojos clarividentes no sabían llorar. Al ver su muñeca blanca y delicada, matizada de venas azules, nadie habría imaginado que podía desafiar el puño del más aguerrido caballero. Su mano, tan fonje, tan fluida, manejaba una pistola o un fusil con el vigor de un cazador experto. Fuera de casa, no se tocaba nunca sino como las mujeres para montar a caballo, con un coquetón sombrerito de castor con el velo verde echado. De modo que su rostro tan delicado, su blanco cuello envuelto en una corbata negra, no se resintieran jamás de sus correrías a la intemperie.

Bajo el Directorio y en los albores del Consulado, pudo Laurencia conducirse así sin dar que hablar a nadie; pero desde que el Gobierno se regularizaba, las nuevas autoridades, el prefecto del Aube, los amigos de Malin y Malin mismo trataban de desprestigiarla. Laurencia sólo pensaba en la caída de Bonaparte, cuya ambición y triunfo despertaran en ella una cuasirabia, pero rabia fría y calculada. Enemiga oscura y desconocida de aquel hombre cubierto de gloria, apuntábale desde el fondo de su valle con terrible fijeza y a veces pensaba en ir a matarlo a los alrededores de Saint-Cloud o la Malmaison. La ejecución de ese designio habría explicado los ejercicios y costumbres de su vida; pero iniciada, a raíz de la ruptura de la paz de Amiens, en la conspiración de los hombres que intentaran volver el 18 de Brumario contra el Primer Cónsul, había supeditado su fuerza y su odio al vastísimo y bien llevado plan que había de herir a Bonaparte en el exterior, merced a la amplia coalición de Rusia, Austria y Prusia, a las que, ya emperador, venciera en Austerlitz, y en el interior, por

la coalición de los hombres más opuestos entre sí, pero unidos en odio común y muchos de los cuales meditaban, como Laurencia, la muerte de aquel hombre sin que la palabra asesinato los intimidase.

Aquella joven, tan frágil al parecer, y tan fuerte para quien la conociese a fondo, era, pues, a la sazón el guía fiel y seguro de los aristócratas que de Alemania vinieron a tomar parte en aquel serio ataque. En esa cooperación de los emigrados de allende el Rin fundóse Fouché para complicar al duque de Enghien en el complot. La presencia de ese príncipe en el territorio de Badén, a poca distancia de Estrasburgo, dio luego peso a esas suposiciones. La cuestión batallona de si el príncipe estaba verdaderamente enterado del proyecto y debía entrar en Francia luego de triunfar aquél, es uno de esos secretos sobre el que, lo mismo que sobre otros varios, han guardado los príncipes de la casa de Borbón el más profundo silencio. A medida que la historia de esa época se vaya haciendo vieja, los historiadores imparciales encontrarán que fue una imprudencia, por lo menos, la del príncipe al acercarse a la frontera en el momento en que había de estallar una conspiración enorme, de la que seguramente toda la real familia estaba en el secreto.

La prudencia de que Malin acababa de hacer gala, conferenciando con Grévin al aire libre, aplicábala aquella joven en sus menores actos. Recibía a los emisarios, conferenciaba con ellos, ya en los diversos linderos del bosque de Nodesme, ya más allá del valle de Cinq-Cygne, entre Cézanne y Brienne. Solía hacer quince leguas de un tirón con Gotardo y volvía a Cinq-Cygne sin que en su fresco semblante se pudiera advertir la menor huella de cansancio o preocupación. Había sorprendido desde el principio, en los ojos de aquel vaquerillo, que entonces tenía nueve años, esa ingenua admiración que todo lo extraordinario les inspira a los niños; así que hizo de él su palafrenero y le enseñó a cuidar los caballos con la atención y esmero que en eso ponen los ingleses.

Reconoció en él el deseo de hacer bien las cosas, inteligencia y total falta de cálculo; puso a prueba su lealtad y le encontró que tenía no sólo talento, sino nobleza; no concebía recompensa; cultivó aquel alma tan tierna todavía, portóse bien con él, buena a lo grande, y logró que le cobrase apego, cobrándoselo ella a él, y pulió aquel carácter semisalvaje sin quitarle su frescura y sencillez. Luego que hubo experimentado suficientemente la fidelidad casi canina que ella le inculcara, pasó Gotardo a ser su ingenioso e ingenuo cómplice. El campesinito, del que nadie podía sospechar, iba de Cinq-Cygne hasta Nancy y volvía, a veces, sin que nadie supiese que había salido de la comarca. Ponía en práctica todas las estratagemas que emplean los espías.

La desconfianza excesiva que su ama le infundiera no alteraba lo más mínimo su condición natural. Gotardo, que tenía a la vez la malicia de la hembra, el candor del niño y la perpetua atención del conspirador, ocultaba esas admirables cualidades bajo la profunda ignorancia y torpeza del rústico. Aquel hombrecito parecía memo, débil y torpe; pero luego que ponía manos a la obra, era ágil como un pez, se escurría como

una anguila, comprendía a estilo perruno, con sólo una mirada; venteaba el pensamiento. Su caraza bonachona, redonda y colorada, sus negros ojos adormilados, su pelo al rape, como el de los labriegos, su traje, su crecimiento muy retrasado, dábanle la apariencia de un niño de diez años.

Bajo la protección de su prima, que desde Estrasburgo hasta Bar-sur-Aube velaba sobre ellos, los señores de Hauteserre y de Simeuse, acompañados de otros varios emigrados, internáronse aquí por Alsacia, Lorena y la Champaña, mientras otros conspiradores, no menos valerosos, lo hacían por los acantilados de Normandía. Disfrazados de obreros, los Hauteserre y los Simeuse fueron caminando de bosque en bosque, guiados de uno a otro por personas que tres meses antes eligiera Laurencia en cada departamento, de entre los individuos más adictos a los Borbones y menos sospechosos. Dormían de día los emigrados y caminaban durante la noche. Cada uno de ellos llevaba consigo dos soldados leales, de los que el uno iba delante de descubierta y el otro quedaba a la retaguardia, con el fin de proteger la retirada en caso de contratiempo. Debido a esas precauciones militares, aquel preciado destacamento llegó sin ningún percance hasta el bosque de Nodesme, que era el lugar de cita convenido. Otros veintisiete nobles entraron también por Suiza, y cruzaron Borgoña, guiados, rumbo a París, con análogas precauciones.

Monsieur de Rivière contaba con quinientos hombres, de ellos, cien jóvenes aristócratas, los oficiales de aquel batallón sagrado. *Messieurs* de Polignac y de Rivière, cuya conducta como jefes fue sumamente notable, guardaron un impenetrable secreto para todos aquellos cómplices que no llegaron a descubrirse. De suerte que hoy se puede decir, según las revelaciones hechas durante la Restauración, que Bonaparte no llegó a conocer todo el alcance del peligro que entonces corrió, más de lo que conoció Inglaterra el peligro en que a ella la ponía el campamento de Boulogne; y eso que en tiempo alguno estuvo la Policía tan ingeniosa y hábilmente dirigida. En el momento de empezar esta historia, un cobarde, como siempre los hay en toda conspiración, que no se reduce a un pequeño número de individuos igualmente fuertes, un conjurado puesto cara a la muerte, daba indicaciones, por fortuna insuficientes, sobre el alcance, pero sí bastante precisas sobre la finalidad del complot.

Así que la Policía, como Malin le dijera a Grévin, dejaba obrar en libertad a los conspiradores, vigilados, para abarcar todas las ramificaciones de la conjura. Pero al Gobierno forzóle la mano en cierto modo Jorge Cadoudal, hombre de acción, que sólo se aconsejaba consigo mismo y que se había escondido en París con veinticinco chuanes para atacar el Primer Cónsul. Laurencia fundía en su pensamiento el odio y el amor. Destruir a Bonaparte y traer de nuevo a los Borbones, ¿no equivalía a recuperar Gondreville y rehacer el patrimonio de sus primos? Esos dos sentimientos, de los que el uno es la contrapartida del otro, bastan a los veintitrés años, sobre todo, para que una persona ponga en juego todas las facultades del alma y todas las energías vitales. Así que, desde hacía dos meses, parecíales Laurencia más bella que

nunca a los habitantes de Cinq-Cygne. Tiñéransele de rosa las mejillas, la ilusión confería por momentos altivez a su frente; pero cuando leían la Gaceta de la tarde y en ella se consignaban los actos conservadores del Primer Cónsul, bajaba los ojos para que en ellos no pudieran leerle la amenazante certidumbre de la inminente caída de aquel enemigo de los Borbones. Nadie sospechaba, pues, en el castillo que la condesita se hubiera visto de nuevo con sus primos la noche anterior.

Los dos hijos de los señores de Hauteserre habían pasado la noche en la propia habitación de la condesa, bajo el mismo techo que sus padres; pues Laurencia, para no dar motivo a sospechas, luego que se hubo acostado el matrimonio, entre una y dos de la madrugada, fue a reunirse con sus primos en el lugar de la cita y se los llevó al corazón del bosque, y allí los escondió en el chozo abandonado de un comisionado para el beneficiamiento de montes. Segura de volverlos a ver, no mostró señal alguna de alegría ni nada delató en ella las emociones la espera; y, finalmente, acertó a borrar las del placer de haberlos visto y mantúvose impassible.

La linda Catalina, la hija de su aya, y Gotardo, al tanto los dos del secreto, moldearon su conducta sobre la de su señorita. Catalina tenía diecinueve años. Y a esa edad, como a la de Gotardo, una joven es fanática y se deja cortar el cuello antes que decir una palabra. Cuanto a Gotardo, aspirar el perfume que la condesita se ponía en el pelo y en sus ropas le habría hecho aguantar la tortura extraordinaria sin despegar los labios.

En el momento en que Marta, advertida de la inminencia del peligro, escurriase con la rapidez de una sombra hacia la brecha que Michu le indicara, ofrecía el salón del hotel de Cinq-Cygne el más apacible espectáculo. Estaban sus habitantes tan lejos de sospechar el temporal que los amagaba, que su actitud habría inspirado piedad a la primera persona que hubiese conocido su situación. En la alta chimenea, adornada con un trumó en que danzaban, por encima del espejo, unas pastoras de huecas faldas, brillaba uno de esos fuegos como sólo se encienden en los castillos situados cerca de un bosque. En el ángulo de dicha chimenea, sobre una gran bergère cuadrada de dorada madera y forrada de magnífica lustrina verde, hallábase la condesita echada, en cierto modo, en la actitud que produce una postración completa.

Habiendo regresado a las seis de los confines del Brie, después de haber marchado en descubierta delante de la tropa, con el fin de llevar sin contratiempo a los cuatro aristócratas al cobijo donde habían de hacer su última etapa antes de entrar en París, había sorprendido a los señores de Hauteserre terminando de comer. Apremiada por el hambre, sentóse a la mesa sin quitarse su amazona salpicada de barro ni sus brodequines. En vez de desnudarse después de la comida, sintióse rendida de tanto ajeteo y dejó caer su linda cabeza destocada, cubierta de sus mil rizos rubios, sobre el respaldo de la inmensa bergère, poniendo sus pies por delante en un taburete.

Secábale el fuego las salpicaduras de su amazona y sus brodequines. Sus guantes de gamuza, su sombrerillo de castor, su velillo verde y su fusta seguían en la consola

adonde ella los echara. Miraba ora el viejo reloj de Boule que había sobre la repisa de la chimenea, entre dos candelabros floreados, para calcular por la hora si se habrían acostado los cuatro conspiradores, ora la mesita del boston colocada ante la chimenea y ocupada por *monsieur* de Hauteserre y su esposa, el cura de Cinq-Cygne y su hermana.

Aunque esos personajes no estuviesen incrustados en este drama, aún tendrían sus cabezas el mérito de representar una de las frases que adoptó la aristocracia a raíz de su derrota de 1793. Desde este punto de vista tiene la pintura del salón de Cinq-Cygne todo el sabor de la historia vista de trapillo.

El aristócrata, que tendría sus cincuenta y dos años, alto, enjuto, sanguíneo y de una robusta salud, habría parecido capaz de vigor, sin sus ojazos de un azul de porcelana, cuyo mirar anunciaba una simplicidad extremada. Había en su cara, terminada en una barbilla encorvada, entre su nariz y su boca, un espacio desmesurado, según las leyes del dibujo, el cual le daba un aire de sumisión en perfecta armonía con su carácter, con el que compaginaban los menores detalles de su fisonomía. Así, su pelo gris, como aglutinado por su sombrero, que apenas se quitaba en todo el día, formábase como un gorro en la cabeza, dibujando su contorno piriforme. Tenía la frente —muy arrugada por su vida campestre, y continuos sobresaltos— plana y sin expresión. Su nariz aguileña daba cierto realce a su rostro; pero el único indicio de fuerza residía en sus cejas tupidas, que conservaban su negror, y en la viva colaboración de su tez; pero el único indicio de fuerza residía en sus cejas tupidas, que conservaban su negror, y en la viva coloración de su tez; pero ese indicio no mentía; aquel noble, aunque sencillo y pacato, profesaba la fe monárquica y católica, y ninguna consideración le habría hecho apearse de sus convicciones.

Aquel buen hombre se habría dejado prender, no habría disparado sobre los municipales y habría ido con toda suavidad al cadalso. Sus tres mil libras de renta vitalicia, sus únicos recursos, le habían impedido emigrar. Así que acataba el gobierno de hecho, sin dejar de amar a la real familia y desear vivamente su restauración; pero habríase negado a comprometerse tomando parte en una intentona a favor de los Borbones. Pertenecía a esa fracción de realistas que eternamente se acordaban de que los habían pegado y robado; y desde entonces se mantenían mudos, cicateros, rencorosos, sin pizca de energía; pero incapaces lo mismo de una apostasía que de un sacrificio; dispuestos a saludar desde el primer momento a la realeza triunfante, amigos de la religión y de los curas, pero decididos a soportar todas las injurias de la desdicha. Eso no es ya tener una opinión, sino ser tercós.

La acción es la esencia de los partidos. Sin talento, pero leal, avaro cual un campesino, audaz en sus anhelos, pero discreto en palabras y obras, sacando partido de todo y dispuesto a dejarse nombrar alcalde de Cinq-Cygne, *monsieur* de Hauteserre representaba a maravilla a esos honorables aristócratas en cuya frente escribió Dios la palabra polillas, que dejaron pasar por encima de sus casas solariegas

y de sus cabezas las borrascas de la Revolución, alzaron luego bajo la Restauración, ricos por sus economías escondidas, orgullosos de su lealtad discreta y en 1830 volvieron a sus tierras.

Su indumento, expresiva envoltura de su carácter, pintaba al hombre y su época. Gastaba *monsieur* de Hauteserre una de esas hopalandas color avellana, con cuello corto, que el último duque de Orléans pusiera de moda a su vuelta de Inglaterra y que durante la Revolución fueron como un término medio entre los horribles trajes populares y las elegantes levitas de la aristocracia. Su chaleco de velludo, con listas floreadas, que por su corte recordaba los de Robespierre y Saint-Just, dejaba ver la parte alta de una postiza chorrera de menudos pliegues sobre la camisa. Seguía usando calzones; pero los suyos eran de grueso paño azul, con hebillas de acero bruñido. Sus medias de filoseña negra moldeaban unas piernas de ciervo, con los pies calzados en gruesos zapatos, sostenidos por perneras de paño negro. Conservaba el cuello de muselina, con mil dobleces, sujeto al pescuezo por una hebilla de oro. No se había propuesto el buen hombre practicar el eclecticismo político al adoptar aquel indumento, rústico, revolucionario y aristocrático todo en una pieza, sino que amoldárase con toda inocencia a las circunstancias.

Madame de Hauteserre, cuarentona y gastada por las emociones, tenía una cara pasmada, que parecía estar siempre posando para un retrato; y su cofia de encaje, ornada de lacitos de raso blanco, contribuía singularmente a conferirle aquel aire solemne. Seguía poniéndose polvos a pesar del pañolón blanco y el vestido de seda pardo con mangas lisas, y la amplísima falda, triste y postrer atuendo de la reina María Antonieta. Tenía la nariz afilada, puntiaguda la barbata, casi triangular el rostro con ojos que habían llorado; pero se pintaba una sospecha de colorete, que reavivaba sus ojos garzos. Sorbía rapé y cada vez tomaba esas lindas precauciones de que antaño abusaban las damiselas; todos los pormenores de su toma de rapé constituían una ceremonia que esta sola frase explica: tenía las manos bonitas.

Dos años hacía que el antiguo preceptor de los Simeuse, amigo del abate de Hauteserre, llamado Goujet, abate de los Mínimos, aceptara como retiro el curato de Cinq-Cygne por su amistad con los Hauteserre y la condesita. Su hermana, *mademoiselle* Goujet, rica de setecientos francos de renta, sumaba éstos a los exiguos emolumentos del curato y gobernaba la casa del hermano. Ni la iglesia ni la casa del cura las habían vendido por su escaso valor. Así que el abate Goujet vivía a dos pasos del castillo, pues la tapia del jardín del curato y la del parque eran medianeras en algunos sitios. Así pues, dos veces por semana comían el abate y su hermana en Cinq-Cygne, adonde iban todas las noches a jugar una partida con los Hauteserre.

No sabía Laurencia manejar un naipe. El abate Goujet, un viejo con el pelo blanco y blanca la cara cual la de una vieja, dotado de amable sonrisa, y una voz dulce e insinuante, realzaba la insulsez de su cara, harto muñequil, por una frente que transpiraba inteligencia y unos ojos sumamente sutiles. De mediana estatura y bien formado, seguía vistiendo el frac negro a la francesa, llevaba hebillas de plata en

calzones y zapatos, medias de seda negra, chaleco negro sobre el que caía su alzacuello, todo lo cual le confería un aire imponente, sin merma de su dignidad.

Aquel abate, que luego con la Restauración fue obispo de Troyes, acostumbrado en su larga vida a juzgar a los jóvenes, había adivinado el gran temple de Laurencia, la apreciaba en todo su valer y desde el primer momento testimoniaba un gran respeto a aquella señorita que contribuía no poco a hacerlo independiente en Cinq-Cygne y a hacer que se le doblegasen la austera anciana y el buen hidalgo; a los que, según la costumbre, habría debido obedecer. Dos meses hacía que el abate Goujet venía observando a Laurencia con ese genio propio de los curas, que son los hombres más perspicaces; y sin saber que aquella mocita de veintitrés años soñaba con derribar a Bonaparte en el momento en que sus débiles manos desenredaban un cairel de su amazona, suponía, sin embargo, animada de un gran designio.

Era *mademoiselle* Goujet una de esas solteronas, cuyo retrato puede hacerse en dos palabras, que a los menos imaginativos les permiten representársela; pertenecía al género de las grandes hacaneas. Sabía que era fea y era la primera en reírse de su fealdad, mostrando sus largos dientes amarillos como su tez y sus manos huesudas. Era enteramente buena y jovial. Vestía el famoso casaquín del viejo tiempo, faldas muy huecas con las faltriqueras siempre atestadas de llaves, gorrito con cintas, y se hacía moño. Desde muy pronto había tenido los cuarenta; pero se desquitaba, según decía, plantándose en ellos desde hacía veinte. Veneraba a la nobleza y sabía mantener su dignidad, tributando a las personas nobles todo lo que en materia de respeto y pleitesía se les debe.

Aquella reunión viniera que ni pintada a Cinq-Cygne para *madame* de Hauteserre, que no tenía, como su esposo, ocupaciones rurales ni, como Laurencia, el tónico de un odio para sostener el peso de una vida solitaria.

Así que todo mejorara en cierto modo en el transcurso de seis años. El restablecimiento del culto católico permitía cumplir con los deberes religiosos que en la vida campestre tienen más resonancia que en parte alguna. Los señores de Hauteserre, tranquilizados por los decretos conservadores del Primer Cónsul, habían podido cartearse con sus hijos, tener noticias suyas, dejar de temblar por ellos y rogarles que solicitasen su eliminación de las listas de emigrados y volviesen a Francia. Liquidara el Tesoro los atrasos de las rentas y abonaba con regularidad los semestres. Poseían a la sazón, los Hauteserre, a más de la suya vitalicia, otros ocho mil francos de renta. Congratulábase el anciano de la prudencia de sus previsiones: había colocado todas sus economías, veinte mil francos, lo mismo que su pupila, antes del 18 de Brumario, que, como es sabido, hizo subir los fondos de doce a dieciocho francos.

Permaneciera largo tiempo Cinq-Cygne desmantelado, vacío y devastado. No quiso, por cálculo, el prudente tutor, durante las conmociones de la Revolución, cambiarle el aspecto; pero cuando la paz de Amiens, hizo un viaje a Troyes para traerle de allí algunos restos de los dos hoteles saqueados, que rescatara de manos de

los chamarileros. Merced a sus cuidados, amueblaron entonces el salón. Hermosas cortinas de lampatán blanco, con flores verdes, procedentes del hotel de los Simeuse, adornaban las seis ventanas del salón en que entonces se hallaban aquellos personajes. La inmensa habitación aquélla estaba enteramente revestida de entablerados, divididos en paneles, con marcos de medias cañas perladas, decorados con mascarones en los ángulos y pintados en dos tonos de gris. Las cuatro sobrepuertas mostraban esos temas en grisalla que estuvieron de moda en tiempos de Luis XV.

Encontrara en Troyes el buen hombre consolas doradas, una sillería tapizada de lampatán verde, una araña de cristal, una mesa de juego de marquetería y todo cuanto podía servir para restaurar Cinq-Cygne. En 1792 saquearon las turbas todo el mobiliaje del castillo, porque el saqueo de los hoteles repercutió en el valle. Siempre que el viejo iba a Troyes, volvía de allí con algunas reliquias del antiguo esplendor, ya una hermosa alfombra como la que cubría el tillado del salón, ya piezas de vajilla o viejas porcelanas de Sajorna y Sèvres. Seis meses hacía que osara exhumar la vajilla de plata de Cinq-Cygne, que su cocinero enterrara en una casita suya, sita en uno de los largos arrabales de Troyes.

... Siempre que el viejo iba a Troyes, volvía de allí con algunas reliquias...

Aquel fiel servidor, llamado Durieu, y su mujer habían corrido siempre la misma suerte que su señorita. Era Durieu el factótum del castillo, así como su mujer era el ama de llaves. Para que le ayudase en la cocina tenía Durieu a la hermana de Catalina, a la que le estaba enseñando su oficio y que iba saliendo una cocinera excelente. Un viejo jardinero, su mujer, su hijo a jornal y su hija, que hacía de vaquera, completaban el personal del castillo. Seis meses atrás mandara la Durieu que les hicieran en secreto una librea con los colores de Cinq-Cygne al hijo del jardinero y a Gotardo. No obstante echarle una fuerte reprimenda el viejo hidalgo por aquella imprudencia, dióse ella el gustazo de ver servida la mesa, el día del santo de Laurencia, casi como en otros tiempos. Aquella laboriosa y lenta restauración de las cosas constituía la alegría de los señores de Hauteserre y de los Durieu.

Laurencia sonreía de lo que llamaba puerilidades. Pero el buen hombre de Hauteserre pensaba también en lo positivo; reparaba los edificios, volvía a levantar los muros, plantaba árboles dondequiera había probabilidades de que agarraran, y no dejaba pulgada de terreno sin revalorizarla. Así que todos en el valle de Cinq-Cygne lo miraban como un oráculo en materia de agricultura. Diérase traza de recobrar cien aranzadas de terreno en litigio, no vendido y confundido por la comuna con los bienes comunales, y los había convertido en prados artificiales, que apacentaban a las reses del castillo y puéstoles marco de álamos que, desde hacía seis años, medraban que era un gusto. Tenía la intención de rescatar algunas tierras y utilizar todas las edificaciones del castillo, haciendo en él un segundo cortijo, que se prometía administrar él mismo.

Así que, desde hacía dos años, volviérase la vida casi feliz en el castillo. *Monsieur* de Hauteserre tomaba el tole al ser de día, iba a vigilar a sus obreros, que en todo tiempo los tenía, volvía para almorzar, luego montaba en una jaca de colono y hacía su ronda como un guarda; después volvía para comer y terminaba su jornada con unas partidas de boston. Todos los habitantes del castillo tenían sus ocupaciones y la vida estaba allí reglada cual en un monasterio. Sólo la alteraba Laurencia con sus inopinados viajes, sus ausencias, por lo que *madame* de Hauteserre llamaba sus fugas. Pero existían en Cinq-Cygne dos políticas y motivos de discusión. En primer lugar, Durieu y su mujer teníanles envidia a Gotardo y Catalina, que gozaban más que ellos de la intimidad de su señorita, el ídolo de la casa.

Luego los dos Hauteserre, secundados por *mademoiselle* Goujet y el cura, querían que tanto sus hijos como los mellizos de Simeuse volviesen a Francia y participasen de la felicidad de aquella apacible vida, en vez de vivir pasando apuros en el extranjero. Laurencia les afeaba aquella odiosa transigencia y representaba el realismo puro, militante e implacable. Las cuatro personas de edad que no querían ya ver comprometida una existencia dichosa, ni aquel rincón de terreno conquistado a las furiosas aguas del torrente revolucionario, trataban de convertir a Laurencia a sus doctrinas verdaderamente sensatas, presumiendo que ella tenía no poca parte en la resistencia que sus hijos y los dos Simeuse oponían a su regreso a Francia. El soberbio desdén de su pupila asustaba a aquellos pobres ancianos, que no se equivocaban al temer lo que llamaban una locura.

Pusiérase de manifiesto aquella disensión cuando el estallido de la máquina infernal de la calle Saint-Nicaise, la primera intentona realista dirigida contra el vencedor de Marengo, a raíz de negarse a tratar con la casa de Borbón. Consideraron los Hauteserre como una dicha el que Bonaparte se librase de aquel peligro, creyendo que los republicanos eran los autores de aquel atentado. Laurencia lloró de rabia de que el Primer Cónsul hubiese salido indemne. Pudo más su desesperación que su habitual disimulo y acusó a Dios de traicionar al hijo de San Luis.

—¡Yo —exclamó— no habría fallado!

Y al notar la profunda estupefacción que sus palabras produjeran en todos los semblantes, añadió, encarándose con el abate Goujet:

—¿No tenemos derecho a atacar a la usurpación por todos los medios posibles?

—Hija mía —respondióle el abate. Goujet—, los filósofos han atacado y criticado mucho a la Iglesia por haber antaño sostenido la tesis de que era lícito emplear contra los usurpadores las armas de que ellos se valieran para triunfar; pero hoy la Iglesia debele demasiado al Primer Cónsul para no protegerlo y garantizarlo contra esa teoría, obra, por cierto, de los jesuitas.

—¡De modo que la Iglesia nos abandona! —respondió la joven, con aire sombrío.

A partir de aquel día, siempre que aquellos cuatro ancianos hablaban de ponerse en manos de la Providencia, la condesita salía del salón. Hacía algún tiempo que el cura, más listo que el tutor, en lugar de discutir los principios, hacía resaltar las

ventajas materiales del régimen consular, no tanto para catequizar a la condesita como para sorprender en sus ojos expresiones que pudiesen ilustrarlo sobre sus proyectos. Las ausencias de Gotardo, las múltiples correrías de Laurencia y su preocupación que en aquellos últimos días asomó a su rostro y, en fin, un sinnúmero de menudos pormenores que no podían pasar inadvertidos en la tranquilidad y el silencio de la vida en Cinq-Cygne, sobre todo a los inquietos ojos de los Hauteserre, el abate Goujet y los Durieu, todo había despertado los temores de aquellos realistas sometidos. Pero como no sobrevenía ningún acontecimiento, y hacía días que en la esfera política reinaba una calma absoluta, la vida en aquel castillete había recobrado su antigua placidez. Todos atribuían las correrías de la condesa a su pasión por la caza.

Ya podéis imaginaros el profundo silencio que en el parque, en los patios y fuera de ellos, a las nueve de la noche, en el castillo de Cinq-Cygne, donde en aquel momento cosas y personas tenían tan armoniosos colores, reinaba. La paz era perfecta, volvía la abundancia, y el bueno y sensato hidalgo esperaba convertir a su pupila a su sistema de obediencia ante la continuidad de los felices resultados. Seguían aquellos realistas jugando ese boston que difundió por toda Francia la idea de independencia bajo una forma frívola, que se inventó en honor de los insurrectos de América, y todos cuyos términos recuerdan la lucha estimulada por Luis XVI. En tanto hacían independencias o miserias, los jugadores observaban a Laurencia, que, vencida muy luego por el sueño, quedóse dormida con una sonrisa de ironía en sus labios; abarcara su último pensamiento el plácido cuadro de aquella mesa, donde dos palabras que hubiesen enterado a los Hauteserre de que sus hijos habían pasado la noche última bajo su mismo techo habrían podido sembrar el más vivo terror. ¿Qué joven de veintitrés años no se habría sentido, como Laurencia, orgullosa de encarnar el Destino, y no habría tenido como ella un impulso de compasión para quienes veía tan por debajo de ella?...

—Se ha dormido —dijo el abate—; nunca la vi tan rendida.

—Durieu me ha dicho que su yegua está derrengada —dijo *madame* de Hauteserre—; el fusil no lo ha usado, pues tenía la cazoleta limpia..., así que no ha estado de caza...

—¡Ah, canastos! —exclamó el cura—. Eso no me gusta ni chispa.

—¡Bah! —dijo *mademoiselle* Goujet—. Cuando cumplí yo los veintitrés años y me vi condenada a quedarme para vestir santos, corría y me cansaba de modo muy distinto. Comprendo que la condesa recorra la comarca sin pensar en matar alimañas. Muy pronto hará doce años que no ve a sus primos, a los que tanto quiere; pues bien..., yo, en su lugar, si fuese como ella, joven y bonita, me iría de un tirón hasta Alemania. Así que puede que la pobre chica se sienta atraída por la frontera.

—Es usted muy decidida, *mademoiselle* Goujet —dijo el cura, sonriendo.

—Pero —replicó la solterona— yo los veo a ustedes inquietos por las idas y venidas de una joven de veintitrés años y trato de explicárselas.

—Sus primos volverán, ella se encontrará rica y acabará por aquietarse —dijo el buen hombre de Hauteserre.

—¡Dios lo quiera! —exclamó la anciana, cogiendo su tabaquera de oro, que, desde el Consulado vitalicio, había vuelto a ver la luz.

—Hay novedades por aquí —díjole el buen hombre de Hauteserre al cura—. Malin está desde anoche en Gondreville.

—¡Malin! —exclamó Laurencia, despabilada por aquel nombre, pese a su profundo sueño.

—Sí —respondió el cura—; pero se va esta noche y uno se pierde en conjeturas a propósito de ese viaje tan precipitado.

—Ese hombre —dijo Laurencia— es el genio malo de nuestras dos casas.

Acabara la condesita de soñar con sus primos y los Hauteserre, y los había visto amenazados. Sus bellos ojos quedáronse fijos y empañados al pensar en los peligros que corrían en París; levantóse bruscamente y subióse a su cuarto sin decir palabra. Ocupaba la habitación de honor, junto a la que había un gabinete, y un oratorio en la torreta que miraba al bosque. Al dejar ella el salón, ladraron los perros, oyóse llamar a la verja y Durieu, todo descompuesto, irrumpió en el salón, diciendo:

—¡Ahí viene el alcalde! ¡Sin duda hay novedad!

Aquel alcalde, expiquero de la casa de Simeuse, solía visitar el castillo, donde, por política, demostrábanle los Hauteserre una deferencia que él tenía en grandísima estima. Aquel hombre, llamado Goulard, había casado con una rica comerciante de Troyes, cuyos bienes radicaban en la comuna de Cinq-Cygne y él los había incrementado con todas las tierras de una rica abadía, en cuya adquisición invirtiera todos sus ahorros. La amplia abadía de Val-des-Preux, situada a un cuarto de legua del castillo, le deparaba una residencia casi tan espléndida como Gondreville y en la que su mujer y él hacían el mismo papel que dos ratas en una catedral.

—¡Goulard, qué goloso eres! —dijérale, riendo, *mademoiselle* la primera vez que aportó por Cinq-Cygne.

Aunque muy adicto a la Revolución y acogido por ello con frialdad por la condesa, sentíase siempre el alcalde cohibido por los lazos del respeto para con los Cinq-Cygne y los Simeuse. Así que hacía la vista gorda sobre cuanto pasaba en el castillo. Llamaba hacer la vista gorda a no ver los retratos de Luis XVI, María Antonieta, los príncipes, *monsieur*, el conde de Artois, Cazalés y Carlota Corday que ornaban los paneles del salón; no tomar a mal que en su presencia deseasen la ruina de la República y se burlaran del Directorio y de todas las combinaciones de entonces. La posición de aquel hombre que, como muchos advenedizos, luego de hecha su suerte, volvía a creer en las antiguas familias y a ellas pretendía adherirse, acababan de aprovecharla los dos personajes cuya profesión adivinara tan rápidamente Michu, y que antes de ir a Gondreville habían explorado la comarca.

El hombre de las bellas tradiciones policiacas y Corentin, ese ave fénix de los esbirros, llevaban allí una misión secreta. No se equivocara Malin al atribuirles un

doble papel a aquellos dos artistas en farsas trágicas; así que quizá sea menester, antes de ver los trabajos, señalar el cerebro al que servían de brazos. Al erigirse Bonaparte en Primer Cónsul encontróse con Fouché al frente de la Policía general. Había elevado la Revolución y con razón a la Policía a la categoría de un ministerio especial. Pero a su vuelta de Marengo, creó Bonaparte la Prefectura de Policía, puso al frente de ella a Dubois y llamó a Fouché al Consejo de Estado, dándole por sucesor en el Ministerio de Policía al convencional Cochon, que fue luego conde de Lapparent.

Fouché, que consideraba el Ministerio de Policía como el más principal en un gobierno de grandes miras y de política fija, vio una desgracia o, por lo menos, una desconfianza en aquel cambio. Luego de haber reconocido en los asuntos de la máquina infernal y la conspiración de que aquí se trata, la excesiva superioridad de aquel gran hombre de Estado devolvióle Napoleón el Ministerio de Policía. Luego más tarde, alarmado ante los talentos que Fouché desplegara en su ausencia, cuando lo de Walcheren, dióle el Emperador ese Ministerio al duque de Rovigo y envió al duque de Otranto a gobernar las provincias ilíricas. ¡Un verdadero destierro!

Ese genio singular de Fouché, que infundiera a Napoleón un cuasiespanto, no se declaró de buenas a primeras. Aquel oscuro convencional, uno de los hombres más extraordinarios y más mal juzgado de aquel tiempo, formóse en las tempestades. Elevóse bajo el Directorio a esa altura desde la que los hombres profundos saben ver el porvenir juzgando el pasado, y luego, de pronto, como ciertos actores medianos que se vuelven excelentes iluminados por un fulgor súbito, dio pruebas de habilidad durante la rápida revolución del 18 de Brumario.

Aquel hombre de pálido rostro, educado en los disimulos monásticos, que poseía los secretos de los montañeses, en cuyas filas había formado, y los de los realistas, a los que acabó por afiliarse, había estudiado lenta y silenciosamente a los hombres, cosas e intereses de la escena política, caló en los secretos de Bonaparte, dióle provechosos consejos y preciosos informes. Satisfecho por haber demostrado su mafia y su utilidad, guardóse mucho Fouché de desenmascarse del todo, quería seguir al frente de los negocios públicos; pero las incertidumbres de Napoleón a su respecto devolviéronle su libertad política. La ingratitud o, más bien, el recelo del Emperador después de lo de Walcheren, explica a aquel hombre que, por desdicha para él, no era un gran señor y calcó su conducta sobre la de Talleyrand. En aquel momento, ni sus antiguos ni sus nuevos colegas sospechaban la magnitud de su genio puramente ministerial, esencialmente gubernamental, certero en todas sus previsiones y de una sagacidad increíble.

Ciertamente hoy, para todo historiador imparcial, el excesivo amor propio del Emperador fue una de las mil razones de su caída, que, por cierto, le hizo expiar cruelmente sus yerros. Tenía aquel receloso soberano un celo por su joven poder que influyó en sus actos tanto como su odio secreto a los hombres hábiles, legado precioso de la Revolución, con los que habría podido crearse un gabinete depositario

de sus pensamientos. No fueron Talleyrand y Fouché los únicos que le hicieron sombra. Ahora bien: la desgracia de los usurpadores es tener por enemigos así a los que les dieron la corona como a aquéllos a quienes se la quitaron.

Napoleón no llegó a convencer nunca plenamente de su soberanía a los que había tenido como superiores y pariguales ni a los que se atenían al Derecho; así que nadie creíase obligado a él por el juramento que le prestaran. Malin, hombre mediano, incapaz de apreciar el tenebroso genio de Fouché ni de desconfiar de su rápido golpe de vista, se achicharró, cual mariposa en la vela, al ir a rogarle confidencialmente que le enviase unos agentes a Gondreville, donde, según dijo, esperaba obtener luces sobre la conspiración. Fouché, sin alarmar a su amigo con un interrogatorio, preguntóse por qué iría Malin a Gondreville, y cómo no facilitaba inmediatamente en París los datos que pudiera tener.

El exoratoriano, nutrido de marrullerías y al tanto del doble papel que muchos convencionales hicieran, se dijo: «¿Por quién puede Malin saber nada cuando nosotros apenas si todavía sabemos algo?». Y Fouché concluyó de ahí en alguna complicidad latente o expectante y guardóse muy bien de decirle nada al Primer Cónsul. Prefería hacerse de Malin un instrumento antes que perderlo. Reservábase así Fouché gran parte de los secretos que sorprendía y se procuraba sobre las personas un poder superior al de Bonaparte. Esa doblez fue uno de los motivos de queja de Napoleón contra su ministro. Conocía Fouché las artimañas a que Malin debía su tierra de Gondreville y que lo obligaban a vigilar a los señores de Simeuse. Servían los Simeuse en el ejército de Condé, *mademoiselle* de Cinq-Cygne era prima suya, así que podían encontrarse en aquellos alrededores y tomar parte en la empresa, y su participación complicaba en el complot a la casa de Condé, a la que eran adictos.

Monsieur de Talleyrand y Fouché tenían empeño en aclarar ese recoveco muy oscuro de la conspiración de 1803. Esas consideraciones hízoselas rápidamente y con toda claridad. Pero entre Malin, Talleyrand y él mediaban lazos que lo obligaban a proceder con la mayor circunspección y le inspiraban el deseo de conocer a fondo lo que pasase en el castillo de Gondreville. Era Corentin hechura sin reservas de Fouché, como *monsieur* de la Besnardière lo era del príncipe de Talleyrand, Gentz de *monsieur* de Metternich, Dundas de Pitt, Duroc de Napoleón y Chavigny del cardenal Richelieu. Fue Corentin no el consejero de aquel ministro, sino su alma condenada, el secreto Tristán de aquel Luis XI, para andar por casa. Así que Fouché había dejado, como es natural, en el Ministerio de Policía para tener allí un ojo y un brazo.

Aquel mozo, según decían, debía estar unido a Fouché por uno de esos parentescos que no se confiesan, pues lo recompensaba con largueza siempre que de él se servía. Corentin habíase granjeado la amistad de Peyrade, el viejo discípulo del último teniente de la Policía; pero no le comunicaba a Peyrade todos sus secretos. Recibió Corentin la orden de Fouché de explorar el castillo de Gondreville, grabarse su plano en la memoria y huronear en sus menores escondrijos.

—Quizá nos veamos obligados a volver allá —díjole el exministro, exactamente igual que Napoleón les dijera a sus tenientes que examinasen bien el campo de batalla de Austerlitz hasta el que pensaba retroceder. Debía Corentin, asimismo, estudiar la conducta de Malin, darse cuenta de su influjo en la comarca y observar a los hombres de que se valiera. Fouché daba por segura la presencia en la región de los Simeuse. Espiando con habilidad a esos dos oficiales del ejército de Condé, podían Peyrade y Corentin adquirir datos precisos sobre las ramificaciones de la conspiración allende el Rin. En todo caso, Corentin dispuso de los fondos, las órdenes y los agentes necesarios para cercar Cinq-Cygne y escudriñar el país desde el bosque de Nodesme hasta París. Recomendó Fouché la mayor circunspección y no dio su permiso para una visita domiciliaria en Cinq-Cygne, sino en caso de suministrar Malin informes positivos. Finalmente, a título de un dato más, puso a Corentin al tanto del personaje inexplicable de Michu, que hacía ya tres años era objeto de vigilancia. Tuvo Corentin el mismo pensamiento que su jefe: «¡Malin está enterado de la conspiración! Pero ¿quién sabe —se dijo— si Fouché no andará también metido en ella?...».

Corentin, que saliera para Troyes antes que Malin, entendiése con el comandante de la gendarmería y eligió a los hombres más listos, dándoles por jefe un hábil capitán. Señaló Corentin como lugar de cita el castillo de Gondreville a dicho capitán, ordenándole que mandase de noche, a cuatro puntos diferentes del valle de Cinq-Cygne, y a distancias lo bastante considerables para no alarmar, sendos destacamentos de doce hombres. Aquellos cuatro piquetes debían formar un cuadro y estrecharlo en torno al castillo de Cinq-Cygne.

Dejándolo dueño y señor del castillo en tanto deliberaba con Grévin, permitióle Malin a Corentin desempeñar parte de su cometido. A su regreso del parque díjole el consejero de Estado tan rotundamente a Corentin que los Simeuse y los Hauteserre estaban en la comarca, que los dos agentes despacharon allá al capitán que, por suerte para los aristócratas, cruzó el bosque por la avenida en tanto Michu achispaba a su espía, Violette. Comenzara el consejero de Estado por explicarles a Peyrade y Corentin la emboscada que acababa de librarse. Contáronle entonces ambos parisienses el episodio de la carabina y Grévin despachó a Violette en busca de informes sobre lo que en el pabellón pasase. Díjole Corentin al notario que, para más seguridad, llevase a su amigo al consejero de Estado a pasar la noche en el lugarejo de Arcis, en su casa. En el momento en que Michu lanzábase al bosque y corría a Cinq-Cygne, salían Peyrade y Corentin de Gondreville en un pésimo cabriolé de mimbre, tirado por un caballo de postas y guiado por el brigadier de Arcis, uno de los hombres más astutos de la legión y que el comandante de Troyes les recomendará llevasen consigo.

—El mejor medio de cogerlo todo es prevenirlos —díjole Peyrade a Corentin—. En cuanto pierdan el tino, quieran salvar sus papeles o huir, caeremos sobre ellos como un rayo. El cordón de gendarmes, estrechándose en torno al castillo, les hará la impresión de una red. Y ninguno se nos escapará.

—Puede usted enviarles al alcalde —dijo el brigadier—, que es complaciente, no los quiere mal y no desconfiarán de él.

En el momento en que Goulard iba a acostarse, Corentin, que hiciera parar el cabriolé en un bosquecillo, pasó a decirle confidencialmente que, de allí a unos instantes, un agente del gobierno iría a Cinq-Cygne, a fin de prender a *messieurs* de Hauteserre y de Simeuse, añadiendo que, caso de haber aquéllos desaparecido, había que cerciorarse de si habían pernoctado allí la noche última, registrar los papeles de *mademoiselle* de Cinq-Cygne y quizá detener a criados y señores del castillo.

—A *mademoiselle* de Cinq-Cygne —dijo Corentin— la protegen, sin duda, grandes personajes, porque yo traigo la misión secreta de avisarla de esa visita y de hacer cuanto pueda por salvarla sin comprometerme. Ya en el terreno no seré yo quien mande, pues no vengo solo, así que vaya volando al castillo.

Aquella visita del alcalde en plena velada asombró tanto más a los jugadores cuanto que Goulard les mostraba un semblante descompuesto.

—¿Dónde está la condesa? —preguntó.

—Está acostada ya —dijo *madame* de Hauteserre.

Incrédulo el alcalde, púsose a escuchar los ruidos que sonaban en el primer piso.

—¿Qué tiene usted hoy, Goulard? —dijo le *madame* de Hauteserre.

Rodaba Goulard por las profundidades del asombro, examinando aquellas caras llenas de candor que puede tenerse en toda edad. Ante aquella serenidad y aquella inocente partida de boston interrumpida, no se explicaba las suspicacias de la Policía de París. En aquel momento Laurencia, arrodillada en su reclinatorio, oraba fervorosamente por el éxito de la conspiración. ¡Pedíale a Dios prestase ayuda y socorro a los asesinos de Napoleón! ¡Rogábale a Dios con amor que destruyese a aquel hombre fatal! El fanatismo de los Harmodio, las Judith, los Santiago Clément, los Ankastroem, las Carlota Corday y los Limoelan animaba a aquella alma virginal y pura. Catalina le preparaba el lecho. Gotardo cerraba los pestillos de modo que Marta Michu, que llegaba entonces al pie de las ventanas y les tiraba chinitas, pudo hacerse notar.

—Hay novedades, *mademoiselle* —dijo Gotardo, al ver a una desconocida.

—¡Silencio! —dijo Marta en voz queda—. Ven a hablar conmigo.

Tardó Gotardo en bajar al jardín menos tiempo que un pájaro en descender de un árbol y posarse en el suelo.

—Dentro de un instante la gendarmería cercará el castillo. Tú —díjole a Gotardo— ensilla sin hacer ruido el caballo de *mademoiselle* y bájalo por la brecha del foso entre esta torre y las cuadras.

Estremecióse Marta al ver a dos pasos de ella a Laurencia que había seguido a Gotardo.

—¿Qué pasa? —preguntó Laurencia, con sencillez y sin dar muestra de emoción.

—Que han descubierto la conspiración contra el Primer Cónsul —respondióle Marta al oído a la condesita—. Mi marido, que quiere salvar a sus dos primos, me

manda a decirle que vaya a entenderse con él.

Retrocedió Laurencia tres pasos y quedóse mirando a Marta.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Marta Michu...

—No sé qué es lo que quiere de mí —replicó con frialdad *mademoiselle* de Cinq-Cygne.

—Vamos, que los está usted matando. ¡Venga en nombre de los Simeuse! —dijo Marta, arrodillándose a los pies de Laurencia y tendiéndole sus manos—. ¿No tiene usted aquí ningún papel, nada que pueda comprometerla? Desde el altozano del bosque acaba mi marido de ver relucir los sombreros bordados y los fusiles de los gendarmes.

Empezara Gotardo por trepar al desván y vio a lo lejos los recamos de los gendarmes, oyó en el profundo silencio de los campos el ruido de sus caballos y en el acto descolgóse en las cuadras, ensilló el caballo de la señorita y mandóle a Catalina que le entrapajase las patas.

—¿Adónde tengo que ir? —preguntóle Laurencia a Marta, cuya mirada y modo de hablar impresionáronla por su inimitable acento de sinceridad.

—¡Por la brecha! —dijo ella, tirando de Laurencia—. Allí está mi noble marido, ¡y va usted a saber lo que vale un Judas!

Entró desalada Catalina en el salón, cogió la fusta, los guantes y el sombrero de su señorita y salió. Aquella aparición brusca y el gesto de Catalina eran un comento tan elocuente de las palabras del alcalde, que *madame* de Hauteserre y el abate Goujet cambiaron una mirada, en la que comunicaron este pensamiento terrible: «¡Adiós toda nuestra felicidad! ¡Laurencia conspira, y ha perdido a sus primos y a los dos Hauteserre!».

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó *monsieur* de Hauteserre a Goulard.

—Pues que el castillo está acordonado y van ustedes a sufrir una visita domiciliaria. ¡En fin, si sus hijos están aquí, haga usted que huyan lo mismo que los señores de Simeuse!

—¡Mis hijos! —exclamó *madame* de Hauteserre, estupefacta.

—Nosotros no hemos visto a nadie —dijo *monsieur* de Hauteserre.

—¡Más vale así! —celebró Goulard—. Pero yo quiero demasiado a las familias de Cinq-Cygne y Hauteserre para ver que les suceda una desgracia. Escúcheme usted bien. Si tienen papeles comprometedores...

—¡Papeles!... —repitió el aristócrata.

—Sí..., si los tienen, quémelos cuanto antes —dijo el alcalde—. Yo voy a entretener a los agentes.

Goulard, que quería nadar con los realistas y guardar la ropa republicana, retiróse de allí y los perros ladraron furiosos.

—No tienen ustedes ya tiempo..., están aquí —dijo el cura—. Pero ¿quién avisará a la condesa? ¿Dónde está?

—Catalina no habrá venido por su fusta, sus guantes y su sombrero para guardarlos como reliquias —dijo *mademoiselle* Goujet.

Trató Goulard de entretener un rato a los dos agentes, participándoles la perfecta ignorancia en que estaban de todo los habitantes del castillo de Cinq-Cygne.

—Usted no conoce a esa gente —replicó Peyrade, riéndosele a Goulard en sus barbas.

Aquellos dos hombres tan almibaradamente siniestros entraron acto seguido en el castillo, llevando a su zaga al brigadier de Arcis y un gendarme. Su presencia heló de espanto a los cuatro pacíficos jugadores de boston, que siguieron en sus sitios, aterrados ante tal alarde de fuerza. El ruido producido por una docena de gendarmes, cuyos caballos piafaban, retumbó en la cepeda.

—Sólo falta aquí *mademoiselle* de Cinq-Cygne —observó Coirentin.

—Estará en su cuarto, durmiendo, sin duda —respondió *monsieur* de Hauteserre.

—Vengan ustedes conmigo, señoras —dijo Coirentin, lanzándose a la antesala y de allí a la escalera, adonde lo siguieron *mademoiselle* Goujet y *madame* de Hauteserre—. ¡Cuenten ustedes conmigo —añadió Coirentin, hablándole al oído a la anciana—; soy de los suyos y ya les envié al alcalde! ¡Desconfíen ustedes de mi compañero y fíen en mí, que los salvaré a todos!

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó *mademoiselle* Goujet.

—¡Pues de un asunto de vida o muerte! —replicó Coirentin—. ¿No lo sabían ustedes?...

Madame de Hauteserre se desmayó. Con gran asombro de *mademoiselle* Goujet y gran desencanto de Coirentin, el departamento de Laurencia estaba vacío. Seguro de que nadie podía escapar, ni del parque ni del castillo, al valle, cuyas salidas estaban guardadas, mandó Coirentin subir a un gendarme a cada habitación y registrar los edificios y cuadras, y luego bajó nuevamente al salón, donde ya Durieu, su mujer y todos los criados se precipitaran poseídos de la más violenta emoción. Peyrade estudiaba con sus ojillos azules todos los semblantes, y permanecía frío y sereno en medio de todo aquel estropicio. Luego que volvió Coirentin solo, pues *mademoiselle* Goujet quedárase arriba atendiendo a *madame* de Hauteserre, oyóse un ruido de caballos mezclado con los lloros de un niño. Entraban los caballos por la verja pequeña. En medio de la general ansiedad dejóse ver un brigadier, que empujaba hacia adelante a Gotardo, maniatado, y a Catalina y se los entregaba a los agentes.

—¡Aquí tienen estos presos! —díjoles—. Este bribonzuelo estaba a caballo y trataba de escaparse.

—¡Imbécil! —díjole Coirentin al oído al brigadier, estupefacto—. ¿Por qué no lo dejó usted marchar? Siguiéndolo habríamos sabido algo.

Gotardo había tomado el partido de echarse a llorar como un idiota. Catalina seguía manteniendo una actitud de inocencia e ingenuidad que dio mucho que pensar al veterano polizonte. El discípulo de Lenoir, luego de haber comparado a uno con otro a ambos chicos, y examinando la anodina expresión del viejo hidalgo, que le

pareció un cuco, al ingenioso cura que jugaba con unas fichas y el estupor de todos los criados y los Durieu, llegóse a Corentin y díjole al oído:

—¡No tenemos que habérmolas con panolis!

Respondió Corentin primero con una mirada indicando la mesa de juego y después añadió:

—¡Estaban jugando al boston! A la dueña de la casa le estaban haciendo la cama ¡y ha escapado! Los hemos sorprendido y vamos a apretarles.

Una brecha tiene siempre su motivo y su utilidad. He aquí cómo y por qué habían abierto aquélla, que se encuentra entre la torre hoy llamada de *Mademoiselle* y las cuadras. Desde que se instalara en Cinq-Cygne, el buen hombre de Hauteserre hizo un largo barranco, por el que las aguas del bosque caían en el foso, un camino que separaba dos grandes trozos de tierra pertenecientes a la reserva del castillo, pero con el solo fin de plantar en él un centenar de nogales que encontrara en un vivero. En once años esos nogales se pusieron bastante frondosos y casi cubrían aquel camino encajado ya por unos ribazos de seis pies de alto, por el que se pasaba a un bosquecillo de treinta aranzadas recientemente comprado.

Luego que el castillo albergó a todos sus habitantes, todos ellos preferían pasar por el foso para tomar el camino vecinal que costaba las tapias del parque y conducía al cortijo, antes de dar la vuelta por la verja. De tanto pasar por allí ensanchaban, sin querer, la brecha por ambos lados, con tanto menos escrúpulo cuanto que en el siglo XIX resultaban los fosos perfectamente útiles y el tutor estaba siempre hablando de sacarle partido a aquél. Aquella demolición constante producía tierra, grava y piedras que acabaron por colmar el fondo del foso. El agua dominada por aquella especie de calzada no la cubría más que en las épocas de las grandes lluvias. Pero a pesar de esas degradaciones, a las que todo el mundo y la propia condesita contribuyeran, seguía siendo la brecha lo bastante abrupta para que un caballo la bajara, y sobre todo la subiera, para seguir el camino vecinal: pero parece como si en los peligros se les comunicase a los caballos el pensamiento del jinete.

En tanto la condesita andaba perpleja sobre seguir a Marta y le pedía explicaciones, Michu, que, desde lo alto de su montecillo, siguiera las líneas descritas por gendarmes y comprendiera el plan de los esbirros, desesperaba de éxito, al no ver venir a nadie. Un piquete de gendarmes seguía las tapias del parque, distanciándose unos de otros como centinelas, y no dejando entre hombre y hombre sino el trecho suficiente para poderse entender con la voz y la mirada, percibir y vigilar los más leves ruidos y las menores cosas. Michu, tendido de bruces en el suelo, con el oído pegado a la tierra, calculaba, al estilo de los indios, el tiempo que le quedaba por la fuerza del sonido. «¡Llegué demasiado tarde! —se decía—. ¡Violette me las pagará! ¡Cuánto tardó en achisparse! ¿Qué hacer?...».

Sentía el piquete que bajaba del bosque por el camino pasar ante la verja, y que mediante una maniobra semejante a la del otro piquete que venía por el camino vecinal iban a encontrarse. «¡Cinco o seis minutos más!», se dijo. Pero en aquel

momento dejóse ver la condesita y Michu, cogiéndola con recia mano, lanzóla al camino no cubierto.

—¡Vaya usted derecha delante de nosotros!... Llévala —díjole a su mujer— al sitio en que dejé mi caballo y no olvides que los gendarmes tienen oídos.

Al ver a Catalina, que le llevaba la fusta, los guantes y el sombrero, pero, sobre todo, al ver la yegua y a Gotardo, aquel hombre de tan rápida concepción en el peligro, decidió burlarse de los gendarmes con el mismo éxito con que antes se burlara de Violette. Gotardo, como por arte de magia, había obligado al caballo a escalar el foso.

—¿Trapos en las patas del caballo?... ¡Oh, ven que te abrace! —dijo Michu, estrechando en sus brazos a Gotardo.

Dejó Michu a la yegua acercarse a su ama y cogió la fusta, los guantes y el sombrero.

—Eres listo y me comprenderás —prosiguió—. Obliga a tu caballo a trepar también por este camino, móntalo en pelo y llévate detrás de ti a todos los gendarmes, escapando a revienta caballo y campo traviesa hacia el cortijo y reúneme a todo ese piquete desperdigado —añadió, completando su pensamiento con un gesto que indicaba el camino a seguir—. Tú, hijita —díjole a Catalina—, vienen otros gendarmes por el camino de Cinq-Cygne a Gondreville, lánzate en dirección contraria a la que va a seguir Gotardo y empújalos del castillo al bosque. En una palabra, haced de modo que no nos molesten a nosotros en la cuneta.

Catalina y aquel chico admirable, que tantas pruebas de inteligencia había dado en aquel trance, ejecutaron sus sendas maniobras de modo como para hacerles creer a cada una de las dos líneas de gendarmes que se les escapaba su caza. La falaz claridad de la luna no permitía distinguir la estatura, indumento, sexo ni número de aquéllos a que perseguían. Corrieron tras ellos en virtud de ese falso axioma: «¡Hay que detener a los que huyen!», cuya necedad en asuntos de alta policía acababa Corentin de mostrarle tan enérgicamente al brigadier. Michu, que contara con el instinto de los gendarmes, pudo llegar al bosque un rato después que la condesita, a la que Marta guiara hasta el sitio indicado.

—Corre al pabellón —díjole a Marta—. El bosque deben de guardarlo los parisienses y es peligroso seguir aquí. Sin duda necesitaremos de toda nuestra libertad de acción.

Desató Michu su caballo y rogóle a la condesa lo siguiese.

—No iré más lejos —díjole Laurencia— sin que usted no me dé antes una prenda del interés que se toma por mí, porque al fin y al cabo es usted Michu.

—*Mademoiselle* —respondió él con voz meliflua—, voy a explicarle mi papel en dos palabras. Yo soy, sin que los señores de Simeuse lo sepan, el guardián de su patrimonio. Su difunto padre y su madre, que fue mi protectora, me dieron instrucciones sobre el particular. Así que hice el papel de un jacobino rabioso con el fin de prestarles un servicio a mis señoritos; pero, por desgracia, empecé mi juego

demasiado tarde y no pude salvar a los viejos —aquí alterósele la voz a Michu—. Desde que huyeron los jóvenes, les he estado mandando las cantidades necesarias para que vivieran decorosamente.

—¿Por conducto de la Casa Breitmayer de Estrasburgo? —preguntó Laurencia.

—Eso mismo, *mademoiselle*; por medio de los corresponsales de *monsieur* Girel de Troyes, un realista que, mirando por sus capitales, se hizo, como yo, el jacobino. Aquel papel que su colono recogió una noche del suelo, a la salida de Troyes, se refería a ese asunto, que habría podido comprometernos; mi vida ya no era mía, sino de ellos, ¿comprende usted? No pude hacerme dueño de Gondreville. En mi posición, me habrían cortado el cuello, preguntándome de dónde había sacado tanto oro. Por lo cual preferí dejar para más adelante el rescate de las tierras; pero ese canalla de Marión era el testaferro de otro canalla, de Malin. Pero de todos modos, Gondreville volverá a manos de sus dueños. Eso corre de mi cuenta. Hace cuatro horas tuve a Malin encañonado... ¡Oh..., estaba tiznado!... ¡Diantre! Muerto él, sacarán a subasta Gondreville, lo venderán y ustedes podrán comprarlo. Caso de haber muerto yo, mi mujer les habría entregado una carta, que les hubiera facilitado los medios. Pero ese tunante le decía a su compinche Grévin, otro canalla, que *messieurs* de Simeuse conspiraban contra el Primer Cónsul, que estaban aquí y que era preferible entregarlos a la Policía y deshacerse así de ellos, para tener las manos libres en Gondreville. Pero como yo había visto venir a dos polizontes de tomo y lomo, descargué mi carabina y no perdí tiempo para venir aquí, pensando que usted debía saber dónde y cómo prevenir a esos jóvenes. Eso es todo.

—Es usted digno de ser noble —dijo Laurencia, tendiéndole su mano a Michu, que hizo intención de arrodillarse para besársela. Pero Laurencia vio su gesto, lo previno y le dijo—: ¡En pie, Michu! —con un tono de voz y un mirar que lo hicieron en aquel momento tan feliz como infeliz fuera durante doce años.

—Me premia usted cual si ya hubiese hecho todo lo que por hacer me queda —dijo Michu—. Pero ¿no oye usted a esos húsares de la guillotina? Vámonos a hablar a otro sitio.

Cogió Michu las riendas de la yegua, echándose al lado por el que la condesa le daba la espalda, y díjoles:

—No se preocupe usted más que detenerse bien en la silla, fustigar al animal y librarse la cara de las ramas de los árboles que se la quieran azotar.

Guió luego a la joven durante media hora a galope tendido, haciendo regates y rodeos, y abriéndose camino por entre los claros del bosque, para que allí se perdieran sus huellas, hasta llegar a un sitio, donde se detuvo.

—No sé ya dónde estoy, y eso que conozco el bosque tan bien como usted —dijo la condesa, mirando en derredor.

—¡Estamos en su mismo corazón! —respondió él—. ¡Nos vienen siguiendo dos gendarmes, pero estamos salvados!...

El paraje pintoresco adonde el guarda llevara a Laurencia debía de serles tan fatal a los principales personajes de este drama y al propio Michu, que es deber de un historiador describirlo. Sin contar con que ese paisaje se ha hecho célebre en los anales judiciales del Imperio.

El bosque de Nodesme pertenecía a un monasterio de Notre-Dame. El cual monasterio, tomado, saqueado y demolido, desapareció por completo, con monjes y bienes. El bosque, objeto de codicias, pasó al dominio de los condes de Champaña, que luego lo hipotecaron y lo dejaron vender.

En seis siglos, cubrió la Naturaleza las ruinas con su opulento y poderoso manto verde, y las borró tan bien, que sólo indicaba la existencia antaño de uno de los más bellos monasterios, un montículo bastante débil, sombreado por bellos árboles y circulado por impenetrable maleza que, desde 1794, placióse Michu en hacer más tupida, plantando acacias espinosas en los trechos donde no había arbustos. Al pie de dicho montículo había una charca que daba fe de un manantial perdido, que sin duda determinara en otro tiempo la fundación allí del monasterio. El propietario de los títulos del bosque de Nodesme era quien únicamente había podido reconocer la etimología de ese vocablo de ocho siglos de edad y descubrir que había habido antes un convento en el corazón de aquel bosque.

Al oír las primeras tronadas de la Revolución, el marqués de Simeuse, al que un litigio obligara a echar mano de sus títulos de propiedad, instruido casualmente de ese detalle, púsose, con una segunda intención fácil de imaginar, a indagar el emplazamiento del monasterio. El guarda, que tan a fondo conocía el bosque, ayudó como es natural a su amo en aquella labor y, con su sagacidad de forestal, no tardó en comprobar el emplazamiento del monasterio. Observando la dirección de los cinco caminos principales del bosque, algunos de los cuales ya estaban borrados, vio que todos iban a parar al montículo y a la charca, adonde en otro tiempo debían de venir de Troyes, de los valles de Cinq-Cygne y de Arcis y de Bar-sur-Aube. Quiso el marqués sondear el montículo, pero para esa operación no podía valerse sino de forasteros. Apremiado por las circunstancias, dio de lado sus pesquisas, dejando a Michu en la creencia de que aquel montecillo ocultaba tesoros o los cimientos de la abadía.

Continuó Michu aquella obra arqueológica, sintió que el tesoro sonaba a hueco, al nivel mismo de la charca, entre dos árboles, al pie del único punto escarpado del montecillo. Y una noche fuese allá armado de un pico, y su trabajo puso al descubierto la entrada de una cueva, a la que se bajaba por peldaños de piedra. La charca, que en el sitio más hondo tiene tres pies de profundidad, presenta la forma de una espátula, cuyo mango parece salir del montículo, haciendo pensar que de aquella roca ficticia mana una fuente perdida por infiltración en el espacioso bosque. La dicha charca, rodeada de árboles acuáticos, alisos, sauces y fresnos, es como un lugar de cita de los senderos, resto de antiguos caminos y de avenidas forestales, hoy desiertas.

Aquella agua viva y que parece estancada, cubierta de plantas de anchas hojas y berros, muestra una superficie enteramente verde, que apenas si se distingue de sus márgenes, donde crece una fina y tupida hierba. Cae demasiado lejos de toda habitación para que ningún animal, salvo los montaraces, acuda a aprovecharse de ella. Aunque convencidos de que nada podía haber debajo de aquel pantano, y repelidos, además, por los inaccesibles bordes de aquel montecillo, jamás los guardas particulares ni los cazadores habían visitado, registrado ni sondeado aquel rincón, que pertenecía a la corta más vieja del bosque y que Michu reservara para monte alto, cuando le llegó su vez de que lo beneficiasen. Al extremo de aquel sótano hay una cueva abovedada, limpia y sana, toda de piedra de talla, por el estilo de esas que llamaban *in pace*, el calabozo de los conventos.

La salubridad de aquella cueva, la conservación de aquel resto de escalera y aquella bóveda se explicaba por la fuente que los demoledores respetaran y por un muro probablemente de gran espesor, de adobe y cemento semejante a los de los romanos, que contenía las aguas superiores. Cubrió Michu con grandes pedruscos la entrada de aquel retiro; y luego, con el fin de apropiarse su secreto y hacerlo impenetrable se impuso la ley de remontar el montículo arbolado y bajar a la cueva por el talud y no por la parte de la laguna. En el momento de llegar allí los dos fugitivos, proyectaba la luna su bello fulgor argentado sobre las copas de los árboles del montecillo, cabrilleaba en los magníficos macizos de las lenguas de bosque diversamente recortadas por los caminos que allí iban a desembocar, redondeadas las unas, puntiagudas las otras, terminaba ésta por un solo árbol y aquella por un bosquecillo.

Sentíanse desde allí los ojos irresistiblemente atraídos por fugaces perspectivas, siguiendo ya la redondez de un sendero, ya la vista sublime de una larga alameda de bosque, ya una muralla de verdor casi negro. La luz filtrada por entre el ramaje de aquella encrucijada hacía brillar, por entre los claros del berro y los nenúfares, algunos diamantes de aquel agua tranquila e ignorada. El croar de las ranas turbó el hondo silencio de aquel lindo rincón de bosque, cuyos silvestres aromas despertaban en el alma ideas de libertad.

—¿Estaremos de veras a salvo? —díjole la condesita a Michu.

—Sí, *mademoiselle*. Pero tenemos los dos nuestra tarea que hacer. Usted vaya a atar nuestros caballos a unos árboles por encima de esta loma y áteles a cada uno un pañuelo alrededor del hocico —díjole, entregándole su corbata—; el mío y el suyo son inteligentes y comprenderán que deben estarse callados. Luego que haya terminado, baje usted derecho por encima del agua por ese talud, procurando que su falda de amazona no se le enganche en las matas y abajo me encontrará usted.

En tanto la condesita escondía los caballos, los ataba y los amordazaba, quitó Michu sus piedras y descubrió la entrada de la cueva. La condesita, que creía conocer su bosque, quedóse sumamente sorprendida al encontrarse bajo su bóveda. Michu volvió a amontonar las piedras a la entrada con habilidad de albañil. Luego que hubo

terminado, resonaron en el silencio de la noche el ruido de los caballos y las voces de los gendarmes; pero él, con toda cachaza, chascó su pedernal, encendió una ramita de abeto y condujo a la joven al in pace, donde aún había un cabo de vela que le había servido para reconocer la cueva. Había el guarda arreglado la puerta, de hierro y de varias pulgadas de espesor, pero horadada en algunos sitios por la herrumbre, y cerraba ahora por fuera mediante unos barrotes que encajaban por ambos lados en sendos orificios. Muerta de fatiga la condesa, sentóse en un banco de piedra, por encima del cual quedaba todavía una argolla empotrada en el muro.

—Disponemos de un salón para hablar —dijo Michu—. Ahora ya pueden los gendarmes dar todas las vueltas que quieran, pues lo peor que pudiera ocurrirnos sería que nos quitaran los caballos.

—¡Pero quitarnos los caballos sería tanto como matar a mis primos y a los señores de Hauteserre! —exclamó Laurencia—. Vamos, dígame; ¿qué es lo que usted sabe?

Contóle Michu lo poco que sorprendiera del diálogo entre Malin y Grévin.

—Van camino de París y llegarán allí esta misma mañana —dijo la joven, luego de escuchar a Michu.

—¡Perdidos! —exclamó aquél—. Ya comprenderá usted que las entradas y salidas por los fieltos están vigiladas. Malin tiene mucho interés en dejar comprometerse a mis señores para matarlos.

—¡Y yo que no sé nada del plan general de la empresa! —dijo Laurencia—. ¿Cómo avisar a Jorge, Rivière y Moreau? ¿Dónde estarán? Pero, en fin, pensemos solamente en mis primos y en los señores de Hauteserre; tiene usted que reunirse con ellos sea como fuere.

—El telégrafo anda más aprisa que los mejores caballos —dijo Michu—, y de todos los nobles complicados en esta conspiración, a sus primos será a los que más acosen; si doy con ellos, habrá que hospedarlos aquí, y aquí los tendremos hasta que todo termine; quizá su pobre padre tuviese una inspiración al ponerme sobre la pista de este escondite; presintió, sin duda, que en él se salvarían sus hijos.

—Mi yegua procede de las cuadras del conde de Artois, es hija de su mejor caballo inglés, pero ha corrido treinta y seis leguas y reventaría antes de llevarlo a usted a su destino.

—Mi caballo es bueno —dijo Michu—, y si usted ha hecho treinta y seis leguas, yo no tendré que hacer más que veintiocho.

—¡Veintitrés —rectificó ella—, porque llevan cinco horas de marcha! Los encontrará usted encima de Lagny, en Coupvrai, de donde deben salir al ser de día disfrazados de marineros y tienen intención de entrar en París en lanchas. Aquí tiene usted —dijo, quitándose del dedo la mitad de la alianza de su madre—, qué es lo único de que se fiarán, pues yo les di la otra mitad. El guarda de Coupvrai, padre de uno de sus soldados, los tiene escondidos esta noche en un chozo abandonado por

unos carboneros, en medio de los bosques. Son ocho en total. Los señores de Hauteserre y cuatro hombres están con mis primos.

—*Mademoiselle*, tras los soldados no han de correr; pensemos tan sólo en los señores de Simeuse y dejemos que los demás se salven como puedan. ¿No hacemos bastante con gritarles «¡Cuidado!»?

—¡Abandonar a los Hauteserre! —dijo la joven—. ¡Eso nunca! ¡Que todos sucumban o se salven todos!...

—¡Unos hidalgüelos! —observó Michu.

—Ya sé que no pasan de caballeros —respondió Laurencia—, pero están emparentados con los Cinq-Cygne y los Simeuse. Así que tráigame aquí a mis primos, deliberando con ellos sobre el medio mejor de ganar este bosque.

—¡Pero si están ahí los gendarmes!... ¿No los siente usted? Están celebrando consulta.

—¡Bah! Usted ya ha tenido suerte dos veces esta noche... ¡Vaya allá!... ¡Tráigaselos y escóndalos en esta cueva, donde estarán al recaudo de toda pesquisa! Yo no puedo valerle de nada —dijo con rabia—; sería un faro que alumbraría al enemigo. Jamás se imaginará la Policía que mis parientes puedan volver al bosque, viéndome a mí tranquila. Así que todo el problema se reduce a encontrar cinco buenos caballos para venir en seis horas de Lagny a nuestro bosque, cinco caballos para matorral.

—¿Y el dinero? —preguntó Michu, que reflexionara profundamente en tanto escuchaba a la condesa.

—Yo les di cien luses a mis primos.

—Respondo de ellos —exclamó Michu—. Luego de escondidos, debe usted abstenerse de verlos: mi mujer y mi chico les llevarán de comer dos veces por semana. Pero como de mí no respondo, tenga usted presente, *mademoiselle*, en caso de desgracia, que la viga maestra del granero de mi pabellón tiene un taladro y en el hueco, tapado con una gran cufia, se encuentra el plano de un rincón del bosque. Los árboles que en el plano verá usted marcados con un punto rojo tienen una señal negra al pie sobre el terreno. Cada árbol de éstos es un indicador. El tercer roble viejo que se encuentra a la izquierda de cada indicador oculta, a dos pies por delante del tronco, unos canutos de lata, enterrados a siete pies de profundidad, y cada uno de los cuales contiene cien mil francos en oro. Esos once árboles, porque sólo son once, constituyen todo el patrimonio de los Simeuse, ahora que ya les quitaron Gondreville.

—¡Un siglo tardará la nobleza en rehacerse de los golpes que ha recibido! —dijo lentamente *mademoiselle* de Cinq-Cygne.

—¿Hay alguna contraseña? —preguntó Michu.

—¡Francia y Carlos!, para los soldados; ¡Laurencia y Luis!, para los señores de Hauteserre y Simeuse. ¡Dios mío! Haberlos visto ayer después de once años y saberlos hoy en peligro de muerte, ¡y de qué muerte! Michu —dijo con una expresión de melancolía—, sea usted tan cauto durante estas quince horas como lo ha sido de

grande y leal en estos doce años. Si algo malo les ocurre a mis primos, me moriría. Pero no —añadió—, ¡viviré lo bastante para matar a Bonaparte!

—¡Para eso seremos dos el día que todo se haya perdido!

Cogióle Laurencia a Michu su ruda mano y se la apretó fuerte, a la inglesa. Michu sacó el reloj. Eran las doce de la noche.

—Salgamos de aquí sea como sea —dijo—. ¡Cuidado con el gendarme, que me cortará el paso! Y usted, señora condesa, sin que esto sea una orden, vuélvase al galope a Cinq-Cygne, que allí estarán, y entreténgalos.

Después de escombrado el orificio, no oyó nada Michu; pegó el oído a la tierra y se levantó de un salto.

—¡Van por el lindero rumbo a Troyes! —dijo—. Voy a darles para el pelo.

Ayudó a la condesita a salir, y volvió a amontonar las piedras. Luego que terminó, oyóse llamar por la dulce voz de Laurencia, que quiso verle a caballo antes de montar en el suyo. Aquel hombre tan rudo tenía lágrimas en los ojos al cambiar una postrera mirada con su señorita, que, por su parte, tenía secos los suyos.

—¡Entretengámosles! Tiene razón —dijose ella, cuando ya no oyó nada. Y lanzóse a Cinq-Cygne a galope tendido.

Al saber que sus hijos corrían peligro de muerte, *madame* de Hauteserre, que no creía terminada la Revolución y conocía la sumaria justicia de aquellos tiempos, recobró sus sentidos y sus fuerzas por la violencia misma del dolor que se los hiciera perder. Impulsada de viva curiosidad, bajó nuevamente al salón, cuyo aspecto ofrecía entonces un cuadro verdaderamente digno de los pintores del género. Sentados todos a la mesa de juego, dábales el cura maquinalmente vueltas a la fichas, observando con el rabillo del ojo a Peyrade y Coirentin, que, de pie en un ángulo de la chimenea, hablaban en voz baja. Varias veces la astuta mirada de Coirentin encontróse con la no menos astuta del cura; pero cual dos adversarios que se sienten igualmente fuertes y vuelven a ponerse en guardia, después de cruzar los aceros, enseguida los dos giraban a otra parte la vista.

El buen hombre de Hauteserre, plantado sobre sus piernas, cual una grulla, seguía al lado del alto, gordo y avaro Goulard, en la misma actitud en que su estupor lo dejara. Aunque vistiera de señor siempre tenía el alcalde la facha de un criado. Miraban los dos con aire alelado a los gendarmes, entre los cuales seguía lloriqueando Gotardo, al que aquéllos le ataran las manos con tal fuerza, que las tenía amoratadas y tumefactas. Catalina no deponía su actitud, llena de sencillez e ingenuidad, pero impenetrable. El brigadier que, según Coirentin, acababa de hacer la tontería de detener a aquellos buenos chicos, no sabía ya si debía irse o quedarse. Estaba todo caviloso en medio del salón, apoyada la mano en la empuñadura de su sable y fijos los ojos en los dos parisienses. Los Durieu, estupefactos, y los demás criados del castillo formaban un admirable grupo de inquietud. Sin los convulsivos lloriqueos de Gotardo, se habría sentido allí el vuelo de una mosca.

Cuando, asustada y pálida, abrió la madre la puerta y dejóse ver conducida por *mademoiselle* Goujet, que tenía los ojos enrojecidos de haber llorado, todas aquellas caras volviéronse hacia las dos mujeres. Los dos agentes esperaban, tanto como los habitantes del castillo temían, ver entrar a Laurencia. El movimiento espontáneo de criados y señores parecía efecto de uno de esos mecanismos que les imprimen a figuras de palo un solo y mismo gesto o un guiño de ojos.

Adelantóse *madame* de Hauteserre dando tres grandes pasos hacia Corentin y, con voz entrecortada, pero recia, le dijo:

—Por piedad, *monsieur*, ¿de qué acusan a mi hijo? Pero ¿es que creen ustedes que han estado aquí?

El cura, que parecía decirse en su interior, al ver a la anciana: «¡Va a hacer alguna tontería!», bajó los ojos.

—¡Mis deberes y el cometido de que estoy encargado me prohíben decíroslo! —respondió Corentin, con expresión amable a la par que zumbona.

Semejante desaire, que la detestable cortesía de aquel lechuguino hacía aún más implacable, dejó petrificada a aquella madre anciana, la cual se desplomó en una poltrona al lado del abate Goujet, juntó las manos e hizo un voto.

—¿Dónde detuvieron ustedes a ese llorón? —preguntóle Corentin al brigadier, señalando al escuderito de Laurencia.

—En el camino que conduce a la granja, a lo largo de las tapias del parque; el muy tuno iba a ganar el bosque de Closeaux.

—¿Ya esa chica?

—¡Oh, a ésa fue Olivier quien la pescó!

—¿Y adónde iba?

—Hacia Gondreville.

—¿Y se daban la espalda? —preguntó Corentin.

—Sí —respondió el gendarme.

—¿Y no son el criadito y la doncella de la ciudadana Cinq-Cygne? —díjole Corentin al alcalde.

—Sí —respondió Goulard.

Después de cambiar dos palabras al oído con Corentin, salió Peyrade llevándose consigo al brigadier.

Entró el brigadier de Arcis, llegóse a Corentin y, todo bajito, le dijo:

—Conozco bien los lugares; lo he registrado todo en las dependencias, y a no ser que los barbians estén bajo tierra, por allí no hay nadie. Ahora estamos tanteando suelos y paredes con las culatas de los fusiles.

Entró nuevamente Peyrade, le hizo a Corentin seña de que acudiera y se lo llevó a ver la brecha del foso, así como su correspondiente talud.

—Hemos adivinado la artimaña —dijo Peyrade.

—Y yo. ¡Y se la voy a decir! —replicó Corentin—. Ese picaruelo y la chica diéronles el pego a esos imbéciles de gendarmes para que lo corten por arriba y por

abajo y, cuando se pueda ver claro, reconoceremos por las huellas de las pisadas quiénes pasaron por allí.

—Aquí se ven las huellas de un casco de caballo —dijo Corentin—; veamos las cuadras.

—¿Cuántos caballos hay aquí? —preguntó Peyrade a *monsieur* de Hauteserre y a Goulard, volviendo al salón con Corentin.

—¡Vamos, señor alcalde, usted lo sabe...; responda! —gritó Corentin, al ver que el funcionario se hacía el remolón para contestar.

—Pues hay la yegua de la condesa, el caballo de Gotardo y el de *monsieur* de Hauteserre.

—Pues en la cuadra sólo hemos visto uno —dijo Peyrade.

—¿Es que su pupila acostumbra pasear así de noche? —preguntó el libertino Peyrade a *monsieur* de Hauteserre.

—Muy a menudo —respondió ingenuamente el buen hombre—. Aquí, el señor alcalde puede dar fe...

—Todo el mundo sabe que tiene caprichos —respondió Catalina—. Esta noche, antes de acostarse, miraba al cielo y yo creo que las bayonetas de ustedes, que a lo lejos brillaban, les picaron la curiosidad. Quería saber (según al salir me dijo) si había estallado otra Revolución...

—¿Cuándo salió? —preguntó Peyrade.

—Pues cuando les vio los fusiles.

—¿Y por dónde salió?

—¡Ah, eso no puedo decírselo!...

—¿Y el otro caballo? —inquirió Corentin.

—¡Lo... os gen... dar... mes... me... me looo coo... gieron! —dijo Gotardo.

—¿Y adónde ibas tú? —díjole un gendarme.

—¡Yoooo... se... guía... a mi... mi... a... ma... al coor... tijo!

Alzó el gendarme la cabeza y miró a Corentin como aguardando una orden; pero aquel lenguaje tan falso y tan veraz, tan profundamente inocente y tan ladino, hizo que los parisienses se miraran el uno al otro, como repitiendo la frase de Peyrade «¡No son panolis!...».

El aristócrata no parecía tener bastante ingenio para comprender aquel programa. El alcalde seguía como pasmado. La madre, imbécil de maternidad, hacía a los agentes preguntas de una inocencia estúpida. Los criados viéronse todos verdaderamente sorprendidos en medio de su sueño. En presencia de tales hechos y juzgando aquellos diversos caracteres comprendió enseguida Corentin que su único adversario era *mademoiselle* de Cinq-Cygne. Por más lista que sea, tropieza la Policía con muchos inconvenientes. No sólo se ve obligada a saber cuanto sabe el conspirador, sino que, además, debe suponer mil cosas antes de dar con una, que sea verdadera. Piensa en todo momento el conspirador en su seguridad, mientras que la Policía sólo está despierta a sus horas. Si no fuese por las traiciones, nada sería más

fácil que conspirar. Un conspirador tiene él solo más talento que toda la Policía con sus innumerables medios de acción. Sintiéndonos detenidos moralmente como habrían podido estarlo por una puerta que hubiesen creído encontrar abierta, y hubiesen empujado, y tras la cual empujasen también otros individuos sin decir nada, Corentin y Peyrade, veíanse adivinados y burlados sin saber por quién.

—Yo afirmo —fue a decirles al oído el brigadier de Arcis— que si los dos señores de Simeuse y de Hauteserre han pasado la noche aquí, los han acostado en camas de sus padres, de *mademoiselle* de Cinq-Cygne, de la doncella y los criados o se han estado paseando por el parque, porque aquí no han dejado el menor rastro de su paso.

—Pero ¿quién ha podido avisarles? —díjole Corentin a Peyrade—. Sólo hay el Primer Cónsul, Fouché, los ministros, el prefecto de Policía y Malin que sepan algo.

—Dejaremos borregos en el campo —díjole Peyrade al oído a Corentin.

—Hará usted tanto mejor cuanto que estarán en Champaña —replicó el cura, que no pudo reprimir una sonrisa al oír aquella palabra de borregos, y por ella sola lo adivinó todo.

«¡Dios mío! —pensó Corentin, el cual respondióle al clérigo con otra sonrisa—. Aquí no hay más que un hombre inteligente con el que me pueda entender, y voy a trastearlo».

—*Messieurs...* —dijo el alcalde, que quería dar una prueba de lealtad al Primer Cónsul, encarándose con los agentes.

—Diga «ciudadanos», que aún rige la República —replicóle Corentin, mirando al cura con expresión zumbona.

—Ciudadanos —prosiguió el alcalde—, al entrar yo en este salón y antes de abrir la boca, lanzóse Catalina sobre la fusta y la cogió, así como los guantes y el sombrero de su señorita.

Un murmullo de horror salió del fondo de todos los pechos, menos del de Gotardo. Todos los ojos, menos los de los gendarmes y los agentes, amenazaron a Goulard, el delator, lanzándole llamas.

—Bien, ciudadano alcalde —díjole Peyrade—, ahora vemos claro. Avisaron a la ciudadana Cinq-Cygne muy oportunamente —añadió, mirando a Corentin con visible recelo.

—Brigadier, póngale las manillas a ese tunantuelo —díjole Corentin al gendarme —, y llévelo a una habitación aparte. Y encierre también a esa chica —añadió, señalando a Catalina—. Tú presidirás el examen de los papeles —díjole a Peyrade, hablándole al oído—. Regístralo todo, sin dejar nada por ver. Señor abate —díjole confidencialmente al cura—, tengo algo importante que decirle.

Y se lo llevó al jardín.

—Escuche usted, señor abate: usted me parece que tiene todo el talento de un obispo y (nadie puede oírnos) ya comprenderá usted; sólo en usted confío para salvar a dos familias que, por pura necedad, van a dejarse rodar a un abismo del que nadie

sale. A los señores de Simeuse y Hauteserre los ha traicionado uno de esos infames espías que los gobiernos infiltran en toda conspiración para conocer bien su objeto, medios y afiliados. No me confunda usted con ese miserable que me acompaña y que es de la Policía; yo estoy muy honrosamente agregado al gabinete consular, y tengo su última palabra. No desean allí la perdición de los señores de Simeuse; si Malin daría algo por verlos fusilar, el Primer Cónsul, si es que están aquí y no tienen malas intenciones, querría detenerlos al filo del precipicio, pues le son muy simpáticos los buenos militares. El agente que me acompaña viene provisto de todos los poderes, pero yo, que, al parecer, no soy nadie, estoy en el secreto de todo el complot. El agente cuenta con la palabra de Malin, que sin duda le ha prometido protección, un cargo y quizá dinero si da con los Simeuse y se los entrega. El Primer Cónsul, que es verdaderamente un gran hombre, no favorece las ideas de codicia. Yo no quiero saber si están aquí los jóvenes —añadió, ante un gesto del clérigo—, pero sólo tienen un modo de salvarse. Usted conoce la ley del seis de Floreal del año diez, la cual amnistía a los emigrados que siguen todavía en el extranjero, con la condición de volver a Francia antes del primer vendimiario del año once, es decir, en setiembre del pasado año; pero habiendo, tanto los señores de Simeuse como los de Hauteserre, desempeñado mandos en el ejército de Condé, hállanse comprendidos en la excepción señalada por dicha ley, es decir, que su presencia en Francia es un delito y en las presentes circunstancias basta a hacerlos cómplices de un horrible complot. El Primer Cónsul ha comprendido el defecto de esa excepción que le crea a su gobierno enemigos irreconciliables, y desearía hacerles saber a los señores de Simeuse que no se les perseguirá en modo alguno si le dirigen una solicitud declarando que vuelven a Francia con la intención de someterse a las leyes, prometiendo jurar la Constitución. Ya comprenderá usted que ese documento debe obrar en su poder antes que los detengan y con fecha de unos días atrás; yo puedo encargarme de llevarla. No le pregunto a usted dónde estén esos jóvenes —dijo, ante un nuevo gesto negativo del eclesiástico—; por desgracia estamos seguros de encontrarlos: el bosque está custodiado y vigiladas las entradas de París y la frontera. Óigame bien: si esos señores se encuentran entre este bosque y París, los cogerán; si están en París, darán con ellos; y si los desdichados retroceden, los detendrán. El Primer Cónsul simpatiza con los exaristócratas y no traga a los republicanos, y es muy natural; pues si quiere un trono, tiene que cortarles antes el cuello a la Libertad. Que no salga de entre nosotros este secreto. Así que ¡mire usted! Yo aguardaré hasta mañana, haré la vista gorda, pero no se fíe usted del agente; ese maldito provenzal es la piel del diablo y tiene la palabra de Fouché como yo tengo la del Primer Cónsul.

—Si los señores de Simeuse están aquí —respondió el cura—, daría yo diez pintas de mi sangre y un brazo por salvarlos; pero suponiendo que *mademoiselle* de Cinq-Cygne sea su confidente, le juro a usted, por la salvación de mi alma, que no ha cometido la menor indiscreción y no me ha hecho el honor de consultarme. Y yo celebro ahora mucho su discreción, si es que la ha habido. Estuvimos jugando

anoche, como todos los días, al boston, en el más profundo silencio, hasta las diez y media y nada vimos ni oímos. No pasa nadie por este valle solitario sin que todo el mundo lo vea y lo sepa, y hace quince días que no aporta por aquí ningún extraño. Ahora bien: entre los señores de Simeuse y de Hauteserre, los cuatro sólo forman una tropa. El buen hombre y su esposa han acatado el régimen y hecho todos los esfuerzos imaginables para traerse con ellos a sus hijos; anteayer, sin ir más lejos, les escribieron en este sentido. Así que en mi alma y mi conciencia, ha sido menester que ustedes vinieran aquí para quebrantar la firme creencia en que estoy de que siguen en Alemania. ¡Aquí, entre nosotros, le diré que en esta casa la única que no hace justicia a las eminentes cualidades del Primer Cónsul es la condesita!...

«¡Listo!» —pensó Corentin—. ¡Si fusilan a esos jóvenes, será porque ellos lo habrán querido! —respondió en voz alta—. Yo ya me lavo las manos.

Condujera al abate Goujet a un sitio muy iluminado por la luna y, al proferir aquellas fatídicas palabras, lo miró bruscamente. El sacerdote daba muestras de gran aflicción, pero como hombre sorprendido y completamente ignorante de todo.

—Comprenderá usted, señor abate —prosiguió Corentin—, que sus derechos a la tierra de Gondreville los hacen doblemente criminales a los ojos de los subalternos. ¡En fin, yo quiero hacer que tengan que entenderse con Dios, no con sus santos!

—Pero ¿es que hay complot? —preguntó ingenuamente el cura.

—Innoble, odioso, cobarde y tan contrario al espíritu generoso de la nación —prosiguió Corentin—, que sobre él caerá el oprobio unánime.

—Pues ¡bien!..., *mademoiselle* de Cinq-Cygne es incapaz de cobardía —exclamó el abate.

—Señor abate —díjole Corentin—, mire usted (siempre aquí entre nosotros): tenemos pruebas evidentes de su complicidad; pero aún no son suficientes para la Justicia. Al acercarnos aquí nosotros... emprendió la fuga... Y eso que yo les había enviado por delante al alcalde...

—Si, pero para quien tanto empeño tiene en salvarlos, seguía usted demasiado de cerca al alcalde... —observó el eclesiástico.

Ante esas palabras miráronse los dos, que pertenecían al número de esos anatomistas profundos del pensamiento, a los que bastan una simple inflexión de voz, una mirada, una palabra para adivinar un alma, de igual modo que el salvaje adivina a sus enemigos, por indicios invisibles a los ojos del europeo.

«Creí sacarle algo —pensó Corentin—, y he sido yo quien me he descubierto».

«¡Ah, el muy tuno!»; dijose para sus adentros el cura.

Las doce de la noche daban en el viejo reloj de la iglesia, cuando Corentin y el cura volvieron al salón. Oíase el ruido de abrir y cerrar puertas y armarios. Los gendarmes deshacían las camas. Peyrade, con la rápida inteligencia del polizone, lo registraba y sondeaba todo. Aquel saqueo excitaba el terror al par que la indignación de los fieles servidores que seguían inmóviles y en pie. *Monsieur* de Hauteserre cambiaba con su esposa y *mademoiselle* Goujet miradas compasivas. Una horrible

curiosidad los tenía a todos despiertos. Peyrade bajó al salón, llevando en la mano una cajita de madera de sándalo tallada, que probablemente trajera antaño de la China el almirante de Simeuse. Aquella linda cajita era plana y de las dimensiones de un volumen en cuarto.

Hízole Peyrade una seña a Corentin y llevóselo al vano de una ventana.

—¡Ya di en el clavo! Ese Michu, que podía pagarle ochocientos mil francos en oro por Gondreville a Marión, y quería matar hace poco a Malin, debe ser hechura de los Simeuse; el interés que lo movió a amenazar a Marión debe de ser el mismo que lo impulsó a encañonar a Malin. Me parece capaz de tener ideas, y no ha tenido más que una: está enterado de todo y habrá venido aquí con el soplo.

—Malin hablaría del complot con su amigo el notario —dijo Corentin, continuando las inducciones del colega— y Michu, que se había emboscado, lo oíría sin duda mentar a los Simeuse. Efectivamente, sólo pudo desistir hacer uso de su carabina para prevenir una desgracia, que le pareció más grande que la pérdida de Gondreville.

—Desde luego que nos identificó como lo que somos —dijo Peyrade—. Así que, desde ese momento, la inteligencia de ese rústico parecióme prodigiosa.

—¡Oh, eso prueba que estaba sobre aviso! —respondió Corentin—. Pero después de todo, viejo, no nos engañemos; la traición apesta enormemente y los sujetos primitivos la huelen de lejos.

—Pero con todo eso somos todavía más fuertes —dijo el provenzal.

—Dígale al brigadier de Arcis que venga —gritóle Corentin a un gendarme—. Mandemos a alguien a su pabellón —díjole a Peyrade.

—¡Allí está Violette! Nuestro oído —respondió el provenzal.

—Nos vinimos acá sin haber recogido noticias —dijo Corentin—; debíamos habernos traído a Sabatier. Nosotros dos nos bastamos... Brigadier... —dijo al ver entrar al gendarme y estrechándole entre Peyrade y él—, no vaya usted a dejarse tomar el pelo, como el brigadier de Troyes hace un rato. Nos parece que Michu anda en el ajo; vaya a su pabellón, fíjese bien en todo y vuelva a darnos cuenta.

—Uno de mis hombres sintió caballos en el bosque en el momento en que detenían a los criados, y yo he lanzado cuatro mocetones a la zaga de los que allí quisieran esconderse —respondió el gendarme.

Salió, y el ruido del galopar de su cabalgadura, que retumbaba sobre pavimento de la cepeda, se fue amortiguando rápidamente.

—¡Vamos! O marchan sobre París o retroceden hacia Alemania —díjose Corentin.

Se sentó, sacóse del bolsillo de su Spencer un cuadernito, escribió en él dos órdenes con lápiz y le hizo a un gendarme seña de que se acercase.

—A galope tendido a Troyes; despierte al prefecto y dígale que aproveche la madrugada para hacer funcionar el telégrafo.

Partió el gendarme a galope tendido. El sentido de aquella marcha y la intención de Corentin saltaban tan a la vista, que el corazón dioles un vuelco a todos los habitantes del castillo; pero aquella nueva inquietud fue un golpe más en su martirio, pues en aquel momento tenían fijos los ojos en la preciosa cajita. En tanto hablaban, espían los dos agentes el lenguaje de aquellas llameantes miradas. Una como rabia fría agitábales el corazón insensible a aquellos dos seres, que saboreaban el general terror. Pasa el policía por las mismas emociones que el cazador; pero mientras que el uno pone en juego las fuerzas físicas y mentales para tirarle a una liebre, una perdiz o un rebeco, trata el otro, con eso, de salvar al Estado o al príncipe y hacer méritos para una buena gratificación.

De modo, pues, que la caza del hombre es superior a la otra, mediando entre ambas la misma distancia que entre el hombre y el animal. Además, el polizonte necesita elevar su papel a toda la grandeza e importancia de los intereses que sirve. Así que, sin practicar esa profesión, cualquiera puede comprender que el alma pone en ella tanta pasión como el cazador en perseguir la presa. Por lo cual, mientras más se adelantaban hacia la luz, tanto más ardorosos volvíanse aquellos hombres; pero su talante, sus ojos, seguían serenos y fríos, de igual modo que sus sospechas, ideas y plan se mantenían impenetrables. Pero quien hubiese seguido los efectos del husmo moral de aquellos dos sabuesos a la pista de hechos desconocidos y ocultos, quien hubiese comprendido los movimientos de agilidad canina, que los conducían a encontrar lo verdadero mediante el rápido examen de las probabilidades, habría tenido motivos para echarse a temblar. ¿Cómo y por qué esos hombres geniales se encontraban tan abajo, cuando tan arriba podían estar? ¿Qué imperfección, qué vicio, qué pasión los rebajaba hasta ese extremo? Se es policía como se es pensador, literato, político, pintor o general, con la sola condición de saber espíar como los otros hablan, escriben, administran, pintan o luchan... Los habitantes del castillo no tenían sino un deseo unánime en su corazón. ¿No les caería encima algún rayo a aquellos infames? Todos tenían sed de venganza. De suerte que, a no estar allí los gendarmes, se habría producido un motín.

—¿No tiene ninguno de ustedes la llave de esta cajita? —preguntó el cínico de Peyrade, interrogándoles a todos tanto con el respingo de su gruesa narizota como con su palabra.

Notó el provenzal, no sin sus asomos de temor, que no había ya allí gendarmes. Encontrábase solos Corentin y él. Corentin sacóse del bolsillo un cuchillito y procedió a hundirlo en la rendija del cofrecillo. En aquel momento oyóse, primero en el camino y luego sobre el menudo empedrado de la cepeda, el horrible fragor de un galope desesperado; pero lo que más alarmó a todos fue la caída y el resollar del caballo, que se desplomó a la vez sobre sus cuatro patas, al pie de la torrecilla del centro. Sacudió a todos los espectadores una conmoción, semejante a la que produce el rayo, cuando vieron a Laurencia, que llegaba anunciada por el rumor de sus faldas, y todos se abrieron en dos filas para dejarle paso.

Pese a la rapidez de su carrera, había experimentado el dolor que debía causarle el descubrimiento de la conspiración; ¡por tierra todas sus ilusiones!..., galopara entre ruinas, pensando en la precisión de acatar el régimen consular. Así que, a no ser por el peligro que corrían los cuatro aristócratas, y que fue el acicate con cuya ayuda pudo vencer su fatiga y su desesperación, se habría caído de sueño. Casi reventara a su yegua para venir a interponerse entre sus primos y la muerte. Al ver a aquella heroica joven, pálida y con las facciones cansadas, a un lado el velillo, fusta en ristre, en el umbral, desde donde su calcinante mirada abarcó y comprendió toda la escena, luego adivinaron todos, por el imperceptible gesto que crispó la cara agria y turbia de Corentin, que ya los dos verdaderos adversarios estaban frente a frente. Un duelo terrible iba a comenzar. Al ver la referida cajita en manos de Corentin, alzó la joven su fusta, se lanzó a él y le propinó en las manos un golpe tan violento, que la cajita rodó por tierra; cogióla la joven, echóla al fuego y quedóse plantada ante la chimenea, en actitud amenazadora, antes que los dos agentes se hubiesen repuesto de su asombro.

Llameaba el desprecio en los ojos de Laurencia, su pálida frente y sus labios despectivos insultaban a aquellos hombres todavía más que el gesto autocrático con que tratara a Corentin como a una alimaña venenosa. Sintióse caballero el buen hombre de Hauteserre, agolpándosele a la cara toda su sangre y lamentó no tener a mano una espada. Los criados, al principio, temblaban de alborozo. Aquella venganza tan invocada acababa de fulminar a uno de aquellos hombres. Pero un temor espantoso arrumbó en el fondo de sus almas aquella felicidad; seguían oyendo a los gendarmes ir y venir por los desvanes.

El soplón, sustantivo enérgico en el que se confunden todos los matices que distinguen a los policías, porque el vulgo no ha querido nunca especificar con el idioma los diversos caracteres de los que andan en ésa botiquería necesaria para los gobiernos, el soplón, pues, tiene eso de magnífico y curioso, que jamás se enfada; posee la humildad cristiana de los sacerdotes, hechos sus ojos al desprecio, y se lo opone también a él como una barrera al vulgo imbecil que no lo comprende, tiene de bronce la frente para las injurias, va derecho a su fin como un animal, en cuyo sólido caparazón sólo el cañón puede hacer mella; pero también, como ese animal, cuando lo hieres, vuélvese tanto más furioso cuanto que creyera impenetrable su coraza. El fustazo en los dedos fue para Corentin, prescindiendo del dolor, el cañonazo que traspasa la concha. Viniendo de aquella sublime y noble muchacha, aquel gesto, lleno de repugnancia, lo humilló no sólo a los ojos de aquel exiguo público, sino a los suyos. Peyrade, el provenzal, lanzóse al hogar de la chimenea; Laurencia le dio un puntapié..., pero él cogióle el pie a Laurencia, alzóla en vilo y obligóla, por pudor, a dejarse caer en la bergère, donde antes durmiera. Fue aquello lo grotesco en medio del terror, contraste frecuente en las humanas cosas. Chamuscóse Peyrade la mano en su afán de sacar la cajita del fuego; pero la sacó; púsola en el suelo y se sentó encima. Desarrolláronse rápidamente aquellos menudos incidentes y sin mediar palabra,

Corentin, repuesto del dolor que el latigazo le causara, sujetó a *mademoiselle* de Cinq-Cygne por las manos.

—No me obligue usted, bella ciudadana, a emplear la fuerza contra usted —díjole con su vejatoria cortesía.

El gesto de Peyrade dio por resultado que se apagase el fuego, debido a una compresión que suprimió el aire.

—¡A nosotros, gendarmes! —gritó, conservando su extraña postura.

—¿Promete usted ser juiciosa? —díjole con insolencia Corentin a la condesita, recogiendo del suelo su cuchillo y sin incurrir en la torpeza de amenazarla con él.

—Los secretos de esa cajita no le interesan al Gobierno —respondió la joven con ribetes de melancolía en la expresión de su rostro y en su voz—. Luego que lea usted las cartas que contiene, sentirá vergüenza, a pesar de su infamia, de haberlas leído; pero ¿es que usted puede sentir vergüenza de algo? —añadió tras una pausa.

El sacerdote lanzóle a Laurencia una mirada como diciéndole: «En nombre de Dios, ¡seréense usted!».

Levantóse Peyrade. El fondo de la caja, en contacto con los tizones y casi quemado del todo, dejó en la alfombra un tiznón, una señal tostada. La tapa de la cajita estaba ya carbonizada y sus costados cedieron. Aquel grotesco Scaevola, que acababa de ofrecer al dios de la Policía, al Miedo, los fondillos de su calzón color de albaricoque, abrió los dos lados de la caja, cual si fuese un libro, y dejó caer sobre la mesa de juego tres cartas y dos mechones de pelo. Iba a sonreír mirando a Corentin, cuando reparó en que aquellos cabellos eran blancos, de dos tonos distintos. Soltó Corentin a la condesa para ir a leer la carta de donde aquellos cabellos se habían desprendido.

Levantóse también Laurencia, llegóse a los dos polizontes y les dijo:

—¡Oh, léanlo en alta voz, que ése será su castigo!...

Como ellos leían solamente con los ojos, leyó la joven misma la siguiente carta:

«Querida Laurencia:

»Mi esposo y yo hemos sabido su hermosa conducta el triste día que nos detuvieron. Sabemos que quiere usted a nuestros queridos mellizos tanto y lo mismo que nosotros, por lo que la encargamos de un depósito precioso, al par que triste, para ellos. El señor ejecutor acaba de cortarnos los cabellos, porque dentro de unos instantes vamos a morir, y nos ha prometido hacer llegar a sus manos esos dos únicos recuerdos nuestros, que podemos legar a usted, pues, esas reliquias nuestras, y cuando mejoren los tiempos, se las dará. En ellos hemos puesto un último beso, juntamente con nuestra bendición para nuestros hijos. Nuestro postrer pensamiento será, en primer lugar, para ellos, y después para usted, y, finalmente, para Dios... Quiéralos mucho.

»*Berta de Cinq-Cygne,*

Al oír la lectura de esa carta, todos mostraron sus ojos bañados en lágrimas.

Laurencia díjoles a los dos agentes con voz firme, lanzándoles una mirada como para petrificarlos:

—Tienen ustedes menos piedad que el señor ejecutor...

Corentin, con toda ñema, volvió a colocar los cabellos en la carta y puso ésta de través sobre la mesa, plantándole encima un cestillo lleno de fichas para que no se volara. Tal sangre fría en medio de la general emoción resultaba espantosa. Peyrade desdoblaba, en tanto, las otras dos cartas.

—¡Oh, ésas... —dijo Laurencia— vienen a ser por el estilo! Ya oísteis el testamento; pues ésta es su ejecución. Desde hoy no tendré secretos para nadie. Eso es todo.

«1794-Andernach, antes del combate.

»Mi querida Laurencia: La quiero para siempre y deseo que lo sepa; pero caso de morir yo, sepa que mi hermano Pablo-María la quiere tanto como yo. Mi único consuelo al morir será de que podrá usted hacer de mi hermano su marido, sin que por eso me consumiera yo de celos, como ocurriría si, viviendo los dos, lo prefiriese usted a él. Aunque, después de todo, encontraría tan natural tal preferencia, pues quizá valga él más que yo, etc.

»Mariano-Pablo«.

—He aquí la otra carta —dijo la joven, con un rubor encantador en la frente.

«Andernach, antes del combate.

»Mi buena Laurencia: Tengo cierta tristeza en el alma, pero Mariano-Pablo tiene sobrada alegría en su carácter para no ser más de su agrado que yo. Tendrá usted que elegir entre nosotros y... aunque yo la amo con pasión...».

—Se carteaba usted con emigrados —dijo Peyrade, interrumpiendo a Laurencia y colocando por precaución las cartas entre él y la luz para comprobar si no contenían entre líneas algo escrito en tinta simpática.

—Sí —dijo Laurencia, y volvió a doblar las cartas cuyo papel ya se pusiera amarillento—. Pero ¿con qué derecho violan ustedes así mi domicilio, mi libertad personal y todas las virtudes domésticas?

—¡Ah, ya salió aquello!... —dijo Peyrade—. ¿Con qué derecho? Será menester decírselo, hermosa ciudadana —añadió, sacando del bolsillo una orden emanada del ministro de Justicia y refrendada por el ministro del Interior—. Tome, ciudadana; esto es cosa de los ministros...

—¿No podríamos nosotros preguntarle a usted —le dijo Corentin— con qué derecho aloja en su casa a los asesinos del Primer Cónsul? Usted me dio un fustazo en los dedos que me autorizaría a realizar un día algún golpe de mano para mandar al otro mundo a sus primos, cuando venía a salvarlos...

Por el solo movimiento de los labios y la mirada que Laurencia le lanzó a Corentin, comprendió el cura lo que aquel artista desconocido le decía, y le hizo a la condesa una seña de que desconfiase, que sólo cogió al vuelo Goulard. Peyrade descargaba golpes en la tapa de la caja para saber si no tendría doble fondo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la joven, quitándole la tapa—. No la rompa usted, tenga...

Cogió un alfiler, empujó la cabeza de una figurilla y las dos tablas, impelidas de un resorte, se desunieron y en la hueca aparecieron las dos miniaturas, de los señores de Simeuse, con el uniforme de los ejércitos de Condé, dos retratos en marfil, hechos en Alemania. Corentin, que se encontraba frente a un adversario digno de toda su cólera, llevóse con un gesto a Peyrade a un rincón y allí conferenció secretamente con él.

—¡Echaba usted eso al fuego!... —dijo el abate Goujet, indicándole a Laurencia con una mirada la carta de la marquesa y los mechones de pelo.

Por toda respuesta, encogióse la joven significativamente de hombros. Comprendió el sacerdote que lo sacrificaba todo con el fin de entretener a los esbirros y ganar tiempo, y alzó al cielo los ojos en un gesto de admiración.

—Pero ¿dónde detuvieron a Gotardo, que lo oigo llorar? —dijo lo bastante alto como para que lo oyesen.

—No sé —respondió el cura.

—¿Había ido al cortijo?

—¡El cortijo! —díjole Peyrade a Corentin—. Enviemos allá a alguien.

—No —objetóle Corentin—; esta joven no habría confiado la salvación de sus primos a ningún colono. Nos está entreteniendo. Haga usted lo que yo le digo, para que, ya que hemos cometido la pifia de venir aquí, nos llevemos siquiera algunas aclaraciones.

Fue Corentin y se plantó delante de la chimenea, remangándose los largos faldones picudos de su frac para calentarse y adoptó el aire y los modales de quién se encuentra de visita.

—*Mesdames*, pueden ustedes acostarse y lo mismo sus criados. Señor alcalde, ya no necesitamos sus servicios. La severidad de nuestras órdenes no nos permite proceder de otro modo que como lo hemos hecho; pero luego que examinemos todas las paredes, que nos parecen harto sospechosas, nos iremos.

Saludólos a todos el alcalde y se retiró.

—Ha hecho mucho camino —dijo Corentin.

Ni el cura ni su hermana se movieron de sus asientos. Los criados estaban hartos inquietos para no correr la suerte de su señorita. M^{me} de Hauteserre, que, desde

que llegara Laurencia, la estudiaba con la curiosidad de una madre en trance de desesperación, llevósela a un rincón y en voz queda le dijo:

—¿Los viste?...

—¿Cómo habría yo dejado venir a sus hijos bajo su techo sin que usted lo supiese? —respondióle Laurencia—. Durieu —añadió—, vea usted si es posible salvar a mi Stella, que aún alienta...

—Ha hecho mucho camino —dijo Coentin.

—Quince leguas en tres horas —corroboró ella, dirigiéndose al clérigo que la contemplaba estupefacto—. Salí a las nueve y media y he vuelto a la una larga...

Miró el reloj de péndola que marcaba las dos y media.

—¡De modo —dijo Coentin— que no niega usted haber hecho una correría de quince leguas!...

—No —dijo ella—. Confieso que tanto mis primos como los señores de Simeuse, seguros de su perfecta inocencia, pensaban solicitar que no los exceptuasen de la amnistía y volvían a Cinq-Cygne. Así que, al presumir yo que el *steur* Malin quería envolverlos en alguna traición, fui a decirles que se volviesen a Alemania, donde estarán ya antes que el telégrafo de Troyes los haya señalado en la frontera. Si cometí delito, ya me castigarán.

Aquella respuesta, profundamente meditada por Laurencia y tan probable en todas sus partes, quebrantó las convicciones de Coentin, al que la condesita observaba con el rabillo del ojo. En aquel instante tan decisivo, y cuando todas las almas estaban pendientes, en cierto modo, de aquellos dos semblantes, y todas las miradas iban de Coentin a Laurencia y de Laurencia a Coentin, sonó sobre el pavimento el ruido de un caballo que a galope tendido venía del bosque y el de la verja sobre el pavimento de la cepeda. Una horrible ansiedad pintóse en todos los rostros.

Entró Peyrade con los ojos brillantes de júbilo, llegóse diligente a su colega y le dijo lo bastante alto como para que la condesita lo oyese:

—¡Hemos cogido a Michu!

Laurencia, que, por efecto de la angustia, la fatiga y la tensión de todas sus facultades mentales, mostraba un arrebol en sus mejillas, recobró su palidez y desplomóse medio desmayada, fulminada, en un sillón. La Durieu, *mademoiselle* Goujet y *madame* de Hauteserre acudieron a socorrerla, pues la joven se ahogaba; y con un gesto, rogóles le cortasen los alamares de su amazona.

—Cayó en la trampa; ellos van camino de París —díjole Coentin a Peyrade—. Cambiemos las órdenes.

Salieron dejando a un gendarme a la puerta del salón. La espantosa habilidad de aquellos dos hombres acababa de lograr una horrible ventaja en aquel desafío, haciendo caer a Laurencia en la trampa de una de sus habituales artimañas.

A las seis de la mañana, clareando ya el día, volvieron los dos agentes. Luego de explorar la cuneta cercioráronse de que los caballos habían pasado por allí para ir al

bosque. Aguardaban los informes del capitán de gendarmes, encargado de batir la comarca. Dejando el castillo cercado bajo la vigilancia de un brigadier, se fueron a almorzar en una venta de Cinq-Cygne, pero antes, sin embargo, diéronle orden de poner en libertad a Gotardo, que no paraba de llorar a moco tendido ante cuantas preguntas le hicieran; y también a Catalina, que seguía encerrada en su inmóvil silencio. Bajaron Catalina y Gotardo al salón, besáronle la mano a Laurencia, que seguía tumbada en su bergère. Llegó Durieu anunciando que Stella no estaba a la muerte, pero que exigía mucho cuidado.

El alcalde, inquieto y curioso, encontróse con ambos agentes en el pueblo. No quiso consentir que unos funcionarios superiores almorzasen en un ventorro y se los llevó a su casa. Distaba de allí la abadía un cuarto de legua. En tanto caminaban, observó Peyrade que el brigadier de Arcis no les había aportado noticia alguna sobre Michu ni Violette.

—Tenemos que habérmolas con gente de calidad —dijo Corentin—; son más fuertes que nosotros. El cura anda de seguro en el ajo.

En el momento en que *madame* Goulard introducía a los dos polizontes en un espacioso comedor sin fuego, llegó el teniente de gendarmes, con aire bastante azorado.

—Hemos encontrado el caballo del brigadier Arcis en el bosque, sin su amo —díjole a Peyrade.

—Teniente —exclamó Corentin—, corra al pabellón de Michu y vea qué pasa allí. Habrán matado al brigadier.

Aquella noticia amargóle el almuerzo al alcalde. Los parisienses se lo engulleron todo con una rapidez de cazadores que aprovechan un alto para comer y volvieron al castillo en su cabriolé de mimbre, tirado por el caballejo de postas, para poder trasladarse rápidamente a cuantos lugares reclamasen su presencia. Luego que los dos hombres volvieron a aparecer en el salón, donde sembraron la confusión, el espanto, el dolor y las más crueles ansiedades, encontraron en él a Laurencia en bata, al aristócrata y su esposa y al abate Goujet y su hermana agrupados en torno al fuego, al parecer tranquilos.

«Si hubiesen cogido a Michu —pensó Laurencia—, luego le habrían traído aquí. Siento no haber sido dueña de mí misma, y de haber hecho alguna luz en las sospechas de esos infames: pero todo es posible repararlo».

—¿Vamos a ser por mucho tiempo sus prisioneros? —preguntóles a los agentes, con tono zumbón y despreocupado.

—¿Cómo puede ella saber algo de nuestra inquietud por Michu? Nadie de fuera ha entrado en el castillo: nos toma el pelo —dijéronse ambos esbirros con la mirada.

—No los molestaremos ya mucho —respondió Corentin—. Dentro de tres horas les presentaremos nuestras excusas por haber turbado su soledad.

Nadie respondió. Aquel despectivo silencio duplicó la rabia de Corentin, sobre el que Laurencia y el cura, las dos únicas inteligencias de aquel mundillo, sabían a qué

atenerse. Gotardo y Catalina sirvieron la mesa junto al fuego para el almuerzo del que participaron el cura y su hermana. Ni señores ni criados hicieron el menor caso de los dos esbirros, que se paseaban por el jardín, el patio y el camino y de cuando en cuando volvían al salón.

A las dos y media de la tarde volvió el teniente.

—Encontré al brigadier —díjole a Corentin— tendido en el camino que conduce del pabellón llamado de Cinq-Cygne al cortijo de Bellache, sin más herida que una horrible contusión en la cabeza, producida probablemente por la caída. Según dice, lo arrebataron tan rápidamente de su caballo y lo arrojaron con tal violencia hacia atrás, que no acaba de explicarse cómo pudo ser eso; sus pies se zafaron del estribo, que de otra suerte habría muerto, pues su caballo espantado, habríalo arrastrado por esos campos; se lo hemos confiado a Michu y a Violette.

—¡Cómo! Pero ¿Michu está en su pabellón?... —dijo Corentin, y miró a Laurencia.

Sonreía la condesa con malicia, como mujer que se toma el desquite.

—Acabo de verlo en vías de cerrar con Violette un trato que empezaron ayer tarde —dijo el teniente—. Por cierto, que me pareció que tanto Michu como Violette estaban algo chispas; lo que no es de extrañar, pues se pasaron toda la noche bebe que te bebe, y aún no se han puesto de acuerdo.

—¿Le dijo eso Violette? —preguntó Corentin.

—Sí —respondió el teniente.

—¡Oh, tendría uno que hacérselo todo por sí mismo! —exclamó Peyrade, mirando a Corentin, que fiaba tan poco como Peyrade en la inteligencia del teniente.

El joven respondióle al viejo con un movimiento de cabeza.

—¿A qué hora llegó usted al pabellón de Michu? —preguntó Corentin, al notar que *mademoiselle* de Cinq-Cygne había mirado al reloj de encima de la chimenea.

—Alrededor de las dos —dijo el teniente.

Sonrió Laurencia con la misma mirada a los señores de Hauteserre, y al abate Goujet y su hermana, los cuales se creyeron cobijados bajo un palio azul celeste; la alegría del triunfo centelleaba en sus ojos, arrebolósele el semblante y lágrimas rodaron de entre sus párpados. Fuerte contra las mayores adversidades, aquella joven sólo podía llorar de gozo. Resultó en aquel momento sublime, sobre todo para el cura, que, casi pesaroso del viril carácter de Laurencia, notó entonces en ella la excesiva ternura de la hembra, sólo que aquella sensibilidad yacía en ella como un tesoro escondido a una profundidad infinita, al pie de un bloque de granito. Llegó en aquel momento un gendarme preguntando si había que hacer pasar al hijo de Michu, que venía de parte de su padre a hablar con los señores de París. Respondió Corentin con un gesto afirmativo. Francisco Michu, ese astuto perrillo que, cazador de raza, estaba en el patio donde Gotardo ya se encontraba en libertad, pudo hablar con él un instante bajo los ojos del gendarme. Descargóse el pequeño Michu de algún cometido deslizándole algo en la mano a Gotardo sin que el gendarme lo notase. Colóse

Gotardo en el salón detrás de Francisco y llegó hasta *mademoiselle* de Cinq-Cygne para entregarle inocentemente su alianza entera, que la joven besó con fervor, pues comprendió que, al enviársela así, decíale Michu que los cuatro aristócratas estaban a buen recaudo.

—Mi apa (mi papá) me manda a preguntar dónde hay que poner al brigadié, que no está ben del todo...

—¿De qué se queja? —preguntóle Peyrade.

—De la caeza... Se dio un porrazo bastante fuerte. Para un gendarme, que sabe montar a caballo, la cosa tiene mala pata... Pero ¡daría un resbalón!... Detrás de la caeza tiene un abujero, por donde se puede meter el puño. Por lo visto, tuvo la mala sombra de caer sobre un pedrusco muy grande, el probe home... Y por más gendarme que sea, sufre de un modo que da pena.

El capitán de gendarmes de Troyes entró en el patio, echó pie a tierra y le hizo una seña a Coentin, que, al reconocerlo, precipitóse a la ventana y la abrió para no perder tiempo.

—¿Qué hay?

—¡Nos han engañado como a chinos! Se han encontrado cinco caballos muertos de fatiga, con las crines erizadas de sudor, en medio mismo de la gran avenida del bosque... Yo he mandado que los custodien para saber de dónde vienen y quién los facilitó. El bosque está acordonado, y los que en él se hallen no podrán salir.

—¿A qué hora cree usted que esos jinetes entrarían en el bosque?

—Pues a las doce y media del día.

—Pues que ni una liebre salga de ese bosque sin que se la vea —díjole Coentin al oído—. Lo dejo a usted aquí, Peyrade; voy a ver cómo sigue el pobre brigadier. Quédate en casa del alcalde; yo te enviaré un hombre para que te releve —díjole al oído al provenzal—. Tendremos que valernos de gente del país. Examina bien todas las caras —volvióse a los demás y les dijo—: ¡Hasta la vista! —con un tono de voz espantoso.

Nadie saludó a los agentes que salieron.

—¿Qué dirá Fouché de una visita domiciliaria sin resultado?... —exclamó Peyrade, ayudando a Coentin a montar en su cabriolé de mimbre.

—¡Oh, aún no terminó todo! —respondióle Coentin a Peyrade al oído—. Los nobles deben de estar en el bosque —señaló a Laurencia, que los miraba por entre los cristalitos de las grandes ventanas del salón—. Yo hice reventar a una que valía tanto como ella y que me había revuelto demasiado la bilis. ¡Como vuelva a caer bajo mi férula, le haré pagar caro el latigazo!...

—La otra era una golfa y ésta ocupa una posición...

—Pero ¿es que yo hago distingos? ¡En el mar todo es pescado! —dijo Coentin, haciéndole seña al gendarme que guiaba el cabriolé de fustigar al caballo de postas.

Diez minutos después estaba completamente evacuado el castillo de Cinq-Cygne.

—¿Cómo os deshicisteis del brigadier? —preguntóle Laurencia a Francisco.

—Mis padres me dijeron que se trataba de una cuestión de vida o muerte, y que nadie debía entrar en nuestra casa. Así que al comprender, por el galopar de los caballos en el bosque, que íbamos a tener que habérmolas con esos perros de gendarmes, quise impedirles que entrasen en casa. Cogí unas cuerdas muy gordas que tenemos en el granero y las até a uno de los árboles que hay al final de cada sendero. Luego levanté la cuerda a la altura del pecho de un jinete y la prendí alrededor del árbol frontero, en el camino, donde sentí el galope de un caballo. El camino estaba cortado. Y la cosa no falló. No hacía luna y mi brigadier rodó por tierra, pero no se mató. ¡Qué le vamos a hacer!... ¡Esos gendarmes tienen la carne dura! En fin, que uno hace lo que puede...

—¡Nos has salvado! —exclamó Laurencia, abrazando a Francisco Michu, al que fue acompañando hasta la verja. Y allí, no viendo a nadie, díjole al oído—: ¿Tienen víveres?

—Acabo de llevarles un pan de doce libras y cuatro botellas de vino. Allí se estarán quietecitos seis días.

Al volver al salón la joven, vióse objeto de las mudas interrogaciones de los señores de Hauteserre, del abate Goujet y su hermana, que la miraban con tanta admiración como ansiedad.

—Pero ¿los has visto? —exclamó *madame* de Hauteserre.

Llevóse la condesa un dedo a los labios, sonriendo, y subióse a sus habitaciones para acostarse; porque luego de logrado el triunfo, se caía de fatiga.

El camino más corto para ir de Cinq-Cygne al pabellón de Michu era el que llevaba del pueblo al cortijo de Bellache y desembocaba en la glorieta, en la que los dos esbirros se dejaban ver de Michu el día antes. Así que el gendarme que conducía a Corentin siguió ese camino, que también el brigadier de Arcis siguiera. En tanto viajaba, indagaba el agente los medios de que se habrían valido para derribar de su montura al brigadier. Riñóse a sí mismo por no haber destacado más que a un solo gendarme sobre un punto tan principal, y de ese error sacaba un axioma para un código policiaco que se estaba haciendo para su uso particular. «Si se han deshecho del gendarme —pensaba—, también se habrán deshecho de Violette. Esos cinco caballos muertos habrán traído, sin duda, de los alrededores de París al bosque a los cuatro conspiradores y a Michu».

—¿Tiene Michu algún caballo? —preguntó al gendarme, que era de la brigada de Arcis.

—¡Oh, sí! Un buen jamelgo —respondió el gendarme—, un caballo de raza que procede de las cuadras del exmarqués de Simeuse. Aunque ya cuenta sus buenos quince años, quizá será por eso mejor. Michu le hace andar veinte leguas de un tirón y el animal tiene tan secas las crines como mi sombrero. ¡Oh, lo cuida mucho; no ha querido darlo por ningún dinero!

—¿Y cómo es su caballo?

—Pues castaño, tirando a negro, con pintas blancas por encima de sus cascos, flaco, todo nervios como un caballo árabe.

—Pero ¿tú has visto alguna vez caballos árabes?

—Yo volví de Egipto hace un año y he montado caballos de mameluco. Un servidor cuenta once años de servicio en la caballería... Yo estuve en el Rin con el general Steingel; de allí marché a Italia y luego seguí al Primer Cónsul a Egipto... Así que estoy a punto de ascender a brigadier...

—Bueno; pues cuando esté yo en el pabellón de Michu, te metes tú en la cuadra y, si es verdad que llevas once años viendo caballos, sabrás reconocer cuándo un caballo ha corrido.

—Mire usted, ahí fue donde derribaron por tierra a nuestro brigadier —dijo el gendarme, indicando el sitio en que el camino desembocaba en la glorieta.

—Le dirás al capitán que venga a recogerme al pabellón y luego todos juntos nos iremos a Troyes.

Echó pie a tierra Corentin y quedóse unos instantes observando el terreno. Examinó los dos olmos fronteros, adosado el uno a la tapia del parque y erguido el otro sobre el talud de la glorieta que cortaba el camino vecinal. Y vio lo que nadie antes viera: un botón de uniforme entre el polvo del camino, y lo recogió. Al entrar en el pabellón, vio a Violette y Michu de codos sobre una mesa de la cocina y discutiendo todavía. Levantóse Violette, saludó a Corentin y le ofreció de beber.

—Gracias; quería ver al brigadier —dijo el joven, que de un vistazo adivinó que Violette estaba borracho desde hacía más de doce horas.

—Mi mujer lo atiende allá arriba —díjole Michu.

—¿Y qué tal, brigadier; cómo va eso? —dijo Corentin, que se precipitó en la escalera y vio al gendarme con una compresa sobre la cabeza y acostado en la cama de *madame* Michu.

En una silla veíanse el sombrero, el sable y el correaje del herido. Marta, fiel a los sentimientos femeniles e ignorante, además, de la proeza de su hijo, asistía al brigadier secundada por su madre.

—Estamos aguardando a *monsieur* Varlet, el médico de Arcis —dijo *madame* Michu—. Gaucher salió a buscarlo.

—Déjenos solos un momento —dijo Corentin, no poco sorprendido de aquel espectáculo que probaba la inocencia de las dos mujeres—. ¿Dónde se hirió? —preguntó, mirando el uniforme.

—En el pecho —respondió el brigadier.

—Veamos su correaje —dijo Corentin.

Sobre la banda amarilla, guarnecida de vivos blancos, que una ley reciente asignara a la gendarmería llamada nacional, especificando los menores detalles de su uniforme, iba una placa bastante parecida a la que llevan hoy los guardabosques, y en la que mandara la ley grabar estas peregrinas palabras: ¡Respeto a las personas y a las propiedades! Por fuerza tenía que haber dado la cuerda en el correaje, dejando en él

una señal muy acusada. Corentin cogió la guerrera y miró el sitio en que faltaba el botón encontrado en el camino.

—¿A qué hora lo recogieron? —preguntó Corentin.

—Pues al ser de día.

—¿Y lo trajeron enseguida aquí? —dijo Corentin, reparando en que la cama aún no estaba deshecha.

—Sí.

—¿Quién lo subió?

—Me subieron entre las mujeres y el chico de Michu, que fue el que me encontró caído sin conocimiento.

—¡Bueno! «No se han acostado esta noche —pensó Corentin—. Al brigadier no lo hirieron ni de un tiro ni de un palo, pues su adversario, para atinarle, habría tenido que ponerse a su nivel y estar a caballo; así que sólo un obstáculo puesto a su paso lo pudo desarmar. ¿Un tronco de madera?... ¡No es posible!... ¿Una cadena de hierro?... Habría dejado señales»—. ¿Qué fue lo que usted sintió? —preguntóle en voz alta al brigadier, acercándose para reconocerlo.

—¡Oh, me derribaron tan bruscamente...!

—Tiene usted la piel desollada bajo la barbilla...

—A mí me parece —dijo el brigadier— que me lastimó la cara una cuerda...

—¡Ya caigo!... —asintió Corentin—. Tendieron una cuerda de árbol a árbol para cerrarle a usted el paso...

Bajó Corentin y entró en la sala.

—Bueno..., vamos a ver, viejo zorro, si acabamos de una vez... —decía Michu, hablándole a Violette y mirando de soslayo al polizonte—. Ciento veinte mil francos en total y te quedas con mis tierras. Yo pienso hacerme rentista.

—Como hay Dios, que no tengo arriba de sesenta mil...

—¡Pero puesto que te doy un plazo para lo demás!... Desde ayer que estamos sin acabar de cerrar el trato... Unas tierras de primera clase...

—Como buenas sí lo son... —asintió Violette.

—¡Vino, mujer! —gritó Michu.

—Pero ¿aún no habéis bebido bastante?... —exclamó la madre de Marta—. Desde ayer a las nueve están así y van ya por la botella número catorce...

—¿Desde las nueve de esta mañana están ustedes aquí?... —preguntóle Corentin a Violette.

—No; usted dispense. Desde anoche no me he movido yo de este sitio y no he adelantado nada; cuanto más me hace beber, más me encarece sus tierras...

—En los tratos, quien empina el codo hace subir el precio —observó Corentin.

Una docena de botellas vacías, puestas en fila a lo largo de la mesa, atestiguaban lo que dijera la vieja. En aquel momento el gendarme, desde fuera, hízole seña a Corentin y en el umbral de la puerta díjole al oído:

—En la cuadra no hay ningún caballo.

—Envió usted a su hijo a caballo al pueblo... —dijo Corentin, volviendo a entrar—, ya estará al venir.

—¡No, *monsieur*! —dijo Marta—, fue a pie...

—Pues ¿qué ha hecho usted de su caballo?

—Lo presté —respondió secamente Michu.

—Venga usted acá, buen apóstol —dijo Corentin, encarándose con el guarda—. Tengo dos palabritas que meterle por el tubo del oído.

Corentin y Michu salieron.

—La carabina que ayer, a las cuatro, estaba usted cargando, debía servirle a usted para matar al consejero de Estado; pero Grévin, el notario, lo vio a usted, y por eso no se le puede hacer a usted ningún cargo; hubo mucha intención y pocos testigos. Usted, no sé cómo, adormiló a Violette, y usted, su mujer y su chico pasaron la noche fuera de casa para avisar a *mademoiselle* de Cinq-Cygne de nuestra llegada y poner a salvo a sus primos, a los que escondió aquí; no sé todavía dónde. Su hijo o su mujer derribaron en tierra al brigadier, haciendo alarde de ingenio. En una palabra, que nos han podido ustedes. Usted es un hurón famoso. Pero aún está la pelota en el tejado y el resultado por ver... ¿Quiere usted llegar a una avenencia? Con ello saldrán ganando sus señores.

—Venga usted por aquí y podremos hablar sin que nos oigan —dijo Michu, llevándose al polizone por el parque, hasta el estanque.

Luego que Corentin vio el agua, miró fijo a Michu, que sin duda contaba con su fuerza para lanzarlo a siete pies de fango bajo tres de agua. Respondióle Michu con otra mirada no menos fija. Fue exactamente igual que si una serpiente boa, escuálida y fría, hubiese desafiado a uno de esos leonados y feroces jaguares del Brasil.

—No tengo pizca de sed —dijo el lechuguino, que se quedó a la orilla del agua y se llevó la mano al bolsillo del costado, requiriendo su puñalito.

—No podemos entendernos —dijo fríamente Michu.

—Sea usted juicioso, querido, que la Justicia no le quitará ojo.

—Si no ve más claro que usted, todo el mundo correrá peligro —dijo el guarda.

—¿Se niega usted? —preguntó Corentin, con tono bastante expresivo.

—Preferiría que me cortasen el cuello cien veces, si se le pudiera cortar cien veces a un hombre, a ponerme de acuerdo con un tunante como tú.

Corentin volvió a montar rápidamente en su coche, no sin antes mirar de arriba abajo a Michu, el pabellón y a «Couraut», que le ladraba a la zaga. Dio varias órdenes al pasar por Troyes y regresó a París. A todas las brigadas de gendarmes se les dieron consignas e instrucciones secretas.

Durante los meses de diciembre, enero y febrero hiciéronse activas e incesantes pesquisas en los menores villorrios. Aguzaron el oído en todas las tabernas. Enteróse Corentin de tres cosas principales: en los alrededores de Lagny encontraron un caballo muerto, semejante a los de Michu; los cinco caballos enterrados en el bosque de Nodesme los habían vendido en quinientos francos cada uno colonos y molineros

a un hombre que por las señales debía de ser Michu. Cuando se dictó la ley sobre los encubridores y cómplices de Jorge Cadondal limitó Corentin su vigilancia al bosque de Nodesme. Luego, cuando detuvieron a Moreau, a los realistas y a Pichegru, ya no perdió entonces su plaza. El notario de Arcis entrególe la carta en que el consejero de Estado, nombrado senador, le rogaba a Grévin le pidiese cuentas al administrador y lo despidiese. En tres días obtuvo Michu un finiquito en toda regla y quedó libre. Con gran asombro fuese a vivir a Cinq-Cygne, donde Laurencia lo nombró colono de todas las reservas del castillo. Coincidió fatídicamente el día de su instalación allí con la ejecución del duque de Enghien. Súpose, en casi toda Francia al mismo tiempo, la detención, juicio y condena a muerte del príncipe; terribles represalias que precedieron al proceso de Polignac, Rivière y Moreau.

2. Desquite de Corentin

Entretanto construían la granja destinada a Michu, alojóse el falso Judas en las dependencias de encima de las cuadras, por parte de la famosa brecha. Agencióse Michu dos caballos, uno para él y otro para su hijo, pues los dos incorporáronse a Gotardo para acompañar a *mademoiselle* de Cinq-Cygne en todos sus paseos, que como es de suponer, tenían por objeto llevarles de comer a los cuatro aristócratas y velar por que de nada careciesen. Francisco y Gotardo, secundados por «Couraut» y los perros de la condesa, batían los alrededores del escondite y se cercioraban de que no había nadie allí.

Laurencia y Michu llevaban los víveres que Marta, su madre y Catalina aderezaban, sin que nadie de la comarca se enterase, a fin de concentrar el secreto, pues ninguno de ellos ponía en duda la presencia de espías en el pueblo. Así que, por prudencia, sólo hacían aquellas salidas dos veces por semana y siempre a horas distintas, ya de día, ya de noche. Observaron tales precauciones todo el tiempo que duró el proceso de Rivière, Polignac y Moreau. Luego que el senadoconsulto, llamando al Imperio a la familia Bonaparte y nombrando Emperador a Napoleón fue sometido a la aprobación del pueblo francés, *monsieur* de Hauteserre firmó en el registro que le presentara Goulard.

Supieron, por último, que el Papa iría a consagrar a Napoleón. A partir de ese momento, dejó *mademoiselle* de Cinq-Cygne de oponerse a que los dos jóvenes de Hauteserre y sus primos solicitasen ser borrados de la lista de los emigrados y se reintegrasen en sus derechos de ciudadanos franceses. Voló enseguida a París el buen hombre y se avistó con el exmarqués de Chargeboeuf, que conocía a *monsieur* de Talleyrand. Este ministro, que entonces gozaba del favor de la Corte, hizo llegar la solicitud a manos de Josefina, y Josefina se la transmitió a su marido, al que ya daban tratamiento de Emperador, Majestad y Sire, antes de conocer el resultado del escrutinio popular.

Monsieur de Chargeboeuf, *monsieur* de Hauteserre y el abate Goujet, que también se trasladó a París, consiguieron una audiencia de Talleyrand y el ministro prometiéndoles su apoyo. Ya Napoleón había indultado a los principales actores de la gran conspiración realista contra él dirigida; pero aunque los cuatro nobles sólo hubiesen dado motivo para sospechas, al salir de una sesión del Consejo de Estado llamó el Emperador a su despacho al senador Malin, a Fouché, Talleyrand, Cambacérés, Lebrun y Dubois, prefecto de Policía.

—*Messieurs* —díjoles el futuro Emperador, que seguía conservando aún su indumento de Primer Cónsul—, hemos recibido una instancia de los sieurs de Simeuse y de Hauteserre, oficiales del ejército del príncipe de Condé, solicitando autorización para volver a Francia...

—Están aquí —dijo Fouché.

—Como otros mil que yo me tropiezo en París —añadió Talleyrand.

—Yo creo —respondió Malin— que no se habrá usted tropezado con éstos, ya que están escondidos en el bosque de Nodesme y se creen en su casa.

Guardóse muy mucho de decirles al Primer Cónsul y a Fouché las palabras a que había debido la vida: pero basándose en informes enviados por Corentin, convenció al Consejo de la participación de los cuatro nobles en el complot de *messieurs* de Rivière y de Polignac, asignándoles como cómplice a Michu. El prefecto de Policía confirmó las aseveraciones del senador.

—Pero ¿cómo ese guarda pudo saber que la conspiración se había descubierto en unos momentos en que sólo el Emperador, su Consejo de Estado y yo conocíamos ese secreto?... —preguntó el prefecto de Policía.

Nadie prestó oídos a la pregunta de Dubois.

—Si están escondidos en un bosque, y en siete meses no los ha encontrado usted —díjole a Fouché el Emperador—, ya han expiado bien sus yerros.

—Basta —dijo Malin, aterrado de la perspicacia del prefecto de Policía— que sean mis enemigos para que imite yo la conducta de Vuestra Majestad; así que pido que los borren de la lista y me constituyo en su abogado para con ella.

—Serán menos peligrosos para usted reintegrados que emigrados, pues habrán jurado las constituciones y las leyes —dijo Fouché, mirando fijo a Malin.

—¿Y en qué amenazan al señor senador? —preguntó Bonaparte.

Habló Talleyrand un ratito en voz baja con el Emperador. Y la supresión de la lista de emigrados y la reintegración de los señores de Simeuse y de Hauteserre pareció concedida.

—Sire —dijo Fouché—, todavía podéis oír hablar de esos sujetos.

A instancias del duque de Grandlieu acababa Talleyrand de dar, en nombre de aquellos señores, su palabra de noble, cosa que seducía al Emperador, de que no emprenderían nada contra él y se sometían sin ninguna reserva.

—Los señores de Simeuse y de Hauteserre no quieren ya, después de los últimos sucesos, hacer armas contra Francia. No simpatizan gran cosa con el régimen imperial, y son individuos de esos que Vuestra Majestad debe conquistarse; pero se contentarán con vivir en tierra de Francia, acatando las leyes —dijo el ministro.

Y a continuación púsole bajo los ojos al Emperador una carta que había recibido, y en la que se expresaban esos mismos sentimientos.

—Lo que es tan franco debe de ser sincero —dijo el Emperador, mirando a Lebrun y a Cambacérés—. ¿Tiene usted aún algo que objetar? —preguntóle a Fouché.

—Mirando por el interés de Vuestra Majestad —respondió el futuro ministro de la Policía general—, pido se me encargue de comunicarles a esos señores su eliminación cuando quede definitivamente acordada —dijo en voz alta.

—Concedido —dijo el Emperador, encontrándole a Fouché una expresión rara en el semblante.

Dieron por terminado aquel consejo sin resolver el asunto; pero sí produjo el resultado de dejar en la memoria de Napoleón una nota dudosa sobre cuatro aristócratas. *Monsieur* de Hauteserre, que creía en el éxito, escribiérole a su familia una carta anunciándole la fausta nueva. Así que a los habitantes de Cinq-Cygne no les extrañó el que días después fuese allí Goulard a decirles a *madame* de Hauteserre y Laurencia que debían enviar a los cuatro aristócratas a Troyes, donde el prefecto de Policía les haría entrega del decreto reintegrándolos en todos sus derechos luego que jurasen acatar las leyes del Imperio. Laurencia respondióle al alcalde que se lo haría saber a sus primos y a *messieurs* de Hauteserre.

—Pero ¿no están aquí? —dijo Goulard.

Madame de Hauteserre miraba con ansiedad a la joven, que salió dejando allí al alcaide para ir a consultar con Michu. No vio Michu ningún inconveniente en liberar enseguida a los emigrados. Así que Laurencia, Michu, su hijo y Gotardo partieron acto seguido a caballo rumbo al bosque, llevando un caballo de más, pues la condesa había de acompañar a los cuatro jóvenes a Troyes y volver con ellos. Todos cuantos supieron la fausta nueva apiñáronse en la cepeda para ver marchar a la alegre cabalgata. Salieron los cuatro jóvenes de su escondite, montaron a caballo sin que nadie los viera y tomaron el camino de Troyes, acompañados de *mademoiselle* de Cinq-Cygne.

Michu, ayudado por su hijo y Gotardo, volvió a tapar la entrada de la cueva y los tres volvieron a pie. Ya en el camino, acordóse Michu de que había dejado en la cueva los cubiertos y los vasos de plata de que sus señores se servían y volvió allá solo. Al llegar al filo de la charca, oyó voces en la cueva y fuese derecho a la entrada, por entre los breñales.

—¡Vendrá usted, sin duda, en busca de su plata!... —díjole Peyrade, sonriendo y asomando su gruesa y rubicunda narizota por entre las matas.

Sin saber por qué, ya que, al fin y al cabo, se salvaron los jóvenes, sintió Michu dolor en todas sus articulaciones, de viva que fue en él esa aprensión vaga, indefinible, que produce una desdicha inminente; pero adelantóse y se dio de manos a boca con Corentin en la escalera; el polizone llevaba en su mano una rata de la cueva.

—No somos malas personas —díjole a Michu—; hace una semana que podíamos haberles echado el guante a sus ex, pero sabíamos que estaban borrados de la lista... ¡Es usted un barbián, y nos ha dado harto que hacer para que, por lo menos, no satisfagamos nuestra curiosidad!

—Cualquier cosa daría —dijo Michu— por saber cómo y quién nos ha vendido.

—Si tanto le interesa, chiquito —dijo sonriendo, Peyrade—, mire las herraduras de sus caballos y verá cómo han sido ustedes mismos los que se han delatado.

—Sin rencor —dijo Corentin, haciéndole al capitán de gendarmes seña de que se acercase con los caballos.

—¡Ese miserable obrero parisiense que tan bien herraba los caballos a la inglesa, y que se largó a Cinq-Cygne, era uno de los suyos! —exclamó Michu—. Les ha bastado reconocer y seguir el terreno, cuando estaba húmedo, por medio de uno de sus agentes disfrazado de leñador o cazador furtivo, las pisadas de nuestros caballos herrados con ramplones. Estamos en paz.

No tardó en consolarse Michu pensando que el descubrimiento de aquel escondite no entrañaba ya ningún peligro, puesto que los nobles volvían a ser franceses y habían recobrado su libertad. Pero tenía razón en todos sus presentimientos. La Policía y los jesuítas tienen la virtud de no abandonar nunca ni a sus enemigos ni a sus amigos.

El buen hombre de Hauteserre regresó de París y asombróse bastante de no ser el primero que aportara la buena nueva. Durieu estaba aderezando la más suculenta comida. Vestíanse los criados y todos aguardaban con impaciencia a los proscritos que, a eso de las cuatro, llegaron entre alegres y humillados, pues quedaban por dos años sometidos a la vigilancia de la alta Policía y obligados a presentarse todos los meses en la Prefectura, así como a residir esos dos años en la comuna de Cinq-Cygne.

—Ya les mandaré el registro para que firmen —dijérales el prefecto—. Luego, de aquí a unos meses, piden ustedes les levanten estas condiciones, que también se les han impuesto a todos los cómplices de Pichegrue. Yo apoyaré su solicitud.

Tales restricciones, harto merecidas, apenaron un poco a los dos jóvenes. Laurencia se echó a reír.

—El Emperador de los franceses —dijo— es un hombre bastante mal educado, que aún no sabe indultar.

Encontraron los nobles en la verja a todos los habitantes del castillo y en el trayecto vieron venir buena parte del vecindario del pueblo, deseosa de ver de cerca a aquellos jóvenes, cuyas aventuras los hicieran famosos en toda la región. *Madame* de Hauteserre tuvo largo rato abrazados a sus hijos y dejó ver un rostro bañado en lágrimas; no pudo decir nada y permaneció cohibida, pero feliz, durante buena parte de la velada. No bien asomaron por allí y se apearon de sus cabalgaduras los mellizos de Simeuse, resonó un unánime clamor de sorpresa, provocado por su asombroso parecido; la misma mirada, la misma voz, los mismos gestos.

Uno y otro hicieron exactamente el mismo ademán al empinarse en su silla, pasar la pierna por encima de la grupa del caballo, para apearse, soltando las riendas con gesto también idéntico. Su indumento, absolutamente el mismo, contribuía también a tomarlos por verdaderos Menechmos. Llevaban botas a la Suwaroff, ajustadas en el empeine, pantalón ceñido de piel blanca, chaquetilla de caza verde con botonadura de metal, corbata negra y guantes de gamuza. Aquellos dos jóvenes, que frisarían en los treinta y uno, eran según una expresión de aquel tiempo, dos excelentes caballeros.

De mediana estatura, pero bien plantados, tenían unos ojos vivarachos ornados de largas pestañas, y que nadaban en un fluido como los de los niños; pelo negro, hermosas frentes y una tez de olivácea albura. Su habla, dulce, como de mujer, caía garbosamente de sus bellos labios rojos. Sus modales, más elegantes y púldos que los de los nobles provincianos, estaban diciendo que su conocimiento de hombres y cosas confiriérase esa segunda educación, más preciada aún que la primera, y que hace cumplidos a los hombres.

Como, gracias a Michu, no les faltara el dinero en la emigración, habían podido viajar y fueron bien acogidos en las cortes extranjeras. El anciano gentilhomme y el abate los encontraron algo altivos, pero en su situación aquello podía ser indicio de un hermoso carácter. Poseían las eminentes arrequives de una educación esmerada y hacían gala de una destreza superior en todos los ejercicios físicos. Lo único que podía diferenciarlos era la discrepancia en las ideas. Encantaba el segundón por su jovialidad tanto como el primogénito por su melancolía; pero aquel contraste, puramente moral, sólo llegaba a descubrirse tras larga intimidad.

—¡Ah, hijita! —díjole Michu al oído a Marta—. ¿Cómo no sacrificarse por esos dos chicos?

Marta, que, como mujer y como madre, admiraba a los gemelos, hízole un lindo gesto con la cabeza a su marido y le apretó la mano. Diéronles los señores permiso a los criados para abrazar a los nuevos señoritos. Durante los siete meses de reclusión a que se condenaron los jóvenes, cometieron varias veces la imprudencia, harto necesaria, de permitirse algunos paseos, vigilados, desde luego, por Michu, su hijo y Gotardo. En el curso de esos paseos, iluminados por espléndidas noches, Laurencia, empalmando con el presente el pasado de sus vidas en común, sintió la imposibilidad de elegir entre los dos hermanos. Un amor igual y puro por los dos mellizos latía en su corazón.

Creía tener dos corazones. Los dos Pablos, por su parte, no se habían atrevido a hablarle de su rivalidad inminente. Puede que los tres se hubiesen encomendado a la casualidad. El estado de ánimo en que se encontraba obró, indudablemente, en Laurencia, pues, tras un momento de visible perplejidad, dioles el brazo a ambos hermanos para entrar en el salón, seguida de los señores de Hauteserre, que acribillaban a preguntas a sus hijos. En aquel momento, todos los criados prorrumpieron en gritos de: «¡Vivan los Cinq-Cygne y los Simeuse!». Volvióse Laurencia, siempre entre los dos hermanos, e hizo un gesto encantador para darles las gracias.

Luego que aquellas nueve personas llegaron a observarse, porque en toda reunión, aun en el seno de la familia, hay siempre un momento en que todos se observan tras una ausencia larga, a la primera mirada que Adriano de Hauteserre lanzárale a Laurencia, y que su madre y el abate Goujet cogieran al vuelo, parecióles que aquel joven amaba a la condesita. Adriano, el segundón de los Hauteserre, tenía un alma tierna y dulce. Su corazón detuviérase en la adolescencia, pese a las catástrofes que

acababan de poner a prueba al hombre. Semejante en esto a muchos militares, que por la continuidad del peligro conservan virgen el alma, sentíase cohibido por las bellas timideces de la mocedad. Así que difería por completo de su hermano, hombre de aspecto brutal, gran cazador, militar intrépido, decidido, pero materialista y sin agilidad de inteligencia ni delicadeza en achaques de corazón. Era el uno todo alma; todo acción el otro; pero ambos poseían en igual grado ese honor que basta a la vida de un noble. Moreno, bajito, flaco y enjuto, Adriano de Hauteserre mostraba, sin embargo, una gran apariencia de fuerza: mientras que su hermano, alto, pálido y rubio, daba la impresión de debilidad.

Adriano, de temperamento nervioso, era fuerte por el alma; Roberto, aunque linfático, tenía a gala demostrar su fuerza puramente física. Suelen darse en las familias esos casos raros, cuyas causas pudieran ofrecer interés; pero aquí no podemos mencionarlos sino para explicar cómo Adriano no podía encontrar en su hermano un rival. Roberto tenía para Laurencia el cariño de un pariente y el respeto de un noble para una señorita de su casta. En el capítulo de los sentimientos, el primogénito de los Hauteserre pertenecía a esa secta de hombres que consideran a la mujer como dependiente de ellos, restringiendo en lo físico su derecho a la maternidad, exigiéndoles un sinnúmero de perfecciones y no haciendo el menor caso de ellas.

Según tales sujetos, la admisión de una mujer en la sociedad, en la política y en la familia significa la subversión del orden social. Estamos hoy tan lejos de esa rancia opinión de los pueblos primitivos, que todas las mujeres, incluso aquellas que no desean esa funesta libertad que las nuevas sectas les brindan, podrían considerarse vejadas por ella; pero así tenía Roberto de Hauteserre la desgracia de pensar. Era Roberto el hombre del medievo, mientras su hermano era un hombre del día. Pero tales discrepancias, lejos de entibiar el mutuo cariño de los dos hermanos, hiciéralo más fuerte todavía. Desde la primera velada captaron y apreciaron esos matices tanto el cura y su hermana como *madame* de Hauteserre, que, en tanto jugaban su partida de boston, vislumbraban ya dificultades para el porvenir.

A los veintitrés años, después de sus reflexiones en la soledad y las zozobras de un amplio plan frustrado, Laurencia, reintegrada en su condición de mujer, sentía una necesidad inmensa de cariños; puso en juego todas las gracias de su ingenio y estuvo seductora. Reveló los encantos de su ternura con la ingenuidad de una niña de quince años. Durante éstos trece años últimos no había sido Laurencia mujer más que por el dolor, y quiso ahora desquitarse; así que se mostró tan amorosica y coqueta como grande y fuerte se mostrara hasta allí. De suerte que los cuatro ancianos, que se quedaran en el salón los últimos, sintieron no poca inquietud ante la nueva actitud adoptada por la encantadora joven. ¡Qué fuerza no tendría la pasión en aquella criatura de tal temple y tal nobleza!... Ambos hermanos amaban por igual y con ciega ternura a la misma mujer; ¿a cuál de ellos elegiría Laurencia?

Pero elegir a uno, ¿no era tanto como matar al otro? Condesa por su casa, aportaba a su marido su título y envidiables privilegios, una larga fama, y quizá pensando en esas ventajas se sacrificase el marqués de Simeuse para casar a Laurencia con su hermano, que con arreglo a las antiguas leyes, era pobre y no tenía título. Pero ¿se avendría el segundón a privar a su hermano de una dicha tan grande como tener a Laurencia por esposa?

De lejos no había presentado grandes inconvenientes aquel combate de amor, y, además, mientras ambos hermanos corrieron peligros, el azar de las batallas podía zanjar esa dificultad; pero ahora, reunidos los tres, ¿qué iba a ocurrir? ¿Cuándo Mariano-Pablo y Pablo-María, que ya frisaban en la edad en que las pasiones cobran toda su fuerza, se repartirían tranquilamente las miradas, frases y atenciones de su prima, no estallarían entre los dos unos celos cuyas consecuencias pudieran ser terribles? ¿Qué sería de aquella existencia igual y simultánea de los dos gemelos?

A esas suposiciones, emitidas una a una por cada uno de los jugadores de la postrer partida de boston, respondió *madame* de Hauteserre diciendo que no creía que Laurencia se casase con ninguno de sus primos. La anciana señora había tenido durante la velada uno de esos presentimientos inexplicables que quedan como un secreto entre las madres y Dios. No menos inquieta sentíase Laurencia en su fuero interno al encontrarse frente a frente con sus dos primos. Al agitado drama de la conspiración, a los peligros que ambos hermanos corrieran, a las desventuras de su emigración, sucedía ahora un drama en el que jamás pensara ella.

No podía aquella noble muchacha recurrir al medio violento de no casarse con ninguno de sus dos primos, y era harto honrada para casarse, guardando una pasión irresistible en el fondo de su corazón. Quedarse soltera, aburrir a sus dos primos con sus indecisiones y elegir para marido a aquel de los dos que se le mantuviese fiel, a pesar de sus caprichos, fue una decisión antes vislumbrada que buscada. Al quedarse dormida, decíase que lo más prudente era fiarlo todo al azar. El azar es, en amor, la providencia de las mujeres.

A la siguiente mañana partió Michu para París, de donde volvió a los pocos días, trayendo cuatro hermosos caballos con destino a los nuevos señores.

De allí a seis semanas levantaron la veda y la condesita pensara muy discretamente que las violentas distracciones de la caza representarían un recurso contra las dificultades del frente a frente en el castillo. Prodújose a lo primero un efecto imprevisto que sorprendió a los testigos de aquellos raros amores, al par que despertó su admiración. Sin ningún convenio premeditado, rivalizaron ambos hermanos en atenciones y ternezas con su prima, encontrando en ello un placer de alma que pareció bastarles. De suerte que la vida entre ellos y Laurencia resultó tan fraternal como entre ellos dos.

Nada más natural. Tras ausencia tan larga, sentían la necesidad de estudiar a su prima, de conocerla a fondo y de dársele a conocer a fondo a ella, dejándole el derecho de elegir, sostenidos en esa prueba por aquel mutuo afecto que fundía en una

sola sus dos vidas. El amor, lo mismo que la maternidad, no sabía distinguir entre los dos hermanos. Viose obligada Laurencia, para reconocerlos y no equivocarse, a ponerles corbatas diferentes; una blanca al primogénito, y la otra negra al segundón. A no ser por aquella semejanza perfecta y esa identidad de vida que a todo el mundo inducía a error, situación así parecería, y con razón, imposible.

Ni siquiera es explicable sino por la realidad del fenómeno que es uno de esos que es preciso ver para creerlos; y cuando se los ha visto, sigue la mente aún más perpleja para explicárselos que antes lo estaba para creerlos. ¿Hablaba Laurencia? Pues su voz sonaba con el mismo timbre en dos corazones, igualmente amorosos y fieles. ¿Expresaba una idea ingeniosa, donosa o bella?... Pues veía el placer expresado en dos miradas que seguían todos sus gestos, interpretaban sus menores deseos y sonreíanle con nuevas expresiones, alegres en el uno, tiernamente melancólicas en el otro. En tratándose de su dueña y señora, tenían ambos hermanos esos admirables prontos del corazón en armonía con la acción y que, según el abate Goujet, rayaban en lo sublime. Así, por ejemplo, si había que buscar algo, si se trataba de una de esas menudas finezas que un hombre gusta de dispensarle a una mujer amada, cedíale el primogénito el gusto de hacerlo al segundón, lanzándole a su prima una mirada patética, al par que orgullosa. Y el segundón cifraba su orgullo en pagar esas deudas. Tal pugna de nobleza en un sentimiento en el que el hombre llega a los feroces celos del animal, desconcertaba todas las ideas de las personas de edad que la contemplaban.

Muchas veces esos menudos pormenores hacían que a los ojos de la condesita afluyeran lágrimas. Una sola sensación, pero que acaso sea enorme en ciertos organismos privilegiados, podrá dar idea de las emociones de Laurencia; se la comprenderá evocando el recuerdo de la perfecta concordancia de dos bellas voces como las de la Sontang y la Malibrán en algún armonioso dúo y el cabal unísono de dos instrumentos manejados por ejecutantes geniales y cuyos sonos melódicos se encuentran en el alma como suspiros de un solo ser apasionado. Más de una vez, al ver al marqués de Simeuse, hundido en un sillón, lanzarle una mirada profunda y melancólica a su hermano, que hablaba y reía con Laurencia, créalo el cura capaz de un inmenso sacrificio; pero no tardaba en sorprender en sus ojos el destello de la pasión invencible. Siempre que uno de los gemelos se encontraba a solas con Laurencia, podía creerse exclusivamente amado.

—Me parece entonces —decía Laurencia al abate Goujet, que la interrogaba sobre el estado de su corazón— que no son más que uno solo.

Y el clérigo hubo de reconocer en ella una ausencia total de coquetería. Laurencia, en verdad, no se sentía amada por dos hombres.

—Pero, hijita —díjole cierto día *madame* de Hauteserre, cuyo hijo se moría en silencio de amor por Laurencia—, ¡no tendrás más remedio que elegir!

—¡Déjenos ser felices! —respondióle la joven—. ¡Dios nos salvará de nosotros mismos!

Adriano de Hauteserre ocultaba en el fondo de su corazón unos celos que lo consumían y guardaba el secreto de su suplicio comprendiendo las pocas esperanzas que podía tener de ser correspondido. Contentábase con la dicha de ver a aquella criatura encantadora que, durante unos meses que se mantuvo aquella lucha, brillara en todo su esplendor. Con efecto, Laurencia, que se había vuelto coqueta, cuidaba su persona con ese esmero con que lo hace toda mujer amada. Seguía las modas, y más de una vez corrió a París con el objeto de parecer más bella con trapos nuevos o alguna novedad. Finalmente, para proporcionarles a sus primos los menores goces domésticos, que por tanto tiempo estuvieran privados, hizo de su castillo, pese a los gritos en el cielo de su tutor, la residencia más completamente cómoda que en toda la Champaña hubiese.

Roberto de Hauteserre no comprendía nada de aquel drama sordo. No notaba el amor a Laurencia de su hermano. Cuanto a la joven, gustaba de gastarle bromas sobre su coquetería, pues confundía ese detestable defecto con el deseo de agradar; pero es que de igual modo se engañaba sobre todo achaque de sentimiento, gusto o elevada instrucción. Así que cuando el hombre del medievo salía a escena, hacía luego Laurencia, sin saberlo, el gracioso drama, alegraba a sus primos discutiendo con Roberto, y lo iba llevando, pasito a pasito, al medio mismo de esos pantanos en que se hunden la necedad y la ignorancia.

Sobresalía en esas bromas ingeniosas, que para ser perfectas han de dejar contenta a la víctima. Pero por más burdo que su temperamento fuese, Roberto, en aquella bella temporada, la única feliz que habían de conocer aquellos tres seres encantadores, no se interpuso jamás entre Laurencia y los Simeuse con una palabra viril, que habría podido zanjar la cuestión. Impresionóle la sinceridad de los dos hermanos. Adivinó Roberto, sin duda, hasta qué punto podía temblar una mujer ante la idea de conceder al uno testimonios de cariño que al otro no lograrse o que pudiesen apenarlo; hasta qué punto era feliz uno de los hermanos con lo bueno que al otro le ocurriese y hasta qué punto podría sufrir su corazón.

Tal respeto de parte de Roberto explica admirablemente que, sin duda, habría obtenido privilegio en las épocas de fe, cuando el soberano Pontífice tenía poder para cortar el nudo gordiano de esos raros fenómenos, lindantes con los más impenetrables misterios. La Revolución había vuelto a templar aquellos corazones en la fe católica; y, así, la religión hacía aún más terrible esa crisis, ya que la grandeza de las almas acrece la grandeza de las situaciones. Por todo lo cual, ni los señores de Hauteserre ni el cura y su hermana se esperaban nada vulgar de ambos hermanos ni de Laurencia.

Ese drama, que quedó misteriosamente confinado dentro de los límites de la familia, donde todos lo observaban en silencio, siguió un curso tan rápido al par que tan lento, entrañaba tantos goces inesperados, tantos menudos combates, preferencias defraudadas, ilusiones fallidas, expectativas crueles y aplazamientos, para el día siguiente, de explicaciones y declaraciones mudas, que los habitantes de Cinq-Cygne no prestaron atención alguna a la coronación del Emperador Napoleón. Aquel drama,

por lo demás, tenía sus treguas, buscando una violenta distracción en los placeres de la caza, que, al fatigar excesivamente el cuerpo, quítanle al alma las ocasiones de viajar por esas estepas tan peligrosas del ensueño. Ni Laurencia ni sus primos pensaban en los asuntos públicos, pues cada día tenía para ellos palpitante interés.

—¡Verdaderamente —dijo una noche *mademoiselle* Goujet— no sé cuál de estos enamorados es el que más ama!

Hallábase solo Adriano en el salón con los cuatro jugadores de boston, y alzó los ojos hacia ellos y se puso pálido. Desde hacía unos días, sólo el deseo de ver y oír hablar a Laurencia lo retenía en la vida.

—Yo creo —dijo el cura— que la condesita, a fuer de mujer, ama con mucho abandono.

Instantes después volvieron al salón Laurencia, los dos hermanos y Roberto. Acababan de llegar los periódicos. Al ver la influencia de las conspiraciones fraguadas en el interior, Inglaterra armaba a Europa contra Francia. El desastre de Trafalgar había echado por tierra uno de los planes más extraordinarios que el genio humano concibiera, y en virtud del cual el Emperador habríale pagado a Francia su elección con las ruinas del poderío inglés. En aquel momento levantaban ya el campo de Boulogne. Napoleón, cuyos soldados eran, como siempre, inferiores en número, iba a rendir batalla con Europa en campos en donde aún no se mostrara. El mundo entero andaba preocupado con el desenlace de aquella campaña.

—¡Oh, lo que es esta vez, sucumbe! —dijo Roberto, al terminar la lectura del diario.

—Se le han echado encima todas las fuerzas de Austria y Rusia —dijo Mariano-Pablo.

—Nunca maniobró en Alemania —añadió Pablo-María.

—¿De quién hablan ustedes? —preguntó Laurencia.

—Del Emperador —respondieron los tres nobles.

Lanzóles Laurencia a sus dos galanes una mirada de desdén que los humilló, pero que encantó a Adriano. Hizo el desdeñado un gesto admirativo y mostró una mirada de orgullo que decía muy bien claro cómo él..., ¡él!..., no pensaba ya en otra cosa que en Laurencia.

—¿Lo ven ustedes? El amor hace que olvide su odio —dijo el abate Goujet en voz baja.

Fue aquél el primero y último, el único reproche en que los dos hermanos incurrieron: pero en aquel instante sintiéronse inferiores a su primo, que, dos meses después, no se enteró del asombroso triunfo de Austerlitz sino por la discusión que, con este motivo, tuvieron el buen hombre de Hauteserre y sus dos hijos. Fiel a su plan, quería el anciano que sus dos hijos solicitasen ingresar en el Ejército, donde, sin duda, los reintegrarían a sus grados, y podrían hacer aún una hermosa carrera militar. El partido del realismo puro se había hecho el más fuerte en Cinq-Cygne. Los cuatro nobles y Laurencia se burlaron del sensato anciano, que parecía barruntar las

desventuras del porvenir. Puede que la prudencia no sea tanto una virtud como el ejercicio de un sentido del espíritu, suponiendo que sea posible acoplar esas dos palabras; pero día llegará, sin duda, en que fisiólogos y filósofos admitirán que los sentidos son en cierto modo, la envoltura de una viva y penetrante acción que del espíritu dimana.

Firmada la paz entre Francia e Inglaterra a fines de febrero de 1806, un pariente de los señores de Simeuse, que había gestionado su eliminación de la lista de emigrados y había de darles más tarde grandes pruebas de adhesión, el exmarqués de Chargeboeuf, cuyas propiedades se extienden desde Seine-et-Marne hasta el Aube, hubo de trasladarse de sus tierras a Cinq-Cygne en una especie de carretela que por aquel entonces, llamaban por guasa un berlingot. Cuando aquel mísero coche rodó por el pavimento, los habitantes del castillo, que estaban almorzando, no pudieron contener la risa; pero al reconocer la calva cabeza del anciano, asomando por entre las cortinillas de cuero del vehículo, *monsieur* de Hauteserre lo nombró y todos se levantaron para salir al encuentro del jefe de la casa de Chargeboeuf.

—Fíenos hecho mal en dejarnos coger la delantera —dijo el marqués de Simeuse a su hermano y a los Hauteserre—; debíamos haber ido a darle las gracias.

Un criado vestido a lo rústico, que guiaba el coche desde un pescante, pegado a la caja, hincó en un tubo de basto cuero un látigo de carretero y fue a ayudar al marqués a apearse; pero Adriano y el segundón de los Simeuse se le adelantaron, abrieron la portezuela que sujetaba unos botones de cobre y sacaron de allí al buen hombre, sin hacer caso de sus protestas. Tenía el marqués el prurito de hacer pasar a su berlingot amarillo, con portezuela de cobre, por un excelente y cómodo carruaje. El criado, secundado por Gotardo, estaba ya desenganchando los dos rozagantes caballotes de lustrosa grupa, y que servían, sin duda, tanto para las faenas agrícolas como para tirar del coche.

—¡Con este frío!... Pero, claro, usted es un prócer del antiguo régimen —díjole Laurencia a su anciano pariente, cogiéndole del brazo para conducirlo al salón.

—No es usted el llamado a venir a ver a un viejo gentilhombre como nosotros —dijo el marqués con malicia, dirigiendo así un reproche a sus jóvenes parientes.

—¿A qué vendrá? —preguntóse el buen hombre de Hauteserre.

Monsieur de Chargeboeuf, un guapo anciano setentón, con unos calzones de pálido color, unas piernecillas frágiles calzadas en medias chinés, gastaba redecilla, polvos y aladares en forma de ala de pichón. Su frac de caza, de paño verde, con botones de oro, lucía alamares también de oro. Tales arreos, de moda todavía entre la gente vieja, sentábanle muy bien a su cara, harto parecida a la del gran Federico. No se ponía nunca su tricornio para no destruir el efecto de la media luna que sobre su mollera dibujaba una capa de polvos. Apoyaba la diestra en un bastón con puño de pico de cuervo, y que llevaba en la mano, al mismo tiempo, el bastón y el sombrero, con un gesto digno de Luis XIV. Quitóse el digno anciano una bufanda de seda y hundióse en un butacón, conservando entre sus piernas el tricornio y el bastón, en una

postura cuyo secreto sólo ha sido patrimonio de los calaverones de la corte de Luis XV y que le dejaba las manos libres para jugar con la tabaquera, joya siempre preciosa. Así que el marqués sacóse del bolsillo del chaleco, que se cerraba con una presilla bordada en arabesco de oro, una rica tabaquera. En tanto preparaba su toma y ofrecía rapé a la redonda, con otro gesto encantador acompañado de afectuosas miradas, advirtió el placer con que todos acogieron su visita. Pareció comprender entonces por qué los jóvenes emigrados no cumplieran con su deber de ir a darle las gracias. Y puso una cara como diciendo: «Cuando se hace el amor, no se hacen visitas».

—Lo retendremos aquí unos días —díjole Laurencia.

—¡Oh, imposible! —respondió él—. Si no estuviéramos tan separados por los acontecimientos, porque usted ha salvado distancias más grandes que las que mutuamente nos alejan, sabría, niña querida, que yo tengo hijas, nueras, nietas y nietos. Todos se alarmarían si no me viesan volver allá esta noche, y tengo dieciocho leguas de camino.

—Pero tiene usted unos caballos excelentes —dijo el marqués de Simeuse.

—¡Oh! Ahora vengo de Troyes, donde tuve ayer un asunto.

Tras las preguntas de rigor por la familia, la marquesa de Chargeboeuf y esas cosas realmente indiferentes por las que la cortesía pide que nos intereseamos, parecióle a *monsieur* de Hauteserre que *monsieur* de Chargeboeuf había ido allí con la intención de exhortar a sus jóvenes parientes a que no cometiesen ninguna imprudencia. Según el marqués, cambiaran mucho los tiempos y nadie podía ya saber lo que llegaría a ser el Emperador.

—¡Oh, llegará a ser Dios! —exclamó Laurencia.

Habló el anciano de hacer concesiones. Al oír expresar la necesidad de someterse, con mucho más aplomo y autoridad de las que él ponía en todas sus doctrinas, *monsieur* de Hauteserre miró a sus hijos con aire casi implorante.

—¿Serviría usted a ese hombre? —preguntóle el marqués de Simeuse al de Chargeboeuf.

—Claro que sí, siempre que fuese menester en interés de mi familia.

Finalmente, dejó entrever el anciano, aunque vagamente, peligros lejanos; y como Laurencia lo instase para que se explicase con más claridad, él aconsejó a los cuatro jóvenes que se abstuviesen de salir de casa y no se moviesen del castillo.

—¡Ustedes siguen considerando como suyos los dominios de Gondreville —díjoles a los Simeuse—, y con ello enconan un odio terrible! Veo, por su asombro, que ignoran que tienen malquerencias en Troyes, donde se acuerdan de su valor. Nadie se muerde la lengua para contar cómo escaparon de la Policía general del Imperio; y si unos los alaban, otros los declaran enemigos del Emperador. Algunos secuaces se asombran de que el Emperador haya sido tan clemente con ustedes. Pero no para ahí la cosa. Ustedes se han burlado de individuos que se creían más listos que ustedes y la gente de baja estofa no perdona en la vida. Más tarde o más temprano, la

Justicia, que en este departamento emana de su enemigo el senador Malin, pues en todas partes tiene hechuras suyas, incluso entre los funcionarios ministeriales, su justicia, digo, se dará por muy contenta si los ve a ustedes complicados en un mal asunto. Un gañán cualquiera les buscará camorra cuando estén ustedes en su campo; llevarán ustedes el arma cargada, son vivos de genio, y en un santiamén ocurre una desgracia. En la situación de ustedes hay que tener cien veces razón para no dejar de tenerla. No les hablo así a tontas y a locas. La Policía sigue vigilando este distrito y mantiene un comisario en ese villorrio de Arcis, expresamente para proteger al senador del Imperio contra las acometidas de ustedes. Les tiene miedo, según dice.

—¡Pero ese hombre nos calumnia! —saltó el segundón de los Simeuse.

—¡Que los calumnia! ¡Eso mismo creo yo!... Pero ¿qué es lo que el público cree? Eso es lo principal. Michu le apuntó con su carabina al senador, que no lo ha olvidado. Desde que ustedes volvieron, la condesa se trajo aquí a Michu. Así que para muchos, para la mayor parte del público, Malin tiene razón. Ignoran ustedes lo delicada que es la situación del emigrado frente a aquellos que detentan sus bienes. El prefecto, hombre inteligente, me dijo ayer dos palabras sobre ustedes que me han inquietado. En resumidas cuentas, que no querría seguir viéndolos aquí...

Profunda estupefacción acogió aquella respuesta. Mariano-Pablo tiró con viveza del timbre.

—Gotardo —dijole al hombrecito, que al punto acudió—, dile a Michu que venga enseguida.

El antiguo guarda de Gondreville no se hizo esperar.

—Michu, amigo mío —dijole el marqués de Simeuse—, ¿es verdad que quisiste matar a Malin?

—Sí, señor marqués; y cuando vuelva por acá, no le quitaré ojo...

—¿No sabes que sospechan que fuimos nosotros los que te indujimos a apostarte allí y que a nuestra prima, por haberte tomado de colono, la acusan de haber sido tu cómplice?

—¡Santo Dios! —exclamó Michu—. Pero ¿es que estoy maldito? ¿Que no podré nunca librarlos a ustedes tranquilamente de Malin?...

—No, muchacho, no —dijole Pablo-María—. Pero vas a tener que dejar esta tierra y nuestro servicio... Ya miraremos por ti y te pondremos en condiciones de aumentar tu fortuna. Vende todo cuanto aquí tengas, liquida tus fondos y te enviaremos a Trieste, a casa de un amigo que tiene muchas relaciones, y te empleará muy útilmente hasta tanto que aquí mejoran nuestras cosas.

Lágrimas afluyeron a los ojos de Michu, que se quedó como clavado sobre el listón del tillado que pisaba.

—¿Había testigos cuando te emboscaste para disparar sobre Malin? —preguntó el marqués de Chargeboeuf.

—¡Grévin, el notario, estaba hablando con él y por eso no lo maté, por suerte suya!... La señora condesa sabe por qué... —dijo Michu, mirando a su ama.

—¿Y lo sabrá alguien más que Grévin?... —inquirió *monsieur* de Chargeboeuf, que pareció contrariado por aquel interrogatorio, aun hecho en familia.

—Lo sabía también ese polizonte que por entonces vino a enredar a mis amos —respondió Michu.

Levantóse *monsieur* de Chargeboeuf para echar un vistazo a los jardines y dijo:

—¡Mucho partido le han sacado ustedes a Cinq-Cygne!

Luego salió, seguido de los dos Wmanos y Laurencia, que habían adivinado vi sentido de aquella exclamación.

—Son ustedes francos y generosos; ¡pero siempre tan imprudentes! —díjoles el anciano—. Nada más natural sino que yo les advierta de un rumor público que debe de ser una calumnia; pero es el caso que ustedes hacen de ella una verdad para seres débiles como los señores de Hauteserre y su hijo. ¡Oh, la juventud, la juventud!... ¡Debían dejar aquí a Michu e irse ustedes! Pero, en todo caso, si siguen aquí, escríbanle unas líneas al senador a propósito de Michu, diciéndoles que acaban de saber por mí las sospechas que corren sobre su colono y lo han despedido.

—¡Nosotros! —exclamaron a una ambos hermanos—. ¡Escribirle a Malin nosotros! ¡Al asesino de nuestros padres, al descarado expoliador de nuestros bienes!

...

—Todo eso es verdad; pero hoy es uno de los más encopetados personajes de la corte imperial y el rey del Aube.

—A él, que votó la muerte de Luis XVI caso de entrar en Francia el ejército de Condé, y, si no, la reclusión perpetua —dijo la condesa de Cinq-Cygne.

—¡A él, que quizá aconsejase la muerte del duque de Enghien! —exclamó Pablo-María.

—Bien...; pero si quieren ustedes recapitular todos sus títulos de nobleza —dijo el marqués—, añadan: A él, que le tiró del faldón de la levita a Robespierre para hacerlo caer, cuando vio que los que se levantaban para derribarlo eran los más... A él, que habría mandado fusilar a Bonaparte si llega a fallarle el 18 de Brumario... A él, que volvería a traer a los Borbones si Napoleón se tambalease. A él, al que siempre el más fuerte encontrará a su lado para darle la espada o la pistola con que se remata a un adversario que inspira temor. Pero..., razón de más.

—Muy bajo caemos —observó Laurencia.

—Hijos míos —dijo el marqués de Chargeboeuf, cogiendo a los tres de las manos y llevándoselos aparte hacia una cepeda, cubierta a la sazón de ligera capa de nieve —, vais a acaloraros al oír los consejos de un hombre prudente, pero yo debo dároslos, y he aquí lo que voy a hacer; escogeré como medianero a un viejo buen hombre, como yo, más o menos, y lo encargaré de pedirle un millón a Malin a cambio de una ratificación de la venta de Gondreville... ¡Oh, él se avendrá a ello siempre que la cosa no se divulgue!... A la tasa actual de los valores tendríais cien mil libras de renta y podríais comprar alguna hermosa tierra en otro rincón de Francia, le dejaríais a *monsieur* de Hauteserre la administración de Cinq-Cygne y

echaríais pajitas para decidir cuál de los dos se casaba con esta linda heredera. Pero las palabras de un viejo en los oídos de los jóvenes son lo que las palabras de los jóvenes en los oídos de los viejos: un ruido cuyo sentido no se alcanza.

Hízoles el anciano marqués seña a sus tres parientes de que no quería respuesta y volvióse al salón, adonde; en tanto él hablara, habían llegado el abate Goujet y su hermana. La proposición de echar a la suerte la mano de su prima había soliviantado a los dos Simeuse; y Laurencia parecía como asqueada por lo amargo del remedio que el marqués indicara. Así que los tres, sin dejar de estar corteses con el anciano, se le mostraron menos afectuosos. El afecto enfriárase. *Monsieur* de Chargeboeuf, que sintió aquella frialdad, lanzóles varias veces a aquellas tres criaturas encantadoras miradas llenas de compasión. Por más que el diálogo se generalizase, insistió en la necesidad de rendirse a los acontecimientos, elogiando a *monsieur* de Hauteserre por su persistencia en querer que sus hijos se reintegrasen al ejército.

—Bonaparte —dijo— hace duques. Ha creado feudos del Imperio y hará condes. Malin aspirará a ser conde de Gondreville. Y ésa es una idea —añadió, mirando a los señores de Simeuse— que quizá pudiera seros provechosa.

—O funesta —rectificó Laurencia.

En cuanto estuvieron listos sus caballos, retiróse el marqués y todos lo acompañaron hasta el coche. Luego de acomodarse en él, hízole seña a Laurencia de que se acercase, y la joven puso el pie en el estribo con ligereza de pájaro.

—No eres una mujer vulgar —le dijo al oído—, y debias comprenderme. Malin tiene hartos remordimientos para dejaros en paz, y os armará alguna trampa. Por lo menos medita muy bien todos tus actos, aun los más leves..., y, en fin, transigir es mi última palabra.

Siguieron los dos hermanos en pie, junto a su prima, en medio de la cepeda, mirando con una fijeza profunda al berlingot, que daba la vuelta a la verja, y volaba ya por el camino rumbo a Troyes, pues Laurencia repitiéales las últimas palabras del buen hombre. La experiencia cometerá siempre la torpeza de mostrarse en berlingot, con medias chinés y reddecilla sobre el cogote. Ninguno de aquellos juveniles corazones podía concebir el cambio que en Francia se operaba; la indignación les crispaba los nervios y el honor les hervía en todas sus venas con su noble sangre.

—¡El jefe de los Chargeboeuf! —comentó el marqués de Simeuse—. Un hombre que tiene por lema: ¡QUE VENGA UNO MAS FUERTE! (*Adsit fortior*), uno de los más bellos gritos de guerra...

—Pues se ha convertido en el buey —dijo Laurencia, sonriendo con amargura.

—No estamos ya en los tiempos de San Luis —dijo el segundón.

—¡Morir cantando! —exclamó la condesa—, ese grito de las cinco muchachas que esta casa labraron, será el mío.

—Y el nuestro, ¿no es ¡Aquí muero!? Así que ¡Guerra sin cuartel! —dijo el primogénito de los Simeuse—; porque, pensándolo bien, encontraríamos que nuestro

pariente el Buey ha rumiado muy sabiamente lo que vino a decirnos. ¡Convertirse Gondreville en el nombre de Malin!...

—La mansión —exclamó el segundón.

—¡Mansard la dibujó para la nobleza e irá el pueblo a poner allí sus crios! —dijo el primogénito.

—¡Si eso hubiera de ser, antes querría ver ardiendo Gondreville! —exclamó *mademoiselle* de Cinq-Cygne.

Un hombre del pueblo que iba a ver un buey, que el buen hombre de Hauteserre le vendía, oyó aquella última frase al salir del establo.

—Volvamos adentro —dijo, sonriendo, Laurencia—. Hemos estado a punto de cometer una imprudencia y darle la razón al Buey, a propósito de un buey. ¡Mi pobre Michu! —dijo al volver al salón—. Había olvidado tu calaverada, no estamos en olor de santidad en el país, así que no nos comprometamos. ¿Tienes algún otro pecadillo de que acusarte?

—Me acuso de no haber matado al asesino de mis antiguos amos antes de acudir en su socorro.

—¡Michu! —exclamó el cura.

—Pero no me iré del país —siguió diciendo Michu, sin hacer caso de la exclamación del abate— hasta no saber que ustedes no corren en él peligro alguno. Veo rondar por aquí mocitos que no me hacen gracia. ¡La última vez que cazamos en el bosque, salióme al paso esa especie de guarda que me ha sustituido en Gondreville, y me preguntó si estábamos allí en nuestra casa! «¡Oh, mira chico; cuesta mucho desprenderse, en dos meses, de costumbres que datan de dos siglos!...».

—Hiciste mal, Michu —censuró, sonriendo de gusto, el marqués de Simeuse.

—¿Y él qué te respondió? —preguntó *monsieur* de Hauteserre.

—Pues me respondió —dijo Michu— que daría parte al senador de nuestras pretensiones.

—¡Conde de Gondreville!... —exclamó el primogénito de los Hauteserre—. ¡Valiente mascarada! Pero después de todo, ¿no le llaman Majestad a Bonaparte?...

—¡Y su Alteza a monseñor el gran duque de Berg!... —dijo el clérigo.

—¿Quién dice usted? —preguntó *monsieur* de Simeuse.

—Pues el cuñado de Napoleón —explicó el anciano Hauteserre.

—Bueno —dijo *mademoiselle* de Cinq-Cygne—. ¿Y también le llaman Majestad a la viuda del marqués de Beauharnais?...

—Sí, *mademoiselle* —respondió el cura.

—¡Debíanos ir a París, a ver todo eso! —exclamó Laurencia.

—¡Hay, *mademoiselle*! —dijo Michu—. Yo estuve allí para poner a Michu en el Liceo y puedo jurarle a usted que no hay que gastarle bromas a la que llaman guardia imperial. Como todo el ejército se ajuste a ese patrón, puede durar esto más que nosotros.

—Hablan de familias pobres que prestan servicio —dijo *monsieur* de Hauteserre.

—Y con arreglo a las leyes actuales, los hijos de ustedes tendrán que servir. La ley no hace ya distinción de jerarquías ni nombres.

—¡Ese hombre nos hace más daño con su corte que la Revolución con su hacha! —exclamó Laurencia.

—La Iglesia reza por él —dijo el cura.

Aquellas palabras, proferidas unas detrás de otras, eran otros tantos comentarios a las sensatas advertencias del marqués de Chargeboeuf; pero aquellos jóvenes tenían harta fe y harto honor para avenirse a una transigencia. Decíanse también lo que en todas las épocas se han dicho los partidos vencidos: que la prosperidad del partido vencedor tendría un término, que al Emperador sólo su ejército lo sostenía; que, más tarde o más temprano, el Hecho sucumbía ante el Derecho, etc. Pero, pese a esa opinión, cayeron en la fosa ante ellos cavada, y que personas prudentes y dóciles, como el anciano Hauteserre, habrían eludido. Si los hombres quisieren ser francos, quizá reconociesen que nunca les sobrevino una desgracia sin que antes hubiesen recibido algún aviso patente u oculto. Muchos, sólo después de su desastre, comprendieron el profundo sentido de ese aviso misterioso.

—De todos modos, la señora condesa sabe que yo no puedo dejar el país sin antes rendir mis cuentas —díjole Michu, bajito, a *mademoiselle* de Cinq-Cygne.

Hízole ella por toda respuesta una señal de inteligencia al colono, que se retiró.

Michu, que vendió muy luego todas sus tierras a Beauvisage, el colono de Bellache, tardó en cobrar unos veinte días. Así que, al mes de la visita del marqués, Laurencia, que les revelara a sus primos la existencia de su patrimonio, les propuso elegir el martes de Carnaval para sacar el millón enterrado en el bosque. Las grandes nevadas impidieranle hasta entonces a Michu ir a buscar aquel tesoro; pero quería él hacerlo en compañía de sus señores. Michu estaba firmemente decidido a dejar el país, pues se temía a sí mismo.

—Malin acaba de llegar inopinadamente a Gondreville, sin que nadie sepa por qué —díjole a su señorita—, y yo no resistiría la tentación de hacer que sacasen a la venta Gondreville por fallecimiento de su propietario. ¡Me creo culpable por no seguir mis corazonadas!...

—Pero ¿por qué se habrá venido de París en pleno invierno?

—Ésa es la comidilla de todo Arcis —respondió Michu—. El hombre ha dejado en París a su familia y no se ha traído más compañía que la de su ayuda de cámara, *monsieur* Grévin, el notario de Arcis, *madame* Marión, la mujer del recaudador general del Aube y cuñada de ese Marión, que le ha prestado su nombre a Malin, han acudido a rodearlo.

Consideró Laurencia el martes de Carnaval como un día magnífico, pues permitía librarse de la gente. Las mascaradas atraían al pueblo a todo el mundo y no había nadie en los campos. Pero la elección de aquel día sirvió precisamente a la fatalidad que suele atravesarse en muchos hechos delictivos. Hizo el azar sus cálculos con tal habilidad como *mademoiselle* de Cinq-Cygne pusiera en los suyos. La inquietud de

los señores de Hauteserre debía de ser tan grande al saberse con un millón cien mil francos en oro en un castillo sito en la linde de un bosque, que, consultados sus hijos, opinaron que no se les debía decir nada de ello.

El secreto de aquella expedición quedó entre Gotardo, Michu, los cuatro aristócratas y Laurencia. Luego de muchas cábalas, estimaron posible llevar cuarenta y ocho mil francos en una gran talega a la grupa de cada caballo. Tres viajes bastarían. Convinieron, por cautela, en despachar a todos los criados, cuya curiosidad pudiera resultar peligrosa, a Troyes, para que viesen los festejos de aquel día. Marta y Durieu, que eran de fiar, se quedarían guardando el castillo. Aceptaron los criados muy gustosos aquella libertad que les daban y, al ser de día, se fueron. Gotardo, con la ayuda de Michu, cuidó y ensilló los caballos muy de mañana. Echó a andar la caravana por los jardines de Cinq-Cygne, y de allí señores y criados salieron al bosque. En el momento de montar a caballo, pues la puerta del parque era tan baja, que el trayecto aquel lo hicieron a pie, llevando al caballo de las riendas, acertó a pasar por allí el viejo Beauvisage, el colono de Bellache.

—¡Vaya! —exclamó Gotardo—. Ahí viene alguien.

—Soy yo —dijo el honrado colono, al salir al raso—. ¡Salud, señores! Pero ¿es que vais de cacería, a pesar de los bandos de la Prefectura? No seré yo quien me queje pero ¡ándense con ojo!... Que si tienen amigos, también tienen enemigos.

—¡Oh! —dijo, sonriendo, el gordo Hauteserre—. ¡Quiera Dios que se nos dé bien la caza y volverás a encontrar a tus amos!...

Tales palabras, a las que el acontecimiento dio otro sentido totalmente distinto, valiéronle a Roberto una severa mirada de Laurencia. El primogénito de los Simeuse creía que Malin devolvería las tierras de Gondreville a cambio de una indemnización. Se empeñaban aquellos jóvenes en hacer todo lo contrario de lo que el marqués de Chargeboeuf les aconsejara. Roberto, que compartía sus ilusiones, pensaba en ellas al decir esa fatal frase.

—¡En todo caso, chitón, viejo!... —díjole a Beauvisage Michu, que salió el último, llevándose la llave de la puerta.

Hacía uno de esos hermosos días de finales de marzo, en que el aire es seco, despejada la tierra, puro el tiempo y cuya tibieza forma una especie de contrasentido con los árboles sin hoja. Hacía un tiempo tan benigno, que la vista percibía a trechos extensiones verdes en los campos.

—Vamos en busca de un tesoro, cuando el verdadero de nuestra casa lo eres tú, primita —dijo, riendo, el mayor de los Simeuse.

Rompía la marcha Laurencia, llevando a cada uno de sus primos a los sendos costados de su cabalgadura. Seguíanla los dos Hauteserre, seguidos a su vez por Michu. Gotardo los precedía a todos para despejar el camino.

—Puesto que vamos a recuperar nuestros bienes, en parte cuando menos, cástate con mi hermano —díjole el primogénito en voz baja—. Él te quiere y seréis tan ricos como deben serlo los nobles hoy día.

—No; déjale todos sus bienes, y yo, que soy bastante rica para los dos, me casaré contigo —respondió la condesa.

—¡Pues que así sea! —dijo el marqués de Simeuse—. Yo te dejaré para buscar por ahí una mujer digna de ser tu hermana.

—Por lo visto me quieres menos de lo que yo creía —dijo Laurencia, mirándolo con expresión de celos.

—No; yo os quiero a los dos más de lo que me queréis vosotros —respondió el marqués.

—Entonces, ¿es que te sacrificas? —preguntóle Laurencia al primogénito de los Simeuse, lanzándole una mirada llena de momentánea preferencia.

El marqués guardó silencio.

—¿Cómo podría yo vivir sin ti? —exclamó el segundón, mirando a su hermano.

—Pero tú no puedes casarte con los dos —dijo el marqués. Y luego añadió, con el tono de un hombre herido en el corazón—: Ya es hora de decidirse de una vez.

Espoleó su caballo hacia delante para que los dos Hauteserre no pudiesen oír nada. El caballo de su hermana y el de Laurencia imitaron aquel movimiento. Luego que hubieron puesto una discreta distancia entre ellos y los otros tres, fue a hablar Laurencia, pero al principio fueron las lágrimas su único lenguaje.

—Entraré en un convento —dijo por fin.

—¿Y dejarías que se extinguiesen los Cinq-Cygne? —dijo el segundón de los Simeuse—. ¡Y en vez de un solo desdichado que consiente en serlo, harías dos! No; aquel de nosotros que no sea más que tu hermano, se resignará. Al saber que no éramos tan pobres como creíamos, hemos tenido una explicación —dijo mirando al marqués—. Si yo soy el preferido, todo nuestro patrimonio será para mi hermano. Y si la mala suerte me toca a mí, él me lo cede juntamente con los títulos de Simeuse, porque él pasará a ser un Cinq-Cygne. De todos modos, el que no resulte agraciado tendrá también probabilidades de casarse. Y, en último caso, si se siente morir de pena..., pues irá a buscar la muerte en el ejército para no entristecer el hogar del agraciado.

—Somos verdaderos caballeros de la Edad Media... ¡Somos dignos de nuestros padres! —exclamó el primogénito—. ¡Así que habla, Laurencia!

—No queremos seguir así —dijo el segundón.

—No creas, Laurencia, que el sacrificio no tiene sus goces —dijo el primogénito.

—Mis queridos galanes —dijo ella—, soy incapaz de decidirme. Os quiero a los dos como si sólo fueseis uno y como os quería vuestra madre. Dios nos ayudará. Pero yo no he de elegir. Lo fiaremos todo al azar; pero, eso sí, pongo una condición.

—¿Cuál?

—Aquel de vosotros que se quede en mi hermano, seguirá junto a mí hasta que yo le permita alejarse. Quiero ser el único árbitro de la oportunidad de su marcha.

—Si —dijeron al par los dos hermanos, sin comprender el pensamiento de su prima.

—El primero de los dos al que *madame* ju'de Hauteserre dirija la palabra esta noche en la mesa, después del Benedicite, será mi marido. Pero ninguno de los dos hará trampa poniéndola en el caso de interrogarlo.

—Jugaremos limpio —dijo el segundón.

Besáronle los dos la mano a Laurencia. La certidumbre de un desenlace que cada uno de ellos podía creer le sería favorable, hizo que ambos mellizos se mostrasen sumamente alegres.

—De todos modos, querida Laurencia —dijo el mayor—, vas a hacer un conde de Cinq-Cygne.

—Y nosotros jugamos a quién no será Simeuse —dijo el menor.

—Yo creo que, de hoy más, no tardará mucho *mademoiselle* de Cinq-Cygne en dejar de ser soltera —dijo Michu, a espaldas de los dos Hauteserre—. Mis amos están muy contentos. ¡Y yo, si mi señorita elige, no me voy, pues no quiero perderme esa boda!

Ninguno de los dos Hauteserre respondió. Una urraca alzó de pronto el vuelo entre los de Hauteserre y Michu, que, supersticioso como los seres primitivos, creyó oír sonar los fúnebres tañidos de un doble. Empezó, pues, el día alegremente para los enamorados, que rara vez ven urracas cuando pasean juntos por el bosque. Michu, provisto de su plano, reconoció los lugares; cada aristócrata habíase armado de piocha; encontraron el dinero; la parte del bosque en que habían estado escondidos se hallaba desierta; lejos de todo camino y de toda vivienda; así que la caravana cargada de oro no se tropezó con nadie. Lo cual fue una desgracia. Pues al venir de Cinq-Cygne a buscar los últimos doscientos mil francos, la caravana, envalentonada por el éxito, siguió su camino más directo que el que para los anteriores viajes siguiera. Y aquel camino pasaba por un punto culminante desde el que se avizoraba el parque de Gondreville.

—¡Fuego! —gritó Laurencia, al ver elevarse una columna de violáceo humo.

—Será fuego artificial —respondió Michu.

Laurencia, que conocía hasta el último sendero del bosque, separóse de la caravana y picó espuelas hasta el pabellón de Cinq-Cygne, la antigua vivienda de Michu. No obstante estar el pabellón solitario y cerrado, tenía la verja abierta, y los ojos de Laurencia se fijaron en las huellas del paso de varias cabalgaduras. La columna de humo se alzaba de un prado del parque inglés, donde presumió que estarían quemando rastrojos.

—¡Ah, también usted por aquí, *mademoiselle*! —exclamó Violette, saliendo del parque en su jamelgo a galope tendido y deteniéndose ante Laurencia—. Será una broma de Carnaval, ¿verdad? ¡Pero no lo matarán!...

—¿A quién?

—Sus primos no querrán su muerte...

—¿La muerte de quién?...

—Pues del senador.

—¡Te has vuelto loco, Violette!

—¿Sí?... Pues entonces, ¿qué hacía usted ahí?... —preguntó Violette.

Al pensar que sus primos podían correr un peligro, la intrépida amazona picó espuelas y llegó al terreno en el momento en que estaban cargando los sacos.

—¡Alerta..., no sé lo que pasa..., pero volvámonos a Cinq-Cygne!

En tanto los aristócratas se ocupaban en acarrear los caudales salvados por el viejo marqués, en el castillo de Gondreville desarrollábase una extraña escena.

A las dos de la tarde, el senador y su amigo Grévin estaban jugando una partida de ajedrez al amor de la lumbre, en el gran salón de la planta baja. *Madame* Grévin y *madame* Marión platicaban a un lado de la chimenea, sentadas en un canapé. Fuérase toda la servidumbre a ver una curiosa mascarada, anunciada de muy atrás en el distrito de Aréis. La familia del guarda que sustituyera a Michu en el pabellón de Cinq-Cygne también había salido con el mismo objeto. El ayuda de cámara del senador y Violette eran los únicos que en el castillo se encontraban. El conserje, dos jardineros y sus mujeres seguían en sus puestos; pero su pabellón está situado a la entrada de los patios, al extremo de la avenida de Arcis, y la distancia que mediaba entre ese apeadero y el castillo no permitía oír un tiro de fusil.

Además, aquellos individuos estaban en los umbrales de la puerta y miraban en dirección a Arcis, que cae a una media legua de allí, esperando ver llegar la mascarada. Violette aguardaba en una enorme antesala el momento de ser recibido por el senador y Grévin, con el fin de tratar con ellos de la prórroga del contrato de arriendo. En aquel instante, cinco hombres enmascarados y con guantes en las manos, que por la estatura, modales y porte se parecían a *messieurs* de Hauteserre y de Simeuse y a Michu, echáronseles encima al ayuda de cámara y a Violette, metiéndoles en la boca un pañuelo a guisa de mordaza y los ataron a una silla en un repostero. Pese a la rapidez de los agresores, no pudieron ejecutar aquella operación sin que tanto el ayuda de cámara como Violette lanzaran gritos. Y aquellos gritos los oyeron en el salón. Las dos mujeres los interpretaron como gritos de alarma.

—¡Oigan ustedes! —dijo *madame* Grévin—. ¡Por ahí andan ladrones!

—¡Bah! Son gritos propios del Carnaval —exclamó Grévin—. Van a venir máscaras al castillo.

Aquella discusión dioles tiempo a los cinco desconocidos para cerrar las puertas por la parte del patio de honor y encerrar al criado y a Violette. *Madame* Grévin, mujer bastante tozuda, empeñóse en saber la causa del ruido; levantóse y se encontró con las cinco máscaras, que hicieron con ella lo mismo que con el criado y Violette, y luego irrumpieron con violencia en el salón, donde los dos más forzudos se apoderaron del conde de Gondreville, lo amordazaron y se lo llevaron por el parque, mientras los otros tres ataban a un sillón y amordazaban igualmente a *madame* Marión y al notario. No tardaron en todo eso los desconocidos más de media hora.

Los tres, a los que poco a poco se unieron los otros que habían raptado al senador, registraron el castillo desde la cueva al desván. Abrieron todos los armarios sin

violentar ninguna cerradura; sondearon las paredes y hasta las cinco de la tarde fueron dueños del campo. En aquel momento acabó el criado de romper con sus dientes las cuerdas que a Violette le ataban las manos. Libre Violette de su mordaza, rompió a gritar ¡socorro! Al oír aquellos gritos, volvieron los cinco desconocidos a los jardines, montaron de un salto en caballos parecidos a los de Cinq-Cygne y escaparon, pero no tan aprisa que Violette no los viese. Luego de desatar al ayuda de cámara, que desató a su vez a las señoras y al notario, montó Violette en su jamelgo y corrió tras los malhechores. Al llegar al pabellón quedóse de una pieza al ver abierta la verja y a *mademoiselle* de Cinq-Cygne allí de centinela.

Luego que hubo desaparecido la condesa, vino a reunirse con Violette el notario a caballo y acompañado del guardabosque de la comuna de Gondreville, al que el portero había facilitado uno de los caballos de las cuadras del castillo. La mujer del conserje fue a darle cuenta de lo que pasaba a la gendarmería de Arcis. Inmediatamente comunicóle Violette a Grévin su encuentro con Laurencia y la huida de aquella joven audaz, cuyo carácter profundo y decidido todos conocían.

—Estaba al acecho —dijo Violette.

—Pero ¿es posible que sean los nobles de Cinq-Cygne los que han dado el golpe? —exclamó Grévin.

—¡Bah! ¿No reconoció usted al gordo de Michu? ¡Él fue el que se me echó encima a mí! Bien que sentí su puño. Además, los cinco caballos eran de Cinq-Cygne, ¡y tanto que lo eran!

Al ver la señal de las herraduras de los caballos en la arena de la glorieta y en el parque, dejó el notario al guarda campestre de centinela en la verja velando por la conservación de aquellas preciosas huellas y despachó a Violette en busca del juez de paz de Arcis para que tomara nota de ellas. Luego volvióse desalado al salón del castillo de Gondreville, adonde ya llegaban el teniente y el subteniente de la gendarmería imperial acompañados de cuatro números y un brigadier. Aquel teniente, ya lo habréis presumido, no era otro que el brigadier al que dos años atrás descalabrara Francisco, y al que Corentin le hiciera conocer entonces quién había sido su agresor. Aquel hombre, llamado Giguët, cuyo hermano servía en el ejército, donde llegó a ser uno de los mejores coroneles de artillería, hacíase notar por su capacidad como oficial de gendarmes.

Más adelante mandó el escuadrón del Aube. El subteniente, llamado Welf, era quien llevara a Corentin a Cinq-Cygne al pabellón y del pabellón a Troyes. En el trayecto había instruido bastante el parisiense al egipcio sobre lo que llamara la artimaña de Laurencia y Michu. Así que aquellos dos oficiales habían de mostrar y mostraron un gran celo contra los habitantes de Cinq-Cygne. Malin y Grévin, cada cual por cuenta del otro, habían trabajado en el Código llamado de Brumario del año IV, obra judicial de la Convención llamada nacional, promulgada por el Directorio. De suerte que Grévin, que se sabía de coro aquella legislación, pudo actuar en aquel asunto con rapidez terrible, pero a impulsos de una presunción

convertida en certidumbre tocante a la criminalidad de Michu y los señores de Hauteserre y de Simeuse. Nadie sabe hoy, salvo unos viejos magistrados, ni recuerda la organización de justicia que Napoleón abrogaba precisamente entonces con la promulgación de sus Códigos y la Institución de su magistratura, que aún sigue vigente en Francia.

El Código de Brumario del año IV reservaba al presidente del Jurado del distrito de la institución inmediata del sumario por el delito cometido en Gondreville. Fijaos, de pasada, en que la Convención había borrado de la lengua judicial la palabra crimen. No admitía sino delitos contra la ley, delitos que implicaban multas, cárcel, penas infamantes o aflictivas. La de muerte era una pena aflictiva. Pero la pena aflictiva de muerte debía suprimirse en tiempo de paz y sustituirse por veinticuatro años de trabajos forzados. De modo que la Convención estimaba que veinticuatro años de trabajos forzados equivalían a la pena de muerte. ¿Qué decir del Código penal que condena a trabajos forzados a perpetuidad?

La organización entonces preparada por el Consejo de Estado de Napoleón suprimía la magistratura de los directores del Jurado, que reunían, efectivamente, poderes enormes. Cuanto a la persecución de delitos y formalización de la acusación, el presidente del Jurado era, en cierto modo, a la vez agente de la policía judicial, procurador del rey, juez de instrucción y real tribunal. Sólo que su procedimiento y escrito de acusación venían sometidos al visado de un comisario del Poder Ejecutivo y al veredicto de ocho jurados, a los que exponía los hechos objeto del sumario, oían a los testigos y a los acusados y emitían un primer veredicto llamado de acusación. El presidente debía de ejercer sobre los jurados, reunidos en su despacho, un influjo tal que aquéllos sólo podían ser sus cooperadores.

Dichos miembros constituían el jurado de acusación. Había otros que componían el jurado cerca del tribunal criminal encargado de juzgar a los acusados. Al contrario de los jurados de acusación, aquellos otros se llamaban jurados de juicio. El tribunal criminal, al que Napoleón acababa de darle el nombre de Corte criminal, se componía de un presidente, cuatro jueces, el fiscal y un comisario del gobierno. Pero de 1799 a 1806 había Cortes denominadas especiales, que juzgaban sin jurado en ciertos distritos ciertos atentados e integradas por jueces tomados del tribunal civil, que se constituía en Corte especial. Ese conflicto entre la justicia especial y la justicia criminal daba lugar a cuestiones de competencia que el tribunal de Casación resolvía. Si el departamento del Aube hubiese tenido su tribunal especial, sin duda a él se le habría transferido el juicio por el atentado cometido contra un senador del Imperio; pero aquel pacífico departamento estaba exento de aquella jurisdicción excepcional. Así que Grévin envió al subteniente al presidente del jurado de Troyes. Corrió allá el egipcio a rienda suelta y volvió a Gondreville llevando allá en posta al casi soberano magistrado.

El presidente del jurado de Troyes era un exteniente de baillío, exsecretario a sueldo de uno de los comités de la Convención, amigo de Malin, al que debía su

puesto. El tal magistrado, llamado Lechesneau, verdadero practicón de la vieja justicia criminal, había ayudado mucho, lo mismo que Grévin, a Malin en sus trabajos jurídicos en la Convención. Por lo que Malin se lo recomendó a Cambacérés, que lo nombró procurador general en Italia. Por desgracia para su carrera, Lechesneau hubo de enredarse en relaciones con una gran dama de Turín, y Napoleón tuvo que destituirlo para librarlo de un proceso correccional intentado por el marido a propósito de la sustracción de un hijo adulterino. Lechesneau, que se lo debía todo a Malin y adivinaba la importancia de tamaño atentado, presentóse allí con el capitán de gendarmes y un piquete de doce números.

Entendiérase antes de partir, como era natural, con el prefecto, que, sorprendido de noche, no pudo servirse del telégrafo. Despacharon a París una estafeta para avisar al ministro de la Policía general, al gran juez y al Emperador de aquel crimen inaudito. Encontró Lechesneau en el salón de Gondreville a las señoras de Marión y Grévin, a Violette, al ayuda de cámara del senador y al juez de paz asistido de su escribano. Ya se habían practicado pesquisas en el castillo. El juez de paz, secundado por Grévin, recogía cuidadosamente los primeros elementos del sumario. Lo que primero llamóle la atención al magistrado fueron las profundas combinaciones que revelaba la elección del día y la hora. La hora impedía indagar inmediatamente indicios y pruebas. En aquella estación del año, a las cinco y media de la tarde, momento en que Violette había podido perseguir a los delincuentes, es ya casi de noche; y para los malhechores, la noche suele ser la impunidad. Elegir un día de regocijo popular, en que todo el mundo iría a ver la mascarada de Arcis y el senador debía de quedarse solo en casa, ¿no era tanto como evitar testigos?

—Hagámosle justicia a la perspicacia de los agentes de la Prefectura de Policía —dijo Lechesneau—. No han dejado nunca de ponernos sobre aviso contra los nobles de Cinq-Cygne, diciéndonos que, tarde o temprano, darían un mal golpe.

Seguro de la actividad del prefecto del Aube, que envió a todas las prefecturas lindantes con la de Troyes correos, encargándoles buscasen la pista de los cinco enmascarados y el senador, empezó Lechesneau por sentar las bases de su sumario. Despachóse ese trámite rápidamente por aquellos dos cerebros judiciales tan fuertes como los de Grévin y el juez de paz. Éste, llamado Pigoult, expasante primero del bufete en que Malin y Grévin habían estudiado la práctica curialesca, lo nombraron meses después presidente del Tribunal de Arcis. Por lo que a Michu se refiere, ya estaba Lechesneau al tanto de las amenazas precedentes del exguarda a *monsieur* Marión y de la emboscada de que el senador se librara en su parque.

Esos dos hechos, de los que el uno era consecuencia del otro, debían ser las premisas del actual atentado y señalaban tanto más al guarda como jefe de los malhechores, cuanto que Grévin, su mujer Violette y *madame* Marión declararon haber reconocido entre los cinco enmascarados a uno enteramente parecido a Michu. El color del pelo y las patillas, la estatura rechoncha de aquel individuo, hacían poco menos que inútil su disfraz. Además, ¿quién sino Michu habría podido abrir con llave

la verja de Cinq-Cygne? El guarda y su mujer, traídos de Arcis e interrogados, declararon haber cerrado las dos verjas con llave. Examinadas las verjas por el juez de paz con la ayuda del guardabosque y su escribano, no mostraron señal alguna de violencia.

—Cuando lo echamos de aquí se quedaría con dobles llaves del castillo —dijo Grévin—. Pero debía de estar urdiendo un golpe desesperado, ya que en veinte días vendió sus tierras y anteayer cobró su precio en mi estudio.

—Se lo habrán cargado todo a él —exclamó Lechesneau, impresionado por aquella circunstancia—. Siempre ha hecho con ellos de chivo expiatorio.

¿Quién mejor que los señores de Simeuse y Hauteserre podía conocer a las personas del castillo? Ninguno de los asaltantes habíase equivocado en sus rebuscas, sino que habían ido derechos a su objeto con una seguridad que demostraba saber todos bien lo que querían y, sobre todo, adónde ir por ello. Ninguno de los armarios que quedaran abiertos acusaba señales de violencia. De modo que los delincuentes debían de tener sus llaves; y ¡cosa rara!, no se habían permitido la menor sustracción. Por lo que era indudable que no habían ido allí a robar. Finalmente, Violette, después de reconocer los caballos del castillo de Cinq-Cygne, había encontrado a la condesa emboscada ante el pabellón del guarda. De todo ese complejo de hechos y suposiciones resultaban para la Justicia, menos predispuesta en contra, presunciones de culpabilidad respecto a los señores de Simeuse y Hauteserre y a Michu, que para un presidente de jurado degenerarían en certeza. Ahora bien: ¿qué querían hacer con el futuro conde de Gondreville? ¿Obligarlo a una retrocesión de su finca, para cuya adquisición el exguarda venía publicando, desde 1799, que tenía el dinero necesario? Aquí todo cambiaba de cariz.

Preguntóse el sabio criminalista qué objeto podían tener los activos registros hechos en el castillo. Si se hubiese tratado de una venganza, los delincuentes habrían podido matar a Malin. Puede que a aquellas horas estuviese el senador muerto y enterrado. Por lo menos, el hecho de su rapto implicaba un secuestro. Pero ¿a qué venía el secuestro, después de las búsquedas hechas en el castillo? Ciertamente que era una locura creer que el rapto de un dignatario del Imperio iba a permanecer mucho tiempo ignorado. La rápida publicidad que el atentado tendría anulaba sus posibles frutos.

A esas objeciones respondió Pigoult que nunca podía la Justicia adivinar todos los móviles de los delincuentes. En todos los procesos criminales mediaban, del juez al reo y del reo al juez, trechos oscuros; la conciencia tenía abismos en que la luz humana sólo penetraba debido a la confesión de los culpados.

Grévin y Lechesneau asintieron con un movimiento de cabeza, sin por ello levantar los ojos sobre aquellas tinieblas que tenían empeño en esclarecer.

—Pero el Emperador los había indultado —dijo Pigoult a Grévin y a *madame Marión*—, borrado de la lista, no obstante haber participado en la última conspiración tramada contra él...

Sin perder tiempo envió Lechesneau toda su gendarmería al bosque y al valle de Cinq-Cygne, haciendo que a Giguet lo acompañase el juez de paz, que, con arreglo al Código, pasó a ser su oficial de policía judicial auxiliar y le encargó reuniese en la comuna de Cinq-Cygne los elementos del sumario y procediese a hacer todos los interrogatorios necesarios; y para más rapidez, dictó y firmó, desde luego, la orden de detención contra Michu, sobre el que parecían pesar cargos evidentes. Luego de marcharse los gendarmes y el juez de paz, reanudó Lechesneau la importante labor de las órdenes de detención contra los Simeuse y los Hauteserre. Según el Código, dichos escritos debían contener todos los cargos que pesasen sobre los inculpados. Giguet y el juez de paz anduvieron tan diligentes para trasladarse a Cinq-Cygne, que se tropezaron con los criados del castillo, que volvían de Troyes. Detenidos y conducidos a la Alcaldía, donde todos fueron interrogados, todos, unánimemente, ignorando la importancia de su respuesta, dijeron que el día antes les habían dado permiso para pasarse todo el día en Troyes.

A una interpelación del juez de paz, todos también dijeron que *mademoiselle* les había ofrecido aquella diversión en que ellos no pensaban. Tan graves parecieron tales disposiciones al juez de paz, que despachó al egipcio a Gondreville para que le rogase a *monsieur* de Lechesneau fuese a proceder él mismo a la detención de los nobles de Cinq-Cygne, con el fin de actuar simultáneamente, ya que él se trasladaba al cortijo de Michu con objeto de sorprender allí al supuesto jefe de los malhechores. Aquellos nuevos elementos parecieron tan decisivos, que Lechesneau salió enseguida para Cinq-Cygne, recomendándole a Grévin que hiciese vigilar cuidadosamente las huellas dejadas por los caballos en el parque.

Sabía el presidente del Jurado con qué placer verían en Troyes su actuación contra unos exnobles, enemigos del pueblo y enemigos, ahora también, del Emperador. En situaciones semejantes es fácil que un magistrado tome simples presunciones por pruebas palmarias. Pero al trasladarse de Gondreville a Cinq-Cygne en el propio coche del senador, Lechesneau, que, a no dudar, habría sido un gran magistrado sin aquella pasión que causó su desgracia, porque el Emperador se hizo mojigato, estimó loca en demasía la audacia de aquellos jóvenes y de Michu, y poco en armonía con el buen sentido de *mademoiselle* de Cinq-Cygne. En su fuero interno creyó en otras intenciones muy distintas a la de obligar al senador a la retroventa de Gondreville. En todo, hasta en la magistratura, hay eso que se llama conciencia profesional.

Las perplejidades de Lechesneau derivaban de esa conciencia que todo hombre pone en los deberes de su gusto y los sabios en la ciencia, los artistas en el arte y los jueces en la justicia. Por lo que quizá los jueces ofrezcan a los inculpados mayores garantías que los jurados. No fía el magistrado sino en las leyes de la razón, mientras que el Jurado déjase llevar de las bocanadas del sentimiento. Planteóse a sí mismo el director del Jurado cuestiones a las que se propuso buscar soluciones satisfactorias, en la propia detención de los delincuentes. Aquella noticia del rapto de Malin que

traía ya revuelta a la ciudad de Troyes; aún a las ocho la ignoraban en Aréis, pues todo el mundo estaba cenando cuando fueron allá por los gendarmes y el juez de paz, y, finalmente, nadie la conocía en Cinq-Cygne, cuyo valle y castillo estaban por segunda vez acordonados, pero por la Justicia, no por la Policía, y las transacciones posibles con la una no suelen serlo con la otra.

No había tenido Laurencia que decirles a Marta, Catalina y los Durieu que no se moviesen del castillo ni mirasen afuera para que ellos la obedeciesen estrictamente. A cada viaje, los caballos paraban en el talud, frente a la brecha, y de allí Roberto y Michu, los más forzudos de todos, habían podido transportar secretamente los sacos por la brecha a una cueva que caía debajo de la escalera de la torre llamada de *Mademoiselle*. Al llegar al castillo, sobre las cinco y media, los cuatro aristócratas y Michu procedieron inmediatamente a enterrar allí el oro. Laurencia y los Hauteserre juzgaron conveniente tapiar dicha cueva. Michu se encargó de hacerlo con ayuda de Gotardo, que corrió al cortijo por unos sacos de cemento que quedaran allí de cuando las obras, y Marta volvióse a su casa para darle en secreto los sacos a Gotardo.

El cortijo levantado por Michu radicaba en aquel altozano desde donde la noche de marras divisara a los gendarmes y a él se iba por el talud. Michu, que estaba famélico, trabajó de firme, que a las siete y media ya había terminado su labor. Volvía ahora con paso ligero para evitar que Gotardo acarrease un saco más de cemento que había estimado necesario, y ya no lo era. Estaba ya cercado su cortijo por el guarda de Cinq-Cygne, el juez de paz, su escribano y tres gendarmes, que, al verlo venir, se escondieron y lo dejaron entrar.

Michu cruzóse con Gotardo cargado con un saco y, desde lejos le gritó:

—Ya hemos acabado, chiquillo: llévatelo y vente a comer con nosotros.

Michu, sudorosa la frente, sucia la ropa de yeso y de restos de piedras de molino fangosas, procedentes de los escombros de la brecha, entró todo alegre en la cocina de su cortijo, donde Marta y su madre servían ya la sopa, aguardándolo.

En el momento en que Michu le daba la vuelta al grifo de la fuente para lavarse, presentóse el juez de paz en compañía de su escribano y el guarda campestre.

—¿Qué le trae a usted por aquí, *monsieur* Pigoult? —preguntó Michu.

—¡En nombre del Emperador y de la Ley, dese usted preso! —dijo el juez de paz.

Dejáronse ver entonces los tres gendarmes que cargaban con Gotardo. Al ver los chapeos bordados, cambiaron Marta y su madre una mirada de terror.

—¡Oh, sí!..., ¿y por qué? —preguntó Michu, y se sentó a la mesa, diciéndole a la mujer—: Sírveme aprisa, que me caigo de hambre.

—Eso lo sabe usted tan bien como nosotros —díjole el juez, que, luego de enseñarle la orden de detención al colono, hízole seña a su escribano de iniciar la instrucción del sumario.

—Hombre, pones cara de asombro, Gotardo... ¿Quieres comer o no? —dijo Michu—. Déjalos que garrapateen sus majaderías.

—¿Reconoce usted el estado en que está su traje? —dijo el juez de paz—. No negará usted tampoco lo que le dijo a Gotardo en el patio...

Servido por su mujer, atónita ante su sangre fría, Michu comía con esa ansia que infunde el hambre y no respondía; tenía la boca llena y el corazón inocente. Pero a Gotardo un horrible temor le quitó el apetito.

—Vamos a ver —díjole el guarda campestre a Michu, al oído—, ¿qué ha hecho usted del senador? En ello, según dice la gente de curia, se juega usted la pena de muerte.

—¡Ay, Dios mió! —clamó Marta, que cogiera al vuelo las últimas palabras, y desplomóse cual herida del rayo.

—¡Ese Violette nos habrá hecho alguna charranada! —exclamó Michu, recordando las palabras de Laurencia.

—¡Ah! ¿Conque sabe usted que Violette los vio a ustedes? —dijo el juez de paz.

Mordióse los labios Michu y decidió no decir más nada. Gotardo imitó su reserva. Al ver la inutilidad de sus esfuerzos para hacerle hablar, y conociendo, además, lo que en la comarca llamaban la perversidad de Michu, mandó el juez de paz que lo maniatasen, lo mismo que a Gotardo, y se los llevaran al castillo de Cinq-Cygne, al cual dirigióse él para reunirse allí con el presidente del Jurado.

Los nobles y Laurencia tenían sobrado apetito y la comida les ofrecía un interés hartamente vivo para que la retrasasen, cambiándose de ropa. Y ella en traje de amazona, y ellos con calzones de piel blanca, botas de montar y chaquetas de paño verde, fueron a reunirse en el salón con los señores de Hauteserre, que estaban muy inquietos. Notara el buen hombre idas y venidas, y, sobre todo, la desconfianza de que le hicieran objeto, pues Laurencia no había podido imponerle la misma consigna que a la servidumbre. Así que, en el momento en que uno de sus hijos eludía responderle, escabullándose, fue a decirle a su esposa:

—¡Temo que Laurencia nos vaya a meter en otro lío!...

—¿Qué clase de caza habéis hecho hoy? —preguntó *madame* de Hauteserre a Laurencia.

—¡Ah..., ya sabrá usted algún día la fechoría en que sus hijos han tomado hoy parte! —respondió la joven, riendo.

Aunque dichas en tono jocoso, aquellas palabras hicieron temblar a la anciana señora. Anunció Catalina la comida. Laurencia dióle el brazo a *monsieur* de Hauteserre y sonrió de la broma que les gastaba a sus primos, obligando a uno de ellos a darle el brazo a la anciana, erigida en oráculo por su mutuo acuerdo.

El marqués de Simeuse condujo a *madame* de Hauteserre a la mesa. Hízole entonces tan solemne la situación, que acabado el *Benedicite*, a Laurencia y sus dos primos palpitóles violentamente el corazón. Chocóle a *madame* de Hauteserre, que servía, la ansiedad pintada en los semblantes de los dos Simeuse y la mutación que sufriera la borreguil cara de Laurencia.

—Pero ¿es que ha ocurrido algo extraordinario? —exclamó, mirándolos a todos.

—¿A quién le habla usted? —preguntó Laurencia.

—Pues a todos vosotros —respondió la anciana.

—Lo que es yo, mamá, tengo un hambre de lobo.

Siempre turbada, *madame* de Hauteserre ofrecióle al marqués de Simeuse un plato que destinaba al segundón.

—A mí me pasa lo mismo que a tu madre, que siempre me equivoco, a pesar de las corbatas. Creía servirle a tu hermano —le dijo.

—Usted sirve mejor de lo que se figura —dijo el menor, palideciendo—. Ahí lo tiene usted ya hecho conde de Cinq-Cygne.

Aquel pobre chico tan jovial volvióse triste para toda su vida, pero encontró ánimos para mirar a Laurencia, sonriendo, y reprimir sus mortales pesares. En un momento fundióse el amante en hermano.

—Pero ¡cómo!..., ¿es que ya ha elegido la condesa? —exclamó la anciana.

—No —dijo Laurencia—; lo hemos fiado todo a la suerte y usted ha sido su instrumento.

Y contóle el pacto que hicieran aquella mañana. El mayor de los Simeuse, que veía aumentar por grados la palidez del rostro fraterno, sentía a ratos impulsos de gritar: «¡Cásate tú con ella y yo me iré por ahí a buscar la muerte!». Pero en el momento de servir los postres, los habitantes de Cinq-Cygne oyeron llamar a la ventana del comedor, por la parte del jardín. Fue a abrir el mayor de los Hauteserre y dejó pasar al cura, que se había roto los calzones en los espinos al escalar la tapia del parque.

—¡Huyan ustedes..., que vienen a detenerlos!

—¿Y por qué?

—No lo sé todavía; pero proceden contra ustedes.

Risas generales acogieron aquellas palabras.

—Somos inocentes —exclamaron los jóvenes.

—Inocentes o culpables —dijo el cura—, monten a caballo y ganen la frontera. Desde allí podrán ustedes demostrar su inocencia. De una condena en rebeldía puede volverse, pero no de una condena contradictoria lograda por las pasiones populares y preparada por los prejuicios. Recuerden ustedes las palabras del presidente de Harlay: «Si me acusasen de haber robado las torres de Notre-Dame, empezaría por huir».

—Pero huir, ¿no es tanto como declararse culpable? —dijo el marqués de Simeuse.

—¡No huyáis!... —exclamó Laurencia.

—¡Siempre sandeces sublimes! —dijo, desesperado, el cura—. Si yo tuviese el poder de Dios, cargaría con ustedes. Pero si me encuentran aquí, en este estado, volverán contra ustedes y contra mí esta extraña visita, así que me vuelvo por donde vine. Piénsenlo ustedes bien..., ¡que aún tienen tiempo!... Los curiales no han pensado en el muro medianero con la casa parroquial y por todas partes están ustedes acorralados.

El ruido de los pasos de una muchedumbre y el tintineo de los sables de los gendarmes llenaron el patio y llegaron hasta el comedor instantes después de haberse ido de allí el pobre cura, que no tuvo más éxito con sus consejos que el marqués de Chargeboeuf con los suyos.

—Nuestra vida en común —díjole melancólicamente el menor de los Simeuse a Laurencia— es una monstruosidad, y el amor que sentimos es monstruoso. Esa monstruosidad se ha apoderado de tu corazón. Quizá sea por haberse alterado en ellos las leyes de la Naturaleza por lo que los mellizos que han pasado a la historia fueron todos desdichados. Cuanto a nosotros, ya estás viendo con qué tenacidad nos persigue la suerte. Tu decisión queda ahora fatalmente aplazada.

Estaba Laurencia como aturdida; sonábanle como un bordoneo aquellas palabras, siniestras para ella, proferidas por el presidente del Jurado.

—En nombre del emperador y de la Ley, detengo a los sieurs Pablo-María y Mariano-Pablo Simeuse, y a Adriano y Roberto de Hauteserre. Estos señores —añadió, señalando a los que lo acompañaban huellas de barro en las ropas de los detenidos— no negarán haber pasado parte del día de hoy a caballo.

—¿De qué los acusa usted? —preguntó altivamente Laurencia.

—¿No detiene usted también a *mademoiselle*? —dijo Giguet.

—La dejo en libertad bajo fianza, hasta no examinar bien los cargos que sobre ella pesan.

Ofreció Goulard su fianza recabando sencillamente de la condesa su palabra de honor de no evadirse. Fulminó Laurencia al expiquero de la casa de Simeuse con una mirada tan altanera, que le valió su enemistad moral, y una lágrima brotó de sus ojos, una de esas lágrimas de rabia que delatan un infierno de dolores. Los cuatro aristócratas cambiaron una mirada terrible y permanecieron inmóviles. Los señores de Hauteserre, creyéndose engañados por los cuatro jóvenes y por Laurencia, se hallaban en un estado de estupor indecible. Clavados en sus asientos, aquellos padres, que se veían arrebatados a sus hijos después de haber temido tanto por ellos y haberlos reconquistado, miraban sin ver y oían sin entender...

—¿Habrás que pedirle a usted que salga fiador mío? —preguntóle Laurencia a su extutor, que se despabiló al oír aquel grito tan claro y desgarrador para él como el toque de trompeta del Juicio Final.

Enjugóse el anciano las lágrimas que a sus ojos afluyeron, comprendiólo todo y díjole a su parienta:

—Perdón, condesa, ya sabe usted que soy suyo en cuerpo y alma.

Lechesneau, sorprendido al pronto por la tranquilidad de aquellos inculpados, que estaban comiendo, recayó en sus primeros sentimientos sobre su culpabilidad al ver el estupor de los padres y el aire pensativo de Laurencia, que trataba de adivinar la trampa que les habían armado.

—*Messieurs* —dijo cortésmente—, son ustedes personas lo bastante bien educadas como para hacer una resistencia inútil, así que síganme los cuatro a las

cuadras, donde será menester quitarles en su presencia las herraduras a sus caballos, que representarán piezas importantes en el proceso y demostrarán quizá su inocencia o su culpabilidad. Venga usted también, *mademoiselle*...

Lechesneau había requerido al herrador de Cinq-Cygne y a su mozo para que fueran allá en calidad de peritos. En tanto procedían a esa operación en las cuadras, el juez de paz llevóse a Gotardo y a Michu. La operación de quitarles las herraduras a cada caballo y reunirías marcándolas, con el fin de confrontarlas con las huellas dejadas en el parque por las cabalgaduras de los autores del atentado, llevóse mucho tiempo. Pero Lechesneau, avisado de lá llegada de Pigoult, dejó a los acusados con los gendarmes, pasó al comedor para dictar el atestado y el juez de paz mostróle el estado de las ropas de Michu, refiriéndole los pormenores de su detención.

—Habrán matado al senador y lo habrán emparedado en algún muro —dijole Pigoult a Lechesneau al terminar.

—Mucho me lo temo ahora —respondió el magistrado—. ¿Adónde llevaste tú el yeso? —preguntóle a Gotardo.

Gotardo se echó a llorar.

—La Justicia lo asusta —dijo Michu, cuyos ojos echaban llamas como los del león cogido en la red.

Llegaron entonces todos los criados de la casa retenidos hasta allí en la del alcalde, y obstruyeron la antesala, donde lloraba Catalina y los Durieu, y les comunicaron la importancia de las respuestas que dieran. A todas las preguntas del presidente y el juez de paz, respondía Gotardo con sollozos, y de tanto llorar, acabó por acarrear una especie de ataque convulsivo que los asustó, y lo dejaron. El tunantuelo, al ver que ya no le vigilaban, miró a Michu sonriendo, y Michu le expresó su aprobación con una mirada. Lechesneau dejó al juez de paz y fue a meterles prisa a los peritos.

—*Monsieur* —dijo por fin *madame* de Hauteserre, encarándose con Pigoult—, ¿podría usted explicarnos las causas de estas detenciones?

—A estos señores se les acusa de haber raptado al senador a mano armada y tenerlo secuestrado, porque no creemos que lo hayan asesinado, a pesar de las apariencias.

—¿Y en qué penas incurrer los autores de ese crimen? —preguntó el buen hombre.

—Pues como las leyes que no han sido derogadas por el Código actual siguen en vigor..., ¡pena de muerte! —dijo el juez de paz.

—¡Pena de muerte! —repitió *madame* de Hauteserre, y perdió el sentido.

Presentóse allí en aquel momento el cura con su hermana, la cual llamó a Catalina y a la Durieu.

—Nosotros no hemos visto siquiera a su maldito senador —exclamó Michu.

—*Madame* Marión, *madame* Grévin, *monsieur* Grévin, el ayuda de cámara del senador y Violette no pueden decir otro tanto de usted —respondió Pigoult con esa

agria sonrisa del magistrado convencido.

—No entiendo nada de todo esto —dijo Michu, estupefacto ante aquella respuesta y empezando ya a creerse envuelto, lo mismo que sus amos, en alguna trama urdida contra ellos.

Volvían todos en aquel momento de las cuadras. Laurencia corrió junto a *madame* de Hauteserre, que volvió en sí para decirle:

—La pena es de muerte.

—¡Pena de muerte!... —repitió Laurencia, mirando a los cuatro aristócratas.

Aquellas palabras difundieron un espanto del que se aprovechó Giguet, a fuer de hombre aleccionado por Coentin.

—Todo puede arreglarse todavía —dijo, llevándose al marqués de Simeuse a un rincón del comedor—. Puede que sólo se trate de una broma, ¿no? ¡Qué diablos! Ustedes han sido militares. Entre soldados, se entiende. ¿Qué han hecho ustedes del senador? Si lo han matado, no hay más que hablar; pero si lo tienen secuestrado, ya ven ustedes cómo les falló el golpe; así que devuélvanlo. Seguro estoy de que el director del Jurado, de acuerdo con el senador, echará tierra al asunto.

—Nosotros no comprendemos absolutamente nada de sus preguntas —dijo el marqués de Simeuse.

—Si no se apea usted de eso, irá lejos la cosa —dijo el teniente.

—Querida prima —dijo el marqués de Simeuse—, nos llevan a la cárcel; pero no pases pena, que dentro de unas horas nos volverás a ver; median en este asunto equívocos que se aclararán.

—Lo deseo por ustedes, *messieurs* —dijo el magistrado, haciéndole seña a Giguet de llevarse a los cuatro jóvenes, a Gotardo y a Michu—. No los conduzca usted a Troyes —díjole al teniente—, guárdelos en su puesto de Arcis; deben hallarse presentes mañana, al ser de día, a la comprobación de las herraduras de sus caballos con las huellas que han quedado en el parque.

No se fueron de allí Lechesneau y Pigoult sin antes haber interrogado a Catalina, así como a los señores de Hauteserre y a Laurencia. Los Durieu, Catalina y Marta declararon no haber visto a sus señores sino a la hora del almuerzo; *monsieur* de Hauteserre, haberlos visto a las tres. Cuando a medianoche viose Laurencia entre los señores de Hauteserre, ante el abate Goujet y su hermana, sin los cuatro jóvenes que, desde hacía dieciocho meses, eran la vida de aquel castillo, su amor y su alegría, guardó largo rato un silencio que nadie osó romper. Jamás aflicción alguna fue más profunda ni completa. Finalmente oyeron un suspiro y miraron.

Marta, olvidada en un rincón, se levantó y dijo:

—¡La muerte, *madame*!... Nos los matarán, ¡a pesar de su inocencia!...

—Pero ¿qué han hecho ustedes? —dijo el cura.

Laurencia salió sin responder. Necesitaba de la soledad para recuperar sus energías en medio de aquel imprevisto desastre.

3. Un proceso político bajo el Imperio

A treinta y cuatro años de distancia, durante los cuales se han hecho tres revoluciones, sólo los ancianos pueden recordar hoy el ruido que armó en Europa el rapto de un senador del Imperio francés. Ningún proceso, como no fueren los de Trumeau, el tendero de la plaza Saint-Michel y la viuda Morin, bajo el Imperio; los de Fualdés y Castaing bajo la Restauración y los de *madame* Lafarge y Fieschi bajo el actual Gobierno, igualó en interés y curiosidad al de los jóvenes acusados del rapto de Malin.

Atentado tamaño contra un miembro de su Senado excitó la cólera del Emperador, al que le comunicaron la detención de los delincuentes casi al mismo tiempo que la perpetración del delito y la inutilidad de las, indagaciones. El bosque, registrado en todas sus honduras, el Aube y departamentos colindantes recorridos en toda su extensión, no ofrecieron el menor indicio del paso por allí o el secuestro del conde de Gondreville. El gran juez, llamado por Napoleón, fue, luego de tomar informes, a ver al ministro de la Policía, y le explicó la posición de Malin frente a los Simeuse. El Emperador, cuya atención reclamaban asuntos graves, encontró la clave del asunto en los sucesos anteriores.

—Esos jóvenes son unos locos —dijo—. Un jurisconsulto como Malin puede desdeñarse de escritos arrancados por la violencia. Vigilen a esos nobles para saber cómo se las arreglan para poner de nuevo en libertad al conde de Gondreville.

Encareció la máxima celeridad en un caso como aquél, en que veía un atentado contra sus instituciones, un fatal ejemplo de resistencia a los efectos de la Revolución, un ataque a la cuestión batallona de los bienes nacionales y un obstáculo a esa fusión de los partidos que fue la constante ocupación de su política interna. Y, finalmente, encontrábase burlado por unos jóvenes que le habían prometido vivir en paz.

—La predicción de Fouché se ha cumplido —exclamó, recordando aquella frase que dos años atrás se le escapara a su actual ministro de la Policía, y que sólo la pronunciara bajo la impresión del informe que sobre Laurencia le diera Corentin.

Nadie puede figurarse bajo un gobierno constitucional en que no hay quien se interese por una cosa pública, ciega y muda, ingrata y fría, el celo que una palabra del Emperador imprimía a su máquina política o administrativa. Aquella voluntad poderosa parecía contagiar a las cosas lo mismo que a los hombres. Luego de proferida esa palabra, el Emperador, sorprendido por la coalición de 1806, se olvidó del asunto. Pensaba en nuevas batallas que reñir, y se ocupaba en reunir sus regimientos para descargar un gran golpe en el corazón de la monarquía austríaca. Pero su deseo de que se hiciera en aquel caso una justicia rápida encontró un

poderoso vehículo en la incertidumbre que afectaba a la posición de los magistrados del Imperio.

En aquellos momentos Cambacérés, en su calidad de archicanciller, y el gran juez Regnier preparaban la institución de los tribunales de primera instancia, las cortes imperiales y la de Casación removían la cuestión de los uniformes en que tanto empeño y, con razón, tenía el Emperador; revisaban el personal y buscaban los restos de los parlamentos abolidos. Como es natural, los magistrados del departamento del Aube pensaron que, mostrando celo en el asunto del rapto del conde de Gondreville, tendrían con ello una recomendación excelente. Las suposiciones de Napoleón convirtiéronse entonces en certidumbres para los cortesanos y las masas.

Reinaba todavía la paz en el continente y la admiración por el Emperador era unánime en Francia; halagaba los intereses y vanidades, a las personas y las cosas; en una palabra, todo, incluso los recuerdos. Así que aquel atentado parecióle a todo el mundo un ataque a la pública bienandanza. Un oprobio general cayó sobre los pobres nobles inocentes. En pequeño número, y confinados en sus tierras, los aristócratas deploraban entre sí lo ocurrido; pero ninguno se atrevía a despegar los labios. ¿Cómo, efectivamente, oponerse al desate de la opinión pública? En todo el departamento exhumaban los cadáveres de las once personas muertas en 1792, por los tiros disparados por entre las persianas del hotel de Cinq-Cygne y abrumaban con imputaciones a los acusados. Temían que, envalentonados, los emigrados se entregasen todos a violencias con los tenedores de bienes nacionales para preparar su restitución, protestando así contra un despojo injusto. Pusieron a aquellos nobles de bandidos, ladrones y asesinos, y fueles, sobre todo, fatal la complicidad de Michu. Aquel hombre que cortara, él o su suegro, todas las cabezas caídas en el departamento durante el Terror era objeto de los cuentos más ridículos.

Fue tanto más viva la exasperación cuanto que a Malin le debían sus puestos casi todos los funcionarios del Aube. Ninguna voz generosa elevóse para contradecir la voz pública. En fin, que los desdichados no tuvieron ningún medio legal de combatir los prejuicios; porque, sometiendo a jurados así los elementos de la acusación como la causa, el Código de Brumario del año IV no pudo ofrecer a los acusados la inmensa garantía del recurso de casación, motivado de sospecha legítima.

A los dos días de la detención intimóseles a señores y criados del castillo de Cinq-Cygne la orden de comparecer ante el Jurado de acusación. Dejaron Cinq-Cygne al cuidado del colono, bajo la inspección del abate Goujet y su hermana, que allí se instalaron. *Mademoiselle* de Cinq-Cygne y los señores de Hauteserre fuéronse a vivir a la casita que Durieu poseía en uno de esos largos y anchos arrabales que se extienden en derredor de la ciudad de Troyes.

Encogiósele el corazón a Laurencia cuando vio el furor de las masas, la malignidad de la burguesía y la hostilidad de las autoridades en varios de esos menudos sucesos que siempre le ocurren a los parientes de los encartados en un asunto criminal, en las ciudades de provincias en que se juzgan. En lugar de palabras

alentadoras y compasivas, todo se vuelve conversaciones sorprendidas en que estallan deseos de venganza espantosos; testimonios de odio, en lugar de actos de la estricta cortesía o la reserva ordenada por el decoro; pero, sobre todo, un aislamiento que impresiona a los hombres vulgares y que se nota tanto más pronto cuanto que la desdicha aguza la desconfianza.

Laurencia, que ya recobrara toda su energía, fiaba en los fulgores de la inocencia y despreciaba demasiado a la gente para intimidarse ante aquel condenatorio silencio con que la acogían. Era ella quien sostenía los ánimos de los esposos Hauteserre, pensando, no obstante, en la batalla judicial que, atendida la rapidez del procedimiento, no tardaría en reñirse ante la sala de lo Criminal. Pero iba a recibir un golpe que no se esperaba, y que quebrantó su valor. En medio de aquel desastre, y debido al general desenfreno en el momento en que aquella familia atribulada se veía como en un páramo, un hombre se agigantó de pronto a los ojos de Laurencia y puso de relieve toda la belleza de su carácter. Al día siguiente de aquél en que el escrito de acusación aprobado por la fórmula *Sí, ha lugar*, que el jefe del Jurado ponía al pie, fue enviada al fiscal, y la orden de detención dictada contra los acusados pasó a convertirse en una orden de prisión, acudió valerosamente el marqués de Chargeboeuf montado en su carricóche, en auxilio de su joven parienta.

Previendo la celeridad de la Justicia, diérase prisa el cabeza de aquella gran familia a trasladarse a París, de donde volvió con uno de los procuradores más listos y honrados del antiguo tiempo, Bordin, que por espacio de diez años actuó en París de abogado de la nobleza y al que sucedió el célebre Derville. Aquel digno procurador eligió enseguida por abogado al nieto de un expresidente del Parlamento de Normandía que se destinaba a la magistratura y había hecho sus estudios bajo su tutela. Aquel joven abogado, para emplear una denominación abolida que el Emperador iba a resucitar, fue efectivamente nombrado suplente del procurador general en París, a raíz del presente proceso, y llegó a ser uno de nuestros más famosos magistrados.

Monsieur de Granville aceptó aquella defensa como una ocasión de debutar con lucimiento en el foro. Por aquella época, defensores de oficio habían sustituido a los abogados. Así que no resultaba restringido el derecho de defensa, y todos los ciudadanos podían abogar en pro de la inocencia; pero no por eso dejaban los acusados de designar antiguos abogados para que los defendiesen. Alarmado el viejo marqués ante los estragos que el dolor hiciera en Laurencia, portóse con un buen gusto y un decoro admirables. No recordó en absoluto aquellos consejos que en vano les diera a los jóvenes, presentó a Bordin como un oráculo cuyos dictados debían seguirse al pie de la letra y al joven Granville como a un defensor en quién podía tenerse confianza absoluta.

Tendióle Laurencia, la mano al viejo marqués y le estrechó la suya con una fuerza que lo encantó.

—Tenía usted razón —le dijo.

—¿Quiere usted ahora escuchar mis consejos? —preguntóle él.

Tanto Laurencia como los señores de Hauteserre hicieron una señal de asentimiento con la cabeza.

—Pues bien; vénganse ustedes a mi casa, que está en el centro de la población, cerca del Tribunal; ustedes y sus abogados se encontrarán allí mejor que aquí, donde están hacinados y demasiado lejos del campo de batalla. Tendrían que atravesar la ciudad todos los días.

Aceptó Laurencia, y el anciano se las llevó a ella y a *madame* de Hauteserre a su casa, donde se hospedaban también sus abogados y los habitantes de Cinq-Cygne todo el tiempo que duró el proceso. De sobremesa, y a puertas cerradas, hízose contar Bordin por Laurencia con toda precisión los pormenores todos del asunto, rogándole no omitiese ninguno, aunque ya él conociese varios de los hechos anteriores, lo mismo que el abogado defensor, por habérselos referido a ambos el marqués durante su viaje de París a Troyes. Escuchólo todo Bordin con los pies en los morillos de la chimenea, sin darse la menor importancia. Pero el joven abogado no pudo menos de repartir su espíritu entre la admiración que *mademoiselle* de Cinq-Cygne le inspirara y la atención debida a los elementos de la causa.

—¿Es eso verdaderamente todo? —preguntó Bordin, luego de contarle Láurencia los incidentes del drama, que ya expusimos.

—Sí —respondió la joven.

Reinó unos instantes el silencio más profundo en el salón del hotel de Chargeboeuf donde se desarrollaba la escena, una de las más graves que puedan presentarse en la vida y también una de las más raras. Los abogados juzgan los procesos antes que los jueces, de igual modo que el médico presiente la muerte del enfermo antes de la lucha que los unos sostendrán con la Naturaleza y los otros con la Justicia. Laurencia, los señores de Hauteserre y el marqués tenían fijos los ojos en la senil cara, negra y profundamente acribillada por la viruela, de aquel viejo procurador que iba a pronunciar palabras de vida o muerte. *Monsieur* de Hauteserre enjugóse gruesas gotas de sudor que por la frente le corrían. Laurencia miró al joven abogado y lo encontró entristecido.

—¿Y qué, mi querido Bordin?... —dijo el marqués, alargándole su tabaquera, de la que el procurador tomó una pizca con aire distraído.

Frotóse Bordin las molas de sus piernas, embutidas en gruesas medias de filosela negra, pues vestía calzón de paño negro y un frac que por su forma se parecía a los llamados a la francesa, lanzó su mirar malicioso sobre sus clientes, imprimiéndole una expresión temerosa, y los dejó helados.

—¿Habrás que analizar todo eso —dijo— y hablarles a ustedes con franqueza?

—¡Claro que sí, *monsieur*! —contestóle Laurencia.

—Pues bien: todo lo bueno que ustedes han hecho se les vuelve en contra, como otros tantos cargos —dijo el viejo practicón—. No es posible salvar a sus parientes, sino, todo lo más, conseguirles una rebaja de pena. Esa venta que le mandaron a

Michu hacer de sus bienes la tomarán por la prueba más palmaria de sus intenciones criminales contra el senador. Despacharon ustedes a sus criados a Troyes expresamente para quedarse solos y esto parecerá tanto más plausible cuanto que es la verdad. El primogénito de los Hauteserre le dijo a Beauvisage unas palabras que a todos los pierden. Y usted profirió otra en su patio, que probaba con mucha antelación su malquerencia respecto a Gondreville. Y, además, usted estaba de centinela en la verja en el momento del golpe; y si no la persiguen, es por no introducir un elemento de interés en la causa.

—La causa no es sostenible —opinó Granville.

—Lo es tanto menos —corroboró el procurador— cuanto que no podemos decir la verdad. Michu, *messieurs* de Simeuse y de Hauteserre deben atenerse a decir sencillamente que fueron al bosque con usted y pasaron allí parte del día de autos, volviendo luego a almorzar a Cinq-Cygne. Pero si quisiéramos sostener que a las tres estaban ustedes allí todos, en tanto se cometía el atentado, ¿qué testigos podríamos presentar? Marta, la mujer del acusado: los Durieu, Catalina, criados de su casa y *monsieur* y *madame*, padres de los procesados. Esos testigos no tienen valor, la ley no los admite contra ustedes, y el buen sentido los rechaza en su favor. Si, por desgracia, dijieran ustedes que habían ido al bosque a buscar un millón cien mil francos en oro, enviarían a presidio como ladrones a todos los acusados. Fiscal, jurados, jueces, público y Francia entera creerían que le habían secuestrado al senador para poder dar el golpe a mansalva. Admitiendo la acusación tal como en este momento la formulan, no está clara; pero, en su pura verdad, se volvería transparente; los jurados explicarían por el robo todas las partes tenebrosas del asunto, porque realista hoy quiere decir bandido. El caso actual supone una venganza admisible en la presente situación política. Los acusados incurren en pena de muerte, pero ésta no es deshonrosa para todo el mundo; mientras que, mezclando en ella la sustracción de un dinero que no parecerá legítimo, perderán ustedes los beneficios de ese interés que despiertan los condenados a muerte cuando su crimen parece excusable. En el primer momento, cuando pedían ustedes mostrar sus escondrijos, el plano del bosque, los canutos de hojalata y el oro para justificar el empleo de su jornada, habría sido posible convencer a magistrados imparciales; pero en el estado en que las cosas se hallan no queda más recurso que callar. Quiera Dios que ninguno de los seis acusados haya comprometido la causa; pero ya veremos la forma de sacar partido de sus interrogatorios.

Retorcióse Laurencia las manos de desesperación y alzó los ojos al cielo con una mirada patética, pues vislumbró entonces en toda su profundidad el precipicio en que cayeran sus primos. El marqués y el joven defensor aprobaron la terrible soflama de Bordin. El buen hombre de Hauteserre lloraba.

—¿Por qué no le harían caso al abate Goujet, que les aconsejaba la fuga? — exclamó *madame* de Hauteserre, exasperada.

—¡Ah! —exclamó a su vez el viejo procurador—. Si pudieron ustedes salvarlos y no lo hicieron, serán los que lo hayan matado. La condena en rebeldía da tiempo. Y con el tiempo, los inocentes dilucidan los asuntos. Éste me parece el más tenebroso que en mi vida viera, ¡y cuidado que los he visto enrevesados!...

—Es inexplicable para todo el mundo, incluso para nosotros —dijo *monsieur* de Granville—. Si los acusados son inocentes, otros son los autores del atentado. Cinco individuos no se descuelgan en un país como por arte de magia, ni se procuran caballos herrados como los de los acusados, ni les cogen el parecido, ni echan a *monsieur* Malin en una zanja expresamente para perder a Michu y a los señores de Hauterrie y de Simeuse. Los desconocidos, los verdaderos culpables, tenían algún interés para meterse en la pelleja de esos cinco inocentes; y para dar con ellos, para encontrar su pista, necesitaríamos, como el Gobierno, tantos agentes y ojos como comunas hay en un radio de veinte leguas.

—Eso es imposible —asintió Bordin—. No hay que pensar en ello. Desde que las sociedades inventaron la Justicia, jamás hallaron el medio de conferir a la inocencia acusada un poder igual al del que dispone el magistrado contra el crimen. La justicia no es bilateral. La Defensa, que no tiene esbirros ni Policía, no dispone en favor de sus clientes del poder social. La inocencia, sólo el raciocinio tiene en su favor; y el raciocinio que puede hacerles impresión a los jueces suele ser impotente sobre los espíritus mal predispuestos de los jurados. Tienen ustedes en su contra el país entero. Los ocho jurados que sancionaron el escrito de acusación eran tenedores de bienes nacionales. Tendremos en nuestros jurados de juicio individuos que serán los primeros, compradores o vendedores de bienes nacionales o empleados. En una palabra, que tendremos un jurado Malin. Así que necesitamos un sistema completo de defensa; no se salgan ustedes de él, y perezcan en su inocencia. Los condenarán. Nosotros iremos al Tribunal de Casación y procuraremos darle allí largas al asunto. Si yo, entretanto, puedo recoger pruebas en su favor, les quedará a ustedes el recurso de pedir el indulto. He aquí la anatomía del asunto a mi parecer. Si triunfamos (porque todo es posible en Justicia) será un milagro; pero aquí su abogado es, de cuantos yo conozco, el más capaz de hacer ese milagro, y yo le ayudaré.

—La clave de este enigma la debe de tener el senador —dijo entonces *monsieur* de Granville—, porque siempre sabemos quién nos quiere mal y por qué. Yo lo veo dejando París a finales de invierno, viniendo a Gondreville, solo, sin séquito, y encerrándose con su notario y entregándose, por así decirlo, a cinco hombres que cargan con él.

—Ciertamente —corroboró Bordin—, su conducta es, por lo menos, tan extraordinaria cual la nuestra; pero ¿cómo ante una comarca entera sublevada contra nosotros erigirnos de acusados en acusadores? Necesitaríamos la benevolencia, el apoyo del Gobierno y mil veces más pruebas que en un caso vulgar. Yo veo premeditación y de la más refinada en nuestros desconocidos adversarios, que estaban al tanto de la situación de Michu y de *messieurs* de Simeuse con respecto a

Malin. ¡No hablar! ¡No robar! Eso es prudencia. Yo, bajo esos antifaces, veo algo completamente distinto de malhechores. Pero ¡váyaes usted con ésas a los jurados que nos designarán!

Esa perspicacia en los asuntos privados, que tan grandes hace a ciertos abogados y ciertos jueces, asombraba y desconcertaba a Laurencia; aquella lógica terrible le encogía el corazón.

—De cien casos criminales —dijo Bordin— no hay diez que la Justicia dilucide en toda su amplitud, y quizás una tercera parte larga cuyo secreto no llegue a conocer. La nuestra es de esas que resultan indescifrables para acusados y acusadores, para la Justicia y el público. Cuanto al soberano, tiene otras cosas en qué pensar y no en socorrer a *messieurs* de Simeuse, aunque éstos no hubiesen querido derribarlo del trono. Pero ¿quién diablo quería mal a Malin? ¿Y por qué?

Miráronse Bordin y *monsieur* de Granville y parecieron dudar de la veracidad de Laurencia. Aquel gesto fue para la joven uno de los más punzantes dolores de los mil que le causara aquel asunto; así que les lanzó una mirada que mató todas sus sospechas.

Al día siguiente les fue entregado el sumario a los defensores, que pudieron comunicar con los presos. Bordin hízole saber a la familia, que, como hombre de pro, los seis acusados mantuviéronse bien emplear una expresión de oficio.

—*Monsieur* de Granville defenderá a Michu —dijo Bordin.

—¿A Michu? —exclamó el marqués de Chargeboeuf, asombrado de aquel cambio.

—Él es el meollo del asunto, y ahí está el peligro... —replicóle el viejo procurador.

—¡Siendo el más expuesto, la cosa me parece justa! —dijo Laurencia.

—Entrevemos probabilidades de éxito y vamos a estudiarlas a fondo. Si logramos salvarlos, será debido a haberle dicho *monsieur* de Hauteserre a Michu que repasase uno de los postes de la barrera del camino de la hondonada, y que se había visto un lobo en el bosque, porque todo depende de los debates ante una sala de lo Criminal y los debates versarán sobre cosas menudas, que verán ustedes volverse enormes.

Cayó Laurencia en esa postración íntima que debe mortificar el alma de toda persona de acción y de pensamiento. No se trataba ya de derribar a un hombre o un poder, con ayuda de amigos leales, de simpatías fanáticas envueltas en las sombras del misterio; veía a la sociedad entera armada contra ella y sus primos. Nadie toma él solo por asalto una cárcel ni pone en libertad a presos en el seno de una población hostil y en las barbas de una Policía despabilada por la supuesta audacia de los acusados. Así que, alarmado por el estupor de aquella noble y animosa joven que por la expresión de su rostro aún parecía más estúpida, probó el joven defensor a reanimar su valor, y respondióle ella:

—Callo, sufro y espero.

El acento, el gesto y la mirada hicieron de aquella respuesta una de esas cosas sublimes a las que sólo falta un escenario más amplio para hacerse célebres. Instantes después, el buen hombre de Hauteserre decíale al marqués de Chargeboeuf:

—¡Los trabajos que yo me he tomado por esos dos infelices hijos! ¡Ya les había rehecho cerca de ocho mil libras de renta en valores públicos! Si hubiesen consentido en servir en el ejército, habrían ascendido a grados superiores y hoy podrían hacer casamientos ventajosos. Pero ahora ya todos mis planes se los llevó el viento...

—¿Cómo —reprochóle su esposa— puedes pensar en sus intereses cuando se trata de su honor y de sus cabezas?

—*Monsieur* de Hauteserre piensa en todo —dijo el marqués.

En tanto los habitantes de Cinq-Cygne aguardaban la apertura de los debates en el tribunal de lo Criminal y solicitaban permiso para ver a los presos sin conseguirlo, ocurría en el castillo, en el más profundo secreto, un suceso de suma gravedad. Volviera Marta a Cinq-Cygne acto seguido de haber declarado ante el jurado de acusación en términos tan insignificantes que ni siquiera la emplazó el acusador público ante la sala. Cual todas las personas de sensibilidad excesiva, la pobre mujer pasábase el tiempo sentada en el salón, donde le hacía compañía a *mademoiselle* Goujet, en tal estado de estupor, que lástima daba verla. Lo mismo a ella que al cura y a cuantos ignoraban en qué habían vertido el día de autos los acusados, su inocencia les parecía dudosa.

Momentos había en que Marta creía que Michu, sus amos y Laurencia habíanse tomado alguna venganza del senador. Constábase demasiado a la infortunada mujer la abnegación de Michu para comprender que, de todos los encartados, él era el que más peligro corría, ya por sus antecedentes, ya por la parte que hubiese tomado en la ejecución. El abate Goujet, su hermana y Marta perdíanse en las posibilidades a que aquella opinión daba lugar, pero a fuerza de meditar sobre ellas dejaban que su espíritu se adhiriese a cualquiera de ellas.

La duda absoluta que Descartes pedía no se puede lograr en el cerebro de un hombre más que el vacío en la naturaleza, y la operación mental que lo hiciese posible representaría, como el efecto de la máquina neumática, una situación excepcional y monstruosa. En cualquier materia, sea la que fuere, se cree en algo.

Ahora bien; temía tanto Marta cualquier culpabilidad de los encartados, que su temor equivalía a una creencia, y tal estado de espíritu le fue fatal.

A los cinco días de detenidos los nobles, en el momento de irse a acostar, llamóla desde el patio su madre, que había ido hasta allí a pie desde el cortijo.

—Un bracero de Troyes quiere hablar contigo de parte de Michu, y te está aguardando en la cuneta.

Pasaron las dos por la brecha para seguir el camino más corto. En la oscuridad de la noche y el camino, no pudo Marta distinguir más que el bulto de una persona que destacaba sobre las tinieblas.

—Hable usted, *madame*, para que sepa yo si es usted de veras la mujer de Michu —díjole aquella persona, con un tono de voz bastante inquieto.

—Yo soy su mujer —respondió Marta—. ¿Qué me deseaba usted?

—Sólo bien —replicó el desconocido—. Deme usted su mano, no me tenga miedo. Yo vengo —añadió, inclinándose hacia el oído de Marta— de parte de Michu a entregarle un papelito. Soy empleado de la cárcel y, si mis jefes sospechasen de mi ausencia, nos perderíamos todos. Fiese de mí. Su buen padre, en aquellos tiempos, me colocó allí. Por eso Michu ha contado conmigo.

Púsole a Marta una carta en las manos y desapareció rumbo al bosque sin aguardar contestación. Estremecióse Marta pensando que ya sin duda iba a conocer el secreto de aquel asunto. Corrió al cortijo con su madre y se encerró para leer la misiva, que decía lo siguiente:

«Querida Marta: Puedes fiar en la discreción del hombre que te entregará esta carta, pues no sabe leer ni escribir; es uno de los más sólidos republicanos de la conspiración de Baboeuf; tu padre se valió de él en muchas ocasiones y él considera al senador como un traidor. Ahora bien, querida mujercita mia: al senador lo hemos emparedado en la cueva donde antes tuvimos escondidos a nuestros señores. El miserable no tiene víveres más que para cinco días, y como nos interesa que viva, en cuanto leas esta carta llévale alimentos por lo menos para otros cinco días. El bosque estará vigilado, así que toma toda clase de precauciones, tantas como tomamos nosotros cuando lo de nuestros amos. No le digas palabra de esto a Malin, no le dirijas la palabra y ponte uno de nuestros antifaces, que encontrarás en uno de los peldaños de la cueva. Si no quieres comprometer nuestras cabezas, guardarás el más absoluto silencio sobre el secreto que me veo obligado a confiarte. No le digas palabra de ello a *mademoiselle* de Cinq-Cygne, que podría cantar. No temas nada por mí. Estamos seguros del buen fin de este asunto y, cuando sea menester, Malin nos salvará. En fin, no necesito decirte que quemes esta carta tan pronto la leas, pues me costaría la cabeza una sola línea que de ella vieses. Un cariñoso abrazo de tu,

»Michu».

La existencia de la cueva sita al pie del altozano, en el corazón del bosque, sólo la conocían Marta, su hijo Michu, los cuatro nobles y Laurencia, por lo menos así debía de creerlo Marta, a la que nada dijera su marido de su encuentro de marras con Peyrade y Corentin. Así que la carta que, por lo demás, parecía escrita y firmada por Michu, no podía proceder sino de él. De fijo que si Marta hubiera consultado inmediatamente con su señorita y sus dos consejeros, que conocían la inocencia de los acusados, habría obtenido el avisado procurador alguna luz sobre las pérfidas combinaciones en que a sus clientes envolvieran; pero Marta, abandonándose a su

primer impulso, como las más de las mujeres, y convencida por aquellas razones que a la vista saltaban, echó la carta a la lumbre.

Aunque animada de una singular inspiración de prudencia, sacó del fuego la parte de la carta que no venía escrita, cortó los cinco primeros renglones, cuyo sentido no podía comprometer a nadie, y se los cosió al vuelo de su falda. Harto alarmada al saber que el paciente llevaba ya veinticuatro horas de ayuno, quiso llevarle vino, pan y carne aquella misma noche. Su curiosidad de consuno con su sentimiento de humanidad no le permitía dejar aquello para el día siguiente. Encendió el horno, y con la ayuda de su madre hizo un pastel de liebre y pato, arroz con leche, asó dos pollitos, cogió tres botellas de vino y amasó ella misma dos panes redondos. A eso de las dos y media de la madrugada, púsose en camino hacia el bosque, llevándolo todo en un cesto y en compañía de «Couraut», que en todas esas expediciones hacía de batidor con inteligencia admirable. Husmeaba a los extraños a distancias enormes y, luego que reconocía su presencia, volvía a su ama gruñendo bajito, y la miraba y torcía el hocico hacia el sitio peligroso.

A las tres de la madrugada llegó Marta a la laguna, donde dejó a «Couraut» de centinela. Al cabo de media hora de trabajo para despejar la entrada, llegóse con una linterna sorda a la puerta de la cueva, tapada la cara con un antifaz que encontró, efectivamente, en una de las gradas. La detención del senador parecía premeditada de muy atrás. Habían abierto un boquete, de un pie cuadrado, que antes no viera Marta, en lo alto de la puerta de hierro de la cueva; pero para que Malin no pudiera con el tiempo y la paciencia de que todos los presos disponen, hacer funcionar la plancha de hierro que cerraba la cueva, habíanla afianzado con un candado. El senador, que se había incorporado de su lecho de musgo, lanzó un suspiro al ver una figura enmascarada y adivinó que no venían aún a ponerlo en libertad. Observó a Marta hasta donde se lo permitía la claridad desigual de una linterna sorda, y la reconoció por el vestido, su corpulencia y sus ademanes; y al pasarle ella el pastel por el boquete, dejó el senador caer el pastel para cogerle las manos y, con suma rapidez, hizo por quitarle del dedo dos anillos: su alianza y una sortija, regalo de *mademoiselle* de Cinq-Cygne.

—No negará que es usted, mi querida *madame* Michu —le dijo.

Cerró bien Marta el puño no bien sintiera los dedos del senador y asestóle un recio porrazo en el pecho. Luego, sin decir palabra, fue a cortar una ramita bastante fuerte, al extremo de la cual tendióle al senador las demás provisiones.

—¿Qué es lo que de mi quieren? —preguntó él.

Marta se escabulló sin responder. Al volver a su casa, encontróse, a las cinco de la mañana, en el claro del bosque y «Couraut» la avisó de la presencia de un importuno. Desanduvo el camino y se dirigió al pabellón en que tanto tiempo viviera; pero al desembocar en la avenida, hubo de verla de lejos el guarda campestre de Gondreville y optó por dirigirse a él derecha.

—¡Mucho madruga usted, *madame* Michu! —díjole el guarda, acercándosele.

—Somos tan desdichados —respondióle ella—, que tengo que hacer el trabajo de una criada; y ahora voy a Bellache por grano.

—Pero ¿no lo tiene usted en Cinq-Cygne? —comentó el guarda.

No respondió Marta. Continuó su camino y, llegado que hubo al cortijo del Bellache, rogóle a Beauvisage le diese grano para sembrar, diciéndole que *monsieur* de Hautesserre le había recomendado se dirigiese a él para ese fin. Luego que ya se fue Marta, presentóse el guarda campestre en el cortijo para saber qué era lo que Marta fuera a buscar allí. A los seis días de eso, Marta, que se había vuelto prudente, fue a medianoche a llevar las provisiones a la cueva, a fin de que no la sorprendiesen los guardas, que sin duda alguna vigilaban el bosque. A la tercera vez de llevarle comida al senador, entróle una suerte de pánico al oírle leer al cura los interrogatorios públicos de los acusados, porque ya comenzara la vista del proceso. Llevóse aparte al abate Goujet y, después de hacerle jurar que le guardaría el secreto de lo que iba a decirle como secreto de confesión, mostróle los fragmentos de la carta que recibiera de Michu, diciéndole su contenido y lo enteró del escondite donde estaba el senador. Preguntóle acto seguido el cura si guardaba alguna carta de su marido, con el fin de cotejar las letras. Fue Marta al cortijo, y allí encontró una citación para comparecer como testigo ante el tribunal. Cuando volvió al castillo, también el abate Goujet y su hermana habían recibido una citación análoga, emplazándolos como testigos, a petición de los acusados. Así que tuvieron que trasladarse inmediatamente a Troyes. Con lo que todos los personajes del drama, hasta los que sólo figuraban en él como comparsas, se encontraron reunidos en la escena en que se iba a decidir la suerte de dos familias.

Pocos locales hay en Francia donde la Justicia tome de las cosas ese prestigio que siempre debe acompañarla. Después de la religión y la realeza, ¿no es ella la máquina más imponente de las sociedades? En todas partes, y en París sobre todo, la mezquindad del local, la mala distribución de los lugares y la falta de ornato en la nación más vanidosa y teatral en punto a monumentos que hoy exista, quitan fuerza a la acción de ese inmenso poder. La distribución es la misma en casi, todas las ciudades. En el fondo de un largo salón cuadrado hay un escritorio cubierto de sarga verde, erigido sobre un estrado, tras el cual se sientan los jueces en vulgares sillones.

A la izquierda, el escaño del fiscal, y por aquel lado, a lo largo de la pared, una larga tribuna con sillas para los jurados.

Frente a éstos se extiende otra tribuna con un banquillo para los acusados y los gendarmes que los custodian. El escribano se coloca al pie del estrado, junto a la mesa en que se depositan las piezas de convicción. Antes de instituirse la justicia imperial, el comisario del Gobierno y el director del Jurado tenían cada uno un asiento y una mesa, a derecha e izquierda, respectivamente, de la mesa del Tribunal. Dos ujieres mariposean por el espacio que dejan ante el Tribunal para la comparecencia de los testigos. Los defensores se colocan al pie de la tribuna de los acusados.

Una balaustrada de madera une las dos tribunas al otro extremo de la sala, y forma un recinto en el que ponen bancos para los testigos que ya declararon y para los curiosos privilegiados. Luego, frente al Tribunal, por encima de la puerta de entrada, hay siempre una tribuna de mala muerte, reservada a las autoridades y a las señoras de la jurisdicción elegidas por el presidente para encargarlas de la policía de la audiencia. El público no privilegiado permanece en pie en el trecho que queda entre la puerta del salón y la balaustrada. Ésa fisonomía normal de los tribunales franceses y las actuales audiencias era la del tribunal de lo Criminal de Troyes.

En abril de 1806, ni los cuatro jueces y el presidente que componían el Tribunal, ni el acusador público, ni el presidente del Jurado, ni el comisario del Gobierno, así como tampoco los ujieres ni defensores, nadie, en una palabra, excepto los gendarmes, vestían uniforme ni ostentaban distintivo alguno que compensase la desnudez de las cosas y el aspecto hartamente ruin de las figuras. Faltaba el crucifijo y no ofrecía su ejemplo ni a la Justicia ni a los acusados. Todo era triste y vulgar. El aparato, tan necesario para el interés social, puede que sea un consuelo para el delincuente. El afán del público fue lo que siempre ha sido y será en ocasiones semejantes, en tanto no se reformen las costumbres y Francia no haya reconocido que la admisión del público a la audiencia supone la publicidad, y que la publicidad dada a los debates representa una pena tan exorbitante, que si el legislador hubiese podido resumirla, no la habría infligido.

Suelen ser las costumbres más crueles que la Ley. Las costumbres son los hombres, mientras que las leyes son la razón del país. Las costumbres, que a veces no tienen razón, pueden más que la Ley.

Apiñóse el gentío en los alrededores del Palacio de Justicia. Como en todos los procesos célebres, tuvo el presidente que poner piquetes de soldados para guardar las puertas. El auditorio, que permanecía en pie detrás de la balaustrada, era tan compacto que se ahogaba. *Monsieur* de Granville, que defendía a Michu; Bordin, que era el defensor de los señores de Simeuse, y un abogado de Troyes, que defendía a los señores de Hauteserre y a Gotardo, los menos comprometidos de los seis acusados, estaban ya en sus sitios antes de abrirse la sesión, y sus semblantes respiraban confianza.

De igual modo que el médico no le deja traslucir sus temores al enfermo, también el abogado muéstrale siempre a su cliente un rostro esperanzado. Trátase de uno de esos raros casos en que la mentira se convierte en una virtud. Al entrar los procesados levantóse un murmullo favorable a vista de aquellos cuatro jóvenes que, en los veinte días que llevaban detenidos, habían perdido un poco los colores. La perfecta semejanza de los mellizos despertó el más vivo interés. Quizá pensase cada cual que la Naturaleza debía dispensar una protección especial a una de sus más curiosas rarezas, y todos estaban tentados a reparar el olvido en que el sino los dejara, su noble y sencillo talante, y sin el menor indicio de sonrojo, pero exento también de fanfarronería, conmovió mucho a las mujeres.

Presentáranse los cuatro nobles y Gotardo con el mismo traje que llevaban cuando los detuvieron; pero Michu, cuyos fraques formaban parte de las piezas de convicción, se había puesto sus mejores prendas: levita azul, chaleco de terciopelo gris a la Roberspierre (sic) y corbata blanca. El pobre hombre pagaba el precio de su mala facha. Cuando lanzó sobre la concurrencia su mirada ambarina, clara y profunda, que provocó un gesto en aquélla, respondiéronle con un murmullo de horror. Quiso el público ver el dedo de Dios en el hecho de su comparecencia en el banquillo, donde su suegro hiciera sentarse a tantas víctimas. Aquel hombre, verdaderamente grande, miró a sus señores reprimiendo una sonrisa de ironía. Pareció decirles: «¡Yo los perjudico!». Cambiaron los cinco acusados afectuosos saludos con sus defensores. Gotardo seguía haciéndose el idiota.

Tras las recusaciones hechas con sagacidad por los defensores, ilustrados sobre ese punto por el marqués de Chargeboeuf, valerosamente sentado junto a ellos, constituido ya el Jurado y leída el acta de acusación, separaron a los acusados para proceder a interrogarlos. Respondieron todos con notable unanimidad. Luego de haber estado toda la mañana paseando por el bosque, volvieron a la una a Cinq-Cygne para almorzar; y luego de hacerlo, de tres a cinco y media salieron nuevamente al bosque. Eso fue lo que dijeron todos los acusados, salvo las variantes derivadas de su situación especial.

Al rogarles el presidente a los señores de Simeuse expusieran las razones de haber madrugado tanto aquel día, ambos declararon que, desde su vuelta a Francia, siempre habían pensado en rescatar Gondreville, y que con la intención de tratar sobre ello con Malin, que llegara el día antes, habían salido con su prima y Michu al objeto de examinar el bosque y tener así una base para sus ofertas. Durante ese tiempo, los señores de Hauteserre, su prima y Gotardo habían cazado un lobo que los campesinos vieran por allí. Si el presidente del Jurado hubiese recogido las huellas de sus caballos en el bosque con tanto cuidado como las de los caballos que cruzaran el parque de Gondreville, habrían tenido la prueba de sus andanzas por partes muy alejadas del castillo.

El interrogatorio de los señores de Hauteserre confirmó el de los señores de Simeuse, y estaba de acuerdo con lo que dijeran en el sumario. La necesidad de justificar su paseo sugirióles a todos la idea de atribuírselo a la caza. Días antes señalaron unos campesinos la presencia de un lobo en el bosque, y todos se asieron a él como a un pretexto.

Pero el fiscal hizo notar contradicciones entre los primeros interrogatorios, en que los señores de Hauteserre dijeran haber salido de caza todos juntos, y la táctica seguida en la Audiencia, que dejaba a los señores de Hauteserre y a Laurencia cazando, en tanto los señores de Simeuse evaluaban el bosque.

Hizo notar *monsieur* de Granville que, habiéndose cometido el delito entre dos y cinco y media de la tarde, debía creérseles a los acusados en la explicación que daban sobre el empleo que de la mañana hicieran.

A lo que arguyó el fiscal que los acusados tenían interés en ocultar sus preparativos para secuestrar al senador.

Mostróse clara entonces a todos los ojos la habilidad de la defensa. Jueces, jurados, la Audiencia entera comprendieron al punto que iban a disputarles con ardor la victoria, Bordin y *monsieur* de Granville parecían haberlo previsto todo. La inocencia viene obligada a dar una cuenta clara y plausible de sus actos. Así que el deber de la defensa es oponer una novela probable a la novela improbable de la acusación. Para el defensor que considera inocente a su patrocinado, la acusación se reduce a una fábula. El interrogatorio público de los cuatro nobles explicaba suficientemente las cosas en su favor. Hasta allí, todo iba bien. Pero el interrogatorio de Michu fue el más grave y empeñó el combate. Todos comprendieron entonces por qué *monsieur* de Granville había preferido la defensa del servidor a la de sus señores.

Confesó Michu sus amenazas a Marion, pero desmintió la violencia que le imputaban. Cuanto a su emboscada contra Malin, dijo que se estaba sencillamente paseando por el parque; el senador y *monsieur* Grévin podían haber sentido miedo al ver el cañón del fusil, y suponerle una intención hostil, cuando era inofensiva. Hizo observar que ál oscurecer un hombre que no tenga la costumbre de cazar pueda creer que le apuntan con el fusil cuando éste descansa en el hombro de su dueño. Para justificar el estado de sus ropas cuando lo detuvieron, dijo se había dejado caer en la brecha al volver a su casa.

—Como no veía lo bastante bien para escalarla, me vi, en cierto modo, cogido hasta el cuello por las piedras que se me derrumbaban encima, cuando me apoyaba en ellas para salir a la cuneta.

Cuanto al yeso que le llevaba Gotardo, respondió, como siempre, que le había servido para empotrar uno de los postes de la barrera de la hondonada.

Pidiéronle el fiscal y el presidente explicase cómo había estado a la vez en la brecha del castillo y en lo alto de la hondonada, empotrando un poste de la barrera, sobre todo cuando el juez de paz, los gendarmes y el guardia campestre lo habían sentido venir de abajo. Dijo Michu que *monsieur* de Hauteserre hábiale reñido por haber ejecutado aquella pequeña reparación en la que tenía mucho empeño por las dificultades a que aquel camino podía dar lugar con la comuna, por lo que había ido a anunciarle que ya estaba restablecida la barrera.

Mandara, efectivamente, *monsieur* de Hauteserre poner una barrera en lo alto de la cuneta para impedir que se apoderase de ella la comuna. Al ver la importancia que le daban al estado de sus ropas y al yeso, cuyo empleo no podía negar, ideó Michu ese subterfugio. Si en el terreno de la justicia semeja la verdad muchas veces una fábula, también la fábula se asemeja mucho a la verdad. Concedieron fiscal y defensor hartos valores a ese detalle, que llegó a ser capital, tanto por los esfuerzos del defensor como por las suspicacias del fiscal.

En la Audiencia, Gotardo, aleccionado sin duda por *monsieur* de Granville, confesó haberle rogado Michu le llevase unos sacos de yeso, pues hasta entonces

echárase siempre a llorar cuando lo interrogaban.

—¿Por qué ni usted ni Gotardo llevaron enseguida al juez de paz y al guarda campestre a la barrera? —preguntó el acusador público.

—Porque nunca creí que pudiesen imputarnos un delito de pena capital —respondió Michu.

Hicieron salir a todos los acusados, excepto a Gotardo. Luego que sólo quedó éste allí, exhortólo el presidente a decir la verdad por su bien, y le hizo notar que ya su supuesta idiotez se le había pasado. Ninguno de los jurados le creía imbécil. Callando ante el Tribunal, podía incurrir en penas graves, mientras que diciendo la verdad, probablemente quedaría fuera de causa. Lloró Gotardo, se tambaleó, pero acabó por decir que Michu le había pedido le llevase varios sacos de yeso, pero que cada vez lo encontrara ante el cortijo. Preguntáronle cuántos sacos le había acarreado.

—Tres —respondió.

Procedióse a un careo entre Gotardo y Michu para poner en claro si habían sido tres, contando el que le llevara en el momento de la detención, lo que reducía los sacos a dos, o a tres, contando el último. El careo terminó a favor de Michu. Para los jurados, sólo fueron dos los sacos empleados, pero parecían tener ya una convicción formada sobre ese particular. Bordin y *monsieur* de Granville estimaron necesario hartarlos de yeso y aburrirlos tanto que perdiesen el hilo. *Monsieur* de Granville presentó conclusiones encaminadas a hacer que se nombrasen peritos para reconocer el estado de la barrera.

—El presidente del Jurado —dijo el defensor— se ha contentado con visitar los lugares, no tanto para hacer en ellos una inspección pericial, severa, como para ver en eso un subterfugio de Michu; pero, a juicio nuestro, ha faltado a sus deberes, y su falta debe favorecernos a nosotros.

El tribunal designó, efectivamente, peritos para saber si uno de los postes había sido recientemente empotrado. El fiscal, por su parte, quiso sacar ventaja de esa circunstancia antes del examen de los peritos.

—¿Eligiría usted la hora en que no se ve claro, de cinco y media a seis y media, para empotrar la barrera usted solo?...

—¡*Monsieur* de Hauteserre me había regañado!...

—Pero —insistió el fiscal— si empleó usted el yeso en la barrera, se serviría de una artesa y una llana, ¿verdad? Ahora bien: si fue usted enseguida a anunciarle a *monsieur* de Hauteserre que había cumplido sus órdenes, es imposible explicar cómo Gotardo le seguía llevando yeso... Usted debió de pasar por delante de su cortijo y dejar allí las herramientas y el yeso y avisar a Gotardo.

Aquel fulminante argumento produjo un silencio terrible en la sala.

—Vamos, confiese usted —insistió el fiscal—; no fue un poste lo que usted enterró...

—¿Cree usted que fue al senador? —dijo Michu, con expresión de profunda ironía.

Monsieur de Granville rogó al acusador público que se explicase claramente sobre ese punto. Michu estaba acusado de rapto y secuestro, y no de asesinato. Nada más grave que esa interpelación. El Código de Brumario del año iv prohibía al fiscal introducir ningún nuevo cargo en los debates, debiendo atenerse, so pena de nulidad, a los términos del escrito de acusación.

Replicó el acusador público que Michu, principal autor del atentado, y que, en interés de sus señores, había cargado con toda la responsabilidad, podía haber necesitado condenar la entrada del sitio, todavía desconocido, en que gemía el senador.

Apremiado a preguntas, hostigado delante de Gotardo y cogido en contradicción consigo mismo, descargó Michu un recio puñetazo en el antepecho de la tribuna de los acusados y dijo:

—Yo no tengo parte alguna en el rapto del senador y estoy por creer que sus enemigos no han hecho más que encerrarlo; pero si reapareciese, verían ustedes que el yeso no pudo servir ahí de nada.

—Bien —dijo el defensor, dirigiéndose al fiscal—; ha hecho usted más por la defensa de mi patrocinado de cuanto yo pudiera decir.

Levantóse la primera sesión después de esa afirmación audaz, que sorprendió a los jurados y favoreció a la defensa. Por lo que los abogados de la localidad y Bordin felicitaron al joven defensor con entusiasmo. Inquieto por aquella aseveración, temió el fiscal haber caído en una trampa y, con efecto, había caído en un lazo que hábilmente le tendieran los defensores, y para el que Gotardo acababa de desempeñar admirablemente su papel. Los graciosos de la ciudad dijeron que habían vuelto a echar yeso al sunto, que el fiscal se quedara malparado y los Simeuse blancos como el yeso. En Francia todo es del dominio del chiste que en ella reina; se hacen chistes sobre el cadalso, el Beresina, las barricadas y, sin duda, no dejará de haber un francés que los haga en las grandes sesiones del juicio final.

Al otro día se oyó a los testigos de cargo; *madame* Marion, *madame* Grévin, Grévin, el ayuda de cámara del senador, Violette, cuyas deposiciones son fáciles de comprender después de los acontecimientos. Todos reconocieron a los cinco acusados, con más o menos vacilación a los cuatro nobles, pero con certeza respecto a Michu. Beauvisage repitió aquella frase de marras que se dejara decir *monsieur* Roberto de Hauteserre. Aquel lugareño que había ido a comprar la vaca repitió también la frase de *mademoiselle* de Cinq-Cygne.

Los peritos oídos confirmaron sus informes sobre la confrontación de las huellas de las herraduras de los caballos con las de los caballos de los cuatro nobles, las cuales, según la acusación, eran idénticas. Ese detalle fue objeto de violenta discusión entre *monsieur* de Granville y el fiscal. El defensor gritó aparte al herrador de Cinq-Cygne y logró dejar sentado en el debate que días antes había vendido herraduras semejantes a unos forasteros. Declaró, además, el herrador que él herraba de aquel modo no solamente a los caballos de Cinq-Cygne, sino a muchos otros del distrito.

Finalmente, el caballo de que solía servirse Michu, por caso extraordinario, lo habían herrado en Troyes y las huellas de aquella herradura no se encontraban entre las comprobadas en el parque.

—El sosia de Michu ignoraba esa circunstancia —dijo *monsieur* de Granville, mirando a los jurados— y la acusación no ha demostrado que nos hayamos servido de uno de los caballos del castillo.

Rebatió, además, por modo fulminante, la declaración de Violette, referente a la semejanza de los caballos vistos de lejos ¡y por detrás! Pero, pese a los increíbles esfuerzos del defensor, la mole de los testimonios positivos abrumó a Michu. Acusador público, jueces y jurados sentían todos, según lo presintiera la defensa, que la culpabilidad del criado implicaba a los señores. Bordin había adivinado certeramente el nudo del proceso al encargar a *monsieur* de Granville la defensa de Michu, pero la defensa confesaba con ello sus secretos. Así que todo lo concerniente al exguarda de Gondreville despertaba un interés palpitante. Por lo demás, observara Michu una actitud soberbia. Desplegó en aquellos debates toda la sagacidad de que la Naturaleza lo dotara. Y a fuerza de verlo, el público reconoció su superioridad. Pero ¡cosa rara!, por eso mismo confirmáronse todos en la opinión de que él había sido el autor del atentado.

Los testigos de la defensa, menos serios que los de la acusación a los ojos de los jurados y la Ley, parecieron cumplir con su deber y se les oyó como para descargar la conciencia. En primer lugar, ni Marta ni los señores de Hauteserre prestaron juramento, y, además, Catalina y los Durieu, en su calidad de criados, encontráranse en el mismo caso. *Monsieur* de Hauteserre dijo que, efectivamente, le había mandado a Michu empotrar el poste derribado.

La declaración de los peritos, que en aquel momento leyeron su informe, confirmó la deposición del anciano aristócrata, pero dieron también ventaja al presidente del Jurado, declarando que no habían podido precisar la época en que se hubiese realizado aquel trabajo; lo mismo podían haber transcurrido desde entonces varias semanas que veinte días. La aparición de *mademoiselle* de Cinq-Cygne despertó la más viva curiosidad; pero al ver a sus primos en el banquillo de los acusados, después de veintitrés días de separación, experimentó emociones tan violentas que pareció culpable. Sintió un deseo tremendo de sentarse junto a los mellizos, y tuvo, según dijo más tarde, que hacer uso de todas sus fuerzas para resistir al furor que la impulsaba a matar al fiscal, para míe todos la tuviesen en concepto de criminal como a ellos. Refirió ingenuamente cómo al volver a Cinq-Cygne y ver humo en el parque, creyó que se trataba de un incendio.

—Pero —añadió— recordé luego una particularidad, que dejo a la consideración de la Justicia. En los alamares de mi amazona y en los dobleces de mi cuello de encaje noté unos restos semejantes a los de papeles quemados arrastrados por el viento.

—¿Era muy grande la humareda? —preguntó Bordin.

—Sí —respondió *mademoiselle* de Cinq-Cygne—; tanto, que creí en un incendio.

—Eso puede cambiar el giro del proceso —dijo Bordin—. Recabo del Tribunal, ordene la inspección inmediata de los lugares en que el incendio se produjo.

El presidente ordenó la inspección.

Grévin, requerido a instancias de los defensores e interrogado sobre aquel detalle, declaró no estar enterado de nada. Pero entre Grévin y Bordin cruzáronse miradas que a ambos los ilustraron.

—Ahí está el quid del proceso —dijose el viejo abogado.

«¡Ya dieron con ello!», pensó el notario.

Pero tanto el uno como el otro de aquellos dos perros viejos pensaron que la inspección resultaba inútil. Pensó Bordin que Grévin sería discreto como una pared y Grévin congratulóse de haber hecho desaparecer las huellas del incendio. Para aclarar ese punto, accesorio en los debates y que parece pueril, pero es capital para la justificación que la Historia les debe a esos jóvenes, los peritos y Pigoult, encargados de registrar el parque, declararon no haber encontrado ningún sitio en que se notasen huellas del siniestro. Bordin mandó comparecer a dos obreros, los cuales declararon haber cavado, por orden del guarda, un trozo del prado, en que la hierba estaba chamuscada; pero añadieron no haber observado de qué materia podían proceder las cenizas. El guarda, requerido por la defensa, dijo que el senador, cuando pasó por el castillo para oír a la mascarada de Aréis, dióle orden de arreglar aquel trozo del prado que, paseándose por allí, viera aquella mañana.

—¿Habían quemado hierba o papeles?

—Yo nada vi que pudiera hacer pensar que habían quemado papeles.

—Pero, en fin —dijeron los defensores—, si habían quemado hierba, alguien tuvo que llevarla y prenderle fuego...

Las deposiciones del cura de Cinq-Cygne y su hermana produjeron una impresión favorable. Al salir de vísperas y pasearse rumbo al bosque, vieron a los nobles y a Michu a caballo, salir del castillo y dirigirse al bosque. La posición y moralidad del abate Goujet daban peso a sus palabras.

El discurso del fiscal, que estaba seguro de obtener una condena, fue lo que suelen ser las requisitorias de esa índole. Los acusados eran contumaces enemigos de Francia, de las instituciones y las leyes. Tenían sed de desórdenes. No obstante haber estado complicados en conjuras contra la vida del Emperador y militado en el ejército de Condé, aquel magnánimo soberano les había borrado de la lista de los emigrados. Y he aquí el pago que daban a su clemencia. En fin, todas las declamaciones oratorias que se han repetido en nombre de los Borbones contra los bonapartistas, y se repiten hoy contra los republicanos y los legitimistas en nombre de la rama segundona.

Esos tópicos, que tendrían un sentido en un Gobierno estable, parecerán por lo menos cómicos cuando la Historia los encuentre semejantes, en todas las épocas, en boca de los fiscales. Puede decirse aquí esa frase sugerida por disturbios más antiguos: «La muestra ha cambiado, pero el vino sigue siendo el mismo». El acusador

público, que, por lo demás, fue uno de los procuradores más distinguidos del Imperio, atribuyó el delito a la resolución adoptada por los emigrados reintegrados en Francia de protestar contra la incautación de sus bienes. Hizo temblar bastante al público sobre la situación del senador. Luego acumuló las pruebas, semipruebas y probabilidades con cierto talento, estimulado por la seguridad de que su celo sería recompensado, y sentóse tranquilamente aguardando el fuego de los defensores.

Fue aquélla la única causa criminal que *monsieur* de Granville defendiera, pero con ella se hizo un nombre. En primer lugar, encontró para su peroración esa elocuencia fogosa que hoy admiramos en Berryer. Luego estaba convencido de la inocencia de los acusados, lo que es uno de los más poderosos vehiculos de la palabra. He aquí los puntos principales de su defensa, que reprodujeron íntegra los diarios de aquel tiempo. Empezó por poner en claro a su verdadera luz la vida de Michu.

Fue una bella exposición en que vibraron los más grandes sentimientos y que despertó muchas simpatías. Al oírse rehabilitar por una voz elocuente, hubo un momento en que brotaron lágrimas de los ambarinos ojos de Michu y le rodaron por su siniestro rostro. Apareció entonces lo que realmente era: un hombre sencillo y astuto como un niño, pero un hombre cuya vida sólo un pensamiento la llenara. Quedó de pronto explicado, sobre todo por sus lágrimas, que hicieron gran impresión en el Jurado. Aprovechó aquel momento el hábil defensor para pasar a discutir los cargos que se le imputaban.

—¿Dónde está el cuerpo del delito? ¿Dónde está el senador? —preguntó—. ¡Nos acusáis de haberlo emparedado, y hasta sellado con piedras y cemento...! Pero si así fuere, seríamos nosotros los únicos que sabríamos dónde está; y como nos tenéis presos hace ya veintitrés días, se habrá muerto de inanición. Somos asesinos y no nos habéis acusado de asesinato. Pero si vive, tenemos cómplices; y si teníamos cómplices y el senador vive, ¿cómo es que no lo presentamos?... Luego de frustradas las intenciones que nos suponéis, ¿íbamos a agravar inútilmente nuestra situación? Con nuestro arrepentimiento podíamos hacernos perdonar una venganza frustrada. ¿Y persistiríamos en tener secuestrado a un hombre del que nada podríamos obtener? ¿No es eso absurdo? Llevaos vuestro yeso, que ha fallado su efecto —díjole al fiscal—, porque o somos unos criminales imbéciles, cosa que no creéis, o inocentes víctimas de circunstancias inexplicables, lo mismo para nosotros que para vosotros. Mejor haríais buscando los fajos de papeles quemados en casa del senador y que revela intereses más violentos que los nuestros y que os darían cuenta de un rapto.

Entró en esas hipótesis con una habilidad maravillosa. Insistió en la moralidad de los testigos de descargo, que profesaban una viva fe religiosa, creían en un más allá, en penas eternas. Estuvo sublime en ese paso y acertó a conmover profundamente al público.

—¡Cómo! —dijo—. ¡Esos criminales están comiendo tranquilamente, al saber por su prima el rapto del senador! ¡Cuando el oficial de gendarmes les sugiere los

medios de zanjar el asunto, se niegan a devolver al senador y no saben de qué les hablan!

Hizo entonces presentir un asunto misterioso, cuya clave se encontraba en las manos del Tiempo, que se encargaría de aclarar aquella acusación injusta. Ya en ese terreno, tuvo la audaz e ingeniosa habilidad de suponerse jurado, expuso su deliberación con sus colegas, representóse hasta tal punto desgraciado si, habiendo sido causa de crueles condenas, venía luego a reconocer el error, describió tan bien sus remordimientos e insistió en las dudas que su alegato le sugeriría con tanta fuerza, que dejó a los jurados en un estado de horrible inquietud.

No estaban todavía los jurados empachados de esa clase de alocuciones. Sonáronles a nuevas y les hizo profunda impresión. Tras el cálido informe de *monsieur* de Granville, tuvieron los jurados que oír al sutil y especioso procurador, que multiplicó las consideraciones, puso de relieve todas las partes tenebrosas del proceso y lo hizo inexplicable. Diose traza de impresionar el espíritu y la razón, de igual modo que *monsieur* de Granville hablárale al corazón y la imaginación. Finalmente, supo desconcertar a los jurados con una convicción tan seria, que el acusador público vio venirse a tierra todo su tinglado. Fue aquello tan evidente, que el abogado de los señores de Hauterres y de Gotardo remitióse a la prudencia de los jurados, encontrando abandonada la acusación referente a ellos. Solicitó el acusador público que aplazaran para el día siguiente su réplica. En vano se opuso Bordin, que veía la absolución en los ojos de los jurados, alegando motivos de derecho y de hecho contra esa medida que supondría una noche más de tortura para sus inocentes patrocinados; el Tribunal deliberó.

—Estimo el interés de la sociedad igual al de los acusados —dijo el presidente—. Faltada el Tribunal a toda noción de equidad si le negase semejante petición a la defensa, por lo que se la debe conceder a la acusación.

—Todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes —dijo Bordin, mirando a sus patrocinados—. ¡Absueltos esta noche, podéis ser condenados mañana!

—De todos modos —dijo el mayor de los Simeuse—, no podemos menos de admirarlo.

Mademoiselle de Cinq-Cygne tenía lágrimas en los ojos. Después de las dudas expresadas por los defensores, no creía en semejante éxito. Todos la felicitaban y le prometían la absolución de sus primos. ¡Pero aquel asunto había de recibir el efecto teatral más ostensible, siniestro e imprevisto que jamás haya cambiado el cariz de un proceso criminal!

A las cinco de la mañana siguiente al informe de *monsieur* de Granville encontraron al senador en la carretera de Troyes, libertado de sus hierros, mientras dormía, por unos sujetos desconocidos, y que se dirigía a Troyes, ignorante del proceso y de la resonancia que su nombre alcanzara en Europa, feliz por respirar el aire. El hombre que servía de eje de aquel drama quedóse tan estupefacto al enterarse de todo, como quienes se lo contaron se quedaron al verlo a él. Cediósele el coche

de un colono, y en un vuelo plantóse en la Prefectura de Troyes. Avisó enseguida el prefecto al presidente del Jurado, al comisario del Gobierno y al fiscal, que, después del relato que el conde de Grondeville les hizo, enviaron a sorprender a Marta en el lecho de los Durieu, en tanto que el presidente del Jurado motivaba y extendía la orden de detenerla. A *mademoiselle* de Cinq-Cygne, que sólo estaba en libertad bajo fianza, también la sacaron de uno de los raros ratos de sueño que lograba conciliar en medio de sus constantes inquietudes, y la condujeron a la Prefectura para interrogarla. Al director de la prisión diéronle orden de tener incomunicados a los detenidos, sin permitirles hablar ni con sus abogados. A las diez de la mañana, el gentío allí apiñado supo que la vista de la causa habíase aplazado hasta la una de la tarde.

Aquel cambio, que coincidía con la noticia de la liberación del senador, las detenciones de Marta y *mademoiselle* de Cinq-Cygne y la incomunicación de los acusados sembraron el terror en el hotel de Chargeboeuf. Toda la ciudad y los curiosos llegados a Troyes para asistir al proceso, los taquígrafos de los periódicos, el pueblo mismo, dieron muestras de una emoción fácil de comprender. El abate Goujet fue a eso de las diez a ver a los señores de Hauteserre y a los defensores. Estaban almorzando hasta donde puede almorzarse en tales circunstancias; llevóse el cura aparte a Bordin y *monsieur* de Granville y les dio cuenta de la confidencia de Marta y el fragmento de la carta que había recibido. Cambiaron una mirada ambos defensores y luego Bordin le dijo al cura:

—Ni una palabra. ¡Estamos perdidos; pongamos por lo menos buena cara!

No tenía Marta bríos para resistir al presidente del Jurado y al fiscal juntos. Sin contar con que abundaban las pruebas en su contra. Por indicación del senador, mandara buscar Lechesneau la corteza de abajo del último pan que Marta le llevara y que se dejó olvidado en la cueva, así como también las botellas vacías y varios objetos. Durante las largas horas de su cautiverio había hecho Malin sus conjeturas sobre su situación e indagado los indicios que pudieran ponerle sobre la pista de sus enemigos y, como es natural, comunicarle sus observaciones al magistrado. El cortijo de Michu, de construcción reciente, debía tener un horno nuevo, y como las tejas y ladrillos en que reposaba el pan debía formar un dibujo en las juntas, podían tener la prueba de haberse cocido el pan en aquel horno, sacando el molde de la parte cuyo dibujo se encontrase en aquella corteza.

Luego las botellas, selladas con cera verde, eran, sin duda, semejantes a las que había en la cueva de Michu. Esas sutiles observaciones, comunicadas al juez de paz, que procedió inmediatamente a hacer las oportunas pesquisas en presencia de Marta, dieron los resultados previstos por el senador. Víctima de la bonachonería con que Lechesneau, el fiscal y el comisario del Gobierno le dejaron entrever que sólo con una confesión completa podía salvarle la vida a su marido, en el momento en que se veía abrumada por aquellas pruebas evidentes, confesó Marta que el escondite donde tuvieran secuestrado al senador sólo lo conocían Michu y los señores de Hauteserre y de Simeuse, y que ella le había llevado de comer al senador por tres veces, de noche.

Interrogada Laurencia sobre el detalle del escondrijo, no tuvo más remedio que confesar que lo había descubierto Michu y se lo había enseñado a ella antes del asunto para sustraer en él a los nobles a las pesquisas policiacas.

No bien terminados estos interrogatorios, se les avisó al Jurado y a los abogados de la reanudación de la vista. A las tres abrió la sesión el presidente, anunciando que iban a reanudarse los debates con nuevos elementos. Mostróle el presidente a Michu tres botellas de vino y le preguntó si las reconocía como suyas, haciéndole ver la semejanza de la cera de dos botellas vacías con la de otra llena, incautada aquella mañana en su granja por el juez de paz, en presencia de su mujer; no las reconoció Michu como suyas, pero los jurados apreciaron esas nuevas piezas de convicción, pues el presidente explicóles que las botellas vacías acababan de encontrarse en el lugar en que tuvieran secuestrado al senador.

Interrogaron a todos los acusados sobre la cueva situada bajo las ruinas del monasterio. Quedó sentado en los debates, después de una nueva deposición de todos los testigos, así de cargo como de descargo, que aquel escondrijo descubierto por Michu sólo lo conocían éste, Laurencia y los cuatro aristócratas. Ya podéis juzgar de la impresión producida en el público y los jurados cuando el fiscal anunció que aquella cueva, conocida solamente de los acusados y dos de los testigos, había servido de cárcel al senador. Hicieron pasar a Marta. Su aparición causó las más vivas inquietudes en el público y entre los acusados. *Monsieur* de Granville se levantó para oponerse a que se oyera a la mujer declarar contra su marido. Hizo observar el fiscal que, por su propia confesión, era Marta cómplice del delito; no tenía que respetar juramento ni declaración, y sólo debía oírse en interés de la verdad.

—No tenemos más que dar lectura a su interrogatorio ante el presidente del Jurado —dijo el presidente, y le mandó al escribano leer el atestado instruido aquella mañana.

—¿Se mantiene usted en sus confesiones? —dijo el presidente.

Michu miró a su mujer y ésta, que comprendió su error, desplomóse enteramente desmayada. Puede decirse, sin exageración, que el rayo estallaba sobre el banquillo de los acusados y sobre sus defensores.

—¡Yo no escribí nunca desde la cárcel a mi mujer ni conozco a ninguno de los empleados! —dijo Michu.

Pasóle Bordin el fragmento de la carta y Michu lanzóle un vistazo y exclamó:

—Me han imitado la letra...

—La negativa es su último recurso —dijo el acusador público.

Introdujeron luego al senador con las ceremonias de rúbrica. Su entrada fue un golpe teatral. Malin, al que los magistrados llamaban conde de Gondreville sin la menor piedad para los antiguos propietarios de aquella hermosa finca, miró, invitado por el presidente, a los acusados con suma atención y largo rato. Reconoció que las ropas de sus raptos eran exactamente las de los aristócratas; pero declaró que la

turbación de sus sentidos en el momento de su rapto le impedían poder afirmar que los acusados fuesen los culpables.

—Es más —dijo—, yo estoy convencido de que estos cuatro señores no han tenido nada que ver en el asunto. Las manos que en el bosque me vendaron los ojos eran unas manos bastas. Por lo cual —dijo Malin, mirando a Michu— más bien creería yo que mi antiguo guarda se encargó de eso; pero les ruego a los jurados que sopesen bien esta declaración mía. Mis sospechas a este respecto son muy livianas y no tengo la menor certeza. Y he aquí por qué. Los dos hombres que se apoderaron de mí me montaron a caballo a la grupa detrás del que me vendara los ojos y que tenía el pelo rojo como el acusado Michu. Por singular que sea mi observación, debo hablar de ella, pues constituye la base de una convicción favorable al acusado, al que le ruego no se moleste. Pegado a la espalda de un desconocido, no tuve más remedio, pese a la rapidez de la carrera, que notarle su olor. Y no reconocí en él el propio de Michu. Cuanto a la persona que por tres veces me llevó víveres a la cueva, ésa sí estoy seguro que fue Marta, la mujer de Michu. La primera vez la reconocí por una sortija que le había regalado *mademoiselle* de Cinq-Cygne y que ella no pensó en quitarse. La Justicia y los señores jurados apreciarán las contradicciones que se encuentran en estos hechos y que yo todavía no me explico.

Murmullos favorables y unánimes muestras de aprobación acogieron la declaración de Malin. Solicitó Bordin del Tribunal la venia para hacerle algunas preguntas a aquel valioso testigo.

—Según eso, ¿cree el señor senador que su secuestro obedeció a otras causas que los intereses que el fiscal atribuye a los acusados?

—¡Desde luego! —asintió el senador—. Pero ignoro esos motivos, pues declaro que durante mis veinte días de cautiverio no vi a nadie.

—¿Cree usted —dijo entonces el acusador público— que su castillo de Gondreville pudiese contener datos, títulos o valores que pudiesen requerir un registro de los señores de Simeuse?

—No pienso tal cosa —respondió Malin—. Yo creo a esos señores incapaces, en semejante caso, de apoderarse de ellos por la violencia. Les habría bastado reclamármelos para tenerlos.

—¿El señor senador no mandó quemar papeles en su parque? —lo interpeló bruscamente *monsieur* de Granville.

El senador miró a Grévin. Luego de cambiar una maliciosa mirada, que Bordin cogió al vuelo con el notario, respondió Malin no haber quemado papel alguno. Preguntóle acto seguido el fiscal detalles sobre la emboscada de que estuvo a punto de ser víctima en el parque, y si no se habría equivocado sobre la posición del fusil, y el senador dijo que Michu se encontraba al acecho tras un árbol. Tal respuesta, de acuerdo con el testimonio de Grévin, causó viva impresión. Los aristócratas permanecieron impasibles durante la declaración de su enemigo, que los abrumaba con su generosidad. Sufría Laurencia la agonía más horrible; a momentos, el marqués

de Chargeboeuf tenía que cogerla del brazo. Retiróse el conde de Gondreville, saludando a los cuatro aristócratas, que no le devolvieron el saludo. Aquel pequeño detalle indignó a los jurados.

—Están perdidos —dijole Bordin al oído al marqués.

—¡Ay! ¡Siempre por la altivez de sus sentimientos! —lamentó *monsieur* de Chargeboeuf.

—Nuestra labor resulta ahora sumamente fácil, *messieurs* —dijo el fiscal, levantándose y mirando a los jurados.

Explicó el empleo de los dos sacos de yeso en el empotramiento del espetón de hierro, necesario para fijar el candado que mantenía la barra con que se cerraba la puerta de la cueva y cuya descripción figuraba en el sumario instruido aquella mañana por Pigoult. Fuele fácil probar que sólo los acusados conocían la existencia de la cueva. Hizo resaltar las patrañas de la defensa y pulverizó todos los argumentos con las nuevas pruebas tan milagrosamente llegadas. En 1806 estaban todavía demasiado cerca del Ser supremo de 1793 para invocar la Justicia divina; por lo que les hizo gracia a los jurados de la intervención del cielo. Finalmente, dijo que la Justicia tendría puestos los ojos en los cómplices desconocidos que habían libertado al senador, y sentóse aguardando confiadamente el veredicto. Creyeron los jurados en un misterio; pero todos estaban persuadidos de que aquel misterio debíase a los acusados, que callaban a impulsos de un interés privado de capital importancia.

Levantóse *monsieur* de Granville, para el que era evidente la existencia de una artimaña cualquiera; pero pareció abrumado, aunque no tanto por los nuevos testimonios aportados a la causa como por la manifiesta convicción de los jurados. Rayó quizá a mayor altura que en su informe del día anterior. Aquel segundo informe fue más largo y más macizo, quizá, que el primero. Pero sintió que el calor que en él pusiera se estrellaba contra la frialdad del Jurado; ¡comprendió que hablaba a sordos! Situación horrible y glacial. Hizo notar que la liberación del senador, operada por arte de magia, y desde luego sin la intervención de ninguno de los acusados ni de Marta, corroboraba sus primeras afirmaciones. Seguramente ayer podían los acusados creer en su absolución; y si, como el fiscal supone, eran dueños de retener o dejar en libertad al senador, no lo hubiesen liberado sino después de la sentencia. Esforzóse por hacer comprender que sólo unos enemigos ocultos en la sombra podían haber dado ese golpe.

¡Cosa rara! *Monsieur* de Granville no logró llevar la turbación más que a la conciencia del acusador público y los magistrados, pues los jurados lo escuchaban por puro deber. El público mismo, siempre tan favorable a los acusados, estaba convencido de su culpabilidad. Hay una atmósfera de las ideas. En un tribunal de justicia, las ideas del público pesan sobre los jueces y los jurados, y a la inversa. Al ver esa disposición de los espíritus que se reconoce o se siente, llegó el defensor en sus últimas palabras a una como exaltación febril, causada por su convicción.

—¡En nombre de los acusados, os perdono un error fatal que nada desvanecerá! —exclamó—. Todos somos aquí juguete de un poder ignorado y maquiavélico. Marta Michu es víctima de una odiosa perfidia, ¡y la sociedad se dará cuenta de ello cuando ya el mal resulte irreparable!...

Armóse Bordin de la deposición del senador para pedir la absolución de los aristócratas.

Resumió el presidente los debates con imparcialidad tanto mayor cuanto que los jurados estaban visiblemente convencidos. Hizo incluso que se inclinase la balanza en favor de los acusados, haciendo hincapié en la declaración del senador. Semejarle amabilidad no comprometía el éxito de la acusación. A las once de la noche, después de las diferentes contestaciones del jefe del Jurado, el Tribunal condenó a Michu a la pena de muerte, a los señores de Simeuse a veinticuatro años de prisión y a los dos Hauteserre a diez años de trabajos forzados. A Gotardo lo absolvieron. La sala entera quiso ver la actitud de los cinco acusados en el momento supremo en que, conducidos sin esposas ante el Tribunal, oyesen su condena. Los cuatro nobles miraron a Laurencia, que les lanzó con ojos enjutos la ardiente mirada de los mártires.

—Se habría echado a llorar si nos hubiesen absuelto —díjole el menor de los Simeuse a su hermano.

Jamás acusado alguno opuso una frente más serena ni una actitud más digna a una condena injusta que aquellas cinco víctimas de una horrible conjura.

—¡Nuestro defensor os ha perdonado! —dijo el mayor de los Simeuse, encarándose con el Tribunal.

Madame de Hauteserre cayó enferma y tuvo que guardar cama, por espacio de tres meses, en el hotel de Chargeboeuf. El buen hombre de Hauteserre volvióse tranquilamente a Cinq-Cygne; pero consumido por uno de esos dolores de viejo, que no tienen ninguna de las distracciones de la juventud, sufrió frecuentes momentos de ausencia, que le demostraban al cura que aquel pobre padre seguía siempre en el día siguiente al fatal veredicto. A la bella Marta no la tuvieron que juzgar, pues falleció en la cárcel, a los veinte días de condenar a su marido, recomendándole su hijo a Laurencia, en cuyos brazos expiró. Luego de conocida la sentencia, acontecimientos políticos de suma importancia apagaron el recuerdo de aquel proceso, del que ya no se volvió a hablar. La sociedad procede como el océano, recobra su nivel y su ritmo después de un desastre y borra su rastro con el movimiento de sus voraces intereses.

Sin su entereza de alma y su convicción de la inocencia de sus primos, habría sucumbido Laurencia; pero dio entonces nuevas pruebas de la grandeza de su carácter; y asombró a *monsieur* de Granville y a Bordin por la aparente serenidad que las desventuras extremadas infunden a las almas hermosas. Atendía y cuidaba a *madame* de Hauteserre e iba todos los días dos horas a la cárcel. Dijo que se casaría con uno de sus primos cuando estuviesen en presidio.

—¡En presidio! —exclamó Bordin—. ¡Pero, *mademoiselle*, no pensamos en otra cosa sino en pedirle su indulto al Emperador!...

—¡Su indulto y a un Bonaparte! —exclamó Laurencia horrorizada.

Escurriéronsele los lentes de la nariz al viejo y digno procurador, pero se los afianzó antes que se le cayesen, y miró a la joven, que ahora parecía ya toda una mujer; comprendió aquel carácter en toda su extensión y, cogiendo del brazo al marqués de Chargeboeuf le dijo:

—¡Señor marqués, corramos a París a salvarlos sin ella!

El recurso de los señores de Simeuse y Hauteserre y Michu fue el primer asunto en que el Tribunal de Casación tuvo que entender. Las ceremonias de instalación del Tribunal retrasaron afortunadamente su fallo.

A fines de setiembre, después de tres sesiones invertidas en escuchar a los defensores y al fiscal general, Merlin, que habló personalmente, el Tribunal rechazó el recurso. Estaba constituido ya el Tribunal imperial de París, habían nombrado a *monsieur* de Granville suplente del procurador general y el departamento del Aube caía bajo la jurisdicción de dicho Tribunal; así que pudo llevar a cabo, en el corazón de su ministerio, gestiones en favor de los condenados; no dejó vivir a Cambacérés, su padrino; Bordin y el marqués de Chargeboeuf personáronse al otro día mismo de la sentencia en su hotel del Marais, donde lo hallaron en plena luna de miel, porque en el entretanto se casara.

Pese a todos los acontecimientos surgidos en la vida de su antiguo abogado, vio harto claro *monsieur* de Chargeboeuf, en el apenado semblante del joven suplente, que seguía fiel a sus defendidos de antaño. Hay abogados, los artistas de la profesión, que hacen de sus causas sus queridas. Pero el caso es raro, no os fiéis. En cuanto sus antiguos clientes y él se quedaron solos en su despacho, díjole *monsieur* de Granville al marqués:

—No esperé a su visita y ya he puesto en juego toda mi influencia. No trate usted de salvar a Michu, pues no obtendría el indulto de los señores de Simeuse. Hace falta una víctima.

—¡Dios mío! —dijo Bordin, mostrándole al joven magistrado las tres peticiones de indulto—. ¿Cómo voy a echar sobre mi conciencia la eliminación de la demanda de indulto para su antiguo patrocinado? ¿Cómo voy a arrojar ese papel al fuego, cuando equivale a hacerle cortar la cabeza?

Presentóle la firma en blanco de Michu y *monsieur* de Granville la tomó y la miró.

—No podemos suprimirlo; pero téngalo por sabido. ¡Si lo pide usted todo, no conseguirá nada!

—Tenemos tiempo para consultar a Michu —dijo Bordin.

—Sí. La orden de ejecución compete al estrado del procurador general y podemos tomarnos unos días. Se mata a los hombres —dijo con cierta amargura—, pero guardando las formas, sobre todo en París.

Monsieur de Chargeboeuf recogiera ya en casa del Gran Juez datos que daban un peso enorme a aquellas tristes palabras de *monsieur* de Granville.

—Michu es inocente; lo sé y lo digo —prosiguió el magistrado—; pero ¿qué puede uno solo contra todos? Piense usted que mi papel consiste en callar hoy. Debo mandar que levanten el patíbulo en que decapitarán a mi antiguo patrocinado.

Conocía *monsieur* de Chargeboeuf harto bien a Laurencia para saber que no consentiría en salvar a sus primos a costa de Michu. Así que hizo otra tentativa. Había solicitado una audiencia del ministro de Relaciones Exteriores con objeto de saber si no habría un medio de salvación en la alta diplomacia. Llevó consigo a Bordin, que conocía al ministro, y le había hecho algunos favores. Encontraron ambos ancianos a Talleyrand embebecido en la contemplación del fuego de su chimenea, echados hacia delante los pies, la cabeza apoyada en la mano, el codo en la mesa y un diario caído en el suelo. El ministro acababa de leer el fallo del Tribunal de Casación.

—¡Tenga la bondad de sentarse, señor marqués —dijo el ministro—; y usted también, Bordin! —añadió, indicándole un sitio enfrente de él, en la mesa. Y escriba:

«Sire:

»Cuatro nobles inocentes, declarados culpables por el Jurado, acaban de ver confirmada su condena por vuestro Tribunal de Casación.

»Vuestra Majestad imperial no puede hacer ya otra cosa que indultarlos. Esos nobles no reclaman dicha gracia de vuestra augusta clemencia sino para tener ocasión de que sea útil su muerte cotpbatiendo bajo vuestros ojos, y se dicen de Vuestra Majestad imperial y real... con todo respeto...» etc..., etc...

—Sólo los príncipes saben obligar de este modo —dijo el marqués de Chargeboeuf tomando de manos de Bordin aquel precioso borrador de la solicitud que debían firmar los cuatro aristócratas y para el que se prometió conseguir augustas apostillas.

—La vida de sus parientes, señor marqués —dijo el ministro—, queda fiada al azar de las batallas; trate de llegar al día siguiente de una victoria ¡y se habrán salvado!

Empuñó la pluma, escribióle él mismo una carta confidencial al Emperador y otra de diez renglones al mariscal Duroc, y luego tocó el timbre, pidióle a su secretaria un pasaporte diplomático y dijo tranquilamente al anciano procurador:

—¿Cuál es su opinión seria sobre ese proceso?

—Pero ¿no sabe usted, monseñor, quién nos ha embrollado con tanta maña?

—Me lo figuro; pero tengo razones para buscar una certidumbre —respondió el príncipe—. Vuélvase a Troyes y tráigame aquí, mañana a esta misma hora, a la condesa de Cinq-Cygne, pero en secreto, pasando por las habitaciones de *madame* de Talleyrand, a la que avisaré de su visita. Si *mademoiselle* de Cinq-Cygne, que se colocará de modo que pueda ver al hombre que yo tendré delante en pie, lo identifica como que estuvo en su castillo cuando el proceso de Polignac y Rivière, diga lo que diga y respóndame él lo que me responda, ¡ni un gesto ni una palabra! No piensen

más que en una cosa: en salvar a los señores de Simeuse, no vayan a comprometerse por ese tunante de guarda.

—¡Un hombre sublime, monseñor! —exclamó Bordin.

—¡Entusiasmo! ¡Y en usted, Bordin!..., pues entonces algo debe de ser ese hombre... ¡Nuestro soberano tiene un amor propio prodigioso, señor marqués! —dijo, cambiando de conversación—. Piensa despedirme para poder hacer locuras sin que nadie lo contradiga. Es un gran soldado que sabe cambiar las leyes del tiempo y el espacio; pero no podría cambiar a los hombres, y querría fundirlos a su gusto. Ahora bien: no olviden ustedes que sólo una persona puede obtener el indulto de sus parientes..., *mademoiselle* de Cinq-Cygne...

Marchó solo el marqués a Troyes y le expuso a Laurencia el estado de las cosas. Obtuvo Laurencia permiso del procurador imperial para ver a Michu y el marqués acompañóla hasta la puerta de la cárcel, donde se quedó aguardándola. Salió la joven con los ojos anegados en lágrimas.

—¡El pobre —dijo— quería echárame de rodillas para rogarme que no me preocupase por él, sin recordar que tenía grilletas en los pies! ¡Ah, marqués! Yo defenderé su causa. Sí; iré y le besaré las botas al Emperador... Y si fracaso... pues bien..., yo me cuidaré de que ese hombre viva eternamente en nuestra familia... Presente usted su demanda de indulto para ganar tiempo, que quiero quedarme con su retrato. Andemos.

Al día siguiente, luego que supo el ministro, por una señal convenida, que Laurencia estaba en su puesto, tocó el timbre y al acudir su ujier, diole orden de dejar pasar a *monsieur* Coentin.

—¡Es usted hábil, querido! —díjole Talleyrand—. Y voy a utilizarlo...

—Monseñor...

—Escuche usted. Sirviendo a Fouché, tendrá usted dinero, pero nunca tendrá honor ni una posición social. Mientras que sirviéndome a mí, siempre, como acaba de hacerlo en Berlín, gozará de consideración.

—Monseñor es muy bondadoso...

—Usted ha hecho gala de genio en su último asunto en Gondreville...

—¿A qué se refiere, monseñor?... —preguntó Coentin, adoptando un aire ni demasiado frío ni demasiado sorprendido.

—¡*Monsieur* —respondió el ministro—, usted no llegará a nada; tiene miedo!...

—¿A qué, monseñor?...

—¡A la muerte! —dijo el ministro, con su hermosa voz profunda y hueca—. ¡Adiós, querido!...

—Es él —dijo el marqués de Chargeboeuf entrando—. Pero hemos estado a punto de matar a la condesa... ¡Está que se ahoga!...

—Sólo él es capaz de jugar trastadas semejantes —respondió el ministro—. *Monsieur*, corre usted peligro de no triunfar —prosiguió el príncipe—. Tome usted ostensiblemente el camino de Estrasburgo; yo le enviaré dobles pasaportes en blanco.

Procúrese usted sosias, cambie hábilmente de ruta y, sobre todo, de coche; haga usted que sus sosias se detengan en Estrasburgo en su lugar, gane Prusia por Suiza y por Baviera.

Mademoiselle de Cinq-Cygne ofreció a Roberto Lefebvre una cantidad suficiente para que se trasladase a Troyes y le hiciese el retrato de Michu, y *monsieur* de Granville prometióle a aquel pintor, entonces célebre, todas las facilidades posibles. *Monsieur* de Chargeboeuf partió en su viejo berlingot con Laurencia y un criado, que hablaba alemán. Pero ya en las inmediaciones de Nancy, reunióse con Gotardo y *mademoiselle* Goujet, que los habían precedido en una carretela excelente; y les cambió por ella su berlingot. Tenía razón el ministro. En Estrasburgo el comisario general de Policía negóse a visarles el pasaporte a los viajeros, alegando órdenes terminantes. En aquel mismo momento, el marqués y Laurencia salían de Francia por Besançon, con los pasaportes diplomáticos.

Cruzó Laurencia Suiza en los primeros días de octubre, sin conceder la menor atención a aquellos magníficos paisajes. Iba en el fondo de la carretela, sumida en esa modorra en que caen los criminales cuando saben la hora de su suplicio. La Naturaleza entera cúbrese entonces de un vapor hirviente y las cosas más vulgares asumen perfiles fantásticos. Esta idea «¡Si no tengo éxito, se matan!» recaía sobre su alma como en el suplicio de la rueda caía antaño el barrote del verdugo sobre los miembros del paciente. Sentíase cada vez más quebrantada, perdía todas sus energías en la expectación del cruel momento decisivo y rápido en que había de encontrarse frente a frente con el hombre de quien dependía la suerte de los cuatro nobles.

Tomara el partido de abandonarse a su postración para no gastar inútilmente sus fuerzas. Incapaz de comprender ese cálculo de las almas fuertes y que se traduce diversamente al exterior, porque en esas esperas supremas ciertos espíritus superiores se entregan a una pasmosa alegría, temía el marqués no llegar con Laurencia viva a ese encuentro solemne sólo para ellos, pero que sin duda sobrepasaba las proporciones ordinarias de la vida privada. Para Laurencia, humillarse ante aquel hombre, blanco de su odio y su desprecio, suponía la muerte de todos sus sentimientos generosos.

—Después de esto —dijo—, la Laurencia que sobreviva no se parecerá ya a la que va a sucumbir.

Pero resultóles muy difícil a ambos viajeros no notar el inmenso tráfago de hombres y cosas en que se engolfaron ya en Prusia. Había comenzado la campaña de Iena. Laurencia y el marqués veían las magníficas divisiones del ejército francés alineándose y pasando revista como en las Tullerías. En esas ostentaciones del esplendor militar que sólo pueden pintarse con las palabras e imágenes de la Biblia, el hombre que animaba a esas masas asumió proporciones gigantescas en la imaginación de Laurencia. No tardaron en vibrar en sus oídos los clamores de la victoria. Los ejércitos imperiales acababan de obtener dos señaladas ventajas. Al príncipe de Prusia habíanle dado muerte la víspera del día que ambos viajeros

llegaron a Saalfeld con objeto de alcanzar a Napoleón, que marchaba con la celeridad del rayo.

Finalmente, el 13 de octubre, fecha de mal agüero, iba *mademoiselle* de Cinq-Cygne costeando un río en medio de los cuerpos del Gran Ejército, viendo por doquiera confusión, reexpedida de un pueblo al otro y de una a otra división, asustada de verse sola con un anciano, zarandeada en un océano de ciento cincuenta mil hombres, que iban a enfrentarse con otros ciento cincuenta mil. Fatigada de ver siempre aquel río por encima de los setos de un camino cenagoso, que iba siguiendo sobre una colina, preguntóle su nombre a un soldado.

—Es el Saal —díjole el soldado, señalándole al ejército prusiano, apiñado en grandes masas, al otro lado del río.

Caía la noche; veía Laurencia encenderse fogatas y brillar armas. El viejo marqués, cuya intrepidez rayó en lo caballeresco, guiaba él mismo, junto a su nuevo criado, dos buenos caballos que comprara el día antes. Sabía de sobra que al llegar a un campo de batalla no encontraría postillones ni caballos. De pronto, la audaz carretela, asombro de todos los soldados, viose detenida por un individuo de la gendarmería del ejército, que, a rienda suelta, llegóse al marqués, gritando:

—¿Quién es usted? ¿Adónde va? ¿A quién busca usted?

—¡Al Emperador! —respondió el marqués de Chargeboeuf—. Traigo un despacho importante de los ministros para el gran mariscal Duroc.

—Bien... ¡Pero usted no puede estar ahí! —replicó el gendarme.

Mademoiselle de Cinq-Cygne y el marqués viéronse tanto más obligados a quedarse allí cuanto que iba a cerrar la noche.

—¿En dónde estamos? —preguntó *mademoiselle* de Cinq-Cygne, deteniendo a dos oficiales que vio venir en dirección a ella, y cuyo uniforme ocultaban capotones de paño.

—Están ustedes delante de la vanguardia del ejército francés, *madame* —respondióle uno de los oficiales—. No puede seguir aquí, pues si el enemigo hiciese un movimiento y entrase en juego la artillería, se verían cogidos entre dos fuegos.

—¡Ah! —exclamó ella con aire indiferente.

Ante aquel ¡Ah!, el otro oficial preguntó:

—Pero ¿cómo se encuentra aquí esta mujer?

—Estamos aguardando a un gendarme que fue a avisarle al gran mariscal Duroc, que ños servirá de padrino para llegar hasta el Emperador, al que deseamos hablarle...

—¡Hablarle al Emperador!... —dijo el primer oficial—. Pero ¿qué idea es ésa?... En vísperas de una batalla decisiva...

—¡Ah, sí!..., tiene usted razón —asintió ella—. No debo hablarle hasta pasado mañana..., la victoria lo pondrá de buen temple.

Ambos oficiales fueron a colocarse a veinte pasos de distancia, jinetes en sus caballos inmóviles. Rodeó entonces la carretela todo un escuadrón de generales,

mariscales, oficiales, todos sumamente brillantes y que respetaban la carretela, precisamente por estar ella allí.

—¡Dios mío! —díjole el marqués a la joven—. Temo que no podamos hablar con el Emperador...

—¡El Emperador! —dijo un coronel-general—. ¡Pero si es ése!...

Distinguió entonces Laurencia, a unos cuantos pasos de distancia, delante y solo, a aquel de los oficiales que exclamarra «Pero ¿cómo está aquí esta mujer?». Uno de los dos oficiales, el Emperador en una palabra, con su célebre levita sobre un uniforme verde, jinete en un caballo blanco ricamente enjaezado. Examinaba con unos lentes al ejército prusiano escalonado allende el Saal. Comprendió Laurencia entonces por qué detuvieron allí la carretela y por qué la escolta del Emperador la respetaba. Acometióla un movimiento convulsivo; era llegada la hora decisiva. Oyó entonces el sordo fragor de varias masas de hombres y sus armas, asentándose con paso acelerado sobre aquella altura. Las baterías parecían tener un lenguaje, resonaban los arzones y el bronce centelleaba.

—El mariscal Lannes tomará posición con todo su cuerpo de ejército delante, el mariscal Lefebvre y la Guardia ocuparán esta meseta —dijo el otro oficial, que era el mayor-general Berthier.

Apeóse el Emperador. Al primer movimiento que hizo, Roustan, su famoso mameluco, apresuróse a hacerse cargo del caballo. Laurencia estaba estupefacta de asombro; no creía en tanta sencillez.

—Pasaré la noche en esta meseta —dijo el Emperador.

En aquel momento, el gran mariscal Duroc, al que el gendarme encontrara por fin, acercóse al marqués de Chargeboeuf y le preguntó el motivo de su llegada, a lo que respondióle el marqués, diciendo que una carta escrita por el ministro de Relaciones Exteriores le decía cuán urgente era el que *mademoiselle* de Cinq-Cygne y él pudiesen hablar con el Emperador.

—Su Majestad va, sin duda, a cenar a su campamento —dijo Duroc, tomando la carta—, y luego que yo vea de qué se trata, les diré si es posible acceder a su deseo. ¡Brigadier! —díjole al gendarme—. Acompañe este coche y llévelo junto a la choza de detrás.

Siguió el marqués de Chargeboeuf al gendarme y paró su coche tras una mísera cabaña hecha de madera y tierra rodeada de varios árboles frutales y guardada por piquetes de infantería y caballería.

Puede decirse que la majestad de la guerra resaltaba allí en todo su esplendor. Veíanse desde aquella loma los dos ejércitos iluminados por la luna. Tras una hora de espera, que llenara el perpetuo ir y venir de edecanes, presentóse allí Duroc en busca de *mademoiselle* de Cinq-Cygne y el marqués de Chargeboeuf, y los hizo entrar en la cabaña, que tenía el suelo terrizo como las eras de las granjas. Ante una mesa, ya levantados los manteles y ante un fuego de leña verde que humeaba, sentado en vulgar silla, estaba Napoleón. Sus botas, llenas de barro, daban fe de sus correrías a

campo traviesa. Habíase quitado su famosa levita y su célebre uniforme verde, cruzado por su gran cordón rojo, realizado por el fondo blanco de su calzón de cachemira, y su chaleco hacía resaltar admirablemente bien su faz cesárea, pálida y terrible. Tenía puesta la mano sobre un mapa, abierto, colocado sobre sus rodillas. Berthier tenía en pie en su brillante uniforme vicecondestable del Imperio. Constant, el ayuda de cámara, presentaba al Emperador su café en una bandeja.

—¿Qué desean ustedes? —inquirió con fingida brusquedad, traspasando con el rayo de su mirada la cabeza de Laurencia—. ¿No temen hablarme antes de la batalla? ¿De qué se trata?

—Sire —respondió Laurencia, mirándolo no menos fijamente—, yo soy *mademoiselle* de Cinq-Cygne.

—Bueno, ¿y qué? —respondió él, con voz iracunda, creyéndose desafiado por aquella mirada.

—Pero ¿no comprendéis? Yo soy *mademoiselle* de Cinq-Cygne, y vengo a pedirlos gracia —dijo ella, cayendo de hinojos, y le tendió el placet redactado por Talleyrand y apostillado por la emperatriz, por Cambacérés y Malin.

Levantó galantemente el Emperador a la suplicante, lanzándole una mirada maliciosa, y, finalmente, le dijo:

—¿Sentará usted por fin la cabeza? ¿Comprende usted lo que debe ser el Imperio francés?...

—¡Ah! ¡Yo no comprendo en este instante más que al Emperador! —respondió ella, vencida por la campechanía con que aquel hombre del destino pronunciara esas palabras que hacían esperar el indulto.

—¿Son inocentes? —preguntó el Emperador.

—Todos —dijo ella con entusiasmo.

—¡Todos no! El guarda es un hombre peligroso que mataría a mi senador sin pedirle a usted parecer...

—¡Oh, Sire!... —dijo ella—. Si tuvieseis un amigo que se hubiera sacrificado por vos, ¿lo abandonaríais? ¿No os...?

—Es usted mujer —dijo el Emperador, con cierta ironía.

—¡Y usted, un hombre de hierro! —díjole ella con una dureza apasionada que fue de su agrado.

—Ese hombre está condenado por la justicia del país.

—Pero es inocente.

—¡Niña!... —replicó él.

Salió, cogió a *mademoiselle* de la mano y llevóla a la meseta.

—Vea —díjole con aquélla su elocuencia, que convertía a los cobardes en valientes—; ahí tiene trescientos mil hombres que también son inocentes, todos ellos. Pues bien: mañana treinta mil habrán muerto, ¡muerto por su país! Quizás entre los prusianos haya un gran mecánico, un ideólogo, un genio que segaré en flor la muerte. También nosotros, por nuestra parte, perderemos sin duda grandes hombres

desconocidos. En fin, ¡hasta puede que vea yo morir a mi mejor amigo! ¿Y acusaré por ello a Dios? No; que me callaré. Sepa usted, *mademoiselle*, que debemos morir por las leyes de nuestra patria como aquí morimos por su gloria —añadió, volviendo a llevarla a la cabaña—: Vaya; vuélvase a Francia. Mis órdenes los seguirán.

Creó Laurencia en una conmutación de pena para Michu y, en la efusión de su gratitud, dobló la rodilla y besó la mano del Emperador.

—¿Es usted *monsieur* de Chargeboeuf? —inquirió entonces Napoleón, reparando en el marqués.

—Sí, Sire.

—¿Tiene usted hijos?

—Muchos.

—¿Por qué no me cede usted uno de sus nietos? Lo haría uno de mis pajes...

—¡Ah! He ahí al subteniente que asoma la oreja. Quiere cobrarse su indulto...

Inclinóse el marqués sin responder. Afortunadamente el general Rapp irrumpió en la cabaña.

—Sire, la caballería de la Guardia y la del gran duque de Berg no podrán unirse mañana antes de mediodía.

—No importa —dijo Napoleón, volviéndose a Berthier—; también para nosotros hay horas de gracia; sepamos aprovecharlas.

Ante una señal de su mano, retiráronse el marqués y Laurencia y montaron en su coche; el gendarme se encargó de guardarlos y los condujo a una aldea, donde pasaron la noche. Al día siguiente alejáronse ambos del campo de batalla, entre el fragor de ochocientas piezas de artillería, que estuvieron tronando diez horas, y en el camino tuvieron noticia de la asombrosa victoria de Iena. Ocho días después entraban por los suburbios de Troyes. Una orden del Gran Juez, transmitida al procurador imperial cerca del Tribunal de primera instancia de Troyes, disponía la excarcelación bajo fianza de los aristócratas, hasta tanto se conociese la decisión del Emperador y rey; pero, al mismo tiempo, expedía la sala la orden de ejecución de Michu. Dichas órdenes llegaron la misma mañana. Trasladóse entonces Laurencia a la cárcel a las dos, en traje de viajera. Consiguió que le permitiesen estar junto a Michu en tanto le hacían la triste ceremonia, llamada el aseo; el buen abate Goujet, que solicitara acompañarlo hasta el cadalso, acababa de darle la absolución a aquel hombre, que se afligía por morir en la incertidumbre sobre la suerte de sus amos; así que, al ver a Laurencia, lanzó un grito de júbilo.

—Ya puedo morir —dijo.

—Los han indultado; no sé con qué condiciones —respondió ella—, pero los han indultado, y yo he hecho todo lo posible por ti, amigo mío, pese a lo que me aconsejaban. Yo creía haberte salvado, pero el Emperador me engañó con una amabilidad de soberano.

—¡Estaba escrito allá arriba —dijo Michu— que al perro guardero lo matasen en el mismo sitio que a sus amos!

Transcurrió rápidamente la hora postrera. En el momento de marchar al suplicio, no se atrevía Michu a pedir otra merced que la de besarle la mano a *mademoiselle* de Cinq-Cygne; pero ella ofrecióle sus mejillas y dejóse besar santamente por aquella noble víctima. Michu negóse a subir a la carreta.

—¡Los inocentes deben ir a pie! —dijo.

No quiso cogerse al brazo del abate Goujet y caminó digna y resueltamente hasta el cadalso. En el momento de tenderse sobre la plancha, díjole al verdugo, rogándole le bajase la levita que le subía hasta el cuello.

—Mi ropa es suya; procure no estropearla.

Apenas si los cuatro nobles tuvieron tiempo de ver a *mademoiselle* de Cinq-Cygne, un ordenanza del general que mandaba la división militar entrególes sendos despachos de subtenientes en el mismo regimiento de caballería, con orden de incorporarse inmediatamente al depósito de su cuerpo en Bayona. Tras adioses desgarradores, pues ambos tuvieron un presentimiento del porvenir, volvióse *mademoiselle* de Cinq-Cygne a su desierto castillo.

Los dos mellizos murieron juntos a vista del Emperador, en Somosierra, defendiéndose el uno al otro, ambos ya jefes de escuadrón. Sus postreras palabras fueron:

—¡Laurencia, cy meurs!

El mayor de los Hauteserre murió de coronel en el asalto al reducto de la Moskowa, donde su hermano ocupó su puesto.

Adriano, nombrado general de brigada en la batalla de Dresde, resultó en ella gravemente herido y pudo volver a cuidarse en Cinq-Cygne. Tratando de salvar aquel resto de los cuatro nobles que, por un momento, viera reunidos en su derredor, casóse con él la condesa, que a la sazón tenía treinta y dos años; pero le ofreció un corazón marchito, que él aceptó; los seres que aman no dudan de nada o dudan de todo.

La Restauración encontró a Laurencia carente de entusiasmo. Los Borbones llegaban demasiado tarde para ella, pero no tuvo motivos para quejarse; su marido, nombrado par de Francia con el título de marqués de Cinq-Cygne, llegó a ser lugarteniente general en 1816 y recibió el cordón azul como recompensa por los eminentes servicios que entonces prestara.

El hijo de Michu, del que Laurencia se cuidó como de su propio hijo, recibióse de abogado en 1817. A los dos años de ejercer su profesión, lo nombraron juez suplente en el Tribunal de Alençon, y de allí pasó, en 1827, a ser procurador del rey en el Tribunal de Arcis. Laurencia, que había vigilado el empleo de los capitales de Michu, entrególe al joven un título de la Deuda por valor de doce mil libras de renta el día de su mayoría; y más adelante casólo con la rica *mademoiselle* Girel, de Troyes. El marqués de Cinq-Cygne murió en brazos de Laurencia, sus padres y sus hijos, que lo adoraban. Al morir él, nadie penetrara aún en el secreto del rapto del senador. Luis XVIII no se negó a reparar las desventuras del lance, pero mantúvose

mudo sobre las causas de aquel desastre con la marquesa de Cinq-Cygne, que lo creyó cómplice de la catástrofe.

Conclusión

El finado marqués de Cinq-Cygne había invertido sus ahorros, así como también los de sus padres, en la adquisición de un magnífico hotel en la rué del faubourg du Roule y comprendido el mayorazgo considerable instituido para el sostenimiento de su pairía. Explicóse entonces la sórdida economía del marqués y sus padres, que más de una vez apenara a Laurencia. Así que, después de aquella adquisición, la marquesa, que vivía en sus tierras atesorando para sus hijos, empezó a pasar los inviernos en París, de tanto mejor grado cuanto que su hija Berta y su hijo Pablo frisaban ya en una edad en que su educación requería los elementos de París. *Madame* de Cinq-Cygne apenas frecuentaba el gran mundo. Su marido no podía ignorar los pesares que en su corazón guardaba aquella mujer; pero hizo derroche con ella de las delicadezas más ingeniosas y murió sin haber amado más que a ella en el mundo.

Aquel noble corazón, mal apreciado durante algún tiempo, pero al que la generosa joven de Cinq-Cygne devolviera en los últimos tiempos tanto amor como el que él le tenía, fue, finalmente, un esposo plenamente feliz. Vivía Laurencia, sobre todo, merced a los goces familiares. Ninguna mujer de París fue más querida de sus amistades, ni más respetada tampoco. Ir a su casa era un honor. Mansueta, indulgente, inteligente y, sobre todo, sencilla, agrada a las almas selectas, y las atrae, pese a su actitud condolidada; pero todos parecen proteger a esa mujer tan fuerte y ese sentimiento de protección secreta puede que explique el atractivo de su amistad. Su vida, tan dolorosa en su juventud, es bella y serena hacia su ocaso. Todos conocen sus sufrimientos. Nadie le ha preguntado nunca cuál sea el original de aquel retrato de Roberto Lefebvre, que, desde la muerte del guarda, es el principal y fúnebre adorno del salón.

La fisonomía de Laurencia muestra la madurez de esos frutos difícilmente logrados. Una como dignidad religiosa decora hoy esa frente tan puesta a prueba. En el momento en que la marquesa llegó a tener casa, su patrimonio, acrecido por la ley sobre las indemnizaciones, ascendía a doscientas mil libras de renta, sin contar los emolumentos del esposo. Heredara Laurencia el millón cien mil francos dejados por los Simeuse. A partir de entonces empezó Laurencia a gastar cien mil francos al año, apartando lo demás para formarle una dote a Berta.

Es Berta el vivo retrato de su madre, pero sin su audacia guerrera; es su madre, fina, inteligente «y más mujer», dice Laurencia con melancolía. No quería la marquesa casar a su hija hasta que hubiese cumplido los veinte. Las economías de la familia, sabiamente administradas por el anciano Hauteserre y colocadas en valores públicos en el momento en que bajaran en 1830, componían una dote de unos ochenta mil francos de renta para Berta, que en 1833 cumplió los veinte años.

Por aquella época, la princesa de Cadignan, que quería casar a su hijo, el duque de Maufrigneuse, había puesto hacía meses a aquél en contacto con la marquesa de Cinq-Cygne. Jorge de Maufrigneuse comía tres veces a la semana en casa de la marquesa; acompañaba a la madre y la hija a los Italiens, caracoleaba en el Bois en torno a su carretela, cuando por allí paseaban. Fue entonces evidente para el mundillo del faubourg Saint-Germain que Jorge estaba enamorado de Berta. Pero nadie podía saber si *madame* de Cinq-Cygne tenía deseos de ver a su hija duquesa mientras llegaba a ser princesa; o si la princesa deseaba para su hijo una dote tan lucida, si la célebre Diana iba al encuentro de la nobleza de provincias o si la nobleza de provincias se asustaba de la fama de *madame* de Cadignan, de sus gustos y su ruidosa vida. En su deseo de no perjudicar a su hijo, la princesa, que se había vuelto beata, amuralló su vida íntima y se pasaba los veranos en Ginebra, en una villa.

Cierta noche estaban reunidas en casa de la señora princesa de Cadignan la marquesa d'Espard y De Marsay, el presidente del Consejo de Ministros. Fue aquélla la última vez que viera a su antiguo amante, pues De Marsay falleció al año siguiente. Rastignac, subsecretario de Estado, agregado al Ministerio De Marsay, dos embajadores, dos oradores célebres que siguieran en la Cámara de los Pares, los viejos duques de Lenoncourt y de Navarreins, el conde Vandenesse y su joven consorte y d'Arthez encontrábanse también allí y formaban un círculo bastante raro, cuya composición se explicará fácilmente; se trataba de obtener del primer ministro un pasaporte para el príncipe de Cadignan. De Marsay, que no quería cargar con esa responsabilidad, iba a participarle a la princesa que el asunto estaba en buenas manos. Aquella misma noche debía llevarles la solución un veterano político. Anunciaron a la marquesa y a *mademoiselle* de Cinq-Cygne.

Laurencia, cuyos principios eran inquebrantables, quedóse no sorprendida, sino molesta al ver a los representantes de la Legitimidad en una y otra cámara hablando con el primer ministro de aquél a quien ella no llamaba nunca sino monseñor el duque de Orléans, y escuchándolo y coreando sus risas. De Marsay, como las lámparas próximas a extinguirse, lanzaba sus últimos fulgores. Olvidaba allí de buen grado las preocupaciones de la política. La marquesa de Cinq-Cygne aceptó entonces a De Marsay, como cuentan que la Corte de Austria aceptaba por aquel mismo tiempo a *monsieur* de Saint-Aulaire; el hombre de mundo hizo tragar al ministro. Pero irguióse, cual si su asiento hubiese sido de hierro candente, cuando oyó anunciar al señor conde de Gondreville.

—Adiós, *madame* —di jóle en tono seco a la princesa.

Retiróse de allí con Berta, calculando sus pasos para no encontrarse con aquel hombre fatal.

—Es posible que haya usted malogrado la boda de Jorge —díjole en voz baja la princesa a De Marsay.

El expasante de Arcis, el exrepresentante del Pueblo, el extermidoriano, el extribuno, el exconsejero de Estado, el exconde del Imperio y senador, el expar de

Luis XVIII, el ñamante par de Julio, hízole una reverencia servil a la princesa de Cadignan.

—No tiemble usted, hermosa dama, que no les hacemos la guerra a los príncipes —dijo, sentándose a su lado.

Había gozado Malin de la estimación de Luis XVIII, al que su vieja experiencia no le fuera inútil. Había ayudado mucho a derribar a Decazes y aconsejado con energía al gabinete Villéle. Acogido fríamente por Carlos X, hizo suyos los rencores de Talleyrand. Estaba entonces en gran predicamento con el duodécimo gabinete, que tiene la ventaja de servir desde 1789, y al que sin duda dejará de servir, pero hacía quince meses rompiera su amistad de treinta y seis años con el más célebre de nuestros diplomáticos. Fue en el curso de aquella velada cuando, refiriéndose a ese gran diplomático, dijo esta frase:

—¿Saben ustedes la razón de su hostilidad al duque de Burdeos?... Pues que el Pretendiente es demasiado joven...

—Con eso —díjole Rastignac—, les da usted un singular consejo a los jóvenes.

De Marsay, que se quedara muy caviloso después de aquellas palabras de la princesa, no se hizo eco de aquellos chistes; miraba de soslayo a Gondreville y aguardaba, sin duda, para hablar a que el anciano, que no trasnochaba, se retirase. Todos los presentes, testigos de la salida de Cinq-Cygne, cuyas razones eran notorias, imitaron el silencio de De Marsay. Gondreville, que no había reconocido a la marquesa, ignoraba los motivos de aquella unánime reserva, pero el hábito de los negocios, las costumbres políticas confiriéranle tacto, y además era hombre de talento; creyó, pues, que su presencia molestaba, y se despidió. De Marsay, de pie ante la chimenea, contempló, de un modo que dejaba traslucir graves pensamientos, a aquel viejo setentón que se alejaba lentamente.

—Hice mal, *madame*, al no decirle el nombre de mi negociador —dijo por fin, el primer ministro al sentir rodar el coche de Gondreville—. Pero voy a reparar mi falta y a allanarle el medio de hacer las paces con los Cinq-Cygne. Hace ya más de treinta años que la cosa ocurrió; es algo tan viejo como la muerte de Enrique IV, que, seguramente, aquí, entre nosotros, y pese al proverbio, es la historia menos conocida como tantas otras catástrofes históricas. Le juro, además, que si este asunto no se refiriese a la marquesa, no por ello sería menos curioso. En fin, ha servido para dilucidar un famoso paso de nuestros anales modernos, el del Mont Saint-Bernard. Por ella podrán ver los señores embajadores que, tocante a profundidad, nuestros políticos de hoy distan mucho de los Maquiavelos elevados por las oleadas populares en mil setecientos noventa y tres, por encima de las borrascas, y algunos de los cuales han hallado, como dice la canción, un puerto. Para ser hoy algo en Francia, es menester haber rodado en los huracanes de aquel tiempo.

—Pero a mí me parece —dijo sonriendo, la princesa— que, en ese respecto, vuestro estado de cosas no deja nada que desear...

Una amable risa añoró a todos los labios, y De Marsay no pudo menos de sonreír. Los embajadores dieron muestras de impaciencia, De Marsay tuvo un acceso de tos y se hizo el silencio.

—Una noche de junio de mil ochocientos —dijo el primer ministro—, a eso de las tres de la madrugada, en el momento en que ya la claridad del día hacía palidecer las luces, dos hombres, hartos de jugar a la berlanga, o que sólo jugaban para entretener a los de más, dejaron el salón del hotel de Relaciones Exteriores, sito entonces en la rué du Bac, y pasaron a un tocador. Aquellos dos hombres, uno de los cuales ya murió y el otro tiene un pie en el sepulcro, son cada uno en su género, igualmente extraordinarios. Los dos fueron curas y los dos abjuraron, casándose después. No pasó el uno de simple oratoriano; el otro llevó sobre su cabeza la mitra episcopal. El primero se llamaba Fouché; no os diré el nombre del segundo, pero ambos eran entonces simples ciudadanos franceses, muy poco simples. Al verlos pasar al tocador, las personas que allí se encontraban manifestaron cierta curiosidad. Siguiólos un tercer personaje. Éste, que se creía mucho más fuerte que los otros dos, llamábase Sieyés, y ya sabéis que también pertenecía a la Iglesia antes de la Revolución. El que caminaba con dificultad era entonces ministro de Relaciones Exteriores, Fouché lo era de la Policía general. Sieyés había abdicado el consulado. Un hombrecillo frío y severo dejó su sitio y se incorporó a aquellos tres hombres, diciendo en voz alta, delante de alguien que luego me lo contó, estas palabras: «Me escama la partida de juego de los curas». Era ministro de la Guerra. La frase de Carnot no hizo mella en los dos cónsules, que jugaban en el salón. Cambacérés y Lebrun estaban entonces a merced de sus ministros, infinitamente más poderosos que ellos. Casi todos esos hombres han muerto y no se les debe ya consideración alguna; pertenecen a la Historia y la historia de aquella noche fue terrible; os la cuento porque soy el único que la sabe, pues Luis XVIII no se la dijo a la pobre *madame* de Cinq-Cygne, y al Gobierno actual le es indiferente que la sepa. Sentáronse los cuatro. El cojitranco debió de cerrar la puerta antes que pronunciaran una sola palabra, y hasta echó el pestillo, según dicen. Sólo las personas bien educadas tienen esas pequeñas atenciones. Los tres curas tenían las caras lívidas e impasibles que les habéis conocido. Carnot era el único que mostraba colores en las mejillas. El militar habló el primero: «¿De qué se trata?». «De Francia», debió de decir el príncipe, al que yo admiro como a uno de los hombres más extraordinarios de nuestra época. «De la República, —dijo, seguramente, Fouché—. Del poder», es probable que dijese Sieyés.

Todos los presentes se miraron. De Marsay, con la voz, la mirada y el gesto, había pintado admirablemente a los tres hombres.

—Los tres curas se entendieron de perlas —prosiguió De Marsay—. Carnot miró sin duda a sus colegas y al excónsul con un aire bastante digno. Creo que en su interior debió de sentirse desconcertado: «¿Cree usted en el triunfo?», preguntóle Sieyés. «Todo se puede esperar de Bonaparte —respondió el ministro de la Guerra—;

ha pasado felizmente los Alpes». «En este momento —dijo el diplomático, con calculada lentitud— se lo juega todo». «En fin, hablemos claro: ¿qué vamos a hacer si el Primer Cónsul sale derrotado? ¿Es posible rehacer un ejército? ¿Seguiremos siendo sus humildes servidores?». «No hay ya República en estos momentos; él es cónsul por diez años. Tiene más poderes que los que tuvo Cromwell —añadió el obispo— y no votó la muerte del rey». «Tenemos un amo —dijo Fouché—. ¿Lo conservaremos si pierde la batalla o volveremos a la República pura?». «Francia —replicó sentenciosamente Carnot— no podrá resistir sino volviendo a la energía de la Convención». «Soy del parecer de Carnot —dijo Sieyés—. Si Bonaparte vuelve derrotado, tenemos que rematarlo; nos ha dicho hartas cosas de seis meses acá...». «¡Tiene el ejército!», observó Carnot con aire pensativo. «¡Nosotros tendremos el pueblo!», exclamó Fouché. «¡Va usted muy aprisa, *monsieur!*», replicó el gran señor, con aquella voz de bajo que ha conservado y que hizo entrar en sí mismo al oratoriano. «¡Sea usted franco! —dijo un antiguo convencional, asomando su cabeza—. Si Bonaparte queda vencedor, lo adoraremos, si es vencido, ¡lo enterraremos!». «¡Usted se hallará presente allí, Malin! —prosiguió el dueño de la casa, sin emocionarse—, usted será de los nuestros». Y le hizo una seña de sentarse. Fue esa circunstancia a la que aquel personaje, un convencional asaz oscuro, debió el ser lo que aún es en este momento. Malin fue discreto y los dos ministros le fueron fieles, pero también fue el eje de la máquina y el alma de la maquinación. «¡A ese hombre aún no lo han vencido! —exclamó Carnot, con acento de convicción—, y acaba de sobrepasar a Aníbal». «En caso de desgracia, he aquí el Directorio», siguió diciendo, muy sutilmente, Sieyés, haciéndoles notar a cada uno que eran cinco. «Y —añadió el ministro de Relaciones Exteriores— estamos todos interesados en mantener la Revolución francesa y los tres hemos colgado los hábitos; el general votó la muerte del rey. Y usted —díjole a Malin— detenta bienes de emigrados». «Todos tenemos los mismos intereses —dijo tajante, Sieyés—, y nuestros intereses están de acuerdo con el de la patria». «Cosa rara, dijo el diplomático, sonriendo». «Es menester obrar —dijo Fouché—; se está riñendo la batalla y Melas cuenta con fuerzas superiores. Génova se ha rendido y Massena cometió la torpeza de embarcarse para Antibes; de modo que no es seguro que pueda reunirse con Bonaparte, que se encontrará reducido a sus propios recursos». «¿Quién le dio a usted esas noticias?, —preguntó Carnot—. Son seguras —respondió Fouché—. A la hora de la Bolsa, tendrá usted el correo».

»Aquellos individuos que se andaban por las ramas —dijo De Marsay, sonriendo y haciendo una pausa—. “Bueno; pero cuando venga la noticia del desastre —dijo Fouché—, no será el momento de organizar los clubs, despertar el patriotismo y cambiar la Constitución. Debemos tener preparado nuestro 18 de Brumario”. “Dejemos las manos libres al ministro de la Policía —dijo el diplomático—, y no nos fiemos de Luciano” (Luciano Bonaparte era entonces ministro del Interior). “Ya me encargaré yo de detenerlo”, dijo Fouché. “*Messieurs* —exclamó Sieyés—, nuestro Directorio dejará de estar sometido a cambios, anárquicos. Organizaremos un poder

oligárquico, un senado vitalicio y una cámara colectiva, que estará en nuestras manos, porque sabemos sacar partido de las experiencias del pasado”. “Con ese sistema tendré la paz, —dijo el obispo—. Encontradme un hombre seguro para cartearme con Moreau, pues el Ejército de Alemania será nuestro único recurso”, exclamó Carnot, que había estado sumido en meditación profunda.

»Efectivamente, *messieurs* —continuó diciendo De Marsay, tras una pausa—; ¡aquellos hombres tenían razón! Fueron grandes en aquella crisis y yo habría hecho lo que ellos.

»*Messieurs* —exclamó De Marsay con tono grave y solemne—. Esta palabra de *messieurs* fue perfectamente comprendida y todas las miradas expresaron una misma fe, una misma promesa, la de un silencio absoluto y una solidaridad completa, caso de volver Napoleón victorioso. “Todos sabemos lo que tenemos que hacer”, añadió Fouché. Sieyés descorrió suavemente el pestillo: su buen oído de cura lo había servido bien. Entró Luciano: “¡Buenas noticias, señores! Un correo le ha traído a *madame* Bonaparte unas líneas del Primer Cónsul; debutó con una victoria en Montebello”.

Los tres se miraron.

—«¿Fue una batalla general?», preguntó Carnot. «No; un combate en que Lannes se ha cubierto de gloria. La lucha fue cruenta. Atacado con diez mil hombres por dieciocho mil, lo salvó una división enviada en su socorro. Ott ha huido. En fin, la línea de Melas quedó cortada». «¿Cuándo fue el combate?», preguntó Carnot. «El ocho», respondió Luciano. «Estamos a trece —continuó el sabio ministro—; pues bien: todas las apariencias indican que la suerte de Francia se está jugando en estos momentos en que hablamos» (efectivamente, la batalla de Marengo se inició el catorce de julio, al clarear el día). «¡Cuatro días de una espera mortal!», dijo Luciano. «¡Mortal!», repitió fríamente y con aire interrogante el ministro de Relaciones Exteriores. «¡Cuatro días!», dijo Fouché. Un testigo ocular me ha certificado que los dos cónsules no supieron ese detalle hasta el momento en que los seis personajes volvieron al salón. Eran las cuatro de la madrugada. Fouché fue el primero en retirarse. Y he aquí lo que hizo, con una infernal y sorda actividad, aquel tenebroso, profundo, extraordinario, poco conocido, pero que, sin duda, tenía un genio igual al de Felipe II, al de Tiberio y Borgia. Su conducta, cuando lo de Walcheren, fue la de un militar consumado, un gran político y un administrador previsor. Es el único ministro que tuvo Napoleón. Ya sabéis que entonces lo asustó. Fouché, Massena y el príncipe son los tres hombres más grandes, los más firmes cerebros que como diplomacia, guerra y gobierno he conocido; si Napoleón los hubiera asociado francamente a su obra, no habría hoy Europa, sino un vasto imperio francés. Fouché no se desprendió de Napoleón hasta no ver que éste daba de lado a Sieyés y al príncipe de Talleyrand. En el espacio de tres días, Fouché, escondiendo la mano que atizaba el rescoldo de aquel fuego, organizó esa angustia general, que pasó sobre toda Francia y reanimó las energías republicanas de mil setecientos noventa y tres. Como

hay que aclarar ese oscuro recoveco de nuestra historia, os diré que aquella agitación general, dimanada de él, que tenía en sus manos los hilos todos de la antigua Montaña, preparó los complots republicanos que amenazaron la vida del Primer Cónsul a raíz de su victoria de Marengo. Fue su conciencia del mal que había hecho la que le prestó fuerzas para señalar a Bonaparte, pese a la opinión contraria de éste, a los republicanos como más complicados que los realistas en aquellas empresas. Fouché conocía admirablemente a los hombres; contaba con Sieyés por su ambición defraudada; con *monsieur* de Talleyrand, porque era un gran señor, y con Carnot, por su honradez profunda; pero le tenía miedo a nuestro hombre de esta noche, y ved cómo lo envolvió. No había más que un Malin por aquel tiempo: Malin, el corresponsal de Luis XVIII. El ministro de la Policía lo obligó a redactar las proclamas del Gobierno revolucionario, sus actas, sus sentencias, la puesta al margen de los facciosos del 18 de Brumario; y, más todavía, fue ése cómplice sin querer quien los mandó imprimir en el número de ejemplares necesarios y los tuvo dispuestos en paquetes en su casa. Detuvieron al impresor como conspirador, pues habían elegido a un impresor revolucionario, y la Policía no lo soltó hasta dos meses después. Aquel hombre murió en mil ochocientos dieciséis, creyendo en una conspiración de la Montaña. Una de las escenas más curiosas representadas por la Policía de Fouché fue, sin disputa, la que motivó el primer correo recibido por el más célebre banquero de la época y que anunció la pérdida de la batalla de Marengo. La buena suerte, como recordaréis, no se le reveló a Napoleón sino a las siete de la tarde. A mediodía, el agente enviado al lugar de la acción por aquel rey de las finanzas de entonces vio el ejército francés como aniquilado, y se dio prisa a enviar un correo. El ministro de la Policía envió a buscar a los fijadores de carteles y a los voceadores, y uno de sus secuaces llegaba ya con un camión cargado de impresos, cuando el correo de la tarde, que había desplegado una gran diligencia, difundió la noticia del triunfo, que volvió a Francia verdaderamente loca. Hubo en la Bolsa pérdidas considerables. Pero tuvieron en suspenso a la tropa de carteleros y voceadores destinados a proclamar la puesta al margen de la ley, la muerte política de Bonaparte y aguardaron a que estuviese impresa la proclama y el cartel en que se exaltaba la victoria de Bonaparte. Gondreville, sobre el que podía recaer toda la responsabilidad del complot, se asustó tanto que colocó todos los paquetes en carretas y se los llevó de noche a Gondreville, donde, sin duda, enterró aquellos siniestros papeles en los sótanos del castillo que había comprado a nombre de otro... Al que ha hecho nombrar presidente de un Tribunal imperial..., y se llama... ¡Marión! Luego volvió a París lo bastante a tiempo para felicitar al Primer Cónsul... Napoleón, como todos sabéis, acudió con celeridad aterradora de Italia a Francia, después de la batalla de Marengo: pero para quienes conocen a fondo la historia secreta de aquellos tiempos, es seguro que su rapidez obedeció a un mensaje de Luciano. El ministro del Interior había vislumbrado la actitud del partido montañés, y sin saber de dónde soplaba el viento, temía la tormenta. Incapaz de sospechar de los tres ministros, atribuía aquel

movimiento a los odios despertados por su hermano con el 18 de Brumario y la firme creencia en que estuvieron entonces los hombres que quedaban de mil setecientos noventa y tres, en un fracaso en Italia. Las palabras «¡Muerte al tirano!», clamadas en Saint-Cloud, seguían vibrando siempre en los oídos de Luciano. La batalla de Marengo entretuvo a Bonaparte en los campos de Lombardia hasta el veinticinco de junio y el dos de julio llegó a Francia. Figuraos ahora las caras de los cinco conspiradores felicitando en las Tullerías al Primer Cónsul por su triunfo. Fouché en el salón mismo, díjole al tribuno (porque ese Malin que acabáis de ver ha tenido sus ribetes de tribuno) que aguardase todavía, que aún estaba la pelota en el tejado. Efectivamente, Bonaparte no les parecía a *monsieur* de Talleyrand ni a Fouché tan casado como ellos con la Revolución, y mirando por su propia seguridad, lo ataron a ella mediante el asunto del duque de Enghien. La ejecución del príncipe guardaba relación mediante ramificaciones aprehensibles, con lo que se había tramado en el hotel de las Relaciones Exteriores durante la campaña de Marengo. Ciertamente hoy, para quien ha conocido a personas bien informadas, resultaba palmario que a Napoleón lo engañaron como a un chico, *monsieur* de Talleyrand y Fouché, los cuales querían enemistarlo para siempre con la casa de Borbón, cuyos embajadores realizaban por aquel entonces tentativas cerca del Primer Cónsul.

—Talleyrand, jugando al *whist* en casa de *madame* de Luynos —dijo entonces uno de los que escuchaban— a las tres de la madrugada, saca el reloj, interrumpe el juego y pregunta de repente, sin transición alguna, a sus tres compañeros de juego si el príncipe de Condé tenía otro hijo además del duque de Enghien. Pregunta tan rara en labios de *monsieur* de Talleyrand causó la más viva sorpresa. «¿Por qué nos pregunta usted lo que tan de sobra sabe?, —le interpelan—. Pues para haceros saber que en este momento se extingue la casa de Condé». Ahora bien: *monsieur* de Talleyrand estaba en el hotel de Luynos desde el comienzo de la velada y, sin duda, sabía que Napoleón estaba en la imposibilidad de conceder el indulto.

—Pero —díjole Rastignac a De Marsay— en todo esto no veo por parte alguna a *madame* de Cinq-Cygne.

—¡Ah! Era usted tan joven, querido, que olvidaba yo la conclusión; usted conoce lo del rapto del conde de Gondreville, que fue causa de la muerte de los dos Simeuse y del primogénito de los Hauteserre, que por su casamiento con *mademoiselle* de Cinq-Cygne llegó a ser conde y luego marqués de Cinq-Cygne.

A ruegos de varias personas, que no conocían aquella aventura, refirió el proceso, diciendo cómo los cinco desconocidos eran otros tantos esbirros de la Policía general del Imperio, encargados de destruir los fajos de impresos que el conde de Gondreville había ido precisamente a quemar, creyendo consolidado el Imperio.

—Yo tengo la sospecha —dijo— de que Fouché mandara buscar al mismo tiempo pruebas de la correspondencia de Gondreville con Luis XVIII, con el que se entendió siempre incluso bajo el Terror. Pero en ese pavoroso asunto hubo pasión por parte del agente principal, que vive todavía; uno de esos grandes hombres subalternos que no

tienen quien los reemplace y que se ha hecho notar con alardes de fuerza que inspiran asombro. Según parece, *mademoiselle* de Cinq-Cygne lo había maltratado cuando aportó por el castillo para detener a los Simeuse. Así que ahora ya conoce usted, *madame*, el secreto del asunto; y podrá explicárselo a la marquesa de Cinq-Cygne y hacerle comprender por qué Luis XVIII guardó silencio de él.

París, enero de 1841.